
El gran timo de las hadas
Félix J. Palma
DESTINO

Si un corazón desea creer en algo, la razón no se lo podrá impedir.
Londres, 1922. Alan y Violet Schofield son los mayores especialistas en fotografía mágica de Inglaterra; una pareja de pícaros que se aprovecha de la fiebre por retratar seres feéricos que se extendió por la crédula sociedad londinense tras la Gran Guerra después de que dos niñas de Cottingley lograran convencer al mismísimo Conan Doyle de que habían fotografiado unas hadas. Del cielo ya han dejado de caer bombas y la ciudad entera espera turno ante el famoso estudio de los Schofield para conseguir la preciada fotografía que demostrará a sus familiares y vecinos que su desván o su jardín ha sido bendecido con la presencia de alguna de esas misteriosas criaturas.
Por desgracia para ellos, su suerte cambiará cuando un nuevo cliente llame a su puerta: el temido y poderoso Percival Drake, señor de los bajos fondos de Londres. Un hombre de gran astucia, brutalmente despiadado y, sobre todo, que no cree en la magia. Mientras emprenden una peligrosa carrera contrarreloj para salvar sus vidas, Alan y Violet descubrirán que para timar a un gánster que no cree en las hadas hay que ser más listos que ellas.

EL GRAN TIMO DE LAS HADAS

Félix J. Palma

Ediciones Destino

A M. J., mi hada particular,
que ilumina con su risa cada página de mi vida

Aquellos que no creen en la magia nunca la encontrarán.

Los mimpins,
ROALD DAHL

Si creéis —grita Peter—, dad palmas con las manos; no dejéis morir a Campanilla.

Peter Pan,
J. M. BARRIE

1

La primavera de 1922, mientras el mundo aún se lamía las heridas de la Gran Guerra, a Alan Schofield le encargaron fotografiar a un gnomo. El encargo le sorprendió. Hasta entonces había fotografiado hadas, casi siempre revoloteando sobre los arbustos o bailando en corro, también algunos duendes jugando en las colinas, un elfo silvestre dormitando entre las raíces de un haya e incluso una ondina bañándose en el pozo de una familia de granjeros de Swaledale, a la que brindaba protección contra las adversidades por un poco de comida. Pero un gnomo, nunca.

En los últimos años, las criaturas mágicas, que siempre habían visitado con suma discreción a sus vecinos humanos, se estaban dejando ver con más frecuencia de la habitual. Los expertos argumentaban que el alboroto de la guerra, el tableteo de las ametralladoras y el rugido de los obuses sacudiendo la tierra debía de haber despertado su curiosidad y la mayoría había salido de sus escondrijos para ver con sus propios ojos hasta dónde llegaba la estupidez humana. Como todo lo que se sabía sobre los seres feéricos, era una hipótesis indemostrable, pero fuera como fuese, el notable aumento de las apariciones había llevado a Alan a cambiar la placa de su estudio de fotografía por una nueva. Ahora, quien pasara por delante de su estudio en el 22 de la calle Kelly podía leer:

ALAN Y VIOLET SCHOFIELD, FOTÓGRAFOS MÁGICOS.
ESPECIALISTAS EN HADAS, DUENDES Y OTROS ESPÍRITUS ELEMENTALES.
SI USTED LOS PERCIBE, NOSOTROS SE LOS MOSTRAMOS.
(CONSULTAR PARA ECTOPLASMAS)

Violet era su esposa, socia y ayudante —aunque no estaba muy claro quién ayudaba a quién—, y esa mañana lo acompañaba a fotografiar al gnomo. En aquel momento, viajaban juntos en el tren a Beckenham, lo cual los había hecho merecedores del escrutinio nada disimulado de las dos cincuentonas sentadas frente a ellos. Grace y Gladys —no me preguntéis quién es quién— sentían gran curiosidad por la relación que mantenían sus vecinos de asiento. Sin embargo,

pese a su desaforado examen, no lograban encontrar ninguna pista de que existiera una relación sentimental entre ambos, que era lo que demandaban sus impresionables corazones de lectoras de Jane Austen. Sin duda les parecía que hacían, harían o incluso habrían hecho muy buena pareja. Combinaban con la misma armonía que las cortinas y los cojines de su salón: ambos rebasaban en algunos años la veintena, eran de estatura media, poseían un atractivo moderado y vestían con discreta elegancia. Alan era desgarbado como un ganso, tenía el cabello castaño y ondulado, y un rostro anguloso donde flotaba una sonrisa burlona, una mueca que delataba que todo le parecía bueno porque nunca había tenido nada; Violet, por su parte, era grácil como un cisne, tenía el cabello rubio y largo hasta los hombros, y un rostro redondeado donde flotaba una sonrisa melancólica, un rictus que delataba que nada le parecía bueno porque una vez lo había tenido todo. Cuando llegaron a la estación de Beckenham y ambos se levantaron, él tomó un bastón para ayudarse a caminar, al tiempo que rechazaba con amabilidad el brazo que ella le tendía, y esa nota de vulnerabilidad y misterio acabó de desmenuzar el corazón de las señoras. Quizá fueran simplemente dos hermanos bien avenidos, o puede que solo un jefe y su secretaria, o incluso un secuestrador y su rehén. ¿Primos, amigos, amantes? Quién sabía. Podían ser cualquier cosa, dentro de los límites de la decencia de Grace y Gladys. Pero, fueran lo que fuesen, hoy ellas se irían a la cama sin saberlo.

Hacía un día de primavera de lo más agradable. Alan tomó una honda bocanada de aire y contempló el paisaje con admiración, como si fuera un cuadro que él mismo hubiera pintado. El cielo lucía un azul bruñido, con algunas nubes aquí y allá, esponjosas como almohadones ahuecados. Desde las alturas, como las trenzas de las princesas en los cuentos, se desmadejaban los rayos de un sol que calentaba lo justo, y, para rematar el conjunto, una brisa suave arrastraba con pereza los íntimos olores del campo. La casa de la señora Miller, cuya hija jugaba con un gnomo en el jardín, se encontraba a unos veinte minutos del apeadero, así que decidieron ir dando un agradable paseo. Violet, sin embargo, parecía demasiado absorta en sus pensamientos como para disfrutar de aquel día que a Alan se le antojaba bordado por una mano primorosa. Tras varios minutos caminando en silencio, se decidió a romperlo:

—¿Qué le impide a mi bella esposa sentir la primavera retumbando en su interior?

Ella alzó las cejas.

—¿No has encontrado una manera más complicada de preguntarme qué me preocupa?

—Bueno, intentaba aprovechar para hacerte partícipe también de mi estado de ánimo —se excusó él—. Además, llevo un par de

semanas leyendo poesía, y supongo que se me ha contagiado esa preferencia por dotar de belleza hasta las expresiones más…

—Pues me preocupa Freddy —lo cortó ella.

—¿Freddy? ¿Y ese quién demonios es?

—¡El gnomo! —le recordó ella—. Así es como lo llama la niña. Deberías leer con más atención mis notas, aunque no estén escritas en verso.

—Ah, sí, Freddy. ¿Y qué te preocupa, exactamente? ¿Temes que cuando vayamos a fotografiarlo el bueno de Freddy se quede prendado de ti, se olvide de sus tontos jueguecitos con la niña y decida secuestrarte para llevarte a Nunca Jamás? Si es por eso, pierde cuidado. Sabes que me ocuparía personalmente de rescatarte.

—Oh, ¿en serio? ¿Serías mi caballero andante, mi Lancelot, mi Tristán, mi Galahad…?

—Sí, sí, el que más apuesto te parezca… Siempre que el rescate exigido fuera razonable, claro.

—Su generosidad solo es comparable a su romanticismo, sir Schofield.

—¡Pero si eres tú quien insiste en que debemos controlar los gastos del negocio! Hasta escondes la llave de la caja fuerte Dios sabe dónde alegando algo tan poco demostrable como que soy un manirroto…

—En realidad, para demostrarlo basta con contar tus sombreros.

—¡Pero si solo tengo tres!

—Si cuentas también los que has olvidado por ahí comprobarás que la cifra sube considerablemente.

—Ya, bueno, ahora en serio, Violet —dijo Alan cambiando de tema —, no deberías estar preocupada por el gnomo. ¡Somos los únicos que han fotografiado a una ondina! Si pudimos hacer eso, también conseguiremos una buena fotografía de Freddy, por muy gnomo que sea. Y si no recuerdo mal, las niñas de Cottingley, aparte de hadas, también fotografiaron un gnomo, así que no debería resultar demasiado difícil.

Alan se refería a Elsie y a su prima Frances, que jugaban con hadas, gnomos, duendes y otros seres mágicos en el valle de Cottingley. Hartas de que sus padres no las creyeran, una tarde le pidieron su cámara fotográfica y se fotografiaron con ellos. Eso ocurrió el verano de 1917, pero las fotos no habían salido a la luz hasta la Navidad de 1920, cuando el prestigioso escritor Arthur Conan Doyle había publicado un reportaje sobre ello en *The Strand Magazine*, que desencadenaría un alud de testimonios similares por toda Inglaterra, dando comienzo a lo que Alan había denominado la «fiebre feérica».

—Hay una diferencia significativa —dijo Violet—. La ondina se aparecía en un pozo en medio de ninguna parte, y Freddy en un jardín de una avenida demasiado expuesto…

—Eso no lo sabes.

—Bueno, digamos que tengo una ligera sospecha —respondió, señalando al frente con la barbilla.

Alan siguió la mirada de Violet. Mientras charlaban se habían internado en Wickham Road, una larga calle jalonada de pequeños *cottages*, como el que ahora tenían delante. Era una casita de estilo victoriano coronada por un tejado a dos aguas, con un jardín delantero, efectivamente, demasiado expuesto. No era excesivamente grande, y mostraba sus laterales congestionados de parterres y plantas de varios tipos. La vivienda estaba flanqueada a la derecha por otra similar, y a la izquierda por un parque donde estallaba el verde. Alan abrió la cancela y ambos cruzaron el jardín por el sendero de losetas, estudiándolo con detenimiento mientras se dirigían a la puerta de entrada que había bajo un pequeño porche. Comprobaron que era visible desde la calle a través de la verja y desde las cuatro ventanas de la fachada de la casa, aunque al menos no desde la de los vecinos.

—Es verdad. No es un sitio demasiado íntimo —reconoció Alan—. En cuanto empecemos a prepararlo todo, esto se va a llenar de curiosos.

—Eso me temo —confirmó Violet observando la calle, por donde cruzaban varias personas que parecían deseosas de detenerse ante cualquier cosa que se saliera de lo normal—. Lo cual, como comprenderás, me preocupa más que el posible carácter enamoradizo de Freddy.

—Mmm. Tendremos que advertir a la señora Miller de la célebre timidez de los gnomos.

Alan tiró de la campanita que había asida a la pared, que emitió un tintineo tenue, como de lágrimas de desamor cayendo al suelo. Les abrió la propia señora Miller. Se trataba de una mujer bajita y regordeta, cuyo rostro parecía rastrillado por más arrugas de las que correspondía a los cincuenta años que debía de tener, como si el sufrimiento también hubiese echado una mano. Tras darles la bienvenida efusivamente, los condujo a un saloncito acogedor que había a la derecha del vestíbulo.

—Les agradezco que hayan podido venir tan rápido a pesar de lo ocupados que están —les dijo la señora Miller—. Lo cual no me extraña, dado que son los mejores en *estos asuntos*. He visto el excelente trabajo que realizaron para mi prima Sharon, que reside en Wallington. Tiene colgada en su salón la hermosa foto que le hicieron rodeada de las hadas que viven en su desván.

—¡Ah, la señora Walton! —dijo Alan, deduciendo a quién se refería —. Sí, llevaba varias semanas oyendo ruiditos en el desván. Pero cuando subía, desaparecían. Todo el mundo le decía que eran ratas, pero ella tenía una… intuición. Pensaba que podían ser hadas.

—Sí, Sharon siempre ha estado obsesionada con las hadas —comentó la señora Miller sin poder disimular cierto hartazgo—. Desde que veía a las niñas del pueblo vestidas de hadas en la procesión de la Reina de Mayo.

—Pues no se equivocó, ya que, en efecto, lo eran —dijo Alan—. Una colonia de siete hadas, nada más y nada menos. ¡Siete!

—Ya, ya… ¿Y cómo lograron fotografiarlas? —quiso saber la mujer—. Nadie ha logrado verlas salvo ella. Sin embargo, en la fotografía las hadas incluso parecen posar para ustedes.

—Bueno, como dice nuestra publicidad: «Si usted los percibe, nosotros se los mostramos» —respondió Alan.

—Y la señora Walton nos facilitó mucho las cosas —añadió Violet—. Nos permitió dormir un par de noches en su desván, hasta que las hadas se habituaron a nuestra presencia… Sí, su prima es una mujer encantadora. No me extraña que enseguida se hiciera amiga de las hadas. ¡De las siete! Me dijo que una incluso comía lechuga de su mano… Lamentamos mucho la pérdida que sufrió.

La señora Miller dejó escapar un melodramático suspiro.

—¿Quién no ha perdido a alguien en esta horrible guerra? Mi marido ya era mayor cuando empezaron los reclutamientos, pero mi hijo Wyatt… —Dirigió la mirada al retrato de un joven risueño que colgaba en la pared—. Era un chico estupendo. Siempre contento, haciendo bromas de cualquier cosa… Murió como un héroe en la batalla de Ypres, o como se diga, al poco de empezar la maldita guerra. Su padre está orgulloso de que su hijo haya sido un héroe, pero a mí ¿de qué me sirve un héroe muerto?

Alan y Violet guardaron un silencio respetuoso mientras la señora Miller se recomponía. Cuando lo hizo, les sonrió con tristeza.

—¿Estuvo usted en el frente, señor Schofield? —preguntó, señalando el bastón de Alan con la barbilla—. Oh, lo siento. Disculpe mi indiscreción —se lamentó enseguida.

—No se preocupe. —Alan le restó importancia con un gesto de la mano—. Estuve en el frente, como era mi deber, señora Miller. En la batalla del Somme. Fui de los afortunados. A mí solo me dispararon en una pierna. Algunas semanas en un hospital y esta romántica cojera.

—Santo cielo… Pues me alegro de que sobreviviera a esa carnicería, señor Schofield. No solo por usted, sino también por su madre.

—Sí, mi madre me prefería cojo a muerto… supongo.

—Las madres sufrimos la muerte de un hijo más que un padre, ¿saben? No digo que Thomas no lo sintiera, pero él está casi siempre embarcado. Es contramaestre en un buque. Va y viene de Australia como quien va a la panadería. Sin embargo, yo tardé en aceptarlo. Creía que el aviso del ejército era mentira, otra de las bromas de Wyatt. Estuve los siguientes años ahogándome en un pozo de dolor,

no puedo describirlo de otra forma… Descuidaba la casa, mi higiene, hasta a Amber, que nació poco antes de que Wyatt se alistara. Es ahora cuando estoy levantando cabeza.

Volvió a cuajar en el salón un silencio triste, que Violet acabó rompiendo.

—¿Esta es Amber? —preguntó, señalando el retrato de una niña que había en una mesita.

—Sí, esa es mi pequeña —les confirmó la señora Miller.

Violet cogió el retrato y lo contempló con atención.

—¿Desde cuándo juega con el gnomo? —preguntó.

—Empezó a aparecérsele hará aproximadamente dos meses —respondió la mujer—. Lo recuerdo muy bien porque la primera vez que el tal Freddy nos visitó fue al día siguiente de volver de Wallington, de visitar a mi prima Sharon. He de confesarles que fuimos expresamente para ver su fotografía, como casi todo Sutton —reconoció con una mueca de pudor—. La verdad es que me dio cierta envidia que Sharon tuviera hadas en su desván. ¡Pero ahora nosotros tenemos un gnomo en el jardín! Bueno, al menos es lo que asegura Amber, porque la verdad es que ni Thomas ni yo hemos podido verlo… Si les soy sincera, Thomas piensa que no existe, que son imaginaciones de la niña.

—¿Y usted? —preguntó Alan.

—¿Yo? Bueno, yo la creo… Nunca he visto a Freddy, pero una noche oí ruidos en el jardín, y cuando bajé me encontré algunas flores pisoteadas… Y una vez que puse un pastel en la ventana para que se enfriara, lo encontré mordisqueado. Así que me he dicho: «Kate, si las hadas existen, ¿por qué no van a existir los gnomos?».

—Y está en lo cierto, señora Miller —dijo Violet—. Los gnomos existen, igual que las hadas, los elfos, los duendes y demás seres mágicos. La comunidad feérica, como se la conoce, es una población tan numerosa como la especie humana y visita con frecuencia nuestro mundo. En este país, especialmente, siempre hemos vivido rodeados de hadas y demás criaturas mágicas. Nos familiarizamos con ellos desde niños, están en los libros, en las ilustraciones, hasta son el motivo de los cuadros de célebres pintores… No tendríamos esa *herencia cultural* si no existieran los seres feéricos, ¿no le parece?

—Claro, claro… —admitió la mujer—. Pero ¿por qué no todos podemos verlos?

—Eso tiene una explicación muy sencilla, señora Miller —respondió Alan en tono didáctico—, permítame que la ilustre. Existen longitudes de onda que no vemos porque quedan más allá del alcance de nuestra percepción visual, ondas que, por así decirlo, se mueven fuera de la jurisprudencia de nuestros cinco sentidos. Los rayos X son un buen ejemplo. ¿Ha oído hablar de ellos? —Ella asintió como si jamás

hubiera oído hablar de ellos—. Son una radiación de frecuencia más alta que la luz visible —prosiguió Alan—, por lo que el ojo humano no puede verlos, y, sin embargo, ¡impresionan las placas fotográficas! Seguro que ha visto una radiografía. Lo mismo sucede con las criaturas mágicas. Sencillamente, emiten vibraciones de una frecuencia diferente que la mayoría de las personas no pueden ver porque se encuentra fuera de los límites del espectro luminoso. Pero sabemos que los niños, y también los médiums y clarividentes, gracias a su fuerza parapsíquica, pueden verlas. Y ahora debemos sumar el objetivo de una cámara fotográfica, como demostraron las niñas de Cottingley.

—Pero, si usted no puede verlos, ¿cómo puede fotografiarlos? —le preguntó sagazmente la señora Miller—. ¿O acaso es usted uno de esos médiums? Porque es evidente que ya no es un niño…

Alan la observó en silencio unos segundos, frunciendo los labios.

—Mmm… ¡Me ha pillado, Kate! ¿Puedo llamarla Kate? —respondió al fin con una sonrisa. La señora Miller dudó—. ¡Tampoco hace falta, señora Miller! Respondiendo a su pregunta, no, no soy médium, y como tan perspicazmente ha deducido, hace mucho que dejé de vestir pantalón corto. Yo, al igual que usted y la mayoría de las personas, no puedo ver a las hadas, ni a los duendes ni a ninguna criatura mágica. Ya me gustaría poder hacerlo, pero, con suerte, solo las oigo. —Alan se encogió de hombros con pesar—. Sin embargo, debe saber que hay ciertas personas bendecidas con la misma fuerza parapsíquica que los médiums y clarividentes. Como mi bella esposa —le reveló, mirando con cariño a Violet, que no pudo disimular un ligero sonrojo—. Aquí donde la ve, es una de esas personas elegidas. Ella sí puede ver a las hadas porque ha heredado el don de su bisabuela, que fue una médium rusa muy poderosa.

—¿En serio? —exclamó la señora Miller, observando a Violet con admiración—. ¿Usted puede ver a las hadas?

—Bueno…, verlas, verlas… —dijo Violet restándole importancia—. No soy tan poderosa como mi bisabuela. Más bien las percibo de manera difusa…, como peces bajo el hielo.

—Suficiente para que pueda indicarme dónde apuntar la cámara — concluyó Alan—. Como ve, mi esposa, aparte de modesta, es una chica muy especial. Como su hija, a la que estamos deseando conocer.

—¡Oh, sí, por supuesto! —exclamó la señora Miller—. Ya le he dicho que hoy vendrían a hablar con ella. Síganme, por favor, está en la habitación de juegos.

Volvieron al vestíbulo para subir la escalera que conducía a la planta de arriba. Una vez allí, la señora Miller abrió la puerta que daba a una habitación de mediano tamaño decorada con motivos infantiles. Todos los juguetes del mundo parecían haber sido

confiscados por la policía del aburrimiento y guardados allí. Casas de muñecas, carruseles, triciclos, marionetas, caballitos de cartón y trenes de hojalata se amontonaban promiscuamente en los rincones e invadían las estanterías como una plaga, pugnando por un poco de espacio con las colecciones de libros ilustrados. En la pared del fondo había un enorme ventanal que daba al jardín, por el que en aquel momento se derramaba un torrente de luz. En el centro de la habitación, arrodillada en una alfombra mullida y asediada por varias muñecas, estaba Amber, que sin duda iba a necesitar varias reencarnaciones para poder dedicarle una mínima atención a todos los juguetes acumulados allí, en aquella parodia de cámara faraónica. La niña, que estaba de espaldas, llevaba puesto un vestido verde de volantes y un lazo a juego en la cabeza que le recogía el oscuro cabello.

—Amber, estos son el señor y la señora Schofield, los fotógrafos que vendrán a fotografiar a tu amiguito Freddy.

La niña dejó de jugar y se giró hacia ellos lentamente, sin prisas, como si ella misma fuera un juguete articulado cuyo mecanismo necesitara un poco de aceite. Tenía una cara seria, de enormes ojos oscuros, profundos como abismos. Se limitó a observarlos con una mirada recelosa. Durante varios segundos, nadie se atrevió a romper aquel silencio tenso que de repente había desbordado el cuarto de juegos, hasta que Alan se animó a tomar el mando de la situación. Carraspeó un par de veces antes de dirigirse a la niña:

—Bueno, bueno…, así que ves a un gnomo en el jardín —comentó en tono jovial.

La niña examinó a Alan con suspicacia.

—Sí.

—¿Estás segura de que es un gnomo, pequeña?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Bueno… —titubeó Alan.

—¡Sé perfectamente lo que es un gnomo! —aseguró la niña casi con ferocidad—. Aunque solo tenga siete años.

—Ya… ¡Bien, bien! —dijo Alan sin saber cómo continuar.

Imploró la ayuda de Violet con una mueca angustiada. Acababa de descubrir que los niños no se le daban bien, sobre todo las niñas de siete años que veían gnomos. Violet tomó el relevo y se arrodilló junto a la pequeña con movimientos cautelosos, como quien se acerca a un gato callejero.

—Hola, Amber. Me llamo Violet. Encantada de conocerte —dijo con una sonrisa mientras sacaba una libreta de un bolsillo—. Hablemos de Freddy, ¿te parece?

La niña se encogió de hombros, lo que Violet interpretó muy libremente como un sí.

—¿Qué aspecto tiene? —le preguntó.

—Tiene aspecto de gnomo.

—¡Claro, qué tonta soy! —exclamó Violet poniendo los ojos en blanco—. Pero no todos los gnomos son iguales, ¿sabes? Tienen diferente estatura, por ejemplo. ¿Cuánto crees que mide Freddy?

—No sé.

Alan vio su oportunidad de aportar algo a la tortuosa conversación. Cogió una marioneta de una repisa —un muñeco vestido con un trajecito rojo, un gorro a juego y una nariz desproporcionadamente larga— y lo sostuvo ante la niña.

—¿Es más alto o más bajo que Pinocho? —le preguntó.

—¿Contando con el gorro?

—Con el gorro de quién.

—De Freddy.

—¿Y sin el de Pinocho?

—No, con el de Pinocho también.

—Los dos con gorro, entonces.

—Sí.

—Bien. Una vez aclarado eso, ¿quién mide más?

—Igual.

—Igual con los gorros, pero ¿sin ellos seguirían siendo…?

—Nueve pulgadas —zanjó Violet, apuntándolo en su libreta.

Alan devolvió con alivio el muñeco a la estantería, como si jamás lo hubiese tocado, y se puso a deambular por el cuarto, dejando el interrogatorio completamente en manos de Violet, que le preguntó a la niña cómo era la cara del gnomo.

—Como la de un anciano simpático. Tiene una barba blanca.

—Bien, barba blanca —anotó Violet—. ¿Y cómo va vestido?

—Viste leotardos negros, un chaleco marrón oscuro y un gorro rojo puntiagudo.

—¿Tiene alas?

—Dos.

—Claro, pero ¿cómo son?, ¿como las de las mariposas o como las de los coleópteros?

—Lo último.

—Alas de coleóptero —apuntó Violet.

Alan dejó de dar vueltas por la habitación y se colocó junto a la señora Miller, que seguía con interés la conversación.

—¿Hablas con él? —preguntó Violet para terminar.

La niña cruzó una mirada con la madre, que asintió.

—Sí, hablo con él. Es muy simpático.

—Dile de qué habláis, cielo —intervino la señora Miller con cierta emoción en la voz.

La niña miró a Violet.

—De Wyatt —respondió—. Me cuenta cosas de Wyatt.

—¿De tu hermano? —se sorprendió ella.

—Sí, me dice que está bien, que echa de menos a mamá… —explicó la niña—. Una vez me dijo que le habría gustado seguir vivo para jugar conmigo y que no tenga que hacerlo sola —recalcó.

Violet asintió en silencio y garabateó algo en su libreta.

—¿Lo han oído? —exclamó la señora Miller, nerviosa—. ¿Puede un gnomo tener acceso al más allá, señor Schofield? —preguntó mirándolo con expectación.

—Eh, bueno, técnicamente… —titubeó Alan.

—No, no puede —respondió Violet para decepción de la señora Miller.

—¡Claro que no! —corroboró Alan—. Eso sería un desmadre.

—Pero si el espíritu de Wyatt no está aún allí —matizó Violet levantándose de la alfombra—, sino que ronda esta casa; si, como les sucede a muchos, sigue atado a su hogar por algún motivo, lo más probable es que Freddy pueda verlo e incluso conversar con él.

—Porque emitiría dentro de su espectro luminoso… —dedujo Alan casi para sí mismo.

—Dios mío… —musitó la señora Miller.

—¿Puedes mostrarnos el sitio donde aparece, Amber? —le preguntó Violet a la niña.

La pequeña asintió y todos bajaron al jardín. Indecisa, Amber miró a un lado y a otro durante tanto tiempo que todos pudieron sentir bajo sus pies la rotación de la Tierra. Finalmente, señaló una planta.

—Ahí.

—En el lirio silvestre —apuntó la señora Miller.

—Le gusta balancearse en sus hojas —comentó la niña.

—¿Y a quién no? —dijo Alan, inclinándose para estudiar la planta como si fuera el jardinero.

—Si ya no tienen más preguntas, ¿puedo seguir jugando? —le preguntó la niña a Violet.

—Claro, cariño —le dijo esta—. Vete a jugar.

Amber se despidió de ellos con un gesto y regresó a la casa. Una vez que hubo desaparecido, su madre les preguntó:

—¿Creen que pueden fotografiarlo?

—Ya se lo dije: «Si usted los percibe, nosotros se los mostramos» —respondió Alan.

—Pero necesitamos trabajar en las mismas condiciones en que se le aparece a Amber —intervino Violet—. Nosotros desplegaremos nuestro equipo con el mayor cuidado posible para no espantarlo, pero de nada servirá si esto se llena de curiosos. Eso podría provocar que Freddy no quisiera aparecer. Aunque no lo parezca, los gnomos son muy tímidos y suelen recelar de las multitudes.

—Vaya —se sorprendió la señora Miller.

—Incluso volverse agresivos —añadió Alan.

—¿En serio?

—Sí, la mayoría de las personas piensan que los gnomos son algo así como los bufones de la corte feérica, pero nada más lejos de la verdad.

—Pues Amber nunca me ha dicho que Freddy fuera violento.

—Bueno, probablemente con ella no lo sea. Pero los gnomos son impredecibles, y eso es lo que los hace tan peligrosos —explicó Alan —. Conozco un caso que sucedió hace unos meses en la tranquila Glastonbury. Al parecer, varias personas se congregaron para ver a un gnomo jugar con un niño y, al encontrar a tanta gente a su alrededor, el pequeño ser empezó a comportarse como un monito irritado.

—Sí, les enseñaba los dientes y los insultaba —corroboró Violet.

—A una señora le arrancó la nariz de un mordisco.

—¡Por todos los santos! —se sobrecogió la señora Miller.

—Sí, se habla poco del carácter irascible de los gnomos —se lamentó Alan—. En fin, es mejor no provocarlo. Nosotros taparemos la verja con unos cartones y así evitaremos a los curiosos, pero convendría que usted, su marido y su hija tampoco estuvieran presentes.

—Ni en la casa —añadió Violet.

—¿Ni en la casa? Bueno, Thomas estará de viaje la semana próxima y Amber y yo… Supongo que podríamos irnos a pasar unos días a casa de mi prima. Quizá veamos a sus hadas.

—Nunca se sabe —dijo Alan.

—En tal caso, le garantizo que cuando vuelvan tendremos una fotografía de Freddy para su salón con la que su prima se morirá de envidia —le aseguró Violet.

2

Como ya hemos mencionado, el estudio fotográfico se encontraba en el número 22 de la calle Kelly, donde afortunadamente no había impactado ninguna bomba alemana durante la guerra. Tanto su discreta fachada como el escaparate, que solo mostraba fotografías de humanos, preservaban el misterio de su interior. Un misterio que solo se le desvelaba a quienes traspasaban la puerta, sobre la que colgaba un racimo de campanitas que emitía un tintineo evocador. Alan, que había instalado el chisme con gran esfuerzo, sostenía que era el toque perfecto que necesitaba la tienda, aunque Violet no era de la misma opinión («¿Cómo que no? Esta delicada musiquilla *predispone* a los clientes a la magia, haciéndoles creer que han cruzado a otro mundo, como si rompieran sin darse cuenta un finísimo himen de cristal», decía él; «Pues yo creo que esas irritantes campanitas molestan o asustan a los visitantes, dependiendo del temple de cada cual, pero desde luego no *predisponen* a nada, salvo quizá a que se marchen por donde han venido», decía ella. Aún seguían discutiendo sobre el asunto). Aquella parte del establecimiento, donde se encontraba el mostrador, sobre el que descansaban la caja registradora y un expositor de folletos publicitarios, era una estancia mediana cuyas paredes exhibían una docena de ampliaciones de sus fotografías más célebres, las verdaderas responsables de que su negocio hubiera prosperado a pasos agigantados. Había fotos de hadas, duendes, trasgos y toda la corte feérica. Allí estaba el duende Edgar repantingado como un emperador romano junto a una manzana mordisqueada; la ondina Evelina, que, como ya hemos señalado, era la única ninfa acuática fotografiada hasta el momento, peinándose sus largos cabellos verdes en el pozo de los Henson; e incluso las siete hadas que habitaban el desván de la señora Walton, algunas revoloteando sobre su cabeza y un par de ellas posadas sobre su hombro derecho. Detrás de una cortina estaba el estudio propiamente dicho, con una tarima de madera sobre la que había un par de butacas, una mesita con un tiesto con una orquídea y un colgadero con distintos fondos, aunque ya apenas lo usaban, porque las fotos de seres mágicos ocupaban casi todo su tiempo y, evidentemente, no las realizaban allí. La puerta del fondo daba al laboratorio de revelado, diminuto y mal ventilado, aunque provisto de los últimos adelantos fotográficos. Y la escalerita de madera que había a su lado conducía a

la planta superior, donde se encontraba la vivienda.

Pero ninguno de los dos se hallaba allí en aquel momento —¡solo he entrado a fisgonear!—, sino en un pequeño almacén que tenían alquilado a tres calles, donde habían instalado su taller clandestino. Ambos estaban atareados en una habitación estrecha, iluminada por una claraboya en el techo, que derramaba sobre sus mesas de trabajo la luz grisácea de un día nublado, como si la primavera se hubiera tomado un descanso después del titánico esfuerzo del día anterior.

—Así que un gnomo le ha arrancado la nariz a una señora de un mordisco… —se burlaba en ese momento Violet—. ¿No le habrá contagiado la *rabia élfica*? ¡Eso sería el colmo!

—¿Qué querías que dijera? —se defendió Alan—. La señora Miller no habría abandonado su casa unos días si Freddy se limitara a mostrar los dientes y lanzar insultos, como tú dijiste. Tienes imaginación, mi querida Violet, pero con límites. La mía, en cambio, no tiene fronteras. Es un territorio sin cartografiar del todo, como uno de esos mapas antiguos donde en las zonas inexploradas escribían «Aquí hay dragones». A veces, me doy miedo.

—No me extraña.

Alan volvió a inclinarse sobre su amplia mesa. Ante él, sujeta por unos fórceps de hierro, había una figurita de madera de un hombrecito a la que le estaba atornillando una pierna. Con un pequeño cincel le había tallado el rostro de un anciano adorable, con mofletes hinchados y una sonrisa simpática. Junto a la mesa había una gran estantería de madera, repleta de otros muñecos similares. Entre ellos, Edgar, el duende, esperando que le llegara de nuevo la hora de salir a ver mundo; Fergus, un elfo silvestre con cara de sueño, o las siete hadas que habitaban en el desván de la señora Walton, las cuales, cambiándoles los vestidos y las diminutas pelucas, también les habían servido para otra docena de fotos más. Violet tenía su mesa al otro lado de la habitación, e, igual de concentrada que Alan, cosía un pequeño chaleco verde. Terminó de añadirle los botones y lo dejó a un lado para rebuscar entre un mazo de retales.

—Vaya, no nos queda tela roja. El gorro de Freddy tendrá que ser azul o verde.

—Mmm, pero la niña dijo que era rojo —advirtió Alan, consultando la libreta.

—Bueno, Freddy podría tener varios gorros, ¿no? —sugirió Violet—. Igual que tú. Será un gnomo presumido. Además, no vamos a usar fotografías a color, así que simplemente parecerá un gorro de color *oscuro*.

—Bueno, vale. Pero que mida dos pulgadas, que la figura tiene siete y no podemos pasarnos de nueve.

—No creo que nadie se fije si nos pasamos o nos quedamos cortos.

—¿Tú crees? Piensa que va a salir en una fotografía con todo lujo de detalles. No va a ser como si se te apareciera a ti, que a pesar del don que heredaste de tu bisabuela rusa lo verías borroso —sonrió Alan—. ¿Cómo dijiste?, ¿«como peces bajo el hielo»?

—Ya sabes que mi imaginación tiene sus límites, Jimmy —refunfuñó ella.

Alan no respondió. Violet solo lo llamaba por su verdadero nombre cuando se enfadaba, como si en esos momentos *Alan* le pareciera más que nunca una envoltura ilusoria incapaz de sangrar, la cáscara de una avellana que había que romper para llegar al fruto, a su verdadera esencia, donde podía causar daño, así que prefirió no echar más leña al fuego. Levantó la figura del gnomo y probó sus articulaciones. Asintió satisfecho ante el abanico de posiciones con que lo había dotado usando solo unos tornillos bien situados. Freddy resultaba mucho más flexible que su colega Edgar, el duende, que parecía un viejo artrítico a su lado. Cada vez lograba un mayor realismo en las figuras, se felicitó, ya que nadie más, salvo Violet, podía aplaudir su arte, y no siempre estaba por la labor. Procedió a pintarla mientras ella acababa el gorro verde. Cuando Violet terminó, la pintura ya se había secado, así que pudieron vestirlo y pegarle la diminuta barba de algodón. El último detalle que quedaba eran las alas, que ella había confeccionado con unos alambres y tela de gasa, guiándose por las ilustraciones de un libro sobre insectos. Tras cosérselas a la espalda y probar a ponerlo en diversas posturas, Alan sonrió complacido.

—No está mal para ser nuestro primer gnomo —dijo con orgullo de padre—. Después de todo, las niñas de Cottingley usaron recortes de revistas para sus criaturas y hasta el autor de Sherlock Holmes se lo tragó. Si Doyle viera nuestro gnomo le parecería más real que él mismo.

—Sí, ha quedado bastante bien —corroboró Violet—. Si me secuestrara, puede que no quisiera que nadie pagara mi rescate.

—¿En serio? ¿No te parece demasiado bajito para ti?

—Tengo entendido que hay damas para las que la escasez de tamaño no supone un problema.

Alan no supo cómo tomarse aquello, dado que a veces las verdades toman forma de broma, así que se apresuró a cambiar de tema.

—¿Crees que la niña reaccionará bien cuando lo vea? —preguntó.

—Estoy casi segura, no creo que descubra su propia mentira —dijo ella—. Entenderá que no queremos desenmascararla, sino convertirnos en sus cómplices.

—Espero que estés en lo cierto y que realmente se lo haya inventado. Ya sabes, que no esté… —Alan se atornilló la sien.

—Amber no está loca. Créeme, sé distinguir la locura de la astucia. Además, todo encaja. Y no tiene sentido que las piezas formen una

imagen que no sirva para nada, ¿no?

—Supongo —respondió Alan.

—Debido a la muerte de su hermano Wyatt, su madre no le prestaba atención —dijo Violet, a modo de recuento de las piezas, caminando por la pequeña habitación con las manos cruzadas a la espalda, como los detectives de las novelas—. Debía de sentirse muy sola con su madre deprimida y su padre continuamente embarcado. Privada de su infancia por la muerte de un hermano al que ni siquiera llegó a conocer. Jugando sola en esa habitación atiborrada de juguetes… ¿Te has fijado en que algunos ni siquiera los había sacado de sus cajas todavía? Esa cantidad desproporcionada de juguetes delata la culpabilidad de una madre que siente no poder quererla por estar ahogada en su dolor. Pero ella no quería juguetes, solo el cariño que le correspondía. Estoy segura de que fue al ver las hadas de su tía Sharon cuando se le ocurrió fingir que veía un gnomo. Por eso viste ese libro sobre gnomos escondido detrás de la estantería. De ahí sacó la idea, y luego ocultó ese libro, que alguien le regalaría…

—Como quien oculta el arma de un crimen. Y por eso se inventó que el gnomo le hablaba de su hermano muerto. Así se garantizaba la atención de la madre.

—Sí, esa niña es muy lista.

—Tal vez deberíamos contratarla —propuso Alan.

A la mañana siguiente, como habían acordado con la señora Miller, tomaron el tren a Beckenham con todo el equipo. Llevaban la cámara, el trípode, incluso un foco que no iban a necesitar a menos que se produjera un eclipse, un fardo de cartones atado con una cuerda y la pequeña maleta donde Freddy dormitaba, tal vez soñaba.

—No la vayas a perder —le dijo Alan a Violet, refiriéndose a la maleta—. Con perder una ondina ya es más que suficiente.

—¿Otra vez con eso? —se quejó ella.

La fotografía de Evelina había sido con diferencia el encargo más difícil que habían aceptado hasta el momento. A la ondina, por aparecer descrita en la mayoría de los relatos, poemas y pinturas con el tamaño de una mujer normal y, además, totalmente desnuda, habían tenido que recrearla usando un maniquí que habían robado de los almacenes Harrods, al que habían añadido una peluca teñida de verde. Como no cabía en ninguna maleta, para transportarla hasta Swaledale habían tenido que envolverla en varios pliegues de papel de estraza atados con un cordel (para quienes se interesaban por el curioso bulto, Alan se había inventado que era un músico que tocaba el címbalo, un instrumento transilvano para espantar vampiros, pero

eso no viene al caso). Una vez en el pozo, ataron el maniquí con cuerdas pintadas de negro para que no se distinguieran en la oscuridad, y lo bajaron, como a un títere, hasta sumergirlo en el agua hasta la cintura. Luego, para poder realizar la foto, Alan, sujeto también por una cuerda y provisto de botas con clavos, descendió un tramo de pared como un escalador experimentado. Pero como no lo era, casi se despeña. Aun así, logró obtener un par de fotos decentes, si bien algo movidas a causa del balanceo. El nauseabundo olor de la fruta podrida que flotaba en el agua —las ofrendas de los Henson— casi lo hace vomitar. Pese al riesgo, el encargo mereció la pena, porque Niclas Henson, el patriarca del clan, les pagó veinte libras y cinco sacos de patatas, e incluso había querido añadir una oveja al lote, que habrían aceptado de haber sabido dónde meterla. El problema sucedió después, cuando llegaron al estudio y se dieron cuenta de que se habían olvidado la ondina en el portaequipajes del tren. Un descuido así era propio de Alan, pero impropio de Violet, por lo que este sospechaba que la había olvidado en el tren adrede. («Confiesa, no te gustaba cómo me miraba y decidiste deshacerte de ella», le decía a Violet, quien lo negaba alegando su derecho a no ser perfecta y olvidarse de cosas. «¡No hablamos de un paraguas, Violet, sino de una criatura mágica!», desconfiaba Alan. «Cree lo que quieras. Aunque, ¿qué futuro habría tenido vuestra relación, si no sabes nadar?» Aún seguían discutiendo sobre el asunto.)

Cuando llegaron a Beckenham, pese a que también hacía un día de primavera ejemplar, cogieron un taxi para evitar caminar cargados con todo aquello. El vehículo los dejó enseguida ante el *cottage* de la señora Miller. Tras comprobar que, efectivamente, habían dejado la casa, cegaron la valla con la mampara de cartones y desplegaron todo el material alrededor del lirio silvestre. Así, ocultos de posibles mirones, tanto de la calle como de la casa vecina, dispondrían de la intimidad que necesitaban para trabajar.

Mientras Violet preparaba la cámara —el último modelo de una Kodak plegable de bolsillo, objetivo rectilíneo rápido de doble combinación, obturador automático, rollo de película para ocho tomas —, Alan estudiaba el lirio silvestre en busca de una rama lo bastante fuerte como para sostener el peso del gnomo. Cuando la encontró, colocó a Freddy sobre ella y manipuló sus articulaciones hasta hacerle adoptar una postura aguerrida.

—Parece estreñido —dictaminó Violet—. Dóblale una rodilla, así parecerá que salta.

Alan continuó jugueteando con el muñeco hasta que, tras lo que se le antojó una eternidad, logró dar con una postura que satisfizo a Violet.

—Ahora —dijo ella, sin que Alan comprendiera por qué aquella

postura era más válida que cualquiera de las anteriores.

Violet le pidió que se apartara y, con la cámara a la altura del vientre, empezó a girar alrededor del lirio silvestre mientras disparaba fotos desde distintos ángulos. Como el rollo de película solo permitía ocho tomas, debía escoger cada perspectiva con mucho cuidado. Alan la observó hacer apoyado contra la verja. No sabía por qué se empeñaba en que cargara con el trípode si nunca lo usaba; tenía mejor pulso que él. Por no hablar del foco, que pesaba todavía más que el maldito trípode e incluso que el címbalo. También era más previsora que él. *Enfermizamente* previsora, podría decirse, aunque Dios le librara de decirlo. Pese a todo, Alan la contemplaba con más ternura que irritación. Concentrada en su labor, a merced de aquel sol primaveral, Violet se le antojaba poco menos que bañada en almíbar. Si se hubiese puesto un vestido veraniego de rayas azules y blancas en vez del traje chaqueta granate que llevaba, a Violet hubieran podido confundirla con la auténtica *chica Kodak*, la chica informal, dinámica y a todas luces sufragista que dibujaba John Hassell en los carteles publicitarios. Según los anuncios de la casa Kodak, las mujeres eran las encargadas de inventariar las vivencias familiares, de evitar que desaparecieran por el desagüe del olvido, dado que los maridos estaban demasiado ocupados trayendo el pan a casa y escalando socialmente. «Su Kodak salvará sus más preciados recuerdos —advertía la publicidad—. ¡Las vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas!»

Cuando Violet acabó, varios siglos después, empezaron a recoger los trastos. Freddy volvió a su sarcófago después del breve recreo, y Violet plegó la cámara y la guardó en su funda de cuero.

En esas estaban cuando escucharon un maullido. Se giraron y descubrieron a un gato atigrado caminando por la valla como un equilibrista, acercándose a ellos lleno de curiosidad.

—¡Vaya, aquí tenemos al responsable de pisar las plantas y comerse el pastel! —exclamó Alan.

Violet tendió una mano hacia el minino, que se dejó acariciar como un diosecillo altivo.

—Sí, ahora solo tenemos que evitar que la señora Miller vuelva a verlo haciendo de las suyas o acabará atando cabos —dijo.

Ante la favorable reacción del gato, se atrevió a cogerlo. Lejos de oponer resistencia, el minino se derramó en sus brazos como la masa de un bizcocho en un molde.

—Pues tendremos que hacer algo para que no vuelva a aparecer por aquí —dijo Alan—. Y solo se me ocurre un modo de asegurarnos.

Ella miró al gato, que ronroneaba confiado en sus brazos, feliz de haber encontrado aquel refugio en la tormenta. Luego miró a Alan.

—Es un gato callejero —arguyó él—. Nadie notará su ausencia.

Esa tarde, tras revelar el rollo de película, descubrieron que Freddy era bastante fotogénico. Les costó decidirse por una foto entre las cuatro o cinco aceptables. No podían entregarle un surtido a la señora Miller, ya que se suponía que los gnomos, como el resto de las criaturas mágicas, eran huidizos y caprichosos, lo que los hacía muy difíciles de fotografiar. Aunque no para el Estudio Schofield, claro, que había logrado fotografiar incluso a una ondina.

Era una suerte que pudieran revelar sus propias fotos y no tener que enviar el rollo a la casa Kodak. Eso les permitía controlar todo el proceso desde el comienzo, manipular las imágenes lo que fuera preciso y darles el acabado que necesitaban. Debía reconocer que el viejo Owen, el anterior dueño del negocio, les había instruido muy bien en el arte de la fotografía. El viejo se había criado en la época de las placas emulsionadas con bromuro de plata, como no se cansaba de repetirles. «Ahora os parecerá tristemente obsoleto, pero nos evitó tener que llevar a cuestas el laboratorio», les decía. Menos mal que la fotografía había evolucionado, pensó Alan, pues si ya le cansaba transportar su actual equipo de una esquina a otra de Inglaterra, acarrear todo lo necesario para el revelado le habría persuadido de dedicarse a otra cosa, por mucho dinero que aquel negocio pudiera reportarles.

Al día siguiente, se presentaron en casa de la señora Miller con una gran carpeta.

—¡Dios mío, lo han conseguido! —dijo ella al abrirles y reparar en el cartapacio.

—«Si usted los percibe, nosotros se los mostramos» —repitió Alan por enésima vez—. Nuestro anuncio no miente.

La mujer los condujo al salón casi a empellones, y, una vez allí, gritó:

—¡Baja, Amber! ¡Han fotografiado a Freddy!

No hubo respuesta, pero al poco se escucharon los pasitos de la niña picoteando los peldaños de la escalera. Alan y Violet cruzaron una mirada nerviosa y los dedos a la espalda.

Al entrar en el salón, Amber los miró con la expresión resignada de los condenados a muerte. Era evidente que creía que habían venido a desenmascararla, así que cuanto antes la sacaran de dudas, mejor. Alan colocó la carpeta sobre la mesa del comedor y se apresuró a deshacer el lazo para enseñarles la foto. El gnomo estaba en una rama del lirio silvestre, con su gorro de los domingos y su amistosa sonrisa. Tenía la rodilla derecha flexionada, como si hubiera sido inmortalizado a punto de saltar, trotar por la hierba y, quizá, desaparecer por un tiempo. La señora Miller abrió mucho los ojos,

pero lo que les interesaba era la reacción de Amber, que se acercó y estudió la foto en silencio, largamente. Luego los miró a ellos, que permanecieron serios, y luego otra vez al gnomo.

—Y tu padre no te creía… —balbució la señora Miller emocionada—. Ya verás cuando lo vea. —Se volvió y estudió una de las paredes del salón—. La colgaremos ahí. —Señaló con el dedo la pintura de un bodegón—. Quitaré ese horrible cuadro que me regaló mi prima y pondré a Freddy.

Luego se acercó de nuevo a la mesa y se inclinó sobre la foto todo lo que pudo, como si no terminara de creerlo.

—Así que este es el pequeño ser que habla con mi Wyatt…

Para que no reparase en cómo Alan y la niña se sostenían la mirada, Violet la tomó del brazo y la arrastró suavemente a una esquina.

—Sí, y podrá hacerlo durante muchos años más —le explicó—. Generalmente las niñas dejan de ver a los seres mágicos cuando les llega la menstruación.

—Oh, entonces aún queda mucho tiempo —calculó la señora Miller.

—Así es. A no ser que algo las haga madurar de pronto, que súbitamente dejen de ser niñas —señaló Violet—. Entonces lo más probable es que deje de verlo.

—¡Oh! —se alarmó la mujer.

—Si no quiere que eso suceda, haga todo lo que esté en su mano para impedirlo: préstele atención, dele cariño, cuídela… No permita que deje de ser niña hasta que la naturaleza lo decida.

—Por supuesto, por supuesto —afirmó rotunda la señora Miller.

—Y tú, pequeña —dijo Violet acercándose ahora a la niña y bajando la voz—, disfruta de Freddy cuanto quieras. Si algún día ya no necesitas verlo, díselo y dejará de visitarte.

Le guiñó un ojo disimuladamente a la niña, que asintió con gravedad. Alan dio entonces una palmada que sobrecogió a todos.

—Bueno, y ahora —dijo, dirigiéndose a la señora Miller al tiempo que sacaba la factura del bolsillo—, ¿qué tal si hablamos de la parte prosaica que sustenta la magia?

Media hora después, se encontraban en el apeadero, esperando el tren de vuelta a Londres bajo el sol de un mediodía impecable. Ambos permanecían en silencio. Alan recordaba con ternura el pequeño milagro que había sucedido en la casa de los Miller, cómo Violet había abrazado con palabras a la niña, lo feo que era el cuadro cuyo lugar había ocupado el gnomo; Violet no se sabía en qué pensaba.

—¿Estás bien? —le preguntó Alan.

—Muy bien —respondió ella—. Solo estaba sintiendo la primavera

retumbando en mi interior, ya sabes…

Alan sonrió.

—Hemos salvado la infancia de una niña. ¡Y su madre nos ha pagado por ello! —recapituló—. ¿No te encanta nuestro trabajo?

—Tanto como comer castañas o remendar calcetines —le sonrió ella.

Aunque su respuesta habría confundido al más pintado, a Alan le almendró el alma. En una ocasión, quizá harta de sus ruegos, Violet le había explicado que no le gustaba decir «Te quiero» con las mismas palabras que usaba el resto de la humanidad. Ella utilizaba otras, a las que sustituía su significado original por el de las que él tan desesperadamente necesitaba oír, y que, si era listo y estaba atento, las iría descubriendo. Al principio, a Alan se le antojó un reto imposible, pero, con paciencia y atención, descubrió dos de esos vocablos insulsos que ella redimía de su vulgaridad cargándolos con la pólvora del amor: *calcetines* y *castañas*, y desde entonces empezó a emplearlos también él, de modo que las palabras *te quiero*, pronunciadas por numerosas gargantas y escritas por numerosas manos a lo largo de los siglos, habían sido poco a poco desterradas de su vocabulario. Tanto era así que, si algún día uno de ellos osaba pronunciarlas, el otro comprendería con un escalofrío que había dejado de amarlo.

Cuando subieron al tren volvieron a coincidir con Grace y Gladys —no me preguntéis quién es quién—, que ocuparon los asientos de enfrente. Las señoras, que no se lo podían creer, aprovecharon aquella segunda oportunidad que les brindaba la vida para retomar su escrutinio, en busca de alguna pista que desvelara qué clase de relación unía a la pareja. Pero en vista de que las millas se sucedían sin que su inspección diera frutos, Gladys, o puede que Grace, vete a saber, optó por probar un método más directo y se decidió a entablar una conversación, usando el bastón de él como excusa.

—¿Estuvo usted en el frente, joven? —le preguntó.

—Así es, señora, como era mi deber —respondió Alan con amabilidad—. Por desgracia me hirieron al comienzo de la guerra, en Ypres. Un alemán me clavó su bayoneta en el muslo, el muy tunante. No es como recibir una bala, ¿saben?, que no deja de ser un modo de acabar con alguien bastante impersonal. Para clavarte una bayoneta el enemigo se tiene que acercar a ti, como para pedirte un baile, e incluso puedes olerle el aliento y mirarle a los ojos mientras trata de matarte.

Gladys y Grace, tanto monta, monta tanto, se sobrecogieron. Y Violet aprovechó para pellizcarle el brazo disimuladamente, dándole a entender que ya era suficiente escarmiento para aquel par de cotillas; pero a Alan le encantaba inventar historias, y, cuando empezaba, no

había quien lo parase, pues su imaginación era como un territorio a medio cartografiar, bla, bla, bla.

Estuvo un rato entretenido en sacudir los corazones de las señoras, arrancándoles varias lágrimas e incluso algunas arcadas, tales eran los horrores que había vivido, y cuando al fin se calló, Violet acomodó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Alan contempló con ternura su rostro iluminado por el sol que se filtraba por la ventanilla. Solo cuando Violet cerraba sus ojos, ocultando al mundo su mirada de perenne preocupación, su rostro parecía alcanzar la paz. Para no arruinar la composición, Alan posó un beso en sus labios con el cuidado de quien coloca la última carta de un castillo de naipes. ¿Cuántos besos se habrían dado desde que se habían conocido? Ojalá llevara la cuenta, porque pretendía llegar al millón. Cerró él también los ojos y se dejó envolver por la magia de que ella estuviera a su lado. Recordó el primer beso que se habían dado mientras Grace y Gladys intercambiaban una sonrisa cómplice, pues al fin habían obtenido la prueba que buscaban.

3

El beso que Alan estaba recordando, mientras el tren lo adormecía con su traqueteo, había tenido lugar seis años antes. Exactamente el 15 de agosto de 1917, a las cuatro de la tarde, en la segunda planta del Queen's Hospital de Londres, entre lamentos de dolor y olor a desinfectante. Vaya escenario, pensaréis, pero lo cierto es que el lugar resultaba de lo más apropiado, porque en aquel momento él era un soldado herido y ella la enfermera cuya habilidad para los torniquetes había evitado que fuera un soldado muerto. Para Alan se trataba de su beso número cuarenta y ocho, y para Violet, el treinta y dos —ellos no llevaban la cuenta, claro; pero yo sí, que para eso soy el narrador—; aunque de amor amor, me atrevería a suponer que era el primero para ambos.

Y, cuanto más pensaba en ello, más se asombraba Alan de que hubiera sucedido, pues el camino que sus labios habían tenido que recorrer para llegar a los de ella había sido largo y tortuoso. Si echaba la vista atrás, se imaginaba como un funambulista caminando por una telaraña gigantesca, y le resultaba milagroso haber mantenido el rumbo que lo había conducido hasta aquel beso, en vez de extraviarse en alguno de los infinitos desvíos que habrían hecho que jamás se produjera. Aunque en alguna ocasión, como veréis, Alan atribuirá el mérito a la sutil guía de alguna *entidad superior*, en realidad no consideraba seriamente la posibilidad de que hubiera fuerzas distintas a la de su voluntad interfiriendo en el destino de los hombres, y no seré yo quien le lleve la contraria.

Pero fuera o no mérito suyo, lo cierto es que Alan había logrado llegar hasta los labios de Violet en vez de morir a los siete días de nacer, que era lo que al parecer le correspondía. Para entender esto, debemos remontarnos al primero de los muchos pasos que lo habían conducido a aquel beso, que, por otro lado, ni siquiera había dado él, sino su madre, a la que nunca había llegado a conocer por mucho que fingiera lo contrario. Aunque yo sí, claro: se llamaba Alice Wilson y lo había tenido con apenas dieciocho primaveras. El padre era el patrón de la mansión en la que servía, que la había fecundado sin querer en una de sus tradicionales incursiones nocturnas a los cuartos de las sirvientas. Cuando Alice se enteró de lo ocurrido, decidió mantenerlo en secreto, pues sabía que poner el *incidente* en conocimiento de la familia solo iba a causarle problemas. Por eso, una apropiada noche

de tormenta del otoño de 1897, Alice recorre las calles del norte de Londres, calada hasta los huesos, buscando la puerta de Ellison House. Le han dicho que en esa casa de East Finchley acogen a muchachas que carecen de recursos para mantener al pecaminoso fruto de sus vientres. Por el módico precio de quince libras a pagar por adelantado, Rosie Ellison vela a las descarriadas durante los últimos meses de embarazo y, tras el parto, se encarga de encontrarle al bastardo una buena madre de adopción. O eso dice el anuncio.

La realidad es bien distinta, porque Rosie tiene madera de empresaria ambiciosa. Hace tiempo descubrió que, si mataba a los bebés por cuyos cuidados ya había cobrado para hacer sitio a otros, su negocio prosperaba más rápido. Al principio, recurría al jarabe de opio, que administrado durante unos días inhibía el apetito a los infortunados bebés, los cuales iban espichando poco a poco de inanición. Pero, ante lo aburrido y lento del método, ahora los asfixia con una cinta de costura y sanseacabó. Luego, para evitar levantar sospechas certificando las numerosas defunciones, amontona los cadáveres en un saco, se lo echa a la espalda y lo acarrea de madrugada al Támesis, donde lo arroja con la guarnición de piedras suficiente como para que los desdichados permanezcan quietecitos en el fondo.

Por desgracia para la empresaria en ciernes, su vecino de enfrente, el policía jubilado Roger Mulroney, padece un invencible insomnio que le obliga a montar guardia junto a la ventana, dando sorbitos a un té caliente que de poco le sirve. Ni que decir tiene que el trajín nocturno que se trae su vecina enciende el instinto de viejo policía de Mulroney, quien, tras la tercera salida con el saco, no duda en sugerir a sus excompañeros de la comisaría del barrio una redada en la misteriosa Ellison House.

Así que una noche, aprovechando la ausencia de la inquilina, cuatro agentes irrumpen de improviso en el *respetable* establecimiento. Uno de ellos, el agente Ben Grayson, se aventura en la habitación del fondo del pasillo tras arrearle un patadón a la puerta, sin saber que allí lo aguarda una imagen siniestra que tardará en borrarse de su mente: una docena de bebés desnudos dispuestos sobre una gran mesa como panecillos recién horneados. Se muestran inertes, fríos y ligeramente amoratados debido a la cinta de costura que les oprime el cuello, rematada en un fuerte nudo. Es la última camada, y todos han sido estrangulados con apenas unos días de vida, ni falta hace tocarlos. ¡Pero un momento! El quinto empezando por la izquierda, cuyo nudo parece que no ha sido apretado con suficiente fuerza, aún llora y patalea. Al agente Grayson, un solterón que empeñaba su tiempo libre leyendo novelas de aventuras con su gata Raven ovillada en su regazo, no le gustan los niños, eso es así, pero ni siquiera él puede resistir el

impulso de tomar a aquel desvalido bebé, quitarle la cinta del cuello y apretarlo delicadamente contra su pecho, tratando de no dejarlo ciego clavándole en los ojos los botones de su guerrera.

Apartado del registro por tener las manos ocupadas, Grayson espera en el portal con el bebé. Para protegerlo del frío nocturno, lo ha envuelto en las hojas de un ejemplar de *The Globe* que ha encontrado arriba, y mientras aguarda se entera de la preocupación de los ciudadanos de Birmingham por la proliferación de bandas callejeras en su ciudad.

Tras lo que se le antoja una eternidad, en la que el bebé no ha dejado de llorar ni un segundo, el sargento y sus dos compañeros se reúnen con él en la calle.

—Vaya monstruo… —dictamina el agente Crawford, que carga con un fardo de ropa de bebé incautada—. Estaba a punto de mudarse, como parece que hace cada cierto tiempo para no levantar sospechas; en esta ocasión pretendía huir a Somerset. ¡Pero este pequeñín se ha librado! —celebra, dando unas palmaditas al cráneo mondo del bebé, que no por eso cesa de llorar, más bien parece aumentar sus berridos, lo que hace que Grayson lo retire disimuladamente del alcance de su mano.

—He encontrado esto en un cajón, sargento —dice el agente Sweeney, agitando un fajo de papeles, que ojea por encima—. Parece que son telegramas en los que se conciertan adopciones y cartas de las madres preguntando por sus bebés.

—Pobres ilusas. ¿Es que ninguna ha leído *Hansel y Gretel*? —dice Grayson, que aprovecha cualquier oportunidad para alardear de su erudición lectora.

—¿Algún registro que nos permita averiguar quién es la madre del crío? —pregunta entonces el sargento Costello a Sweeney.

—Me temo que no —responde este—. Aunque, por otro lado, puede que la madre no muestre demasiado entusiasmo si se lo devolvemos, ¿no cree, sargento? Tal vez incluso la metamos en un lío, pues resulta evidente que lo ha dado de forma ilegal.

El sargento Costello, que ha tratado de librarse de la redada porque de noche el reuma lo mata, aunque es evidente que no lo ha logrado, le responde con un gruñido. A la vista está que no le tiene demasiada simpatía al sabihondo de Sweeney. Frunce su espeso mostacho, intentando abstraerse del llanto del bebé y pensar cómo resolver la situación antes de perder los tímpanos. Pero su éxito es pobre.

—¿No puedes hacer que el maldito crío deje de aullar, Grayson? —estalla—. ¡Estoy intentando pensar!

—No sin una cinta de costura, sargento —contesta Grayson, que solo desea recuperar sus brazos y volver a casa con la sigilosa Raven y sus libros.

Finalmente, el agente Crawford sugiere un hospicio en Old Nichol, del que tiene algunas buenas referencias. Al sargento Costello, que no recuerda qué era el silencio, esos vagos testimonios le bastan y sobran.

—¡Pues sea! Llévelo usted mismo, Grayson, que parece que le ha cogido cariño —ordena burlón.

El agente Grayson acepta de mala gana, y despierta a media ciudad de camino al hospicio. No obstante, antes de desaparecer de nuestra historia realiza una estimable aportación a la vida del bebé sugiriendo a las monjitas que lo registren con el nombre de Jim Hawkins, el intrépido grumete de *La isla del tesoro*, su novela favorita, porque el renacuajo tiene madera de superviviente, como demuestra que con apenas unos días de vida haya sobrevivido a la Bruja de East Finchley, como la apodarán los periódicos.

Los primeros cinco años de su existencia, Jimmy —como él mismo querrá que lo llamen— los pasó en el orfanato, y de ese periodo poco tengo que añadir que no hayáis leído en cualquier novela de Dickens. Ya con seis, las monjitas lo mandaron a una de aquellas escuelas públicas que el Estado estaba abriendo por toda Inglaterra para evitar que los niños pobres se descarriaran, donde le enseñarían los misterios de la escritura, la aritmética, la geografía y, cómo no, de la Biblia.

Allí conoció a Bill Turner, el maestro que la dirigía, un hombrecillo ceñudo y calvo, de huesos mal abrigados por una carne escasa. Acostumbraba a repetir, como si se tratara de un mantra, que el mundo estaba desquiciado y que él no podía hacer nada para ordenarlo mientras los golpeaba con su bastón a la menor excusa. Por suerte para Jimmy, su carácter espabilado y participativo le permitía sortear los bastonazos la mayoría de las veces, o puede que fuera al revés, que para sortear los bastonazos la mayoría de las veces se volviera espabilado y participativo, no importaba. Lo que importaba era que el sádico Turner le cogió cariño, dentro de sus limitaciones afectivas, claro está, y se lo recomendó como aprendiz a Dugan Farrell, un amigo suyo que regentaba una carpintería. El señor Farrell le pagaba una miseria, pero a cambio le dejaba dormir en el pequeño almacén que había encima del taller, y Jimmy prefería pasar las noches oliendo a serrín que a las ventosidades de docenas de niños hacinados en literas. Además, enseguida le cogió gusto a trabajar la madera, un material natural que podía moldearse, teñirse o pintarse, y que resultaba hermoso si se cortaba respetando la veta. Empezó haciendo barriles y ejes de ruedas, pero su destreza no pasó desapercibida al patrón, que pronto lo destinó al grupo encargado de fabricar mobiliario para la clase pudiente. Sin ir más lejos, la primera cómoda que Jimmy barnizó fue a parar a la mansión donde habían fecundado a su madre, y en sus cajones su desconocido padre guardaba ahora los calcetines. ¡Qué queréis! Mi condición de narrador

me permite reparar en este tipo de casualidades sin fines dramáticos con las que la vida muestra su retranca.

Así que Jimmy, agradecido de tener un plato caliente todos los días y un suelo donde dormir y de disfrutar de la edificante sensación de trabajar con sus propias manos, se abandonó a la corriente de la rutina creyendo que su vida ya había quedado dispuesta, que su futuro había dejado demasiado rápido de ser un misterio para él: sería carpintero, como el padre de Dios, y unas cuantas docenas de cómodas, mesas y percheros serían su valiosa aportación al mundo.

Sin embargo, el futuro es un perro con pulgas que nunca deja de removerse. Y fiel a ese principio, una mañana cualquiera de la primavera de 1909, el señor Farrell lo llama a su despacho para presentarle a un hombrecillo de sonrisa enigmática, cabello color ceniza y ademanes sosegados. Se llama Spencer Rylance y es el ayudante del famoso mago chino Gao Lee Wang, que en ese momento es cabeza de cartel de un espectáculo de variedades en el Hackney Empire. Rylance desea hacerles un encargo que debe llevarse con suma discreción, así que el patrón ha decidido encomendárselo solo a él, para que trabaje por las noches en el taller vacío. Según el plano, no parece complicado: se trata de una extraña mesita con una tapa corredera que se abre en dos desvelando un doble fondo. Jimmy no tiene problemas en fabricarla, barnizarla y pintarla él solo, y, tras darle el visto bueno, el señor Farrell le ordena que la empaquete en un cajón de madera, la cargue en la carretilla y la lleve él mismo al taller del mago.

Allí lo recibe el misterioso Rylance, que lo hace pasar a un pequeño sótano congestionado de cajas, arcones, espejos y otros cachivaches propios del ilusionismo. A Jimmy le sorprende distinguir al fondo, junto a un bastidor del que cuelgan varias túnicas de llamativos colores, una docena de jaulas con canarios, que desgranan sus trinos de oro en aquel zulo. Mientras él curiosea por la habitación, Rylance prueba varias veces el funcionamiento de la mesita, y queda tan satisfecho con el resultado que le regala una entrada para el espectáculo de esa noche.

Es la primera vez que Jimmy pisa un teatro, y aunque aquel es bastante modesto, se siente un privilegiado sentado en su butaca, rodeado de todas aquellas personas mejor vestidas que él que pueden permitirse asistir a esa función sin tener que invertir la paga de todo un año. Después de que una contorsionista adopte todo tipo de posturas inimaginables sobre un pedestal, como si en vez de huesos la sostuvieran las varillas de un paraguas, una melodía de timbales, cítaras y laúdes anuncia la salida al escenario del famoso Gao Lee Wang. Su aspecto exótico, con su túnica mandarina de vistosos colores, el sombrero a juego, la larguísima trenza y la tremolante

barba; su forma delicada de evolucionar por el escenario, revoloteando como una libélula en un estanque, y los diversos trucos que va encadenando sin apenas transición, al compás de la envolvente música, se confabulan para crear un espectáculo hipnótico que arranca sin esfuerzo ovaciones a la platea. Tras anudar y desanudar los aros chinos, hacer desaparecer peceras y sacarse de la garganta una ristra de pañuelos de colores, una espada e incluso una tea ardiendo, Gao Lee Wang detiene su ir y venir de pluma para plantarse en el centro del escenario, desde donde pide un voluntario. Cuando un caballero de las primeras filas sube, el mago saca una pistola antigua de esas que se cargan por el hocico, introduce pólvora, relleno y una bala y lo aprieta todo con la baqueta. Ya cargada, se la entrega al voluntario, y, mientras la música tradicional china muda en un tenso redoble de tambores, se aleja una decena de pasos y le invita a dispararle. El tipo le apunta con apuro, sin atreverse a hacerlo, pero finalmente, azuzado por el público, aprieta el gatillo. El mago recibe el tiro en pleno estómago y se encorva sobre sí mismo de dolor, arrancando grititos a un par de damas. Pero enseguida endereza su menudo cuerpecillo, se acerca tambaleante a un plato que hay en una mesita y, para asombro de todos, escupe la bala, que suelta un clinc al chocar contra la porcelana. La ovación es atronadora.

Y por fin llega el truco que Jimmy espera ansioso. En el escenario disponen *su* mesita, y Wang aparece portando una pequeña jaula con un canario, que enseña al público desde todos los ángulos posibles con una serie de elegantes florituras. Finalmente, la coloca en la mesita, la cubre con un pañuelo de seda azul y, tras una pausa dramática de dos o tres segundos, la destapa con un gesto brusco, mostrando la mesita totalmente vacía. A continuación, sin dejar que el público se reponga de la sorpresa, toma una hermosa rosa amarilla de un jarrón, la cubre con el mismo pañuelo y vuelve a retirarlo, revelando ahora al canario posado en su mano. Nueva ovación, más atronadora aún.

Durante todo el espectáculo, el público, presa del hechizo del mago, no ha dejado de aplaudir. Jimmy, sin embargo, no lo ha hecho ni una sola vez. Como al resto de los espectadores, también a él le gustaría creer que el mago es capaz de hacer aparecer y desaparecer canarios a voluntad, así como cualquier otro animalillo que se proponga, pero no puede, pues Jimmy sabe demasiado. Sabe que la bala nunca ha llegado al interior de la pistola. Y sabe que aquel pájaro no es el mismo que ha ocupado la jaula, sino un segundo canario que el mago llevaba en un bolsillo oculto de su túnica. Y lo que es aún peor, sabe que cuando el espectáculo acabe, Rylance abrirá la trampilla de la mesita y sacará el amasijo de hierros que es la jaula prensada, en cuyo interior habrá empalado un pequeño despojo sanguinolento.

Durante las noches siguientes, Jimmy no puede dormir porque le

acosa una pesadilla recurrente en la que lo persigue una enfurecida bandada de canarios clamando venganza. Son las docenas de canarios que mueren cada noche sacrificados en el altar de la magia, los cadáveres ensangrentados sobre los que se sostienen las ilusiones. ¿No hay otra forma de realizar el truco?, se pregunta tras cada sobresaltado despertar. ¿Es necesario que un canario muera brutalmente espachurrado para que otro obtenga sus quince minutos de fama? Movido por el insomnio, una de esas noches se acerca a la mesa, toma un pliego de papel y aboceta compulsivamente, intentando encontrar el modo de salvarles la vida a todos aquellos canarios que aguardan una muerte atroz en el taller del mago.

A la semana siguiente, se presenta allí de improviso. Wang no está, pero le muestra a Rylance el ingenio que ha fabricado. El ayudante observa con interés el artilugio, que parece el brazo de una armadura, y luego, animado por Jimmy, accede a probárselo. La pieza se acomoda sobre el antebrazo y parte del bíceps, y se ata con un par de finos correajes. Bajo el antebrazo lleva adosado un mecanismo de varillas de madera, una especie de relé que se activa con una palanquita sujeta a la muñeca. Si se ata una cuerdecita a la pata del canario y se acciona el mecanismo un segundo antes de prensar la jaula, es posible extraerlo con un suave tirón y desplazarlo por los raíles hasta una pequeña bolsita sujeta al final de ellos. Si se activa la palanquita en sentido contrario, el canario desanda el camino, siendo regurgitado a la mano del mago en el segundo acto, cuando le toque suplantar a la rosa amarilla. Fascinado por el artilugio, Rylance va a por un canario y, tras probarlo varias veces con éxito, decide incorporarlo a su repertorio de cachivaches. Esa noche, Gao Lee Wang aparece en escena con él disimulado bajo la túnica, y el canario, aunque terriblemente mareado, logra sortear a la muerte.

A partir de entonces, se establece entre ellos una provechosa colaboración que eleva aún más el espectáculo del mago. Rylance le encarga cualquier artilugio que se le pasa por la cabeza, y Jimmy lo traduce a madera con verdadero entusiasmo, mejorándolo casi siempre con alguna aportación personal. Cuando se le antoja preparado, Rylance le confiesa que su mayor ambición es conseguir que Gao vuele en el escenario. El año pasado, vio ese truco en varios teatros de Nueva York, y desde entonces quiere copiarlo, pero nunca se ha tropezado con alguien lo suficientemente diestro para ayudarle a diseñar el arnés y la pequeña grúa que requiere la ilusión. Entre los dos lo construyen, y, a partir de entonces, gracias al talento de Jimmy —y a un experimentado operario de grúa de cuarenta y pico años llamado McClusky que Rylance contrata para que maneje su invento desde las sombras—, el mago Gao, aparte de repeler las balas, también puede volar como sus canarios. Aunque le roban horas de sueño y el

señor Farrell no se los paga aparte, Jimmy disfruta con esos encargos. Para él su verdadera recompensa ha sido conocer a Rylance, lo más parecido a un amigo que, hasta el momento, le ha propuesto la vida.

Los encargos también permiten a Jimmy asistir cuando quiera a la función de su jefe, pues la butaca 28 de los teatros donde Gao Lee Wang actúa siempre permanece reservada para él. Desde allí, Jimmy observa con ojo crítico cómo funciona cada artilugio, el efecto que provoca en el público, la magia que origina. Se la imagina envolviendo a los crédulos espectadores como un manto dorado y crepitante hecho de abejas y luciérnagas entrelazadas. Un manto que no lo cubre a él, pues, como hemos dicho antes, Jimmy sabe demasiado. Es incapaz de sustraerse al engaño, de ignorar la falsedad que hay detrás de cada truco: las trampillas ocultas, las cartas manipuladas, los candados de pega, los artilugios atados al cuerpo del mago que esconde la cada vez más holgada túnica, el arnés que brinda su cuerpo al aire…

Una noche, Rylance lo invita a ver el espectáculo del Gran Sándor, un mago húngaro de gira por Inglaterra. Ante la fachada del teatro de Balham donde actúa, Jimmy le vuelve a agradecer la invitación.

—No hay de qué. En realidad, forma parte de un experimento —le confiesa Rylance.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Jimmy, apartando los ojos del cartel, donde el mago hace levitar a una muchacha ligera de ropa.

—Bueno, quiero comprobar si el impasible espectador de la butaca 28 se dignará a aplaudir esta noche. —La expresión de Jimmy se transforma en la de un niño cogido en falta. Su amigo sonríe—. ¿Creías que Wang no se daría cuenta?

—Vaya, yo…, francamente, no pensé que reparase en eso.

—Por supuesto que lo hace. A ese viejo zorro no se le pasa nada por alto. Y ver a un espectador contemplando su espectáculo con los brazos cruzados no anima mucho, la verdad.

Jimmy se imagina a sí mismo visto desde lo alto del escenario con los ojos del mago: tieso en su butaca, con la misma sonrisa condescendiente que acaba de dedicar al cartel de Sándor. El público aplaudiendo y él como si nada, ovillado en la bolsa marsupial de su escepticismo. Siente asco de sí mismo. Avergonzado de su conducta, intenta explicarse ante Rylance. Le asegura que no es culpa del señor Wang, sino suya; que ahora que sabe que bajo la magia solo hay un poco de ingenio o mucho de picaresca, no puede disfrutarla; que por muchas muchachas que haga levitar Sándor, sabe que tras ese milagro se esconderá un secreto trivial, decepcionante; que ahora comprende

que los magos protejan sus trucos incluso con su vida: no son seres especiales custodiando algo precioso, sino hombres corrientes ocultando algo vergonzoso.

Rylance no dice nada ante aquel borboteo de palabras melancólicas que mana de su boca como un deshielo de su bisoña alma, pero lo retiene por el brazo cuando Jimmy se dirige resignado a la entrada del teatro.

—Espera, chico. Te había traído a un espectáculo cuyos trucos no conoces precisamente por eso, pero me temo que no servirá de nada. Tienes que recuperar la fe en la magia, y eso no lo vas a conseguir asistiendo a un espectáculo de magia… —Frunce el ceño, cavilando—. Iremos a otro sitio.

—¿Va a llevarme a un pub? —bromea Jimmy.

—A un sitio mucho mejor. Por suerte, no está lejos y quizá aún queden entradas. —Rylance consulta su reloj de bolsillo—. Pero hay que darse prisa o llegaremos cuando la magia ya se haya desvanecido.

Echan a andar a paso ligero y, tras unos veinte minutos de marcha casi marcial, se detienen resoplando ante un pequeño teatro. Ansioso por descubrir el misterio que casi le hace echar el bofe, Jimmy observa el cartel de la fachada. Ningún mago actúa allí. Se trata de una función de teatro. A Jimmy le sorprende el aire infantil del cartel, que muestra a un puñado de niños volando por el cielo como una bandada de patos, con sombreros y espadas piratas, siguiendo a uno algo más mayor que toca una flauta.

—*Peter Pan, el niño que no quería crecer* —lee.

—Es una obra que se ha hecho muy popular estos meses —le informa Rylance—. Yo he venido a verla tres veces. Nunca me canso.

Jimmy se encoge de hombros y sigue a su amigo al interior del teatro. Mientras invite él… Le sorprende la cantidad de niños que hay dentro, acompañados de sus padres. ¿Lo ha traído Rylance a ver una obra infantil? Cada vez más desconcertado, toma asiento y se prepara para cualquier cosa. Si le aburre, siempre podrá echar una cabezadita. Pero para su sorpresa, la obra es un delicioso entretenimiento. Está protagonizada por Peter Pan, el niño de la flauta que, aparte de volar y tener un hada como mascota, no quiere crecer, tal y como dice el cartel. Él, Wendy y sus hermanos viven mil aventuras en el País de Nunca Jamás, una tierra hecha de imaginación amasada donde moran indios, sirenas, hadas y hasta un grupo de piratas a las órdenes de un malvado capitán. A Jimmy, que jamás ha asistido a una función de teatro, todo le parece adorable, desde la gracia etérea de Peter Pan, interpretado por una actriz, hasta la maldad ridícula y excesiva del capitán Garfio, su enemigo incondicional desde que este le cortara una mano y se la diera de comer a un cocodrilo, al que da vida el mismo actor gordinflón de movimientos solemnes y voz poderosa que

también interpreta a George Darling, el padre de Wendy. Cuando en cierto momento, para salvar de la muerte al hada Campanilla, los actores piden la colaboración de los niños del público, que deben gritar: «Yo creo en las hadas», Rylance se une al griterío sin el menor pudor, para sorpresa del resto de los padres, comulgando con aquella emotiva ceremonia mágica. Jimmy lo imita y, en medio del embravecido mar de niños, grita a pleno pulmón que él también cree en las hadas.

Al salir del teatro, Rylance le palmea el hombro.

—¿La has sentido, muchacho? ¿Has sentido la magia allí dentro? —le pregunta, expectante.

—Sentirla es poco, señor Rylance, ¡me ha traspasado! —exclama Jimmy.

Su amigo asiente, complacido.

—La magia no siempre necesita de trucos. A veces puede crearse solo con palabras, como las del tal Barrie, el autor del libreto —lo alecciona Rylance emprendiendo la caminata de regreso, ahora al paso calmo, reflexivo, del paseante—. Los trucos dan igual, chico, no son lo importante. Cualquiera con dinero puede hacerse con un surtido de artilugios. Lo que de verdad importa es la otra *magia*, la destreza del mago para embaucar al espectador. Ahí es donde reside su verdadera magia. Porque, pese a los adornos, un mago no es más que eso: un embaucador. Y puede hacer que una persona crea en cualquier cosa si se lo dice con la suficiente seguridad y una puesta en escena adecuada. ¿No es eso, precisamente, lo que están haciendo esos médiums y espiritistas que proliferan por toda Inglaterra? Ese puñado de farsantes hacen pasar trucos de magos convencionales por efectos sobrenaturales. Fingen que los muertos les hablan, y los desconsolados familiares del espíritu convocado, nublados por el dolor, no dudan en creerlos. —Rylance se lleva las manos crispadas al rostro, simulando una terrible aflicción—. «Oh, mi pobre Edmond, cómo va a sobrevivir en el más allá sin mí, si no sabía ni limpiar la tetera»…

Aunque su imitación de una viuda desconsolada deja mucho que desear, Jimmy le obsequia con una risita cortés.

—Entiendo, señor Rylance —le dice, y tras meditarlo un momento, añade con cierta amargura—: Pero no deja de ser triste que lo sobrenatural, las ilusiones…, la magia, en definitiva, pueda iluminar cualquier corazón menos el de quienes están detrás de los trucos. Como nosotros. Supongo que ese es el precio que tenemos que pagar los que estamos del lado de los listos.

—Ingenuos y listos… Es un modo de verlo, sí —concede Rylance—. El más obvio y pretensioso. Aunque yo prefiero verlo de otro modo. A mí me gusta comparar el vasto e insondable cerebro humano, ese universo infinito que esconde secretos que solo ahora estamos

empezando a descifrar, con uno de mis artilugios, y pensar que tal vez nosotros accionemos la palanquita adecuada, activando alguna zona que les permita ver…

Se calla, como espantado de los derroteros de su propio discurso. Rylance sacude entonces la cabeza y le dice que se olvide de todas esas tontas elucubraciones de viejo que acaba de soltar. Caminan un trecho, cada uno abismado en sus pensamientos. A esas horas de la noche, mientras cruzan el Albert Bridge sin prisas, el silencio es tan espeso que Jimmy casi puede oír el frufrú de las estrellas al rozarse con el firmamento.

—En el fondo, tú lo has expresado perfectamente, muchacho —reconoce Rylance, retomando sus divagaciones—: ingenuos y listos. De un lado las víctimas, y del otro, los embaucadores… Pero con lo que ya no estoy tan de acuerdo —puntualiza— es con que los que estamos de este lado seamos inmunes a la magia. No creo que tengamos que pagar ese precio. O al menos, yo me resisto a ello. Supongo que por eso voy a esa función siempre que puedo, para recordar que la magia existe en las grietas de la realidad, aunque solo los niños puedan verla.

Jimmy sonríe, ocultando como puede el embarazo que le provoca bucear por las simas del alma de Rylance, y vuelve a lamentarse por no haber aplaudido los esforzados trucos de Wang. Su amigo camina unos metros abstraído, chasqueando la lengua, y finalmente dice:

—Tal vez deberías disculparte con Gao en persona.

Jimmy lo mira lleno de asombro. Pese a que lleva varios meses trabajando para él, aún no conoce a Wang. Cuando el espectáculo acaba, el mago enseguida toma un taxi a su hotel porque la función lo agota, por eso le sorprende la propuesta de Rylance.

—Mañana no hay función, estará descansado —le dice su amigo—. Supongo que dormirá todo el día, así que pásate por su hotel cuando anochezca. Estaremos esperándote. Sé puntual.

Entre asustado y excitado, Jimmy le dice que allí estará. Tras cruzar el puente, cada uno toma un rumbo distinto. De camino a la carpintería, Jimmy se saca del bolsillo la cartera que ha robado en el teatro al caballero de delante aprovechando el tumulto que han armado los niños y cuenta el dinero. No está mal, aunque por el aspecto del tipo esperaba un botín más suculento. Por suerte, Rylance no se ha percatado de nada. También se ha tragado eso de que la magia lo ha traspasado, cuando en realidad se ha sumado al griterío de los críos para escandalizar a la señora que tenía a su lado. Siente haber engañado a su amigo, pero ha preferido eso a decepcionarlo. Tal vez la infancia de Rylance rebosara de magia por los cuatro costados, pero la suya había transcurrido en una realidad roma y cruel. No hay en su interior ningún niño con el que conectar. Está en el bando de los

listos, y ya no puede cruzar al otro. Por mucho que Rylance dijera, se había vuelto tan inmune a la magia como el mago Gao a las balas.

Al día siguiente, Jimmy acude al hotel del mago a la hora convenida y sube a la habitación que ocupa, una de las suites de la última planta. Allí es donde vive Wang y donde despacha sus entrevistas con la prensa, aunque casi siempre es Rylance quien las responde por él, dado que el mago apenas chapurrea el inglés. Al llegar, se encuentra la puerta entornada. Jimmy se lo toma como una invitación a entrar y se aventura en las dependencias del mago, donde flota un evocador aroma a incienso. Las lámparas están apagadas; solo un puñado de velas repartidas por los rincones y la luz de las farolas de la calle, que se filtra en la estancia tamizada por los visillos, riñen con las sombras. Es como estar dentro de un cuadro de Caravaggio.

—¿Señor Wang? ¿Señor Rylance? —exclama Jimmy errando en la penumbra, sin saber muy bien qué se espera de él.

Nadie responde. Un corro de trinos lo atrae hacia un bulto cercano al balcón. Al aproximarse, descubre que es una jaula grande con al menos una docena de canarios en su interior.

—Tú salvar sus vidas —dice Wang, sobresaltándolo.

En algún momento ha aparecido a su espalda, como una sombra que se solidifica. Jimmy lo observa, sorprendido. Viste una túnica más sencilla que la que luce en el escenario, casi una especie de camisón sofisticado, y el abundante cabello, que lleva suelto, le enmarca el rostro como una capucha.

—¿Querer alguno antes de que mí echar de hotel por chino ruidoso? —le pregunta.

—Se lo agradezco, pero no tendría dónde guardarlos —responde Jimmy, declinando amablemente el ofrecimiento.

Solventado el espinoso asunto de los canarios, ambos se miran en silencio, sin saber cómo encarrilar el breve cruce de palabras hacia una charla distendida. Jimmy observa a Wang, que parece posar para alguien. Ninguna fotografía podría hacer justicia a su perfecta inmovilidad.

—¿No va a venir el señor Rylance? —pregunta al fin.

El mago sacude la cabeza con tanta brusquedad que Jimmy da un respingo.

—No poder. Tener que acompañar esposa a cena importante.

—¡No sabía que estaba casado! —se sorprende Jimmy.

—Sí, casado y con familia —le informa Wang—. Siete hijos.

Jimmy abre mucho los ojos.

—Nunca me ha comentado nada…

—Rylance hombre discreto. Y aburrido. No saber ningún chiste. ¿Tú saber chiste, muchacho?

Jimmy le responde que no, pero le promete aprenderse algunos para la siguiente ocasión en que se vean. Wang asiente con uno de sus enérgicos cabezazos, satisfecho con su promesa, y lo conduce a una salita para tomar el té. Jimmy lo sigue, desconcertado por la pobre iluminación de la sala e intimidado por la forma de hablar del mago, que parece lanzarle pedradas de palabras. A un lado, sobre una estantería, hay un quemador de incienso, el responsable de que la suite apeste como un establo de unicornios. En el centro, sobre una alfombra, las velas apenas esculpen en la oscuridad una mesita baja con varias teteras y cuencos de barro, distintos utensilios y un platito con hojas. Wang se arrodilla ante un lado de la mesa e invita a Jimmy a hacer lo propio enfrente.

—Té no servir de cualquier manera. Yo seguir ceremonia milenaria —aclara sin disimular su orgullo—. Enseñar abuela cuando yo pobre niñito tonto.

Wang toma el platito con las hojas, absorbe su aroma con una aspiración honda y se lo entrega a Jimmy para que haga lo mismo, aunque él es incapaz de oler a otra cosa que no sea el incienso que los asfixia. Cuando se lo devuelve, el mago, ayudándose de una cuchara de bambú, introduce las hojas en una de las teteras, que llena con el agua hirviendo de otra. Luego, mientras deja que el té repose, lo mira con fijeza.

—Tú no saber chiste, pero saber robar carteras. Eso mejor.

—¿El señor Rylance me vio hacerlo? —pregunta Jimmy, que esa noche va de sorpresa en sorpresa, como una abeja en un jardín marciano.

—Rylance ser hombre discreto y aburrido, pero también atento —dice Wang, tomando la tetera y sirviendo dos cuencos hasta la mitad—. Tú no atento, muchacho.

Jimmy espera pacientemente a que el siseo de serpiente sibilina que produce la bebida se desvanezca para emitir su protesta:

—¡Claro que estoy atento! Es más, apostaría a que podría adivinar cómo se realiza cualquier truco que vea en un escenario.

Tal vez ha pecado de arrogante, porque habría algunos que seguramente no podría adivinar, pero posiblemente no iría muy desencaminado en sus deducciones, tal es la experiencia que está acumulando con Rylance. Pero tanto da, pues Wang niega con rotundidad.

—Ese problema. Tú solo atento al escenario. Tú creer que solo haber trucos ahí.

—¿Qué quiere decir?

—Tú mirar, no ver —dictamina Wang.

Le tiende uno de los cuencos humeantes, que Jimmy toma con cuidado, como si fuera un gorrión herido.

—No le entiendo —dice.

—Tú volver mañana después de función y yo mostrar. Tú mañana entender. Ahora beber en tres sorbos —ordena Wang, señalando el cuenco.

Jimmy obedece y le propina un sorbo al té, calculando dejar líquido para dos tragos más. Cuando termina, deposita el cuenco en la mesita, y espera a que Wang dé su trago.

—Quería disculparme por no aplaudir en su espectáculo —le dice luego—. Le prometo que en la siguiente función aplaudiré hasta que me sangren las manos.

—No es necesario que tú autolesionar, chico —responde Wang—. Basta tú fingir aplaudir. Manos valiosas.

Le hace una señal y ambos coordinan su segundo trago.

—Tú buen *ingenier* —le dice Wang cuando devuelven el cuenco a la mesita—. Tú poseer una inventiva excepcional.

—Gracias —responde Jimmy, algo cohibido por los inesperados halagos del mago, que más parecen insultos, como todo lo que dice.

—Tú no darlas.

Wang sacude una mano y vuelve a tomar el cuenco. Ambos, en un recogimiento que a Jimmy se le antoja excesivamente dramático, acaban el dichoso té.

—Además, como tú poder comprobar —retoma la conversación Wang—, la competencia en nuestro gremio ser cada vez más feroz… ¡Dentro de poco todos los ilusionistas querer un ingeniero como tú para destacar del resto!

—¿En serio?

Wang asiente.

—Rylance pensar retirarse en un par de años. Querer vivir con su familia en granja, lejos de apestosa Londres. Cuidar niños y cerdos. Él querer hablar con jefe tuyo para ceder como su aprendiz. Él desear preparar a ti como mi futuro *ingenier*.

—¡No me había dicho nada! —exclama Jimmy.

—Porque antes yo conocer a ti y decir si querer o no como ayudante.

—Ah… —balbucea Jimmy, que de repente tiene la sensación de que Rylance le ha tendido una trampa. Las disculpas eran una excusa. En realidad, lo ha mandado a una entrevista de trabajo con Wang. Sin avisarlo. Con los ojos vendados, como quien dice. Cuando Jimmy lo entiende, el corazón se le acelera y la garganta se le seca. ¿Ha hecho todo bien desde que ha entrado allí? ¿Tendría que haber aceptado algún canario, beber más despacio el maldito té?

—Tú no temer —lo tranquiliza el mago—. Yo aceptar. Aunque tú no

contar chiste, tener imaginación para trucos. Tú hasta hacer volar como hada.

Jimmy trata de disimular sin mucho éxito un suspiro de alivio.

—¡Estaré encantado de ser su *ingenier*, señor Wang! Y me gustaría decirle que para mí es todo un…

—Tú marchar ya —lo interrumpe Wang—. Yo necesitar descansar. Mañana venir con chiste.

Esa noche, Jimmy tarda en coger el sueño. No es para menos. El encuentro con el mago le ha revuelto el alma. Le parecería una alucinación, o un espectáculo de sombras chinescas, símil mucho más apropiado, si no fuera porque la piel le huele a incienso y su paladar conserva la herencia amarga del té. Mañana, en la función, aplaudirá como un poseso, eso lo tiene claro. Quizá no *a primera sangre*, pero casi. Como el sueño no llega, Jimmy se imagina cómo sería esa vida que el señor Wang le ha pintado en el blanco lienzo de su futuro, y le gusta. Le gusta mucho. Ya no será un vulgar carpintero. Será un *ingenier*, un ingeniero de sueños, alguien capaz de hacer soñar a la gente. Su vida transcurrirá al otro lado de la magia, donde no se sienten sus efectos, sino donde se crean. A un lado los soñadores, y al otro, los ingenieros de sueños, por ennoblecer el tándem ingenuos y listos. Y junto con Wang, revolucionará el mundo de la magia.

Al día siguiente, lo primero que hace es dirigirse a la biblioteca, donde recuerda haber visto un libro de chistes, y memoriza media docena de los que le parecen más del agrado de Wang. «¿Sabe cuál es el libro que nunca devuelven en la biblioteca?» Al caer la noche, acude al teatro y ocupa la butaca 28 más nervioso de lo normal, y cuando ve a Wang tragar fuego y hacer desaparecer peceras, trata de olvidar lo que hay detrás de cada truco, no ver los candados de pega ni las trampillas ocultas, ignorar la media docena de artilugios que él mismo ha contribuido a fabricar, y ver su espectáculo con los ojos de la mayoría del público, como lo vería un niño que cree en las hadas, disfrutar de la verdadera magia. Y tras cada truco aplaude a rabiar, luchando porque su aplauso destaque entre las palmadas del público, como un pianista virtuoso en una orquesta mediocre, porque sabe que Wang tendrá sus ojos clavados en él, su futuro *ingenier*.

Y al fin ve al mago solicitar a un voluntario para demostrar al público que las balas no pueden matarlo, que por el estómago le entran y por la boca le salen. Y ve a un voluntario subir decidido al escenario, tomar el arma cargada de manos del mago, que se aparta unos metros. Y ve al hombre dispararle resuelto en el pecho. Y a Wang encorvarse sobre sí mismo de dolor. Y mirarse confuso las manos

empapadas de sangre. Y desplomarse sobre el escenario. Y sacudirse entre estertores ante un público que no sabe si aplaudir o no, hasta que su cuerpo se queda quieto, como un pez fuera del agua.

Jimmy nunca ha visto a Wang llegar a esos extremos de veracidad en el truco de la bala, y espera a que se levante con las manos alzadas, preparadas para aplaudir. Pero el mago no se levanta. Quien sí lo hace es un espectador de la primera fila, que sube al escenario gritando que es médico, se arrodilla junto al mago y, tras colocarle dos dedos en el cuello, se yergue espantado. Su reacción no deja lugar a muchas dudas. Algunos caballeros se levantan alarmados y corren hacia el escenario, algunas damas gritan y se abrazan entre sí. Pese al revuelo que se desencadena en el teatro, Jimmy permanece en su butaca, con el aplauso atascado en las manos, en lo que bien podríamos diagnosticar como estado de shock. *El manual del suicida*, murmura como en trance, *El manual del suicida*, señor Wang. Pero Wang no se ríe. Cuando al fin consigue sobreponerse, Jimmy se levanta y busca a Rylance entre el tumulto, pero no lo encuentra por ningún lado. Quizá haya acompañado a los de la morgue, que se han llevado el cadáver de Wang, o puede que a la policía, que se ha llevado a su asesino. Según le explica McClusky, el operario de la grúa, el hombre había apostado con sus amigos a que el mago no era inmortal y, convencido de que este sisaba la bala disimuladamente al entregarle la pistola, había introducido por el cañón un penique que, al ser disparado, había perforado el pulmón derecho de Wang, matándolo en el acto.

Esa noche, Jimmy tampoco puede dormir, aunque por razones bien distintas. Ni siquiera le queda el consuelo de poder combatir a la madrugada imaginando una vida futura que se ha disuelto como la propia magia. En cuanto amanece, acude al taller para darle el pésame a Rylance, aunque nadie le abre. Quiere ir al entierro del mago, así que compra un periódico para averiguar dónde y cuándo será, pero por mucho que rebusca entre sus páginas, no encuentra la esquela de Gao Lee Wang. Sin embargo, encuentra otra que no buscaba. Y ahí lo tenéis, abriendo mucho los ojos ante la esquela de Spencer Rylance. Al principio no lo entiende, pero luego la comprensión va calando en su mente. El truco de Rylance lo ha engañado también a él. Casi le parece oír la voz del mago advirtiéndole que los trucos no solo suceden en el escenario, la de Rylance recordándole que uno puede creerse cualquier cosa si quien se lo dice lo hace con la suficiente seguridad y una puesta en escena adecuada. Incluso él. El impasible espectador de la butaca 28 que se creía inmune a la magia.

4

Cinco años después, Jimmy huía de un marido cornudo por las calles de Londres. El hombre era un panadero de Hornsey llamado…, bueno, no importa quién fuera. Era otro más a cuya mujer había seducido gracias a su mirada limpia y un poco soñadora, a su sonrisa inocente y un poco pícara, a su pelo castaño y un poco revuelto y, sobre todo, a su labia elocuente y un poco hipnótica. Tal combinación de ingredientes parecía haber sido preparada por encargo en una botica para cautivar a cualquiera.

Y en todos estos años, Jimmy no se había quedado cruzado de brazos. Al contrario, había perfeccionado sus timos hasta convertirlos en una especie de arte. No hacía ascos a ningún fraude, porque todo sumaba. Había empezado aprovechando los sencillos trucos de cartas que Rylance le había enseñado para desplumar a los jóvenes que jugaban al *pitch-and-toss* en los callejones, pero aquello le reportaba más palizas que dinero, así que poco a poco se había atrevido con estafas más elaboradas y seguras, como la venta de falsos boletos premiados, subscripciones a revistas inexistentes, autógrafos de famosos y cosas así. Pero en cuanto comprobó que, efectivamente, la gente estaba dispuesta a creer en todo si la cegabas con la palabrería adecuada y una buena escenificación, fue subiendo la apuesta. Ahora sabía que esa palanquita a la que se había referido Rylance se llamaba *sugestión*, y moviéndola en el sentido correcto podía hacer que cualquiera creyera posible lo imposible. Entre otras cosas, había llegado a vender una pócima hecha con agua, malvavisco y unas gotas de láudano que había bautizado como el Jarabe del doctor Moreau, un bebedizo capaz de potenciar la inteligencia de las personas, que el Gobierno intentaba confiscar para seguir manteniendo a los ciudadanos *adormecidos*; un mapa que señalaba la entrada al *nuevo Giresun* —en una cueva de Denbighshire—, un reino de amazonas sobrevivientes que habitaban el centro de la tierra y le habían encargado suministrarles hombres viriles para perpetuar su raza; o su favorito, el Revitalizador, un artilugio que había fabricado con unas piezas de madera, algunos alambres, un imán y una varilla eléctrica que, al ser introducida por el ano, le provocaba al usuario una serie de descargas que multiplicaban su potencia sexual. El límite de sus estafas lo ponía su imaginación, que por aquel entonces apenas había sido cartografiada.

Ya no trabajaba de carpintero por una miseria, porque se sacaba mucho más con sus chanchullos, al menos lo bastante como para alquilar una habitación en una pensión de Bermondsey, comer caliente en alguna taberna al menos una vez cada dos días y, cuando se le daba bien, desfogarse en algún burdel donde tuvieran la cortesía de cambiar las sábanas tras cada cliente. Era cierto que no se pavoneaba cada noche en el escenario del Phoenix o del Plaza invocando canarios de la nada, pero hacía magia. ¿Acaso no inventaba ilusiones con las que hacía soñar a las personas? ¿No sabía despertar sus anhelos más íntimos, encontrar el deseo más secreto hasta en las almas que no deseaban nada? Sí, seguía, en definitiva, al otro lado de la magia, el de los listos.

Aunque ahora sabía que eso no lo inmunizaba contra ella, pues siempre podía encontrarse con un embaucador mejor que él, como su amigo Rylance —si es que ese era su verdadero nombre— le había demostrado. Cada vez que recordaba que había tomado el té con él creyendo que lo hacía con Wang, sentía una especie de vértigo existencial. ¿Era la realidad tal y como él la veía o se trataba de un elaborado trampantojo? Pero aquella pregunta resultaba de lo más intrascendente frente a la que verdaderamente lo obsesionaba: ¿por qué nunca le había revelado su amigo que él era Wang? No lo sabía, aunque le gustaba pensar que durante los primeros meses en los que habían trabajado juntos no lo había hecho porque primero quería asegurarse de que podía confiar en él. Y luego, su *apatía mágica* le había llevado a usar su propio secreto para darle una lección. El hecho de que Wang le hubiera citado para la noche siguiente —«Tú mañana entender»— invitaba a pensar que quizá lo hubiera recibido el propio Rylance vestido con una túnica mandarina y una sonrisa burlona, a modo de golpe de efecto.

Unos días después de su muerte, Jimmy había coincidido con McClusky, el operario de grúa, en el almacén de Wang. «Voy a vender todo esto entre el gremio de magos —le había dicho—, así que coge lo que quieras.» Por no hacerle el feo, Jimmy había cogido el arnés que hacía volar a Gao, casi lo único de todo aquello que podía guardar con facilidad. Pero antes de despedirse de McClusky se había atrevido a hacerle la pregunta que lo reconcomía por dentro: «¿Tú sabías que Wang era Rylance?». El operario asintió. «A mí nunca me lo confesó», musitó Jimmy sin poder disimular su decepción. «A mí tampoco —le dijo McClusky—, pero la estatura y complexión similares, el tono de voz idéntico, que no tuviera los ojos rasgados…» Al reparar en su azoramiento, añadió para consolarlo: «Bueno, yo tenía ventaja, ya que lo veía más de cerca que tú cada vez que le ponía el arnés…». Pero aquello no había consolado a Jimmy. Lo que sí lo hizo fue pensar que, en realidad, él también había reparado en todos aquellos detalles,

pues eran bastante obvios, pero su mente los había ignorado inconscientemente porque prefería que fuesen dos personas diferentes. «Aquellos que desean creer en la magia tienen más ventaja a la hora de creer en ella», pensó, sin poder evitar oírlo con el tono aleccionador de Rylance.

Pero fueran cuales fuesen sus planes, un penique con ínfulas de bala había matado al único amigo que tenía, y lo había dejado otra vez *huérfano*. Si ahora sobrevivía en las calles de Londres con sus timos era para mantener viva su memoria. Eso se decía, aunque si malvivía de ese modo era más bien porque resultaba menos pesado y más divertido que fabricar percheros, y se le daba igual de bien, o incluso mejor. No sabía si Rylance habría estado orgulloso del uso que les había dado a sus enseñanzas, pero no podría negar que había sido un alumno excelente. Era hábil con las palabras y cuidaba la puesta en escena. Pero no solo eso. También sabía detectar quién quería ser engañado. Quién *necesitaba* ser engañado. Como la mujer del panadero.

Volviendo al tema. Se suponía que el panadero amasaría pan durante toda la noche mientras él *amasaba* a su mujer en su lecho (perdón por el chiste fácil), pero esa noche había llegado a casa antes del amanecer porque se le había agotado la provisión de yeso que usaba para adulterar la harina y dar al pan ese blanco inmaculado que los ricos exigían en sus mesas. Esa era la razón por la que ahora Jimmy huía en calzones, con su ropa hecha un gurruño en las manos.

Seis callejones después, ya lo había despistado. Jimmy se apoyó en una pared para tomar aliento. Se masajeó las piernas, no porque sospechara que solo le quedaban tres años para disfrutar de ellas —la cojera de la izquierda era el último peaje que debería pagar para alcanzar los labios de Violet—, sino para destensar los músculos tras la carrera. Sobre su cabeza, el telón del amanecer empezaba a desvelar un bonito día de mediados de agosto de 1914. Mientras se vestía, pensó en qué emplearlo. Hoy no le apetecía *trabajar*. Además, aún le quedaba suficiente dinero bajo el colchón como para pasarse el día leyendo en alguna biblioteca parroquial, su actividad favorita después de la profanación de lechos ajenos. Una vez, el maestro Turner le había explicado que si los niños como él, que habían tenido la mala fortuna de nacer pobres, querían sortear el ingrato porvenir que les correspondía, debían cultivar su inteligencia, acumular el mayor conocimiento posible, porque solo eso les permitiría labrarse un futuro mejor. Como el maestro no acostumbraba a dar consejos, las raras veces que escupía uno Jimmy lo recibía como si lloviera maná. Desde entonces se aficionó a la lectura, a devorar todos los libros que había en la escuela, y luego en las bibliotecas parroquiales, desde novelas de aventuras y misterio, sus preferidas, hasta ensayos, manuales y

revistas divulgativas de las más diversas disciplinas. Y un buen día, charlando con conocidos del barrio en un parque, se dio cuenta de que todo aquel conocimiento desordenado que se estaba asentando en su cabeza le diferenciaba del resto de los muchachos, que apenas sabían sobre el mundo lo que enseñaban las calles. Él, en cambio, sabía lo que era el *panteísmo*, el *preámbulo* y el *esofagoscopio*, y cómo era la vida en el ballenero Pequod a las órdenes del capitán Ahab, y podía disertar largamente sobre la selección natural, la pintura romántica o la guerra de Troya, y estaba seguro de que sabría reconocer a un inuit de tenerlo delante, aunque no estuviese despellejando una foca. Leer era el equivalente a tomar el Jarabe del doctor Moreau, en caso de que hubiera sido algo más que agua con láudano. El maestro Turner le había entregado un *arma secreta* para que pudiera defenderse del futuro que lo acechaba entre la espesura. Por eso, siempre dejaba un par de días a la semana para *cultivarse*, para hacerse cada vez más inteligente de aquel modo artesanal.

Sus ojos se fijaron entonces en un cartel que había pegado en el muro. Mostraba a un enorme gorila de aspecto feroz tocado con un casco del ejército alemán; en una mano empuñaba un garrote, mientras que con la otra sujetaba a una doncella desfallecida con los pechos al aire. Sobre el dibujo, unas enormes letras animaban a los británicos a alistarse para ajustarle las cuentas a aquel «bruto loco», la idea del soldado teutón que tenía su Gobierno.

Al parecer, la guerra en Europa iba en serio. En junio, después de que un terrorista serbio asesinara al heredero del Imperio austrohúngaro, Austria había atacado Serbia, provocando que el resto de los países, atados unos a otros por un entramado de alianzas, como cerezas en un cesto, se vieran obligados a tomar partido por un bando u otro. Incluso la propia Gran Bretaña, que hasta entonces se había mantenido al margen de las riñas vecinales de Europa, había declarado la guerra a Alemania una semana antes.

Hasta aquel momento, creyendo que aquella guerra la libraría el ejército regular y ocurriría lejos de casa, Jimmy no se había interesado mucho por ella. Pero el hecho de que el Gobierno hubiera empezado a solicitar voluntarios significaba que la contienda era más importante de lo que él pensaba. Tal vez fuese mejor dejar la biblioteca para otro día y regalarse un buen desayuno en alguna de las tabernas más concurridas de Holborn. Así podría llenarse el estómago mientras pegaba la oreja a las conversaciones vecinas y cosechar información fresca sobre su devenir.

Eligió Ye Olde Mitre, donde, como sospechaba, no se hablaba de otra cosa. Allí se enteró de que la doncella ultrajada que apresaba el monstruoso simio del cartel representaba a Bélgica, el país por donde los alemanes querían cruzar hacia Francia, su antigua enemiga. Jimmy

salió de la taberna tras zamparse un buen plato de salchichas con la impresión de que, si tenía que dar crédito a todo lo que había oído, los alemanes —que eran unas criaturas monstruosas surgidas del fornicio entre una bruja y un súcubo— estaban arrasando aquel diminuto país simplemente por encontrarse en medio y, en aquella orgía de destrucción, no solo violaban a las mujeres, sino que, en una muestra de sadismo innecesaria, les cortaban los pechos y las clavaban con sables en las plazas.

La prensa siguió glosando las barrabasadas alemanas hasta bien entrado septiembre, y para entonces las oficinas de reclutamiento rebosaban de voluntarios ansiosos por unirse al ejército británico. Muchos de ellos acababan de cumplir los dieciocho años y no querían perderse aquella aventura que pondría una nota de inesperada emoción en sus vidas. Estaban convencidos de que, con un poco de suerte y puntería, en las próximas Navidades, para las que ya habría acabado todo, trincharían el pavo luciendo alguna medalla que revelara a sus familias que estaban conviviendo con un héroe, o tal vez una pequeña cicatriz en la mejilla que derritiera el corazón de las chicas, lo cual era aún mejor. Pero Jimmy pensaba todo lo contrario. De hecho, al pasar junto a las oficinas de reclutamiento no podía evitar dedicarles una mirada de desprecio a todos aquellos jóvenes impacientes por convertirse en modernos Aquiles. ¿Qué nobleza había en una guerra? Pues con él que no contaran. No pensaba mover un dedo por un país que poco le había dado, por mucho que este le asegurase que lo necesitaba desde cientos de carteles, aunque soltar aquella bravata cuando aún le faltaba un año para los dieciocho, la edad mínima para alistarse, no tenía mucho mérito.

Así que Jimmy se quedó en Londres, y durante las siguientes semanas asistió maravillado al brusco despoblamiento de la metrópoli. Como los hombres en edad de combatir partían en manada al frente, las mujeres y los jubilados tuvieron que tomar el relevo para que la maquinaria social siguiera funcionando. Cientos de puestos de trabajo, tradicionalmente ocupados por hombres, fueron asignados a las mujeres, que dejaban las tareas del hogar para trabajar en fábricas de armamento, ocuparse de la administración, conducir autobuses, arar los campos e incluso ejercer de policías, sin que la diferencia pareciera notarse. A Jimmy aquel nuevo Londres, más sosegado y permisivo, de calles tranquilas y tálamos incompletos, se le reveló un paraíso para sus fraudes.

Pero donde realmente hizo su agosto fue en los cementerios, que la guerra estaba volviendo lugares muy concurridos. Allí regresaban, con los pies por delante, la mayoría de quienes partían al frente a por su porción de gloria, y Jimmy no tardó en inventar para ellos un variado catálogo de deudas pendientes. Aunque como sus fullerías tenían un

límite, se impuso una regla: aprovecharse solo de las familias pudientes. Sus blancos, más que las desconsoladas viudas —lo cual le resultaba excesivamente impúdico incluso a él—, eran los hombres que las acompañaban, los padres, hermanos o cuñados del finado, a los que, según el día, se les presentaba como el recadero de alguna joyería donde el fallecido había encargado una diadema o un broche grabado que a causa de la guerra había dejado a medio pagar o como el de alguna asociación filantrópica que luchaba contra la extinción del rinoceronte negro, el leopardo de las nieves o el pájaro dodo, a la cual el finado debía la última cuota. Eso sí, tenía cuidado de pedir siempre pequeñas cantidades que el engañado pudiera llevar encima y no se pensara mucho en pagarle para expulsarlo cuanto antes de aquella tragedia íntima sin hacer demasiadas preguntas. Aquellas mentiras dimensionaban la imagen del finado a la par que le permitían comer caliente, así que miel sobre hojuelas. Y para los familiares especialmente desconfiados o remolones a la hora de sacar el billetero tenía un as en la manga: les decía que era el recadero de alguno de los prostíbulos de peor reputación del East End, a los que el finado era tan asiduo que hasta le fiaban. En cuanto oían eso, se apresuraban a aflojar la pasta antes de que sus *aficiones* llegaran a oídos de las viudas.

Al principio, le dio cierto apuro seguir con sus estafas mientras los jóvenes caían como moscas en el frente, pero había tanta gente sacando tajada de la guerra que aquellos remordimientos enseguida se desvanecieron. Él solo era uno más, y de los menos aprovechados. Como decía el maestro Turner (aunque había descubierto que la frase era de Hamlet), el mundo estaba desquiciado y él no podía ordenarlo. Solo intentar que, durante el tiempo que duraba un truco de ilusionismo, a algunos les pareciera más hermoso de lo que en realidad era.

Y en esas llegó la Navidad, sin que la guerra hubiera acabado aún. La última noche de 1914 Jimmy se encontraba con los pies colgando en un tejadito de un edificio del West End, viendo las casas de los ricos iluminadas con sus fiestas, el Big Ben recortado contra un cielo picado de estrellas y el Támesis al fondo. Mientras el año exhalaba su último suspiro, no pudo evitar preguntarse cuántos más iba a seguir con aquella vida de timador. Cuando la guerra terminara, los escasos supervivientes regresaran y todo volviera a la normalidad, ¿qué haría él, seguir engañando a la gente? ¿Seguir engañándose a sí mismo diciéndose que estaba impregnando sus vidas de magia? ¿No debía tener un propósito, si no más noble, al menos más ambicioso que el de procurarse un plato de comida caliente cada día? Las monjitas del orfanato le habían dicho que había sido el único bebé superviviente a la Bruja de East Finchley, que había asesinado a docenas de bebés,

pero saltaba a la vista que eso no lo había estimulado lo suficiente como para hacer algo valioso con su vida. Quizá debía buscarse un trabajo honrado, puede que una novia con la que crear una familia en torno al fuego de un hogar… En definitiva, construir algo de lo que sentirse orgulloso, aunque fuera esa felicidad vulgar y corriente a la que aspiraba la mayoría. Sí, tal vez había llegado el momento de sentar la cabeza, resolvió mientras oía las campanadas de medianoche que daban por finiquitado aquel año tan lamentable en el que la tierra había bebido más sangre que nunca.

5

Un año largo después, Jimmy huía de otro marido cornudo por las calles de Londres, lo cual no decía mucho en favor de los propósitos de año nuevo, aquella costumbre que los antiguos babilonios habían instaurado para ganarse el beneplácito de sus dioses y que, desde entonces, el grueso de la humanidad no hacía más que incumplir. En concreto, la persecución tenía lugar la noche del 1 de octubre de 1916, y la guerra, aquella guerra que todos predecían corta, aún continuaba. Ya había rebasado dos Navidades e iba camino de la tercera, sin que nadie le adivinara un final.

A comienzos de ese mismo año, las numerosas bajas en el frente habían llevado al Gobierno británico a establecer el reclutamiento militar obligatorio para todo hombre soltero entre los dieciocho y los cuarenta y un años, a menos que desempeñaran un oficio imprescindible para la sociedad. Jimmy, que ya tenía diecinueve y seguía sin ganas de morir en Francia, suspiró aliviado al consultar aquel listado de empleos básicos, pues si bien el oficio de timador no figuraba entre ellos, el de maestro sí. Así que, mientras las levas forzosas refrescaban con más de veinte divisiones nuevas al perjudicado ejército de su país, él se convertía como por arte de magia en ayudante del viejo Turner. Su antiguo maestro, al que los años habían convertido en un anciano encorvado cuyos golpes con el bastón apenas dolían ya, recibió con los brazos abiertos a aquel alumno modélico dispuesto a ayudarlo con los pequeños salvajes que tenía a su cargo. Evidentemente sospechaba que sus motivos eran más espurios que vocacionales, pero firmó encantado todo lo necesario para que Jimmy se quedara en Londres. Si de él dependía, el alumno más brillante de su escuela no acabaría en ninguna trinchera remota cubriéndose las narices con un trapo empapado en orines para protegerse de los gases venenosos que les lanzaban los malditos alemanes. El mundo estaba desquiciado, le recordó, y ellos nada podían hacer para ordenarlo, salvo tratar de convertir a aquel centenar de niños que representaban el futuro de Inglaterra en hombres de provecho, lo suficientemente inteligentes como para no provocar ninguna otra guerra en lo que quedaba de siglo.

Pero volvamos a la noche que nos ocupa, en la que Jimmy corría en calzones otra vez, y no porque tal actividad le diera suerte. Seis callejones después, aún no había despistado a su perseguidor. Eso se

debía a que esta vez el marido cornudo no era un panadero, ni un contable, ni un sastre ni nadie con un oficio similar al que un par de carreritas lograran agotar. Su perseguidor era, tatatachán…, ¡el Gran Sansón!, el forzudo de un circo acampado en las afueras de la ciudad. Y estaba demostrando encontrarse en una forma física envidiable. Nada de esto habría pasado si Jimmy hubiera seducido a la mujer barbuda, pero le había gustado más la trapecista. Y ahora iba a pagar sus gustos refinados con un par de huesos rotos, como poco, pues el Gran Sansón acabaría pillándolo tarde o temprano, se veía venir. A Jimmy no le costaba imaginárselo atrapándolo, tomando su pierna izquierda entre sus poderosas manos y retorciéndola como una de esas barras de hierro que doblaba en el circo, dejándole una cojera de por vida. Pero aún faltaba un par de años para eso.

En esas estaban cuando empezaron a sonar las sirenas antiaéreas. Jimmy hizo amago de detenerse, pero al echar un vistazo por encima del hombro y descubrir que el Gran Sansón continuaba persiguiéndolo como si ni siquiera el inminente bombardeo alemán fuera motivo suficiente para impedirle vengar su afrenta, decidió que era mejor seguir con la carrera. A los pocos segundos, se encontraron atravesando una riada de personas que corrían despavoridas en dirección contraria, hacia donde debía de encontrarse el refugio más cercano, sin ninguna consideración por su juego del gato y el ratón. Tras algunos desesperantes minutos en los que se sintieron como un par de salmones remontando la corriente, de pronto se quedaron solos, con las calles a su merced, amén de algunos idiotas que se habían detenido a ver los haces de luz de los reflectores barrer el cielo en busca de los intrusos.

Jimmy puso rumbo al puente de Blackfriars para minimizar los riesgos de que alguna bomba le tirase un edificio encima. Aquel no era desde luego el primer bombardeo que sufría en sus carnes. De hecho, como la mayoría de los londinenses, estaba aburrido de que lo bombardearan un mes sí y otro también. Alrededor de un año antes, los alemanes habían sembrado el pánico en Londres llegando por el aire con unas monstruosas aeronaves que parecían robadas de una novela de H. G. Wells, el escritor futurista. Se llamaban zepelines y, pese a su ridículo aspecto de salchicha o pepino, resultaban amedrentadoras al desplazarse sigilosamente por los cielos, desovando sus bombas aquí y allá. Aunque a la hora de la verdad demostraron más voluntad que puntería, el Gobierno británico había instalado un cinturón de reflectores y baterías antiaéreas para proteger sus cielos.

La sombra de un dirigible oscureciendo el mundo los hizo detenerse. Varios focos confluyeron enseguida sobre su gigantesca silueta, señalando el blanco a los cañones antiaéreos. Entre el espanto y la fascinación, Jimmy y el forzudo, junto a la media docena de curiosos

que se habían apostado en el puente, pudieron observar con todo lujo de detalles aquella aeronave que flotaba sobre sus cabezas merced al hidrógeno que henchía la brillante lona de algodón. En la parte inferior llevaba adosadas dos góndolas, donde viajaban la tripulación y la mortífera carga de bombas. El dirigible intentó zafarse de los reflectores ascendiendo y descendiendo en una curiosa danza mientras las baterías le disparaban desde varios puntos. Pero los artilleros no parecían estar muy finos aquella noche.

—Si no lo abaten pronto, ese bicho tendrá tiempo de sobra para dejar caer algunos de sus regalitos —comentó uno de los curiosos.

—Sí, eso seguro. Y puede que incluso corramos peligro en este puente —apuntó con buen criterio otro, aunque ninguno hizo el menor amago de largarse. Después de todo, era como estar en el mejor palco de la ópera.

De repente, todos enmudecieron, pues en el horizonte se recortó la liviana silueta de un biplano que se acercaba resuelto. Con las tres bengalas convenidas, avisó a las baterías que cesaran el fuego para poder aproximarse. Estas obedecieron, y fue como si de repente alguien hubiese cerrado la tapa de un piano, pues solo se oyó un silencio abrumador. Hasta que el diminuto biplano lo rompió lanzándole al dirigible una ráfaga de ametralladora. Por desgracia, la colosal aeronave no pareció acusar los disparos, así que el intrépido piloto se vio obligado a efectuar algunas pasadas más.

Jimmy reparó en cómo el Gran Sansón, a su lado, observaba maniobrar al biplano con la boca abierta bajo su bigotón. Podía largarse en cualquier momento, pero estaba tan subyugado como todos por aquella enésima recreación del duelo bíblico entre David y Goliat. Finalmente, el avión realizó una arriesgada acrobacia y disparó a la aeronave una ráfaga desde abajo. El cambio de estrategia dio resultado, porque en pocos segundos el dirigible se convirtió en un horno en llamas. Los espectadores prorrumpieron en aplausos y víctores, que arreciaban cada vez que algún tripulante, presa de la desesperación, se arrojaba al vacío desde la góndola, cayendo al Támesis o estampándose contra el suelo, según sus tratos con la providencia. Tras un par de minutos ardiendo, la nave empezó a resquebrajarse, se escoró y acabó embarrancando entre los edificios lejanos, convertida en un gurruño de hierros y tela en llamas.

—¡Vayamos a ayudar! —exclamó uno de los curiosos.

Todos echaron a correr hacia el accidente, menos Jimmy y el Gran Sansón, que no se movieron del sitio. El forzudo contempló con preocupación el incendio distante y luego miró a Jimmy, que se encogió de hombros, dándole a entender que tendría que elegir entre hacer su buena obra del día o terminar su venganza, porque desde luego él iba a largarse en dirección contraria. ¿Acaso la vida no estaba

hecha de elecciones? Aunque no lo conocía de nada, Jimmy sospechaba que el Gran Sansón tenía más escrúpulos morales que él, y en eso no se equivocaba. Lo que no había calculado era que el forzudo no tuviera intención de irse con las manos vacías, así que el impacto de su puño de granito en pleno rostro le pilló por sorpresa. El tremendo golpe lo tumbó en el suelo, y allí permaneció Jimmy casi una hora, medio atontado, viendo solo con el ojo derecho cómo los pocos dirigibles que habían sobrevivido al ataque emprendían la retirada hacia su base, cruzando por delante de la luna como un cortejo de ballenas.

Unas cuantas semanas después, su ojo ya estaba mejor, pero el alma aún le dolía allí donde había hecho mella la lección moral que el Gran Sansón le había dado sin pretenderlo —aún recordaba la foto que había salido en el periódico, sacando del incendio a aquella ancianita y sus tres gatos en sus poderosos brazos—. Mientras desayunaba en la siempre concurrida Ye Olde Mitre, Jimmy se planteó por enésima vez ser mejor persona, alguien de quien sentirse orgulloso, como la trapecista lo estaría del Gran Sansón. ¿Debía de tener algo así como una misión en la vida, una finalidad? Quizá debía rescatar su viejo plan eternamente postergado y seguirlo punto por punto esta vez: abandonar aquella existencia parasitaria, buscarse una novia, un empleo honrado, *etc.* Saltar de lecho en lecho y sacarse con sus chanchullos un dinero que nunca ahorraba no lo iba a conducir a ninguna parte. Tenía que marcarse un norte, convertirse en un hombre de provecho.

Un propósito muy loable, pero por ese camino nunca llegaría a los labios de Violet, y nos habríamos perdido todo lo que viene a continuación. Por suerte, mientras andaba enfangado en sus cábalas existenciales, se fijó en un tipo gordo que en aquel momento cruzaba por delante de su mesa, y al que tal vez habían arrastrado hasta allí las fuerzas que operaban sobre el destino de los hombres con la misión de devolverlo a la senda correcta. Desde que había entrado en la taberna, le había llamado la atención al verlo desayunando en un rincón, propinándole a su pastel de carne mordiscos de ratoncillo, como si quisiera que le durase todo un ciclo lunar. Era un tipo de unos treinta años largos, tan grueso como alto, moreno y de cara amable que le resultaba terriblemente familiar, aunque no conseguía ubicarlo. Solo cuando trazó con la mano un aspaviento solemne y pidió la cuenta con una voz poderosa Jimmy recordó dónde lo había visto antes. El hombretón, a quien sus miradas no le habían pasado desapercibidas, suspiró resignado y se dirigió a su mesa con no sabía

qué intenciones.

Jimmy lo ve venir con cierta cautela, empuñando con fuerza el tenedor, por si fuera necesario enarbolarlo contra el medio gigante.

—No me gustan los jovencitos, así que deja de insinuarte —le espeta el hombretón, más cansado que molesto.

Asombrado por la conclusión a la que ha llegado el tipo, Jimmy suelta con disimulo el tenedor y se apresura a sacarlo de su error.

—¡Oh, lo siento! —exclama, levantándose—. Le miraba tan fijamente porque le estaba imaginando con un sombrero emplumado, una casaca roja y un garfio por mano.

La expresión del hombre cambia; la suspicacia se apaga en sus ojos al tiempo que una sonrisa de orgullo ilumina sus labios.

—¡Vaya! Perdona entonces mi exabrupto —se disculpa algo azorado —. La gente no suele reconocerme tan a menudo. ¡Pero acabas de alegrarme el día, chico!

A Jimmy, que aún conserva en la mente la escena en la que el capitán Garfio amenazaba a Pan con su voz profunda, supurando una maldad pomposa, pero también irracional y perversa, le cuesta creer que lo haya interpretado el mismo tipo que ahora tiene delante, inofensivo, desaliñado y casi famélico, como si lo hubieran desterrado de Nunca Jamás con lo puesto. Quizá por haberse zampado un par de hadas.

Tras calcular que puede permitirse una fuente de salchichas y dos pintas sin tener que pasar hambre el resto de la semana, le invita a compartir su mesa mientras se deshace en halagos hacia su interpretación. El actor encaja sus piropos con una sonrisa nostálgica, como si le hablara de tiempos que ya no volverán. Cuando encarga la comanda a un camarero, Jimmy observa de soslayo cómo empieza a relamerse. Bueno, si Dios o quien sea lo está espiando desde el cielo en ese momento, a través del descosido de una nube, al menos hoy se sentirá orgulloso de él.

—Mi nombre no es Garfio, como te podrás imaginar, sino Warren Fry —se presenta el tipo, tendiéndole una mano regordeta por encima de la fuente de salchichas que el camarero acaba de colocar en la mesa—. Y tú, pese al sospechoso parecido, supongo que tampoco eres Pan.

—No vuelo y no paro de crecer, así que yo diría que no —responde Jimmy, estrechándole la mano—. Me llamo Jimmy Hawkins.

—¿En serio? ¡Eso es aún mejor! —se sorprende el otro—. ¿Y te persigue John Silver *El Largo*?

Jimmy sonríe para sí. Premio para el caballero del garfio. A sus diecinueve años de vida, es el primero que pilla la referencia.

—Sí, pero ya sabes que no puede correr demasiado —responde, siguiendo con el juego.

—¡Y seguro que es un cocinero pésimo! —ríe Fry sin dejarse ganar el pulso referencial. Da un largo trago a su pinta, se seca la espuma de los labios con el dorso de la mano y le revela—: ¿Sabes que fue el primer personaje importante que interpreté? Yo era más joven, claro, y aún no había perdido la línea. —Se palmotea el estómago con las manazas, produciendo un sonido de pandereta—. Desde entonces solo me ofrecen personajes de físico, digamos…, imponente. Pero bueno, estos mismos kilos también me han salvado de ir a Francia. Debían de pensar que no cabría en ninguna trinchera.

Jimmy no puede estar más en desacuerdo con los de la oficina de reclutamiento, pero no dice nada. Se limita a imaginar a Fry disfrazado de general, arengando a los soldados con aquella hermosa voz suya para que se lancen felices contra el enemigo. Quizá entonces la guerra ya estuviera ganada.

—Pero no me quejo —continúa el actor—, el frente debe de ser un lugar horrible.

—Eso dicen.

—¿Has oído que están reclutando incluso a delincuentes para cubrir las bajas de los masacrados en Verdún?

Jimmy asiente mientras Fry ensarta un par de salchichas con el tenedor y se las introduce en la boca.

—¿Tú cómo te libraste? —pregunta, señalándolo con ese mismo tenedor goteante.

—Narcolepsia.

Fry abre mucho los ojos, saltones y bondadosos como los de un lémur.

—¿Y qué diantres es eso?

—Es una enfermedad muy poco conocida. Básicamente sufro raptos de sueño irresistible de unos veinte minutos. Cuando ocurren, por lo general permanezco consciente, aunque se me suele caer la cabeza y mi cara se vuelve inexpresiva —explica Jimmy con seguridad, recordando vagamente el artículo que leyó hace meses en una revista médica—. Lo peor es que me puede pasar en cualquier momento. Cruzando una calle, por ejemplo.

—¡Vaya, qué engorro! Espero que no te pase cuando traigan la cuenta —bromea Fry.

—Nunca se sabe, pero aquí tengo la cartera, por si acaso —sonríe Jimmy, señalándose un bolsillo de la chaqueta.

Una vez roto el hielo, Fry se entrega a la tarea de inventariarle sus penas como si declamara un texto memorizado mientras continúa arrasando con las salchichas. Se ve que lo ha recitado muchas veces antes. Con su voz engolada y los vocablos eruditos con que lo adereza, su relato parece una tragedia de Shakespeare, cuando en realidad no es más que la triste historia de otro individuo damnificado por la

guerra. En su caso, el cierre de los teatros le ha hecho descubrir por las malas la escasa aplicación que su talento actoral tiene en la supervivencia diaria: no está capacitado para ningún trabajo común —aunque, tal y como lo dice, Jimmy duda que se haya rebajado a buscarlo— y malvive de los sablazos a los amigos, que al menos le permiten alquilar una habitación miserable y comer lo suficiente para no morir de inanición.

Lo que está claro es que el tipo necesita ingresos con urgencia, y, mientras sigue con su doliente monólogo, lamentándose de tener que reparar la suela de los zapatos con goma líquida y cenar solo sopa de hígado o pastel de anguila, Jimmy empieza a acariciar una idea. ¿Y si le propone participar en sus timos como cómplice? Lleva un tiempo considerando la opción de buscarse un gancho, alguien que le sirva para atraer a las posibles víctimas, que allane el terreno para que él pueda plantar más fácilmente sus semillas. Juntos podrían realizar timos más elaborados y, por tanto, sacar más dinero. Y está claro que no va a encontrar a nadie más idóneo que Fry, que podía interpretar tanto a un labrador como a un académico con solo cambiarse de lado la raya del pelo, que podía trocar en malevolencia la bondad de sus enormes ojos con solo fruncir el ceño. Tras meditarlo un rato, decide contarle a qué se dedica y proponerle que trabajen juntos, mostrarle las infinitas aplicaciones que su talento actoral puede tener en la supervivencia diaria.

—¿Te gustaría volver a actuar, Warren? —indaga cuando el otro concluye su larga lista de calamidades.

—Claro. He nacido para eso —dice Fry, rebañando la salsa de la fuente con un mendrugo que se ha sacado del bolsillo.

—Estupendo. Pues yo te propongo hacerlo en el escenario del mundo, sin que nadie sepa que estás actuando, y cobrar más de lo que te pagarían en cualquier teatro —dice Jimmy desplegando los brazos.

—¿En el Parlamento? —pregunta Fry.

Jimmy repliega los brazos y niega con la cabeza. Mejor empezar por el principio. Le explica a qué se dedica, le relata un par de sus mejores timos y hace los cálculos de cuánto podrían sacarse *actuando* juntos tirando por lo alto. Muy alto.

—Te aseguro que comerías una fuente de salchichas como esta cada día, como mínimo —concluye, a modo de guinda del pastel.

—¿Y de postre unos borrachos al ron de Maison Bertaux? —pregunta Fry burlón.

—Esa pastelería está en Greek Street, ¿no? Cuenta con esos borrachos e incluso con media docena de petisús de chocolate —sube la apuesta Jimmy.

El actor se reclina en la silla y lo observa muy serio. Jimmy se deja observar. Supone que Fry está tratando de encajar que el chico que lo

ha invitado a comer no solo no es un prostituto, como había creído al principio, ni tampoco un peón de fábrica ni ningún otro trabajador legal, como ha creído después, sino un timador, lo que ni se le había pasado por la cabeza. Y con bastante experiencia, al parecer. Un timador que necesita un socio.

—¿Ese ojo morado es uno de los riesgos de tu *oficio*? —pregunta, señalándole el equivalente de su par de ojos de camaleón—. Porque, tras tu revelación, algo me dice que no te lo hiciste en un episodio de *narcolepsia*.

—Olvida la narcolepsia. No sé por qué lo he dicho. Mi resorte fabulador se dispara a la menor ocasión. —Jimmy se encoge de hombros con resignación, como quien está obligado a convivir con una malformación—. En realidad, me libré de ir al frente convirtiéndome en maestro de escuela. Era más fácil que engordar.

Fry asiente poco convencido.

—¿Y el moratón? —insiste.

—Oh, esto fue en un asunto de… índole *personal*.

—Mmm.

—Este trabajo no conlleva riesgos —le asegura Jimmy.

—No conlleva riesgos… —repite Fry, arrugando teatralmente los labios en una mueca de intensa reflexión.

Transcurre un largo minuto, con Fry en esa pose ensimismada.

—Bueno —se impacienta Jimmy, que no quiere envejecer allí—, ¿qué me dices?

Fry vuelve en sí.

—El capitán Garfio y Peter Pan trabajando juntos —sonríe—. ¿Por qué no?

6

Hoy estamos en la taberna Lamb & Flag, en Covent Garden, una tarde cualquiera de marzo de 1917. A esas horas, el generalmente concurrido pub está medio vacío, apenas hay una veintena de clientes desperdigados por el local, bebiendo sus pintas en silencio. El sol de la tarde entra por los ventanales inclinado, dibujando en la penumbra lanzas de luz, en las que no faltan las constelaciones de polvo girando en su interior. Más que congelado, allí dentro el mundo parece haber frenado su velocidad para mecerse dulcemente, como una barca a merced de la marea mansa. Solo el tintineo del cristal que produce el trajín del tabernero presta sonidos a la soledad. Da la sensación de que aquel momento del tiempo no está facultado para acoger hechos relevantes. De repente, la perfecta calma chicha se ve alterada por la irrupción en el local de un hombretón trajeado, que llega bufando, preso de una visible agitación. Deja sobre la barra de latón su maletín de piel, rebusca en sus bolsillos hasta dar con un pañuelo arrugado y se seca la frente con parsimonia mientras sus ojos saltones se pasean por el local. Sonríe con cierto embarazo al descubrir que su entrada ha llamado demasiado la atención. Ahora tiene público. Se vuelve a hurgar en la chaqueta y exhuma un puñado de chelines, que esparce sobre la barra.

—¡Camarero, invite a los presentes a las pintas que alcance este dinero! —exclama con voz poderosa.

La parroquia alza sus jarras a la salud del hombretón, y alguno hasta añade una sonrisa.

—Parece que tiene mucho que celebrar, amigo —comenta el barman, que ha empezado a llenar jarras de cerveza para que el camarero, un mozo granujiento, las reparta entre la afortunada clientela.

—¡Y que lo diga, buen hombre! Acabo de adquirir un tesoro inesperado en una subasta. ¡Nada menos que las treinta monedas de Judas! —revela el tipo, todavía embargado por la emoción—. Me ha costado una fortuna, incluso he tenido que hipotecar mi casa de verano en Torquay, pero nada comparado con su valor histórico. Todo un hallazgo para mi colección. —Repara entonces en que algunos clientes están siguiendo su charla—. ¡Pero qué maleducado! —exclama, y se levanta del taburete de un gracioso saltito—. Dejad que me presente: me llamo Barnaby Brumby y soy abogado, pero

coleccionar monedas antiguas es mi verdadera pasión. —Hace una reverencia teatral, como si se despojara de un sombrero emplumado, y luego, ante las caras impasibles de su audiencia, ríe quedamente—. ¡Sé lo que están pensando! ¿Quién puede coleccionar monedas antiguas? Pues cualquiera que comprenda, como yo lo hice en su día, que cada una de esas monedas es un fragmento de un mundo extinto, un mundo que se creía perdurable, como el nuestro, y el tiempo hizo desaparecer con su implacable discurrir.

Echa a andar entre las mesas, trufando su perorata con aspavientos vehementes, mientras explica a la concurrencia que tras cada una de esas monedas se esconde una parte de la historia del país que la acuñó. La clientela sigue su parloteo entre el desinterés y la duermevela, pero eso no desmoraliza al hombretón.

—Cada vez que tengo una de esas monedas en la mano, me pregunto para qué se usaría —confiesa en tono evocador—. Quizá fuera para algo tan trivial como pagar una comida o una fulana. Pero tal vez se utilizara para algo más importante: comprar un caballo de tiro que salvara la cosecha de una familia o realizar una donación para construir una iglesia, por ejemplo. O, como es el caso de las treinta monedas que acabo de adquirir, para pagar una traición. ¡La de Judas a Jesús de Nazaret, nada menos!

Cuando deja de hablar, sobreviene un silencio hondo, reflexivo, que nadie se atreve a romper. Hasta que suena una voz tímida:

—Yo tam-tam-bién colecciono-o mo-mo-monedas antiguas.

Todos dirigen sus miradas hacia una de las mesas que hay cerca del almacén, de donde ha provenido la voz. La ocupa un joven de unos veinte años, que sonríe bobaliconamente a la concurrencia. Lleva la raída camisa abotonada hasta el cuello, el cabello aplastado sobre la frente y, por su postura encogida en la silla, parece arrepentido de haber hablado.

—¡Entonces compartimos la misma pasión, muchacho! —exclama el hombretón, acercándose unos pasos hacia su mesa—. Estoy seguro de que te encantaría mi colección. Tengo casi tres mil monedas.

—Yo so-so-lo tengo u-u-na —dice el chico.

Se hace un silencio breve, y luego estallan algunas risas aquí y allá, como fuegos artificiales.

—¡Entonces yo colecciono paraguas, porque también tengo uno! —exclama uno de los cuatro hombres de la mesa del rincón.

—¡Y yo teteras! —añade otro.

Las risas se propagan por el local, pero el hombretón no participa de la chanza general. Contempla con apuro al muchacho, que se agita confuso en su silla sin entender el motivo de las carcajadas. Parece tener pocas luces o incluso algún tipo de retraso, como si hubiera recibido una coz en el vientre de su madre. Decide apiadarse de él y,

fingiendo un educado interés, le pregunta por su moneda.

Las risas se acallan momentáneamente para dejar hablar al muchacho, que quizá las avive con algún otro disparate.

—Me la re-re-galó mi abuelo —tartamudea el chico, cada vez más cohibido por la expectación que ha levantado—, que la en-en-contró a orillas del Rin unos me-meses después de participar en la guerra en Cri-me-me-a. La llevo siempre en-en-cima, como un ta-lis-lis…

La parroquia contiene la respiración mientras el chico pugna por desencasquetar su lengua.

—¿Como un talismán? —sugiere Brumby.

El chico asiente, agradecido.

—Sí, aunque de po-po-co me sirve porque nadie la acepta y no puedo pagarme-me ni un tris-tris-te pastel de an-an-gui…

—¡Anguila! —corean los parroquianos entre risas.

—Además, de-de-bemos un mes de alquiler —prosigue el chico—, y esta noche nos van a echar a mi po-po-bre madre y a mí.

—¿Has dicho a orillas del Rin? ¿Puedo verla? —le pregunta el tipo, intrigado.

—Cla-cla-ro, señor.

El muchacho se hurga en el bolsillo, saca la mencionada moneda y se la entrega. Brumby abre mucho los ojos. Bajo la atenta mirada de la parroquia, cada vez más expectante, la estudia por ambas caras, boquiabierto.

—Dios santo… —musita—. Es la efigie del rey Gunter, del *Cantar de los nibelungos*. Muchos dicen que existió de verdad, ¡y esta moneda, acuñada con su efigie, lo demuestra! —exclama incrédulo—. Entonces, el legendario tesoro de los nibelungos, oculto en el Rin…

Se vuelve a la improvisada platea, que lo observa confusa.

—¿No saben de qué hablo? ¡De la famosa leyenda alemana de los nibelungos! Wagner le ha dedicado tres óperas. Yo las vi el año pasado. —Nada, que nadie muestra ningún atisbo de emoción. Exasperado por la imperturbabilidad general, toma un cucharón de una de las mesas y se pone a cantar emulando los martillazos de Sigfrido forjando su acero—: «¡Notung, Notung, fiel espada, te he devuelto a la vida!».

Finalmente, ante la inconmovible parroquia, suelta el cucharón con lástima y pregunta al chico:

—Dime, muchacho, ¿cuánto es el alquiler?

—Una libra.

—Acabo de gastar todo mi dinero —reflexiona Brumby, acariciándose la barbilla—, pero estoy interesado en tu moneda. Muy interesado. ¿Qué dirías si mañana te comprara la moneda por ese dinero?

—Diría que ma-ma-ñana es tarde, señor —responde el chico sin

dudarlo—. El ca-ca-sero nos va a echar esta no-no-che.

—Sí, bueno —dice Brumby quitándole importancia—, pero estoy seguro de que el casero es un hombre comprensivo, y si le explicas que…

—¡No lo es! —afirma rotundo el chico—. A veces mi ma-ma-dre tiene que *jugar con él en la oscuridad* para que nos deje se-se-guir una semana más…

La parroquia suelta algunos murmullos de desaprobación.

—Bueno… —Brumby se aclara la garganta, pensando en cómo llevar a buen puerto la negociación.

—Yo tengo ese dinero aquí, muchacho —anuncia de pronto una voz —. Te lo daré ahora a cambio de tu moneda.

Tanto Brumby como el chico se giran sorprendidos hacia el rincón donde beben los cuatro hombres. Uno de ellos se ha levantado y se ha adelantado unos pasos. No es muy alto, pero parece fornido, macizo, tan difícil de mover como una tinaja llena hasta los bordes. Luce un bombín algo gastado, bajo el cual relampaguean dos ojos de mirada perversa. Es quien ha lanzado la oferta, y aguarda una respuesta con las cejas graciosamente arqueadas.

—Oiga, amigo, no se meta —le pide Brumby, levantando hacia él una mano tímidamente disuasoria—. El chico y yo estamos haciendo un negocio privado.

El tipo del bombín lanza una carcajada.

—¿Privado? A mí me parece que la tuya es una forma muy poco privada de hacer negocios —considera. Luego mira a los tres hombres que comparten mesa con él y les ordena—: ¡Venga, rascaos los bolsillos, a ver cuánto tenéis! —Sus compinches empiezan a levantarse y escarbarse perezosamente en los pantalones—. ¡Tú, el coleccionista de teteras, rebusca bien, que siempre te escaqueas! —increpa al que se hace más el remolón.

Tras una afanosa búsqueda, los tres hombres, unos primates apenas evolucionados, juntan el saldo sobre la mesa. El jefe se acerca a hacer el recuento.

—De acuerdo, una libra, tres chelines y cinco peniques —suma. Lo echa todo en su bombín y luego lo derrama sobre la mesa del muchacho, que abre los ojos extasiado, como si estuviera presenciando un milagro—. Esto es más de lo que debes, chaval. Tómalo ahora y corre a pagar ese alquiler. Tu pobre madre se llevará una alegría. Se acabaron los *juegos en la oscuridad* con el casero, al menos, este mes.

El muchacho hace amago de recoger el dinero, pero Brumby lo detiene como si estuviese a punto de meter las manos en un cesto de escorpiones.

—Ni se te ocurra, muchacho… ¡Esa moneda vale mucho más que

eso en el mercado negro! Mañana te daré el doble. Solo tienes que esperar un…

—Chicos, el caballero tiene que irse… —lo interrumpe el del bombín—. O llegará tarde a la puñetera ópera.

—¿Qué? —balbucea Brumby sin comprender.

Luego observa atónito como esos hombres proceden a rodearlo sin el más mínimo respeto por el espacio personal, y la comprensión lo invade.

—Que va a llegar tarde, señor Brumby —explica el tipo—. Y si se pierde el principio, luego cuesta más seguirla. Al menos, eso dicen.

—¿Qué pretende? —protesta Brumby—. No pienso…

El rostro se le crispa de dolor cuando la mano de uno de los orangutanes se cierra en torno a su muñeca como las tenazas de un herrero. Otro de los tipos lo desplaza hacia la puerta con un empujón sutilmente intimidatorio; el tercero, en su afán de aportar algo, le propina un pisotón. Está claro que son profesionales. Brumby mira al chico, que está absorto contando los billetes, y luego al del bombín, que se limita a encogerse de hombros, disfrutando de aquella pequeña muestra de poder.

—Vale, ya me voy, ya me voy… —rezonga Brumby, y se dirige a la salida del local en un silencio tenso. Al pasar junto a la barra, donde el barman evita mirarlo a los ojos, coge su maletín de un manotazo y, desde la puerta, expulsa al fin su rabia—: ¡Es usted un sinvergüenza!

Hasta ahí llegan sus arrestos. Ni se molestan en responderle. Brumby abandona la taberna y camina por la acera cariacontecido, alejándose de la pira donde arde su hombría. Acaba de perder mucho dinero por no saber tener la boca cerrada. ¡Maldita sea! Casi tiene ganas de llorar. Al menos hasta que llega al final de la calle. Entonces sonríe, y piensa que su actuación no ha estado nada mal. ¡Hasta ha conseguido que se le humedezcan los ojos! ¿Habría algún empresario teatral en la taberna? No lo parecía, pero nunca se sabe. Se mete en un callejón, se adentra hasta el fondo y se sienta en un cajón de madera a esperar.

No pasa mucho tiempo hasta que oye un silbido. Es el muchacho tartamudo, que se acerca por el callejón con una sonrisa. Se ha echado el pelo hacia atrás y desabotonado el primer botón de la camisa. Con solo ese par de detalles, parece otro.

—Tenías que cantar, ¿eh? —lo saluda, risueño.

—No pude resistirme, Jimmy. ¿Te parecí desafinado?

—No, no, estuviste bien, Warren —le tranquiliza Jimmy, distraído en contar el dinero que se ha sacado del bolsillo—. El botín de hoy, sumando la recaudación de las dos tabernas anteriores, es de casi seis libras.

Aparta un tercio para el amigo que les acuña las monedas en su

fábrica de latón, divide el resto en dos y le tiende a Fry su parte.

—No me gusta el tipo al que hemos timado —comenta su socio, tomando el dinero.

—Sí, menudo engreído. Y qué bombín más ridículo. Ya era hora de que la vida le diera una lección.

Jimmy se vuelve a guardar su parte y se ajusta la gorra.

—Bueno, ya sabes dónde voy a gastarlo. ¿Te apuntas?

Fry declina la invitación una vez más sacudiendo una mano en el aire como si la acabara de meter dentro de una tarta.

—Como quieras. Aunque a este paso, para cuando te animes a acompañarme todas las chicas serán septuagenarias. —Y se ríe de su propia ocurrencia—. ¿Desayunamos mañana en Ye Olde Mitre? Tenemos que buscar una taberna para la siguiente *función*, porque la que habíamos pensado ha cerrado por culpa de la escasez.

Fry asiente.

—Están cayendo como moscas —comenta con disgusto—. Cada vez cuesta más encontrar un restaurante donde comer, y en los pocos que quedan abiertos, la carta se ha reducido mucho. Esta maldita guerra no…

—Pues nos vemos allí directamente, que no creo que me dé tiempo de pasarme por la pensión —lo interrumpe Jimmy, que anda con prisas. Le guiña un ojo y se despide de él, dirigiéndose hacia la calle.

Fry lo ve alejarse con una sonrisa tierna. Pan y Garfio, quién le iba a decir a Barrie que serían tan buenos aliados fuera de sus páginas. Llevan meses timando a destajo por toda la ciudad, a grandes y pequeños, a damas y caballeros, llenándose los bolsillos y, lo más importante, disfrutando mientras lo hacen porque, de alguna manera, como Jimmy le dijo el día que se conocieron, nunca dejas de actuar si conviertes el mundo entero en un escenario. Desde que iniciaron su *tournée*, se han mudado a una pensión bastante decente que cuenta incluso con un baño limpio en cada planta y un teléfono en la sala, y él hasta ha engordado —demasiadas bandejitas de borrachos al ron de Maison Bertaux, ay—, porque al parecer siempre se puede engordar más. Pero nunca antes había sentido el desasosiego que ahora nota en las tripas, y eso es justo reconocerlo. No le gusta el tipo al que han timado, vuelve a decirse mientras se levanta, se sacude los pantalones y pone rumbo a su barrio. En cuanto llegue, cenará lo que haya preparado la señora Pike —seguramente se servirá ración doble, ya que su casera es una excelente cocinera— y se meterá en la cama con las aventuras de Edmond Dantès hasta que lo venza el sueño, intentando no pensar dónde pasará la noche Jimmy.

7

Fry se refiere al prostíbulo Las hermanas de Venus, donde Jimmy gusta de desfogarse cuando no tiene ningún lío con la esposa de alguien. Generalmente alquila toda la noche a Sylwia, su favorita, para poder amanecer abrazado a ella. No puede resistirse a fabricar ese espejismo de hogar. Sylwia es una muchacha polaca de cuerpo liviano, cabellera de fuego y ojos color yerbabuena que apenas chapurrea el inglés, y esto último, en el fondo, es lo que más le gusta de ella. Las pocas palabras que la chica sabe, afiladas por su acento, entre las que suele colarse alguna misteriosa expresión de su lengua natal, no solo hacen que le resulte más difícil trasmitirle la tragedia que debe de ser su vida, sino que se alía con su aspecto para fabricar la ilusión de que yace con una especie de criatura mágica. «Eres un hada, Sylwia —suele decirle él al despertarse y encontrarla adormilada a su lado, bañada por la luz del amanecer—, mereces vivir en un bosque encantado.» Aunque la ilusión se desvanece cuando Jimmy le entrega el dinero y ella se despide con la propina de un beso más cariñoso de lo normal, un beso que sabe a amor imposible, antes de desaparecer por el pasillo hacia la habitación del siguiente cliente, pues Sylwia tiene que apagar la sed de muchos hombres a lo largo del día para mantener a su hija Nelka, una niña de ocho años que también vive en el burdel, condenada si nadie lo impide al mismo futuro que ella.

Pero hoy Jimmy no tendrá tiempo de disfrutar viendo cómo los primeros fulgores de la alborada prenden el cabello de Sylwia, pues un puño, duro como un martillo, lo despierta golpeando contra su rostro unos minutos antes de que amanezca. Sin darle tiempo a comprender qué está pasando, dos tipos enormes que le resultan vagamente familiares lo sacan a empellones del burdel, la boca ensangrentada, el brazo derecho como una greca de carne y hueso a la espalda, la gorra olvidada en el perchero.

Al principio, no sabe dónde lo llevan, pero se deja arrastrar entre aturdido e impotente. Unas cuantas calles después empieza a sospechar su posible destino, que finalmente confirma al encontrarse ante la pensión Pike, donde Fry y él se alojan desde hace algunos meses. Lo meten dentro y le obligan a subir las escaleras hasta la planta de arriba. Le sorprende no tropezarse durante el trayecto con la señora Pike cargada con un cesto de ropa sucia o una fregona, ni con

ningún huésped volviendo del baño en ropa interior, la habitual fauna del pasillo, pero la pensión se halla inusualmente tranquila. Es más, a juzgar por la cantidad de desayunos sin terminar que ha visto en el comedor, parece haberse vaciado apresuradamente, como un barco que se hunde o un convento que arde. Cuando lo empujan dentro de la habitación de Fry descubre que allí se aprietan las únicas almas que habitan el inmueble: el hombre del bombín ridículo, el tercer esbirro y el propio Fry, que está sentado en una silla con la cabeza vencida sobre el pecho, como si estuviera inconsciente. Es entonces cuando Jimmy empieza a hacerse una composición de lugar.

—Bien, ya estamos todos —dice el hombre del bombín con impaciencia—. Sentadlo al lado de su amigo.

Sus esbirros obedecen y, de malos modos, lo sientan en un taburete que enseguida disponen junto a Fry. El hombre que lo ha despertado reventándole la boca se queda de pie a su lado, mientras que el otro, que luce en los brazos algunos tatuajes de pulpos y sirenas, delatando una juventud de marino mercante, se coloca junto a su jefe, en el flanco libre, el derecho. El izquierdo lo ocupa el tercer matón, un tipo pelirrojo y pecoso, tan enorme que parece capaz de hacer malabarismos con bueyes. Todos le miran muy serios. Parecen, en general, tipos básicos, poco inclinados a la introspección.

—¡No sé de qué va esto, pero le aseguro que es una equivocación! —protesta Jimmy, por romper el hielo.

—Vaya, ¿ya no tar-tar-tamudeas, muchacho? Nada como el mamporro de un buen profesional como Roy para curar la tartamudez —se burla el del bombín señalándole la boca, como si tuviera carmín.

Roy, por alusiones, suelta una risotada que parece un rebuzno.

—¿Sabes quién soy yo? —le pregunta el tipo cuando la desagradable risa se extingue—. No, claro que no. Soy Joe Pettigrew, el dueño del aire que respiras —le informa, extendiendo las manos a su alrededor, como si quisiera abarcar el mundo, la galaxia, el firmamento y lo que sea que haya después.

Bueno, siendo sincero, el concepto que Joe tiene de sí mismo es un tanto exagerado. Dejadme que yo os dé una descripción más acorde con la realidad. Pese a sus ínfulas mesiánicas, Joe solo es un tipo violento, cruel y egoísta como tantos otros. Entre los pliegues de su cerebro apenas chisporrotean unas brasas de inteligencia, aunque tampoco necesita más para pastorear al rebaño de borregos que lidera; pero su gran baza, si se la puede llamar así, es que cree en su talento para el crimen con la misma fe incombustible con que un artista creería en su arte. Su biografía, a sus casi cuarenta años de existencia, es todo un manual del imperfecto delincuente, una equilibrada mezcla de machadas y disparates sin sentido. Ladronzuelo de pantalón corto, demasiado intimidante para resultar un pilluelo encantador, fue

sentenciado al cumplir los dieciséis años por allanamiento de morada a varios meses de trabajos forzados, que más que amansar su espíritu lo habían encabritado. Luego había estado dando tumbos por los márgenes de la vida hasta que estalló la guerra, cuando le pareció vislumbrar al fin el destino glorioso que merecía, como casi todos los jóvenes desnortados. Se alistó en septiembre de 1914, pero fue destinado al Batallón de Trabajo, donde arrumbaban a los hombres que obtenían una calificación por debajo de la A1 en la evaluación médica y por lo tanto no se les consideraba aptos para servir en primera línea. Aun así, lo licenciaron a principios de 1916 por romperle un par de costillas a su propio sargento. Como ha quedado claro, no le gustaba recibir órdenes, sino darlas. Ya de vuelta, sin medalla ni gloria, pero con un acervo de hazañas truculentas para amedrentar al personal, se había convertido en el cabecilla de una banda callejera que trataba de organizar como buenamente podía para cometer delitos más ambiciosos y conquistar el barrio. En resumen, Joe Pettigrew no era el dueño del oxígeno de Londres, pero era un tipo de cuidado. El único tipo de una taberna al que no era recomendable timar si entrabas con esa intención.

—Supongo que al salir del pub —le está diciendo ahora a Jimmy— pensaríais que habíais ganado, que había sido otro timo más que os salía bien. —Hace una pausa y le dedica una sonrisa indulgente—. Pero antes de timar a alguien deberíais aseguraros de que vuestra víctima no pueda encontraros, de que no sea alguien con ojos por todo Londres, como es mi caso. Sobre todo, si uno de vosotros posee un físico tan llamativo como tu amigo. Nos ha resultado bastante fácil dar con él. Y, una vez hecho eso, nos ha bastado con sacudirlo un poco para que nos dijera dónde te estabas gastando nuestra pasta. —Pettigrew se cruza de brazos y lo contempla con asco—. Bueno, yo ya me he presentado. Ahora me gustaría saber quién coño sois vosotros.

—Somos Buffalo Bill y Toro Sentado. Imagino que no te será difícil saber quién es quién —responde Jimmy, a quien toda aquella escenografía no parece intimidarle como debiera.

—Veo que el chico aún tiene ganas de bromear, Roy. ¿Por qué no se las quitas todas de una sola vez?

Hay órdenes que Roy acata sin remolonear. Esta es una de esas. El puñetazo es tan rápido y brutal que Jimmy siente como si un meteorito —bueno, una esquirla del susodicho— impactara contra su oreja derecha triturándola, y haciendo que su cabeza campanee de un lado a otro.

—Bien, empecemos de nuevo —propone Pettigrew tras concederle unos segundos para reponerse del mazazo—. ¿Quién-coño-sois?

—Parece que el gordo es alguien famoso, jefe —apunta una voz a su espalda antes de que Jimmy pueda responder con otra gansada.

Pettigrew se vuelve intrigado. El esbirro está mirando unos recortes de periódicos que hay pegados sobre el escritorio de Fry, atiborrado de libros y revistas. Arranca uno y lo examina más de cerca con una mueca desagradable.

—Sale en los periódicos disfrazado de pirata.

—¡Dame eso, Jeremy! —Pettigrew le arrebata el trozo de papel y observa la foto con desconcierto—. ¿Qué cojones?

El jefe le devuelve el recorte a Jeremy para que lo lea, pero este no sabe leer, así que se lo pasa a Aidan, que demuestra que para echarse a la mar tampoco es un requisito imprescindible, y el trozo de papel, tras el infructuoso recorrido de mano en mano, vuelve a las de Pettigrew, quien, pese a liderar el grupo, tampoco ve allí otra cosa que letras repartidas en caprichosos montoncitos. A Roy nadie se molesta en preguntarle, por lo que Jimmy deduce que a lo largo de su existencia debe de haber dado sobradas muestras de no saber ni cómo se abre un libro. Presa de una repentina iluminación, Pettigrew acaba volviéndose hacia él.

—Tú seguro que sabes leer, chico —deduce, tendiéndole el papelito —. ¡Venga, lee! ¿De qué coño va tu amigo?

Jimmy comprueba que se trata de una entrevista realizada a Fry en los felices tiempos prebélicos, cuando acudir al teatro era un pasatiempo más de las clases pudientes. Se aclara innecesariamente la garganta durante unos segundos, pensando rápido, y comienza a leer:

—El parlamentario Warren Bartholomew Fry acudió ayer a visitar a los niños enfermos del Royal Hospital, como acostumbra a hacer todos los domingos. Aparte de su gran labor social en el ámbito político, Fry disfruta disfrazándose de arlequín o pirata para entretener a los niños de los hospitales u orfanatos. Es también digno de elogio que pese a su parentesco con la realeza por vía materna y con los estamentos militares por la paterna, Fry jamás haya usado su poderosa influencia en su beneficio, convirtiéndose en uno de los miembros más queridos y respetados de la comunidad por méritos propios.

—¡Mierda, jefe, el tipo es un pez gordo! —exclama Jeremy—. Se nos va a caer el pelo con solo meterle un dedo en el ojo…

Pettigrew contempla largamente a Jimmy, quien le aguanta la mirada con estoicismo.

—No me fío del chico. Puede haber leído cualquier cosa. ¡Despertad al gordo, haremos que lo lea él!

Aidan coge una jarra que hay en la mesilla y vierte parte del contenido en la cabeza del presunto parlamentario como si lo bautizara. Fry vuelve en sí entre gruñidos y, con bastante esfuerzo, logra alzar la cabeza y mirar a su alrededor. A Jimmy se le encoge el corazón al ver que tiene el labio inferior partido, un pómulo abierto y un ojo morado.

—Jimmy… —musita al descubrirlo a su lado.

—Hola, Warren —lo saluda él con preocupación—. ¿Estás bien?

Fry asiente, quitándole importancia.

—Al final te ha dado tiempo de pasarte por la pensión —bromea, e intenta acompañar la broma con una sonrisa, pero la hinchazón de los labios le provoca una mueca de dolor.

—Mira lo que hemos encontrado —los interrumpe Pettigrew, tendiéndole el recorte—. Nos encantaría saber qué dicen de ti, pero a ninguno de nosotros se nos ocurrió perder el tiempo aprendiendo a leer, esa afición de señoritas. Es lo que tiene ocuparse en ser hombres de verdad. ¿Serías tan amable de leerlo para nosotros?

—¡Por supuesto, faltaría más! —exclama Fry, sorprendido por la petición. Se aclara la garganta y, en tono ceremonioso, lee—: «Uno de los actores que más brillaron de la representación fue Warren Fry, quien interpreta, además, a dos personajes: a George Darling, el patriarca de la familia, y al capitán Garfio, enemigo acérrimo de Peter Pan desde que este le cortó la mano y se la echó de comer a un cocodrilo. Fry, actor de voz poderosa y perfecta dicción, sabe darle el punto justo a Garfio para resultarles a los niños tan simpático como aterrador, gracias a un asombroso repertorio gestual y a su…».

—¡Suficiente! —lo interrumpe Pettigrew, recuperando el recorte.

—¡Vaya, el gordinflón es actor! ¿Crees que habrá salido en alguna película? —le pregunta Jeremy a Aidan.

—No lo sé, pero seguro que es un sodomita —responde su compinche, clavando una mirada apreciativa en Fry, quien lo mira a su vez con cara de pasmo—. ¿No es cierto, gordo? ¡Mi primo Eddie dice que los actores organizan fiestas privadas donde fornican con animales e invocan al diablo!

—Eh… Esos deben de ser los actores de cine —responde Fry—, yo ejerzo el noble arte de la interpretación teatral.

—¡Gremio de pervertidos! —se indigna Jeremy, que no parece dispuesto a hacer sutiles distinciones—. ¡No pienso pisar un cine nunca!

—Haces bien, compadre. Además, dicen que a los actores no se les puede oír hablar. A saber qué andarán diciendo. Seguro que aprovechan para lanzar conjuros al público. ¡Y tampoco se mueren de verdad, los hijos de puta! —exclama Aidan, que parece manejar información privilegiada.

—¡Callaos de una maldita vez los dos! —les ordena Pettigrew.

Cuando el silencio se regenera dentro del cuartito, mira a Jimmy con una sonrisa ladina y, sin previo aviso, le lanza un derechazo que no ve venir.

—A ver si aprendes a leer, muchacho —dice con asco.

Jimmy endereza a duras penas la cabeza, que el golpe ha derribado

sobre su hombro izquierdo, y, mientras Fry lo observa todo sin comprender nada, escupe un cuajarón de sangre.

—¿Todo esto es por una libra y tres chelines? —exclama, sin dar crédito a que la cosa haya llegado tan lejos—. ¡Te los puedo devolver!

Pettigrew deja escapar una risita piadosa.

—No es por el dinero, muchacho —le ilustra—. Es por una simple cuestión de orden, de pura decencia. ¡No se puede ir por ahí timando a la gente, chaval! Una cosa es romper unos cuantos huesos a alguien cuando los negocios lo requieren o es necesario dar ejemplo… Pero engañar con triquiñuelas al prójimo… —Joe chasquea la lengua, decepcionado—. Eso no lo puedo permitir en mis calles. ¿Verdad, chicos?

—¡Claro que no, Joe! —le dan la razón sus matones.

Pettigrew sacude la cabeza largamente, como si no se atreviera ni a imaginarse las calles que considera su feudo mancilladas por troleros, embaucadores, timadores, farsantes y toda esa ralea capaz de sacarles los cuartos al menor descuido practicando un tipo de delincuencia para la que ellos no están dotados, de la que solo pueden ser víctimas, y descubrirlo, para mayor inri, *a posteriori*.

—Cuando el anticuario vio la moneda que le llevé —retoma su discurso Pettigrew—, no pudo contener una risita… Por supuesto, tuve que ordenarle a Aidan que le rompiera los dientes. ¡Nadie se ríe de Joe Pettigrew!

—Ese viejo de mierda ya no volverá a reírse de nada, Joe —diagnostica con orgullo Aidan, el autor del correctivo.

—Seguro que no —responde distraído Pettigrew mientras deja que su mirada oscile como un péndulo entre Jimmy y Fry—. Y si ese viejo, sin ninguna culpa en todo este feo asunto, hasta yo lo reconozco, se ha quedado sin dientes…, ¿os parecería justo que vosotros, los verdaderos culpables, salierais de esta con todas las partes del cuerpo en su sitio? ¡Claro que no! Así que, ¿cómo puedo dar ejemplo con vosotros?

Jimmy y Fry se miran con inquietud, preguntándose sin palabras cómo van a salir de esta, o si tal cosa es siquiera posible. Ya les ha quedado claro que esta vez su alegre timo va a acarrearles consecuencias, pero no tienen la experiencia suficiente en bregar con tipos como Pettigrew como para calcular su gravedad, aunque el rumbo que están tomando los acontecimientos no parece muy halagüeño.

—¿No se os ocurre nada? ¡Vaya dos mentes brillantes! Pues a mí me está viniendo una idea —les confiesa Joe, acariciándose la barbilla mientras escruta a Fry. Se acuclilla ante él para colocarse a su altura—. Así que te has hecho famoso por interpretar a un hombre manco…

—Así es —le confirma Fry, cauteloso.

—¿Y qué mano era la que te faltaba?
Fry, que se huele por dónde van los tiros, guarda silencio.
—Te he hecho una pregunta, gordo —dice Joe muy serio.
—La derecha —murmura.
—¿Y cómo fingías que te faltaba esa mano?
—Tenía que mantener el puño cerrado bajo el garfio toda la actuación —explica Fry a regañadientes.
—Vaya, debía de resultarte de lo más incómodo, ¿no?
Fry se encoge de hombros.
—Bueno, te acostumbras.
—¿Sabes, Warren? Sería mucho más cómodo para ti si realmente te faltara esa mano —dice Pettigrew—. Así serías un auténtico hombre manco, ¡ya no tendrías que fingir!
Fry mira al matón a los ojos. En su mirada ya no hay miedo, solo una temeridad de suicida que espanta a Jimmy.
—En el teatro nada es verdad —le oye decir, solemne.
Pettigrew ríe quedamente.
—Ya, pero ¿no te parecería divertido que te la cortáramos? —Sin esperar respuesta, se levanta y ordena a sus hombres—: ¡Venga, chicos, demostradle que no estamos en el teatro!
Jeremy y Aidan se interrogan el uno al otro con la mirada, sin tener claro qué hacer.
—¡Cortadle la mano derecha, idiotas!
Los dos esbirros se adelantan dispuestos a cumplir sus órdenes. Aidan se coloca tras su silla y le agarra el brazo izquierdo por detrás mientras Jeremy lo atrapa por delante. Fry se deja hacer con expresión impasible, aceptando su fatal destino con la dignidad de un personaje de Shakespeare. Es Jimmy quien intenta protestar, pero Roy lo agarra con firmeza por los hombros, abortando cualquier posible intención de defenderlo. Entonces, tras unos segundos evaluando la situación, Jeremy se vuelve a su jefe con cierto embarazo.
—¿Con qué se la cortamos, Joe?
Pettigrew resopla.
—No se la vas a cortar a mordiscos… ¡Baja a la cocina, hombre! Seguro que la casera tiene un cuchillo de trinchar que nos sirva.
Jeremy asiente y desaparece escaleras abajo. Al poco, se le oye rebuscar entre los cacharros con gran estruendo. Jimmy y Fry intercambian una mirada grave, y luego miran a Pettigrew, que les dedica una sonrisa divertida. Nadie dice nada. Trascurren un par de largos minutos en los que solo se oye trastear a Jeremy. Al fin, resuena su trote escaleras arriba. Cuando regresa a la habitación, todos le miran las manos con expectación, pero no trae nada.
—No he encontrado ningún cuchillo adecuado —se disculpa.
Pettigrew lo fulmina con la mirada, como si quisiera prenderle

fuego.

—¡Maravilloso, Joe! —exclama de pronto Jimmy, llamando la atención de todos—. Si no fuera porque tu esbirro me tiene bien sujeto, incluso aplaudiría. Has realizado una interpretación sorprendente. ¡Warren y yo nos hemos creído por un momento que serías capaz de cortarle la mano! ¿Verdad, Warren? Pero ya puedes dejar de fingir, hemos aprendido la lección. Eres muy bueno, amigo. Muy bueno. ¡Nos has dado un susto de muerte! Nunca más volveremos a timar a nadie, ni en tus calles ni en ningún sitio…

Pettigrew lo observa con curiosidad durante unos segundos, luego deja escapar un suspiro de cansancio y hace una seña a Roy.

—El chico no aprende, Roy. Y habla demasiado. Vas a tener que aplicarte más.

Roy lo intenta, arreándole a Jimmy un golpe devastador. Su cabeza inicia un balanceo descontrolado mientras la vista se le nubla y los sonidos del mundo desaparecen. No sabe cuánto tiempo pasa hasta que la realidad vuelve a asentarse a su alrededor, mostrando a Joe y a sus esbirros debatiendo acaloradamente junto a la puerta.

—Pues busca alguna carnicería, Jeremy —está sugiriendo Pettigrew—. Seguro que hay alguna cerca.

—Creo que hay una carpintería en la esquina —mete baza Aidan—. Quizá puedas hacerte con una sierra.

—Haz lo que quieras, ¡pero no vuelvas sin algo que nos sirva para cortarle la mano al gordo! —zanja Pettigrew.

Jeremy asiente con desánimo, como si le hubiesen ordenado pasar la fregona por las mil quinientas habitaciones del Palacio de Invierno de los Romanov, y vuelve a desaparecer escaleras abajo. Y Pettigrew regresa con ellos. Respira hondo, tratando de calmar su irritación. Su amenaza está perdiendo fuerza con tanto contratiempo. Finalmente, opta por encender un cigarrillo, darle una calada y expulsar el humo con parsimonia.

—Bueno, bueno, ¿así que os dedicáis a timar a la gente por las tabernas? —les pregunta con curiosidad, más relajado ahora—. ¿Cuánto lleváis en el *negocio*?

—Warren apenas nada, unos meses —responde Jimmy, adelantándose en tomar la palabra—. Yo le metí en esto. Le dije que no había riesgo. En realidad, él no tiene ninguna culpa de todo lo que ha pasado. Yo soy el cerebro, Warren se limita a hacer lo que yo le ordeno.

—Bueno, eso tampoco es exactamente así… —rezonga Fry.

Y empieza a explicarle que uno de sus últimos timos, consistente en venderle a un millonario una momia egipcia —en realidad, un fiambre robado de la morgue bien envuelto en ajadas vendas—, aprovechando la egiptomanía que invade Londres, había sido completamente idea

suya.

—Sí, aquello no estuvo mal… —lo interrumpe Jimmy—. Pero nada comparable a lo que podríamos hacer si trabajáramos para ti, Joe. Juntos alcanzaríamos la estratosfera del arte del timo…

Fry da un brinco en su silla, como si le hubiera saltado un gato al regazo en medio de una siesta.

—¿Te has vuelto loco? —exclama—. ¡Warren Fry no va a trabajar para ningún criminal! ¡Lo nuestro es arte!

—¡Por Dios, Warren, cierra la boca! —le ordena Jimmy.

Fry asiente con resignación, y Jimmy vuelve su atención de nuevo a Pettigrew.

—¿Qué me dices, Joe? Warren y yo podríamos timar a quien quisieras. ¡A quien quisieras! Nadie es inmune a nuestra magia —exagera Jimmy mientras trata de tapar con su cuerpo los escépticos aspavientos que Fry hace a su espalda.

El matón guarda silencio, como si considerase su oferta, y luego suelta una carcajada.

—Buen intento, chico. Desde que te conozco, ya has tratado de engañarme dos veces. —Sacude la cabeza con energía—. No, esto no se puede solucionar más que con un escarmiento para que la gente entienda. Tengo que cuidar mi reputación. —Mira su reloj—. ¿¡Tan difícil es encontrar un cuchillo trinchador en Londres, maldita sea!?

Resuenan al fin los pasos de Jeremy en la escalera, y unos segundos después irrumpe resoplando en la habitación. En su mano, donde confluyen todas las miradas, resplandece un cuchillo de carnicero enorme, casi un embrión de hacha, capaz de cortar la mano de Fry y hasta de decapitar al Minotauro.

—¡Ya era hora! —exclama Pettigrew.

—He tenido que recorrer varias calles hasta dar con una carnicería, porque en esta solo…

—Sí, sí —lo interrumpe su jefe—. Bien, acabemos con esto. Ponedlo aquí.

Se refiere al escritorio de Fry, que el propio Joe despeja de libros y revistas de una brazada. Los dos secuaces arrastran a Fry hasta allí y extienden su brazo derecho sobre la superficie de la mesa. Jimmy intenta levantarse de su silla, pero Roy se lo impide reteniéndolo con un brazo por el cuello.

—¡Trae, esto quiero hacerlo yo mismo! —Pettigrew le quita el cuchillo a Jeremy y le ordena sujetar a Fry—. Estos dos me tienen hasta los cojones. —Sopesa la pequeña hacha con satisfacción—. Bueno, parece bastante afilado. Quizá basten un par de tajos.

Fry mira a su verdugo sin resistirse, casi con curiosidad, como si le costara asimilar lo que va a ocurrir. Como si estuviera en una función de teatro y nada pudiera causarle verdadero daño.

—¡No! —grita Jimmy.

Pero su protesta enseguida se extingue cuando Roy aumenta la presión de su llave.

—Estate calladito y disfruta del espectáculo —le sugiere el esbirro.

Jimmy deja de debatirse y se limita a observar lo que va a suceder, impotente. Desde donde está, al otro lado del cuarto, solo ve la inmensa espalda de su amigo sentado a la mesa. Podría estar devorando una docena de petisús de Maison Bertaux o estudiando el libreto de una obra para alguna función, de no ser por los dos gorilas que lo sujetan fuertemente por cada lado. Junto a la composición, Pettigrew levanta ceremoniosamente la hachuela y le dedica a Jimmy una sonrisa aviesa. Este, debido a la presa, solo puede llorar. Pero las lágrimas no conmueven a los tipos como Pettigrew, que descarga con fuerza el cuchillo.

¡Choc!

Fry lanza un alarido aterrador. Jimmy ve alzarse el cuchillo de nuevo, empapado de sangre, y caer otra vez.

¡Choc!

Y otra.

¡Punk!

Esta vez no ha sonado a acero penetrando carne y hueso, sino hundiéndose en la madera de la mesa. Al instante, Fry sufre una especie de espasmo y se desploma sobre el escritorio como un árbol talado. Envuelto en una nube de irrealidad, Jimmy contempla a Joe inclinarse sobre la mesa, trastear con algo y erguirse con su trofeo. Una mano humana. Regordeta, sin callos, las uñas luciendo una manicura impecable. La mano derecha del actor Warren B. Fry. La estudia fascinado mientras la sangre brota del muñón y gotea a sus pies, creando charcos en el suelo. Jimmy siente una bengala de bilis ascender por su garganta y anegarle la boca. Roy, muy considerado él, lo libera para que vomite hacia un lado sin mancharle la ropa, y luego lo vuelve a enderezar sobre el taburete agarrándole del cabello.

—Warren, Warren… —balbucea Jimmy, contemplando la espalda de su amigo derrumbado sobre el escritorio, el muñón chorreando sangre.

Pettigrew le lanza la mano a Jeremy, que la atrapa en un gesto reflejo, y luego, al darse cuenta de lo que ha cogido, esgrime una mueca de asco.

—Guardadla en alguna bolsa —le ordena su jefe—. Se la echaremos al cocodrilo del zoo de Regent’s Park para respetar la historia.

Se acerca entonces a Jimmy, molesto por la sangre que le mancha los dedos, y le sonríe con una mezcla de sorna y suficiencia.

—Maldito cabrón —farfulla Jimmy—. Voy a matarte por esto, maldito…

En un visto y no visto, Pettigrew se abalanza sobre él y le aprieta el cuello con una mano ensangrentada, impidiéndole acabar la frase. Sus dedos son sorprendentemente fuertes, como grilletes de mazmorras solariegas. Aunque es un hombre bajito, la rabia que bulle en su interior, como el combustible de una caldera, le presta la fuerza de un gigante.

—¿Sabes qué? Te falta experiencia amenazando… —le susurra con la voz ronca de ira, su cara a un mordisco de la suya, mientras él se va quedando sin aire—. Además, si alguien está en posición de amenazar aquí, desde luego no eres tú, muchacho.

Jimmy empieza a asfixiarse, y hasta Pettigrew se da cuenta de que no está fingiendo, porque le suelta asqueado. Una vez libre, Jimmy invierte casi un minuto en tomar aire con avidez, sin parar de toser.

—Tu amigo ha demostrado ser un buen pagador —prosigue el matón cuando juzga que se ha repuesto lo suficiente—. Ahora te toca a ti.

—¿Qué le cortamos, jefe? —pregunta ansioso Aidan, acercándose con el cuchillo, que deja una estela escarlata tras sus pasos.

Mientras Pettigrew lo mira largamente, Jimmy se lo imagina descargando el cuchillo sobre su pierna izquierda repetidas veces hasta aburrirse, dejándole una cojera de por vida. Pero no será tampoco ahora cuando se quede cojo, porque Joe, limpiándose las manos en la manga de Aidan, dice al fin, para sorpresa de todos, incluido el propio Jimmy:

—Nada. No le cortaremos nada.

—¿Y eso? —pregunta Aidan, decepcionado.

—No sería un hombre de negocios si fuera por ahí amputando miembros. Eso no da de comer —explica Pettigrew. Flexiona las rodillas para colocarse a la altura de Jimmy, como antes hizo con el malogrado Fry, y lo mira a los ojos—. Escúchame bien, niño: te daré tres días para que me devuelvas el dinero, ¿de acuerdo?

Mareado, la cara hinchada y el cuello dolorido, sin saber si Warren sigue vivo o no, viendo cómo la sangre se le escapa a chorros por el muñón, sintiendo que su vida ha dejado de ser el pasatiempo divertido e inofensivo que venía siendo para convertirse sin saber cómo en una pesadilla grotesca y cruel, Jimmy asiente con un cabeceo silencioso.

—Con intereses del treinta por ciento. —Jimmy lo mira sin entender —. Lo cual hace un total de cuarenta libras.

—¿Qué? ¡No puedo conseguir ese dinero en tres días! —protesta Jimmy—. Y serían treinta libras, pero aun así no voy a poder…

—¡Claro que sí! —replica Joe—. Usa tu ingenio, tima a quien tengas que timar. Quiero esas cuarenta libras el domingo o te daré de comer a los peces del Támesis, así que ponte a pensar. —Se levanta y lo escruta desde las alturas—. También puedes esconderte, claro, si crees

que no seré capaz de encontrarte. Pero tengo ojos en todos los sitios, como has comprobado. Ya no volverás a estar solo en ninguna parte. Bueno, piénsalo. —Se lleva la mano al ala del bombín a modo de despedida—. Nosotros nos vamos al zoo.

8

Cuando los pasos de la panda de malhechores se desvanecen escaleras abajo, Jimmy se levanta de la silla. Se siente mareado, como si se hubiera bebido del tirón una botella de whisky. Con paso tambaleante, se acerca al cuerpo inmóvil de su amigo. Donde estaba su mano derecha hay ahora un surtidor de sangre que no deja de manar. Está derrumbado sobre la mesa, como si se le hubieran derretido los huesos. ¿Inconsciente? ¿Muerto? Apoya una mano con aprensión en uno de sus hombros y lo sacude ligeramente. Siente un inmenso alivio cuando Fry suelta un gruñido. Sigue vivo, aunque no parece que vaya a estarlo mucho tiempo más si sigue perdiendo sangre a ese ritmo sostenido.

Hace unos meses, en una de esas revistas divulgativas que ojea en las bibliotecas, tropezó con un artículo que explicaba cómo practicar un torniquete. Lo leyó por simple curiosidad, dudando de que la vida le fuera a colocar en una situación donde aquel conocimiento pudiera servirle de algo, pero ahora no se le ocurre una información que pueda venirle mejor. Lo primero, si mal no recuerda, era vendar el miembro dañado por encima de la herida, así que toma el brazo herido de su amigo y lo coloca sobre la mesa con cuidado. El amasijo de huesos y tendones en los que se desfleca el muñón le provoca una arcada, que se esfuerza en retener. No es el momento de ponerse a vomitar. Ya cuesta no resbalarse en el suelo ensangrentado, como para añadir nuevos fluidos. Echa un vistazo a su alrededor, buscando algo que le sirva como venda. Coge la funda de la almohada, se la enrolla a Fry por debajo del codo y la ata con un nudo sencillo. Luego arranca un travesaño del somier y lo introduce bajo la tela. Por último, agarrando con una mano cada extremo del listón de madera, lo gira con fuerza, como si se tratara del picaporte de una escotilla. La presión hace que la sangre deje de manar casi al instante. Es exactamente lo que debía pasar, pero no por ello le sorprende menos. Se desinfla con un prolongado suspiro de agradecimiento. Fry tiene la mejilla derecha apoyada en la mesa y los ojos vidriosos.

—Aguanta, Warren —le ruega con el hilito de voz que le queda, acariciándole la cabeza—. Por favor, no te mueras.

Se acuerda entonces del teléfono que hay en el salón de la pensión y corre, casi se despeña, escaleras abajo. Desde que la señora Pike lo había instalado se moría por estrenarlo, pero no conocía a nadie que

tuviera otro, así que se había quedado con las ganas. Nunca habría sospechado que la primera vez que lo usara sería para llamar a un hospital. Descuelga, marca el número de la operadora y le pide que le conecte con el hospital más cercano, que resulta ser el Royal Hospital, situado en Tower Hamlets, que brinda atención médica gratuita al este de la ciudad. Cuando contestan, Jimmy explica su caso, pero enseguida se da cuenta de que lo está haciendo de un modo atropellado y nervioso, así que se calla. Suda, siente una opresión en el pecho y la habitación le da vueltas, pero se esfuerza por sobreponerse. Ahora no puede derrumbarse, debe mantenerse sereno, útil y despierto. Respira hondo un par de veces, tratando de vencer el pánico que lo embarga, y empieza de nuevo su relato de manera más calmada y entendible. El hombre que lo atiende se hace cargo de la situación en cuanto vislumbra la gravedad del asunto. Le asegura que enviará una ambulancia de inmediato, que llegará al cabo de veinte minutos aproximadamente, y le sugiere que vigile el torniquete.

Jimmy vuelve a la habitación, donde Fry continúa gruñendo incoherencias. Comprueba el torniquete, que sigue reteniendo la vida dentro de su inmenso cuerpo y, sin saber qué más hacer, se deja caer en la cama, completamente exhausto. En la pensión continúa reinando un silencio sepulcral. Se imagina a la señora Pike en la calle, acompañada quizá de otros huéspedes, arracimados todos en la acera de enfrente, observando la trágica función como desde el palco de un teatro. ¿Habrán llamado a la policía? No lo parece, dado que ningún agente se ha materializado allí todavía. Tal vez Pettigrew, que parece estar en todo, los amenazara con matarlos o algo peor al expulsarlos del edificio si daban la voz de alarma. Mira a Fry, cuyo cuerpo se sacude con espasmos leves e intermitentes, y se pregunta si aguantará mucho más sin morirse. Tirado en un rincón, entre otros libros, distingue el manoseado ejemplar de *El conde de Montecristo*, la novela favorita de Fry, y recuerda las veces que su amigo le dijo que soñaba con irse a vivir a la bella Marsella, la ciudad del protagonista, cuya descripción lo tenía enamorado. Al fin, oye el ulular de una sirena, el frenazo de un coche deteniéndose en la puerta e, inmediatamente, el jaleo metálico de los camilleros irrumpiendo en el edificio. Les grita para indicarles cuál es la habitación, y los oye acudir a su llamada en un trote diligente. Cuando entran en el cuarto, no pierden el tiempo. Uno de ellos, sorteando con destreza de bailarín la sangre que pringa el suelo, comprueba el pulso de Fry, quien sigue asido, tan precariamente como la mayoría de los botones de su chaqueta, a la vida. Su compañero, tras evaluar el torniquete, felicita a Jimmy por el apaño. Luego lo cargan en la camilla y lo bajan hasta la ambulancia entre blasfemias mal contenidas. Quizá debería de haberles advertido que tendrían que cargar con una cría de elefante. Él los sigue en una

especie de trance, maravillado de que, al menos de momento, los acontecimientos se vayan inclinando a su favor. Fuera, en la acera de enfrente, tal y como imaginaba, encuentra el retablo de huéspedes. La señora Pike se desgaja del conjunto y se le acerca con una sonrisa de apuro.

—Me dijeron que, si llamaba a la policía, quemarían la pensión —se disculpa.

—¡Y que nos violarían a todas! —añade la señora Williams, una octogenaria tuerta.

Jimmy asiente con resignado pesar.

—Si limpia la sangre, parecerá que no ha pasado nada —le dice a la casera antes de subir a la parte trasera de la ambulancia, donde los enfermeros, en una notable muestra de pundonor, han conseguido calzar a Fry.

Tardan veinticuatro minutos exactos en llegar al hospital, pero Jimmy hace mucho que ha perdido la noción del tiempo. Sigue a la camilla por inercia a través de los pasillos del centro, hasta que, al llegar a una puerta concreta, los enfermeros le piden que espere fuera. Le señalan una sala atestada de personas de todo pelaje y condición. Jimmy obedece mansamente, encuentra un pedazo de banco libre y allí se sienta, disimulando su dolor entre el dolor de la humanidad o, al menos, de aquella caprichosa representación. Mientras el cuerpo se le va destensando lentamente, sus ojos vagan por los carteles de las paredes. Uno de ellos le informa de que allí estuvo alojado unos años antes el famoso Hombre Elefante. Sobre su cabeza, en la planta más alta, tenía sus aposentos aquella criatura que, según las fotos que ha visto de él, parecía haber sido modelada por un dios ciego. Justo una planta por encima de donde los domingos el parlamentario Warren B. Fry entretenía a los niñitos enfermos disfrazado de pirata o arlequín.

Para cuando quiere darse cuenta, está llorando. Fry no se merece lo que le ha pasado. Lamenta no haberle prestado atención cuando le dijo que el tipo que habían timado le parecía peligroso, ni haber intuido la amenaza potencial que representaba e irse al burdel a celebrarlo como si cualquier reacción por su parte fuera improcedente. Lamenta, sobre todo, haberse cruzado en la vida del pobre Fry.

Se siente tan entumecido que añora una buena inyección de cocaína, cargada hasta el borde. No es que sea aficionado al polvo de la alegría, como la llaman los camellos. De hecho, solo la ha probado una vez, en una fiesta un tanto sórdida en la que acabó de casualidad. Había dejado que se la inyectaran atraído por la novedad, y tras el pinchazo se había sentido espabilado y alerta, como si su cuerpo fuera un violín que algún virtuoso acabara de afinar tras varios años arrumbado en un desván. Pero la resaca le resultó demasiado desagradable como para querer repetir. Ahora, sin embargo, le

habrían venido bien los efectos que producía para anclarse a la realidad, para volver a habitar su propio cuerpo, del que parecía haberse desprendido en algún momento de las últimas horas.

Varios siglos después, o puede que apenas un puñado de minutos, le resulta imposible saberlo, un enfermero sale para decirle que ya han cosido a Fry. Su amigo está bajo los efectos de la morfina, pero insiste en verlo. Tras hacerle prometer que no se quedará mucho, el enfermero le franquea el paso a la sala de curas y lo conduce por un pasillo hecho de cortinas corridas. Finalmente, descorre una de ellas y Fry aparece en todo su esplendor. Voluminoso y amortajado por las sábanas, se le antoja una ballena varada en una playa helada. Los ojos de Jimmy no pueden evitar posarse en el muñón vendado, que excavará para siempre una zanja entre ellos. Fry compone una sonrisa al verlo, algo grotesca a causa de la morfina.

—Jimmy, mi querido Jimmy, me has salvado la vida.

Él sacude la cabeza.

—No, todo esto es por mi culpa. Te aseguré que esta manera de vivir no entrañaba riesgos y mira, parece que sí… —se lamenta.

—Yo no te creí. Y aun así, quise seguirte. Y han sido los meses más felices de mi vida.

Jimmy sonríe.

—Nos hemos reído mucho, Warren, pero tampoco exageres.

—¿Qué pasó durante mi *cabezadita*? ¿Tú conservas todos tus miembros? —bromea, señalándole la bragueta.

—De momento, sí —responde Jimmy—. Ese cabrón me ha dado hasta el domingo para conseguir cuarenta libras. Si no, me matará.

—Es mucho dinero —dice Fry con una mueca pesarosa.

Sí, ambos tienen claro que se trata de una sentencia de muerte velada.

—En realidad, esto es una despedida —dice Jimmy—. Voy a irme de la ciudad. No sé dónde iré, o si habrá un lugar lo suficientemente lejos para que no pueda encontrarme.

—Lástima que estemos en guerra, o podrías irte a la bella Marsella —dice Fry.

—Dios, ni siquiera sé si lograré salir de Londres… —Sacude la cabeza Jimmy—. Pero tengo que intentarlo.

Fry asiente.

—Que tengas suerte, amigo.

—Tú también —responde Jimmy. Le aprieta el hombro con cariño y toma la cortina para volver a correrla a sus espaldas—. Adiós, Warren.

—Eh, Jimmy.

—¿Sí?

—Si he sido feliz estos meses no ha sido solo por todo lo que nos hemos divertido.

—Ah, ¿no?
—¿Recuerdas lo primero que te dije al verte?
Él asiente.
—Claro, ¿cómo olvidarlo?
—Pues era mentira —le confiesa Warren. Y observa con ternura cómo la sorpresa va cristalizando en el rostro de su amigo—. No quería que te fueras sin saberlo.
Jimmy sacude lentamente la cabeza, sin poder evitar que una sonrisa acabe cuajando en sus labios.
—¿Y si, por alguna especie de milagro, sobrevivo y volvemos a vernos? —le pregunta.
—¡Entonces será muy embarazoso! —ríe Fry.
Jimmy sonríe, corre la cortina y sale del hospital recordando el malentendido que se produjo el día que se conocieron, sobre el que la confesión de Fry arroja una nueva luz. Por eso nunca le había acompañado a Las hermanas de Venus, se dice, a punto de echarse a reír al recordar su insistencia en que lo hiciera. Acaba de descubrir que ha protagonizado un amor callado, hecho de miradas y sonrisas, de largas conversaciones y paseos nocturnos, tan sutil que ni se había enterado. Recuerda ahora su forma lenta y tierna de abrazarlo, cómo le acariciaba a veces… ¿Se habría demorado más de lo necesario al apretarle amistosamente el hombro? Él no se había percatado, pero probablemente su amigo había tenido que contentarse con saborearlo de esa forma, como quien se limita a mojarse los labios en un coñac que no se puede permitir. Sea como fuere, a Jimmy le consuela descubrir que lo había hecho feliz sin saberlo, antes de hacerlo definitivamente desgraciado.
Se sienta en un banco de una plaza, agotado, desordenado por dentro, e intenta centrarse en el problema que tiene entre manos. ¿Cómo podría conseguir cuarenta libras? Es imposible. No merece la pena ni considerarlo. Mejor saltarse ese paso y largarse directamente. Bien mirado, verse obligado a huir de Londres le resulta casi un alivio, pues no cree contar con el valor suficiente para vivir el resto de su vida con la mirada de culpabilidad de Warren sobre él. Pero ¿dónde puede ir? ¿Existe algún sitio lo suficientemente alejado de la mirada de Pettigrew, capaz de rivalizar, al parecer, con la mirada omnipresente de Dios?
Es pensar en Pettigrew y tener que controlarse para no orinarse encima. Duda que la cara de ese tipo, sus ojillos rebosantes de furia irracional, se le olvide algún día. Hasta este momento muchos han querido darle una paliza (merecida, en la mayoría de los casos), pero Joe Pettigrew le ha abierto una puerta a otro mundo donde el límite del castigo no son los palos o los puñetazos, sino la muerte. Pettigrew iba a matarlo, un gesto desproporcionado en comparación con su

afrenta, pero que le revela que en el mundo también viven personas capaces de amputar miembros o asesinar para reparar un agravio. No vive en el mundo amable y divertido que pensaba, sino en uno cruel y brutal donde la muerte supone una opción para algunos. Pero entonces, ¿había escapado de la Bruja de East Finchley para que lo matara el Cabrón del Ridículo Bombín? ¡No!

Jimmy contempla el cielo mientras piensa en un lugar donde esconderse. Solo estaría a salvo en Nunca Jamás. Segunda estrella a la derecha, rumbo al amanecer. Peter Pan aseguraba que para volar bastaba con imaginarse cosas estupendas y que ellas te levantarían por los aires, amén de un poco de polvo de hada. Pero él no tiene nada hermoso en lo que pensar. Solo puede pensar en desgracias, la mano mutilada de Fry poniendo la guinda al pastel de sus miserias.

Entonces, sus ojos se posan en uno de esos carteles propagandísticos del Gobierno que invitan a alistarse. Este, en concreto, muestra un dirigible cerniéndose sobre la catedral de St. Paul, y en él puede leerse: ES MEJOR DAR LA CARA A LAS BALAS QUE MORIR EN CASA POR UNA BOMBA. Después de la carnicería del Somme, a Jimmy ni se le pasa por la cabeza alistarse. Pero entonces se acuerda del avión que abatió al dirigible sobre el puente de Blackfriars, y cae en la cuenta de que hay otra forma de volar.

9

Desde que el 5 de octubre de 1914, un Voisin francés derribara a un Aviatik alemán, los cielos se habían convertido en una insospechada prolongación del campo de batalla terrestre. Allá arriba, entre las sedosas nubes, los combates tenían un aire de torneo medieval, de honorable duelo al alba, que distaba mucho de lo que ocurría abajo, en el enlodado suelo, donde la lucha por la supervivencia se había vuelto mezquina e inhumana. No era de extrañar, por tanto, que los cielos también fuesen auténticos criaderos de héroes. La prensa difundía los nombres de los pilotos que más enemigos derribaban, los cuales no paraban de recibir agasajos, condecoraciones y efusivas cartas de admiradoras. Su popularidad empezaba incluso a rivalizar con la de los actores de cine.

A aquellos que superaban los cinco derribos, los franceses les concedían el título de ases. La lista, que empezaba a ser larguísima, la había inaugurado Adolphe Pégoud, un piloto cuyas hazañas habían sido tan memorables que, cuando fue abatido, hasta sus enemigos honraron su memoria dejando caer sobre la línea francesa una corona de flores. Sin embargo, pese a la destreza de los pilotos franceses, eran los alemanes quienes se vanagloriaban de contar con el ave más mortífera de las que patrullaban los cielos: el piloto de caza Manfred von Richthofen, al que apodaban el Barón Rojo por la pintura escarlata de su Fokker. Se decía que el letal piloto encargaba a un platero berlinés una copa conmemorativa por cada avión derribado, y empezaba a faltarle sitio en la vitrina. Por si eso no bastara para que todos los pilotos aliados quisieran bajarle los humos, aparecía en las revistas ilustradas en un catálogo de poses arrogantes que producían más daño que sus disparos.

Aquel listado de héroes y sus nobles escaramuzas en las alturas, que la prensa aireaba sin racanear adjetivos laudatorios, habían sido los causantes de que las escuelas de vuelo rebosaran de jóvenes ansiosos por alcanzar la gloria sin tener que mancharse los pies en el barro. Lo que no oían hasta entrar en las academias, por considerarse una publicidad poco alentadora, era que fallecían más pilotos probando los nuevos prototipos en los aeródromos que batallando en el frente.

Aunque a Jimmy enterarse de eso no le supuso ninguna diferencia. Él se había alistado en la academia de vuelo para poder salir de Londres sin que Pettigrew lo descubriera, y eso lo había conseguido,

disimulado como una carta marcada en una baraja de futuros aviadores que había partido a la base del lago Windermere, al norte de Inglaterra. Allí, tras un entrenamiento que solo podía calificarse como *somero*, había obtenido su certificado de piloto, y luego lo habían destinado a Martlesham Heath, en Suffolk, donde se probaban las nuevas aeronaves. En aquellas instalaciones rodeadas de brezales llevaba ya un par de semanas tratando de pasar desapercibido mediante la estrategia de no ofrecerse voluntario para nada.

Pero aquel día de mediados de mayo uno de los mandos había reparado en él y lo había escogido para probar el nuevo prototipo de Sopwith Camel 17, en cuya cabina podemos verlo ahora sentado con cara de circunstancias. El modelo anterior había dominado los cielos del frente occidental hasta que los alemanes habían logrado diseñar uno superior, lo cual había obligado al almirantazgo a ordenar a sus ingenieros que ampliaran la genealogía de la eficaz estirpe de los Sopwith. Al nuevo vástago le habían incorporado un motor de 150 CV y dos ametralladoras sincronizadas Vickers, que estaban situadas delante de la cabina, donde también se encontraban los depósitos de combustible. Aquel avión tenía concentrados todos sus órganos vitales en el morro, lo cual debía dotarlo de gran maniobrabilidad y empuje. «Aunque es posible que eso complique el viraje —le había advertido el oficial unos minutos antes—. Tendrá que jugar con el timón, Hawkins.» Jimmy había asentido a la inquietante recomendación con expresión impasible. «Ya me las arreglaré», había respondido, como si el coraje que lo ungía convirtiera aquella desventaja en una minucia. Pero, entre nosotros, había pensado: «Bueno, de algún modo tendré que morir». Contaba con un título de piloto, sí, pero su entrenamiento, corto y algo inconsistente, como todo en aquella guerra improvisada, le ofrecía poca confianza. ¿Cumpliría la máxima de los pilotos veteranos, que decía que el primer vuelo solía ser el último? Bueno, él ya estaba viviendo de prestado, por lo que morir esa mañana estrellándose en algún bosque de los alrededores o hacerlo más tarde en el frente, en manos de algún experimentado piloto alemán, no le suponía ninguna diferencia.

Según contaban los mandos, muchos de los cuales parecían llevar allí desde los balbuceantes comienzos de la aviación, antes de que algún avispado ingeniero tuviera la feliz idea de instalar ametralladoras en los aviones, estos solo ejercían misiones de reconocimiento y, si se tropezaban con algún enemigo en los todavía desiertos cielos, debían abatirlo a ladrillazos o disparándole con un revólver. Dentro de todo, a ellos les había tocado la mejor época. No tenían que abatir a los boches a pedradas ni evitar destrozar la hélice de su propio avión con las ametralladoras, y, sobre todo, si demostraban un poco de puntería, podían convertirse en héroes, lo

cual les garantizaría un futuro de fama, honores y mujeres con la que ninguno de ellos habría podido soñar. Aunque Jimmy, más que abatir al Barón Rojo, que era la fantasía de todos, ambicionaba que lo destinaran a alguno de los buques que estaban haciendo pruebas para lograr que los aviones despegaran y aterrizaran en el insuficiente espacio de sus cubiertas. No sabía si Pettigrew le encontraría en Suffolk, pero dudaba mucho que pudiera hacerlo en un buque en mitad del océano.

Ahora observa el panel de mandos, la mayoría de cuyos botones no recuerda para qué sirven, y luego el bucólico paisaje de las instalaciones de Martlesham Heath, donde ha vivido un breve espejismo de seguridad, como si no fuera a volver. El oficial, insensible a las despedidas románticas, le ordena despegar de una vez y Jimmy, quizá temiendo que se ponga a empujarlo, arranca el aparato. Sin mucha fe, echa a rodar cobrando velocidad por la pista de despegue jalonado por los ánimos de sus compañeros, donde faltan Kane y Murtaugh, que se han estrellado unos días antes pilotando otros prototipos.

Cuando nota cómo el avión se desentiende del suelo, no puede reprimir una sonrisa de rara felicidad. Los primeros segundos del despegue son siempre memorables, pues le acribillan con una andanada de sensaciones que le provocan unas irrefrenables e incongruentes ganas de vivir. Primero, el viento. Oh, sí, el viento. Céfiro, con su aliento dulce; el frío bóreas, o alguno de los otros (no se acuerda de sus nombres), da igual cuál… Lo que importa es que el viento, que impulsaba velas, que despeinaba vírgenes, que helaba las pelotas a los mendigos, azota ahora su rostro, escondido tras sus enormes gafas de piloto, con una intimidad de amantes. Y luego, el vacío en el estómago al elevarse. Y qué decir del cambio que sufre su perspectiva del mundo, al que no logra acostumbrarse. ¡En cosa de segundos, pasa de contemplarlo como un pobre insecto a hacerlo como un majestuoso dios! Sin duda, eso es lo mejor de volar. Por desgracia, ese surtido de sensaciones vivificantes que casi le hacen barruntar la inmortalidad enseguida deja paso a lo peor de volar: el miedo cerval a no lograr mantenerse en el aire, el temblor inquietante del aparato alrededor de su cuerpo, la larguísima lista de problemas que pueden surgir para, solos o combinados, devolverlo de malos modos a la tierra a la que pertenece, para poner fin a ese acto *contra natura*… Teniendo eso en cuenta, llevar ya un par de minutos en el aire, sobrevolando los bosques colindantes a la base, es de lo más inusual. Calcula que debe de encontrarse en las afueras de Ipswich. Contempla las praderas de flores silvestres, que se despliegan a sus pies como alfombras de colores, los sauces y robles centenarios que se yerguen altivos, el centelleo de un arroyo en la distancia, el horizonte

salpicado de nubes tostadas por el sol, y comprende que aquella belleza dispuesta ante sus ojos solo puede ser un misericordioso regalo de despedida que le hace la vida, algo así como la última cena del condenado a muerte.

Por eso no le sorprende que el morro del avión se eleve excesivamente cuando se ve obligado a virar a la izquierda para mantener el rumbo. Usa el timón de dirección para corregirlo virando a la derecha, como le ha sugerido el oficial, solo para descubrir que en ese caso el morro desciende peligrosamente. Jimmy suda, traga saliva, siente cómo se le desboca el corazón mientras manipula el timón para evitar que la inclinación se acentúe, pero le resulta imposible. El avión ya ha entrado en barrena. Debe hacerlo contraalabear para recuperar la estabilidad, pero, por mucho que forcejea con la maldita palanca, no lo consigue. Cuando siente en la panza del avión, cada vez más escorado, el golpeteo de las copas de los árboles, comprende que ya todo está perdido. Bien, no tiene experiencia ni destreza para impedir que el avión se estrelle, eso ha quedado claro, tenga un título de piloto o uno de mecanógrafo. Ahora está por ver si tampoco dispone de la suerte necesaria para sobrevivir a un impacto directo contra el suelo. Bueno, que su tumba sea aquel lugar idílico tampoco está tan mal, se dice. Es mejor que acabar en el Támesis cortado en pedacitos.

Empieza a atravesar un túnel de hojas y ramas, que se turnan para abofetearle el rostro como látigos implacables. Hasta que una de ellas, mucho más recia, lo golpea como la maza de un gigante. El golpe es tan brutal que lo arranca de la cabina del avión y lo entrega al aire. Aterrado e impotente, Jimmy observa como el mundo da vueltas a su alrededor. Su cuerpo recibe golpes desde todas partes. Supone que está cayendo a través del frondoso ramaje de algún árbol, chocando aplicadamente con todas y cada una de sus ramas mientras el aparato sigue por su cuenta, igual que un caballo desbocado, dirigiéndose hacia donde le corresponde estrellarse. El trompazo contra el suelo le hace perder la poca consciencia que aún le queda.

Oscuridad y eso.

Nota que alguien le lame la sangre de la mejilla izquierda. Que alguien se haya entregado a esa tarea despierta su curiosidad, lo cual le anima a tratar de recuperar la consciencia. Tras un rato braceando en la oscuridad en que se ahogaba, logra emerger a un mundo brumoso, que va recobrando sin prisas sus contornos, llenándose de olores y sonidos. Cuando se le aclara la vista, descubre que los lametones de su mejilla corren a cargo de una especie de roedor, que ha juzgado oportuno interrumpir sus quehaceres para despertarlo.

Pero ojalá no lo hubiese hecho, porque Jimmy ha aparecido encajonado en un cuerpo devorado por un dolor atroz, como, por otro lado, corresponde a cualquier organismo vivo que se estampe a gran velocidad contra el suelo. Hubiera preferido seguir durmiendo, ignorando que su cuerpo estaba roto y amoratado, pero algo le dice que si vuelve a hundirse en la inconsciencia quizá ya no despierte nunca, porque la inconsciencia tiene un doble fondo tras el que acecha la muerte. Incapaz de levantarse, ni siquiera de espantar al roedor, se concentra en cartografiar el dolor abstracto que lo embarga para encontrar su foco. Descubre al menos media docena de ellos repartidos a lo largo de su persona, pero uno destaca sobre los demás, irradiando oleadas de un dolor insoportable, auténticos fogonazos salvajes que cuando lo recorren hacen que la cabeza se le vaya y el mundo se emborrone como una acuarela bajo la lluvia. Localiza la fuente de ese dolor que eclipsa a todos los demás en su pierna izquierda. Debe de estar hecho un cromo, tener algunas costillas rotas, cortes varios y magulladuras por todo el cuerpo, pero lo de la pierna parece mucho más serio. Supone que se la ha desgarrado con alguna rama y que el mareo que lo acuna significa que se está desangrando poco a poco. Si nadie lo impide, morirá allí. En un bosque, cerca de un riachuelo, a juzgar por el canturreo líquido que le llega desde la izquierda. Un sitio mucho más apropiado para hacer un pícnic que para palmarla, pero así son las cosas.

Entonces, algo espanta al ratón, y desde luego no ha sido él, a menos que haya usado una ventosidad. Escucha un ruido proveniente de su izquierda, de donde le llega el gorjeo del arroyo. Cuando el sonido se define, constata que se trata de una voz infantil entonando una canción. La voz es dulce, melodiosa, un hilo de oro al que puede agarrarse para mantenerse a flote en la oscuridad en que la marea del dolor se empeña en hundirlo. Sorprendido, se obliga a girar la cabeza en su dirección, aun a riesgo de desmayarse de nuevo. Tarda siglos en mover el cuello. Cuando lo consigue, la divisa. Es una silueta menuda y etérea que baila junto al arroyo, envuelta en el enjambre de destellos que el sol produce al incidir en sus aguas. Se encuentra a contraluz, por lo que no puede verla con claridad. ¡Hasta le parece que tiene dos alas en la espalda! De lo que sí está seguro es de que ella no lo ha visto a él, pues parece concentrada en sus juegos.

—Ayúdame… —logra murmurar.

La aparición detiene su baile al instante y ladea la cabeza en su dirección. Duda unos segundos, probablemente sorprendida de encontrarse a un hombre ensangrentado en el que quizá sea su rincón de juegos, y finalmente se aproxima hacia él con pasitos cortos. Jimmy lamenta que haya dejado de cantar, que el hilo de oro se le haya escurrido entre los dedos. Lleva puesto un vestido vaporoso, bajo

el que se adivina un cuerpo sin formas, como de niña. Una diadema de flores le ciñe la frente sobre sus cabellos dorados. Y sí, sobre sus hombros asoman dos alas de mariposa, traslúcidas y livianas, que reflejan los rayos del sol. ¿Está delirando?

—Ayúdame… —repite, por si acaso.

La aparición, real o no, se detiene con cautela a su lado y se inclina un poco para observarlo. Jimmy no puede ver sus rasgos, pero parece tener rostro de niña, o de mujer en miniatura.

—Lo siento, señor —se disculpa con dulce pesar—. Pero las hadas tenemos prohibido intervenir en los asuntos de los hombres.

Las hadas, ¿eh?… Delira, sí. Probablemente a causa de la pérdida de sangre. Pero a su lado hay alguien. ¿O no?

—Me estoy muriendo… —explica Jimmy, por si ella quisiera hacer una excepción.

Si ella le salva la vida, él está dispuesto a defenderla ante la reina de las hadas en cualquier consejo de guerra o lo que sea que le hagan. Pero entonces, un sonido proveniente de su espalda, allí donde no llega la vista de Jimmy, espanta a la presunta hada. Y, sin ella, se hunde de nuevo en la oscuridad. Trata de mantenerse consciente a toda costa, ponérselo difícil a la muerte. Bracea, horadando la negrura, tratando de salir a la superficie a respirar.

Vuelve a asomarse al mundo justo para ver como otra silueta, esta vez sin alas, corre hacia él. Parece una mujer joven, delgada y flexible, aunque sigue sin ver nada más que una silueta oscura a causa del sol que lo ciega. ¿Es que nadie puede moverlo a un lado, aunque sea un poco? ¡Está viviendo el que probablemente sea el momento más decisivo de su vida y no ve una mierda!

—¡Dios mío! ¿Está usted bien? —exclama la mujer.

Jimmy va a responder que es obvio que no, pero la mujer no espera ninguna respuesta. Nota sus manos recorriéndole el cuerpo con rapidez. O va a robarle o está examinando sus heridas. Siente sus manos expertas tantear aquí y allá, hasta que se detienen en su pierna izquierda.

—Tranquilícese —le recomienda—. Tiene la pierna destrozada. Voy a hacerle un torniquete para detener la hemorragia.

—Gracias… —masculla.

—No hable —le ordena ella con una especie de brusquedad profesional—. Pero intente permanecer consciente.

Jimmy nota entonces cómo aquellas manos entendidas trastean con su cinturón. No puede evitar un principio de sonrisa al recordar lo que aquel gesto preludiaba en el pasado, pero ella se lo saca con un tirón tan brusco que frustra cualquier evocación lujuriosa que pudiera alumbrar su mente. La ve desaparecer entonces de su ángulo de visión y la imagina atando diligentemente el cinto alrededor de su pierna. Al

poco, la oye lanzar un delicioso gruñido al apretar el nudo.

—Ya está —dice, su cabeza entrando de nuevo en su campo de visión—. Ha tenido suerte estrellándose aquí, debo de ser la única enfermera en varias millas a la redonda.

—Me gusta hacer las cosas bien —se oye bromear con voz deshilachada.

Intenta componer también una sonrisa, por si ella fuera hermosa, aunque nota el rostro tan hinchado que duda haber dibujado algo más que una mueca grotesca.

—Creo que vienen sus compañeros —la oye decir—. Les diré que deben llevarlo a un hospital enseguida.

—¡Espere! —le pide Jimmy antes de que ella se levante—. ¿Cómo se llama?

—Me llamo Violet.

Jimmy va a decirle que le parece el nombre más bonito que ha oído nunca, pero por suerte se desmaya antes de pronunciar esa frase tan cursi.

10

Los siguientes días Jimmy los pasó medio muerto, o medio vivo, según la interpretación de cada cual, porque lo cierto es que no estaba ni una cosa ni otra. Se limitaba a entrar y salir de las tinieblas de la inconsciencia sin que pudiera hacer nada más, lo que no deja de ser un modo poético de decir que al reducirse el flujo sanguíneo que regaba su cerebro sus neuronas se quedaban sin la glucosa necesaria para producir energía y mantener las funciones normales. Por suerte, los raptos de consciencia se fueron imponiendo y alargando poco a poco, y en esos instantes, el mundo que se dibujaba ante él iba perfilándose cada vez más, hasta que pudo descubrir que ya no estaba en el bosque, sino en un hospital. El cantarín riachuelo, la dulce brisa y los agradables olores que exudaba la naturaleza habían dado paso a los gemidos de los moribundos, el calor sofocante y el tufo de las heridas gangrenadas, los vómitos rancios y las bacinillas colmadas de excrementos. Se hallaba postrado en una amplia sala donde había varias hileras de camas, por entre las que circulaba una legión de enfermeras que atendían a los pacientes, los cuales lucían heridas de distinta gravedad. Jimmy no recordaba cómo había llegado hasta allí, pero le resultaba evidente que, si aquella enfermera llamada Violet no lo hubiera encontrado en el bosque, deteniendo la hemorragia y ocupándose de su traslado, probablemente ahora estaría, cuando menos, muerto, por lo que no era el momento de quejarse de la deprimente ambientación.

Cuando al fin dejó de ahogarse en la oscuridad y se asentó definitivamente en el mundo, lo primero que hizo fue erguirse para mirarse la pierna, y suspirar aliviado al encontrarla en su sitio. Era de lo más curioso: no le había preocupado morir, pero vivir con una sola pierna, ¡eso sí que no! Le parecía un ejercicio aterrador, un desafío que le daba pereza enfrentar. Pero ahí estaba su querida pierna izquierda, vendada desde medio muslo hasta el tobillo, pero entera, cosa que el pobre Fry no había podido decir de su mano derecha.

Anunció su regreso al mundo de los vivos en cuanto tuvo fuerzas para articular palabra. Una de las enfermeras que revoloteaban entre las camas como abejas laboriosas se acercó a él para darle la bienvenida y ponerle al corriente de la parte de su vida que se había saltado. Se encontraba en el Queen's Hospital de Londres, en Hackney, al este de la ciudad, donde sus habilidosos cirujanos le habían

remendado la pierna con éxito. Le quedaría una bonita colección de cicatrices, pues estaba desgarrada por varios sitios, como si se la hubieran disputado un tigre, un cocodrilo y un tiranosaurio rex, pero no la había perdido, eso era lo importante. Al cabo de unas pocas semanas volvería a caminar, aunque probablemente necesitaría bastón el resto de su vida.

—¿Es usted Violet? —le preguntó cuando ella terminó la crónica de su salvación.

La enfermera negó con la cabeza, para alivio de Jimmy, que se había formado una imagen más idílica de Violet que para nada se correspondía con aquella mujer corpulenta que ya había sobrepasado la cincuentena.

—¡Oh, no! Yo me llamo Hilary Sullivan. Violet fue quien te encontró en el bosque y mandó que te trajeran aquí. Pero está de permiso en Kesgrave, donde viven sus padres, y creo que no se reincorpora hasta la semana próxima. Cuando la vuelva a ver por aquí, le diré que has preguntado por ella. Supongo que le gustará saber que su torniquete te salvó la vida, aunque con esta muchacha nunca se sabe.

—¿Cree que preferiría que hubiera muerto? —preguntó él, decepcionado.

—¿Qué? ¡No!… Bueno, supongo. Lo que quería decir es que es una chica un tanto reservada, y a veces cuesta adivinar qué está pensando realmente. Por no hablar de sus bromas… ¡Nunca las pillo!

—¡Qué me va a contar! —exclamó Jimmy, como si mientras ella le practicaba el torniquete le hubiera dado tiempo a conocerla en profundidad.

La enfermera Sullivan también le explicó que al día siguiente a su llegada allí habían sufrido otro bombardeo alemán, por lo que el hospital estaba a rebosar de heridos, que se amontonaban en los pasillos porque no quedaban camas libres, faltaban suministros y el personal médico no daba abasto. Jimmy sabía que los alemanes hacía tiempo que habían arrumbado los dirigibles en sus hangares, una vez demostrado que no eran el arma definitiva que pondría fin a la guerra, y ahora usaban los letales Gotha, unos triplazas escupebombas que sí causaban verdadero daño, aparte de poner de los nervios a la enfermera Sullivan. Jimmy agradeció para sus adentros haber llegado antes para clavar su pica en una de las camas de aquella sala que ahora se le antojaba relativamente tranquila, bien ventilada y sorprendentemente alegre gracias a unos enormes ventanales que ocupaban toda una pared.

Los siguientes días, a salvo en su fuerte, Jimmy los pasó sumido en una especie de letargo, provocado por los calmantes que le administraban para mantener a raya el dolor de la pierna, cuyos

vendajes le cambiaban a diario. Demasiado extenuado y confuso como para hilar ningún pensamiento útil, se limitaba a resbalar por las horas del día viendo el trasiego de moribundos que tenía lugar en las camas vecinas, en su mayoría jóvenes medio desbaratados que le ilustraban sin palabras sobre la cruenta vida en el frente.

En los contados momentos en que su mente se veía libre de la bruma de los analgésicos, recordaba que Pettigrew había jurado matarlo, y se preguntaba si el matón lo localizaría allí, en aquel lugar del que no podía huir. Suponía que sí, y daba por sentado que en algún momento abriría los ojos para encontrarlo plantado junto a su cama, sonriéndole como quien se encuentra con un viejo amigo, antes de asfixiarlo con un almohadón o degollarlo con un cuchillo. Que eso no terminara de suceder le desconcertaba. ¿Acaso Pettigrew no era tan infalible como él mismo se creía? ¿O tal vez estaba esperando a que se recuperase para destrozarle la pierna de nuevo? Jimmy se inclinaba más por lo último, pues lo creía muy capaz de aquella estrategia tan sádica.

Cuando no pensaba en Pettigrew, se dedicaba a manosear el recuerdo del hada como quien le da vueltas a una moneda tratando de descubrir si es falsa o auténtica. No tenía dudas de haberla visto, hasta recordaba perfectamente la breve conversación que había mantenido con ella. Pero era un hada, y se suponía que las hadas no existían, por lo que aquel recuerdo no podía ser real. ¿Había sido una alucinación, entonces? La respuesta obvia era que sí. Violet era real, como demostraba el torniquete e incluso la enfermera Sullivan había corroborado. Y la razón dictaba que el hada, no. Su única duda tendría que ser el roedor.

Una tarde escuchó el nombre de Violet. Abrió los ojos e irguió la cabeza en un acto reflejo. La enfermera que respondía a ese nombre avanzaba por el pasillo. Era rubia, delgada y de una edad similar a la suya. «Esa sí. Esa ojalá», pensó. Ella iba de cama en cama, por mal que suene, comprobando el estado de los enfermos, haciendo esto y lo otro, mientras se acercaba, lenta e inexorable, a sus dominios, donde él la aguardaba lleno de expectación. Cuando ella llegó hasta su cama, Jimmy le dio la bienvenida con una sonrisa significativa. ¡Tenían tanto que contarse! Ella ignoró su sonrisa y le introdujo una bacinilla bajo el trasero.

—¿Eres la única Violet del hospital? —le preguntó Jimmy, desconcertado por su indiferencia.

—Sí, que yo sepa —respondió ella comprobando su vendaje.

—Pues entonces creo que te debo la vida.

Ella le prestó al fin atención. Dejó de trastear con su vendaje y posó sus ojos color avellana en él, que la miraba como un pastorcillo al ángel anunciador.

—¿No me recuerdas? —le dijo—. Soy el piloto que tuvo la ocurrencia de estrellarse en el bosque de Suffolk.

Ella arrugó adorablemente la nariz. Eso no se lo esperaba.

—Ah… Con las gafas de aviador no pude verte bien la cara —se disculpó.

—Entonces estamos empatados: yo tampoco vi la tuya porque estabas a contraluz.

—Pues espero no haberte decepcionado —dijo ella.

Pero no lo dijo en tono de broma. ¿Sería una broma, entonces? ¿Podría responderle él con otra? Recordó lo que le había comentado la enfermera Sullivan sobre su peculiar sentido del humor. Fuera como fuese, Jimmy dudó qué responderle, y esos segundos de vacilación le hicieron perder cualquier oportunidad de agasajarla, porque ella, quizá para desbaratar aquel silencio que se le antojaba ofensivo, empezó a explicarle los pormenores de su rescate: se lo había encontrado con la pierna destrozada en mitad de su paseo, le había practicado un torniquete para detener la hemorragia y recomendado a sus compañeros de la base, que aparecieron por allí siguiendo el rastro del avión estrellado, que lo enviaran inmediatamente al Queen's Hospital. Ella trabajaba allí, por lo que sabía de primera mano que contaba con cirujanos suficientemente habilidosos como para arreglarle el estropicio de la pierna. Pero Jimmy no prestó demasiada atención a aquella historia cuyo final ya conocía. Habría asentido igual si ella le hubiera dicho que lo había traído al hospital una cigüeña y lo habían operado un par de orangutanes ciegos, hipnotizado como estaba por el movimiento de sus labios, por los gestos de sus manos, por su voz serena y seductoramente ronca. Cuando Violet acabó su crónica, Jimmy volvió a agradecerle sus cuidados y, sin que a ninguno se le ocurriera cómo continuar la conversación, ella se marchó dejándole en el aire el dulce eco de su presencia y la bacinilla bajo el trasero. Jimmy tuvo que contenerse para no llenarla. Porque no, ella no lo había decepcionado en absoluto. Todo lo contrario, a pesar de no haber atinado a demostrarlo. Ignoraba qué impresión le habría causado él, pero fuera buena o mala, no iba a mejorarla mostrándole la consistencia de sus excrementos, algo que nunca le había importado enseñarle a la enfermera Sullivan.

—Está vacía —le dijo a Violet con una sonrisa de disculpa cuando ella reapareció al final de su turno para recoger la bacinilla.

—Ah, pues ya te la retirará Emma, que entra ahora.

—Me parece estupendo.

Tras despedirse de ella, Jimmy la siguió con la mirada hasta que salió de la sala. Entonces, con una mueca de alivio, pudo al fin abrir de par en par las compuertas del bombardero.

A partir de entonces, sus días se convirtieron en una larga y anhelante espera a que llegara el turno de Violet. Pasaba el tiempo imaginando distintas argucias para alargar la breve conversación que entablaban mientras ella le comprobaba los vendajes o le retocaba la barba —había decidido dejársela para despistar a Pettigrew, al igual que el pelo largo—, y así retenerla unos minutos más junto a su cama. Esos minutos eran oro para él, y había observado que a ella no parecían molestarle sus poco disimulados esfuerzos por estirar sus charlas. Violet seguía dándole palique con educación, pero se conducía con una seca amabilidad que no daba pie a nada. Y, en el fondo, aquel frío distanciamiento lo decepcionaba, porque no delataba que ella aguardara sus encuentros con la misma expectación que él.

Una tarde, aprovechando que la cama vecina se encontraba libre, Jimmy se atrevió a sacar el tema que no dejaba de rondarle por la cabeza.

—Oye, Violet, cuando me viste tirado en el bosque… —empezó.

Ella levantó la vista de su pierna para mirarlo.

—¿Sí?

—¿No verías por casualidad a un… hada?

—¿Un hada? ¿Te refieres a una de esas criaturas de los cuentos? ¿Una de esas criaturas que no existen?

—Sí, justo a esas —dijo Jimmy, sintiéndose un poco tonto.

—Sí, la vi.

—¿La viste? —se sorprendió él.

—¡Como para no verla! Se interpuso entre las patas de mi unicornio y casi la arrollo.

—Entiendo… —dijo él, más avergonzado cada minuto que pasaba.

—Si no existen, ¿cómo se supone que hubiera podido verla, Jimmy? —le preguntó ella volviendo a concentrarse en su herida.

—Esa es la cosa… Yo vi una. Se acercó a mí, ¿sabes? ¡Incluso hablé con ella!

Violet paseó una mirada rápida a su alrededor, quizá para cerciorarse de que nadie estaba pendiente de aquella descabellada conversación y ninguna turba airada los quemaría en la hoguera, y luego lo observó con seriedad.

—¿Y qué te dijo?

—Eh… Poca cosa. Que no podía ayudarme. Parece que las hadas tienen prohibido interferir en la vida de los humanos, quién lo iba a decir.

—Por suerte, las enfermeras, no.

—Ya. Sí, menos mal. Tu torniquete resultó crucial, y realizaste un

gran trabajo, por cierto. Te lo dice uno que tiene cierta experiencia en el tema.

—Bueno, es lo primero que nos enseñan en la escuela de enfermería. El truco está en apretar el miembro dañado por encima de la herida.

—Sí, eso es fundamental. Volviendo al asunto del hada…

—No vi ninguna, y creo que tú tampoco —dijo ella como queriendo zanjar el ridículo debate.

—Mmm. Pero cómo explicas que…

—Delirabas. Estabas perdiendo mucha sangre. Es normal que tuvieras alucinaciones. ¿Qué otra explicación podría haber?

—Bueno, la otra explicación que podría haber… —Jimmy se detuvo cuando ella le clavó una mirada inquisitiva—. Claro, no puede haber otra explicación. Tienes razón —aceptó.

—Lo que sí hay en el bosque son muchos topillos de agua. Si me dijeras que viste uno, te creería —le sonrió.

—Bueno, la verdad es que vi alguno de esos bichejos, pero no llegamos a hablar.

Cuando Violet se fue, Jimmy se quedó un rato reflexionando sobre la conversación. Le consoló saber que su mente, por muy exaltada que estuviera debido a la hemorragia, nunca perdía su dignidad. Imaginaba hadas, pero no se rebajaba a inventar ratoncillos. De esas pequeñas manualidades se ocupaba la madre naturaleza.

Las siguientes tardes transcurrieron así, trufadas de pequeñas charlas que, lo quisieran ellos o no, los iban volviendo amigos. Inevitablemente, la evolución de la guerra era el tema principal de sus conversaciones —tras hacerse de rogar, los americanos al fin se habían decidido a participar en la contienda; el general Nivelle había fracasado al intentar romper la retaguardia alemana, perdiendo más de treinta mil soldados en el empeño; los austriacos estaban fundiendo sus campanas para fabricar armamento; los británicos estudiaban la posibilidad de adiestrar cormoranes para lanzar explosivos sobre los submarinos enemigos que asediaban las islas…—, pero, en realidad, charlaban de cualquier cosa, a veces de simples bagatelas o estupideces, que son las que de verdad unen. Pero hablaran de lo que hablasen, Violet siempre mantenía una actitud seria y diligente que marcaba las distancias, impidiendo que la conversación tomara derroteros más íntimos y desmotivando a Jimmy para emprender ningún cortejo.

En cuanto al asunto de las hadas, Jimmy se abstuvo de volver a mencionarlo. Temía que, si insistía, ella acabara cuestionándose su cordura. Además, por mucho que su breve encuentro con el hada se le hubiera antojado de lo más vívido, eso no invalidaba que fuese una alucinación. Si era algo creado por su cabeza probablemente debía

resultarle más real que la propia realidad, que, después de todo, le llegaba filtrada por el tamiz de los sentidos. En el fondo, cuanto más pensaba en ello, más claro le parecía que Violet tenía razón.

Cuando ella estaba a lo suyo, Jimmy, desde la bonanza que le proporcionaban los analgésicos, la observaba con una sonrisa boba pulular por los pasillos cambiando vendajes, inyectando morfina o ahuecando almohadones. Le gustaba todo de ella. Le gustaba su cabello, su color y su longitud, y estaba convencido de que, si pudiera zambullir sus dedos en aquella sedosa madeja, le encantaría también su suavidad, e incluso, de poder contarlos, su número le parecería el ideal. Le gustaba el rosa delicado de sus labios bien dibujados, y el cascabeleo de su risa, que rara vez hacía sonar, como si reservara sus carcajadas de cristal para un tiempo más feliz. Le gustaban sus ojos avellana, en cuyo fondo latía un misterioso poso de amargura. Le gustaba que fuera de pocas, pero atinadas palabras, que practicara aquella abrupta ironía que a veces lo desconcertaba, que arrugara la nariz y lo observara de medio lado cuando él gastaba alguna broma, y hasta cuando no, y que solo le riera las mejores, obligándolo a mejorar en ese ámbito. Le gustaba el cuerpo proporcionado y flexible que salvaguardaba el uniforme. Hasta su sombra le gustaba, cuando ella atendía al paciente de enfrente y el sol del mediodía la proyectaba sobre su cama, delimitando el espacio que su cuerpo ocuparía en un hipotético lance amoroso, para que su imaginación añadiera el resto.

Aquel racimo de bondades que percibía en Violet, probablemente solo la punta de un iceberg que se adivinaba colosal, le llevó a preguntarse si no estaría enamorándose de ella, dado que nunca le había sucedido semejante cosa. Y, de estarlo él, temía que no lo estuviera ella. Por las novelas sabía que a los enamorados no correspondidos los aplastaba un dolor tan insoportable que incluso podía conducirlos al suicidio. Jimmy nunca había considerado el suicidio como una opción práctica, pero quién sabía si, de experimentar el atroz sufrimiento del desamor, le parecería la única opción posible para seguir viviendo. ¿Acabaría pegándose un tiro mientras sonaban las campanas de medianoche de Wahlheim, como el joven Werther? ¿Moriría por culpa de la chica que le había salvado la vida?

También le preocupaba que ella se percatara de su enamoramiento, pues, aunque era nuevo en eso, sospechaba que debía esconderlo como una buena mano de póquer. Creía que hasta ese momento no lo había dejado traslucir, pero le preocupaba el asunto de la bacinilla, que ella encontraba invariablemente vacía cada tarde, pues había adiestrado a sus intestinos para retener su sucia carga hasta el siguiente turno, donde se dejaba ir entre gozosos suspiros, para suplicio de la pobre Emma. ¿Supondría aquel decoro una pista para

Violet de que bebía los vientos por ella? La mayoría declaraba su amor con un anillo; él lo hacía manteniendo lejos de su vista sus innobles desechos. Bueno, si ella lo tomaba como una prueba indiscutible de su enamoramiento, eso que tendría adelantado.

—No sé si ponértela, ya que nunca la usas —le comentó ella una tarde.

—Ya, no sé… Soy más de noches. Tampoco te pierdes nada.

Ella soltó una risita.

—Bueno, parece que eso nunca lo sabré.

Al poco, empezaron a bajarlo a una salita donde un grupo de médicos estaba experimentando con la electroterapia. Allí le aplicaban en la pierna lesionada distintos tipos de corrientes eléctricas, usando para ello unos aparatos que, pese a su aspecto inquietante, lo cierto era que producían efectos beneficiosos. Muy pronto Jimmy pudo volver a caminar con un par de muletas que la propia Violet le había conseguido, gracias a las cuales pudo dejar de ver el mundo desde un colchón. Cada día, practicaba por los pasillos de la sala, recibiendo ánimos y aplausos de los bromistas que contaban con las dos manos para aplaudir, y enseguida se atrevió a caminar hasta la galería que había al otro lado de las escaleras, una acogedora balconada de piedra donde muchos pacientes se sentaban a disfrutar del sol medicinal de la tarde.

Jimmy se acostumbró a pasar allí gran parte de su tiempo, preguntándose qué haría cuando le dieran el alta, para lo cual no quedaba mucho, mientras fumaba cigarrillos, leía algún libro, charlaba con los otros pacientes o se dejaba adormecer por el sol. La primera vez que Violet lo vio allí, haciendo aros de humo recostado en la barandilla, celebró sus avances. Jimmy le ofreció un cigarrillo y ambos lo fumaron despacio, disfrutando de aquel oasis de tranquilidad apartado del bullicio de la sala. A partir de entonces, Violet se tomaba siempre que podía un descanso en su trabajo para compartir un cigarrillo con él, y sin darse cuenta lo convirtieron en un pequeño ritual que Jimmy anhelaba desde que abría los ojos por la mañana.

Gracias a aquellas charlas Jimmy fue desenredando la madeja que era el alma de Violet. Ella le contó que se alojaba en una residencia para señoritas en South Kensington, el primer sitio que había encontrado al mudarse desde su Kesgrave natal. Aunque más bien había sido una huida desesperada, pues odiaba su vida en aquel pueblecito de Suffolk. Con cuatro trazos, había abocetado para Jimmy la típica infancia de niña soñadora encorsetada en una educación demasiado estricta. Según sus padres, tendría que haberse casado con

su novio, un tal Wesley, y ayudarle a cultivar sus tierras, alimentar sus gallinas y darle cuatro o cinco hijos, si no más. Pero Violet no pensaba convertirse en granjera, y, espantada ante aquella visión de su futuro, aprovechó que con el estallido de la guerra la Cruz Roja había ofrecido cursos rápidos de enfermería para emprender al fin su ansiada aventura londinense.

A Jimmy le gustó que Violet fuera venciendo poco a poco sus reservas y entornándole su alma para que él pudiera atisbar por la rendija, y lamentó tener que corresponderle con mentiras. El único detalle de su biografía que mantuvo fue que siendo un bebé de días había logrado sobrevivir a la malvada Bruja de East Finchley, por si aquel coraje tan precoz despertaba su admiración, pero el resto lo cambió a su antojo, temiendo que la verdad pudiera espantarla. Se inventó que era un carpintero que fabricaba muebles llenos de trampas para los magos, que por la noche enseñaba a leer a los niños de la calle, y en sus ratos libres ejercía de tesorero de la Asociación de Amigos del Pájaro Dodo, creada para evitar su inevitable extinción. No sabía si ella se creía que alguien pudiera tener aquella existencia tan colorida, pero escuchaba sus anécdotas con una sonrisa divertida, como si leyera un serial en un periódico. Se estaban conociendo más por lo que se escondían que por lo que se decían, lo cual resultaba curioso, aunque tal vez más efectivo.

Pero Jimmy seguía sin saber si ella se estaba enamorando de él, dado que no tenía experiencia con mujeres como Violet. Nunca había tenido problemas en detectar las señales que le mandaban las mujeres casadas o las jovencitas de arrabal que habían protagonizado sus aventuras amorosas, porque básicamente se relamían mientras lo miraban con ojos pícaros, cuando no le apretaban directamente el saquito de la virilidad, como si tocaran una bocina, y él solo tenía que soltar un par de halagos y chistes malos para que lo condujeran a sus camas. Pero Violet, siempre exquisitamente correcta, no le mandaba señales de ningún tipo. Lo único que podía considerarse una pista —pero una pista de qué— era la mirada fija, entre suspicaz y curiosa, que ella le dedicaba en algunos momentos, como si quisiera verle el alma al trasluz. Cuando conjeturaba sobre su posible significado, Jimmy pensaba en una mujer que se pasa horas ante el escaparate de una sombrerería, examinando cada sombrero porque solo tiene dinero para comprar uno y debe durarle para siempre. Una mujer que prefería irse con las manos vacías antes de comprar uno que no le quedara bien.

Aquel asunto lo mortificaba, y, para espantarlo, acababa diciéndose que, en el fondo, daba igual, pues sabía que no podía ofrecerle ningún futuro juntos, porque en cuanto pisara la calle, Pettigrew caería sobre él. O incluso sobre ella. Siempre que pensaba eso, no podía evitar

contemplar la mano derecha de Violet, la que sostenía elegantemente el cigarrillo, hasta que acababa apartando la vista con los ojos húmedos. No soportaría que ella la perdiera por su culpa, lo cual podría suceder si la chica acababa convirtiéndose en su novia. Pero cada vez que hablaban en la balconada, y él sentía su embriagadora cercanía, que le despertaba el acuciante deseo de abrazarla, de besarla, de desnudarla, de poseerla de un modo que fuera más allá de lo físico, de envolverse con su alma, por decirlo de una forma tan poética como insuficiente, Jimmy se olvidaba de la amenaza que suponía Pettigrew y buscaba la manera de seducirla.

Una tarde, bajo la inminencia del alta médica que lo separaría de ella, concluyó que debía conquistarla o la perdería, así que esperó a que Violet apareciera por la galería para tratar de llegar hasta su corazón, como un soldado a quien le ordenan la suicida empresa de alcanzar un nido de ametralladoras en lo alto de una colina. Descartó el acercamiento romántico, que se le antojaba lo más parecido a caminar sobre un lago helado oyendo inquietantes crujidos a cada paso, y probó un enfoque más metafísico, achacando su encuentro, como ya dijimos que haría en alguna ocasión, a fuerzas superiores.

—¿No te parece increíble que tú y yo nos hayamos conocido? —le preguntó cuando apenas llevaban unas caladas, adoptando un aire divagatorio.

Ella arrugó la nariz y le miró de medio lado, como era su costumbre.

—La gente se conoce cada día —respondió, encogiéndose de hombros.

—Ya, pero no encontrándose en un bosque enorme. Sin embargo, yo te *esperé* en el sitio por donde ibas a pasar el día y a la hora exacta. ¿Y cuántas posibilidades había de eso? Podría haberme estrellado en otra parte, a otra hora u otro día, o no haberme estrellado nunca, ya puestos. Pero, de alguna forma, coincidí contigo.

—O puede que tal vez fuese yo la que decidió salir a pasear el día y a la hora exacta en la que tú ibas a estrellarte.

—También podría ser —reconoció él—. Pero ¿sabes qué? Creo que nuestro encuentro no fue cosa tuya ni mía.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿de quién?

—De una *entidad superior*. Del destino, o de Dios, como quieras llamarlo.

—Mientras no sea cosa de las hadas…

—Naaa, las hadas no existen.

—¿Y Dios sí?

—Vete a saber… Pero lo que quiero decir es que, en todo caso, ha sido cosa de algo más grande que nosotros.

—Bueno, pues ya nos hemos encontrado. ¿Y ahora qué? ¿Ya se le

han agotado las ideas? ¿Enviará a algunos de sus ángeles a empujarme a tus brazos o tendremos que arreglárnoslas solos?

Su respuesta, que ella acompañó con una de aquellas miradas con las que trataba de escrutarle el alma, sorprendió a Jimmy. De pronto, se preguntó si el hecho de que Violet nunca propiciara ningún galanteo entre ellos se debía a que no le interesaba como pareja o a que no sabía cómo hacerlo. Quizá ella tenía tan poca experiencia en eso como él. A saber cómo había ocurrido con el tal Wesley; quizá su noviazgo había sido amañado por los padres (él ignoraba cómo se procedía en aquellos pueblos tan remotos). En definitiva, tal vez Violet y él solo fueran dos erizos intentando abrazarse.

Ella seguía mirándolo expectante, divertida, quizá anhelante, esperando que él correspondiera a su atrevimiento. Le había arrojado el guante y él debía recogerlo, así que Jimmy decidió subir la apuesta: le respondería con un beso, lo cual resultaría más elocuente que cualquier cosa que pudiera decir (sobre todo cuando uno tenía la mente en blanco). Apuntaló sus muletas en el suelo y, aunque no las tenía todas consigo —ella podría apartarse ofendida, dejando que se estrellara de bruces contra el enladrillado—, empezó a inclinarse hacia su boca lentamente, los ojos entornados. Primero se tropezó con su aliento, y respiró el aire que previamente había respirado ella, tamizado por sus pulmones. Pero, aunque eran las cuatro de la tarde, todavía faltaban diez días para el 15 de agosto, así que Jimmy tuvo que contentarse con respirarla, pues un alboroto en la entrada de la galería le obligó a detener el avance hacia su boca.

Traían otro herido. Lo portaban dos celadores en una camilla, a los que guiaba la enfermera Sullivan. Violet enseguida salió a su encuentro para ayudar, como si no tuviera nada importante entre manos.

—La cama vecina a la suya está libre —anunció a su compañera, señalando a Jimmy—. ¡Vamos!

Y en un abrir y cerrar de ojos, Jimmy se quedó solo en la galería con un beso que dar. Bueno, con siete heridos más, pero no le apetecía besar a ninguno. Sacudió la cabeza, resignado. Dios sabía si podría darse entre ellos una situación más propicia para besarse por primera vez que la que la enfermera Sullivan acababa de interrumpir tan groseramente. ¿No podría haber esperado unos minutos antes de irrumpir de aquel modo en la galería? Se encogió de hombros y cojeó con sus muletas tras el cortejo. Después de todo, iban al mismo sitio.

Para cuando él llegó, Violet y la odiosa enfermera Sullivan, que mal rayo la partiera, ya habían acomodado al herido en la cama vecina a la suya. Tratando de no estorbar, Jimmy se sentó en su cama a contemplar la operación. La enfermera Sullivan guardó sus documentos y pertenencias en el cajón de la mesita mientras Violet le

colocaba al herido, que estaba inconsciente, una mano sobre la frente. «Está ardiendo», anunció, y ella y su compañera corrieron a por analgésicos y el carrito de las curas. Al quedarse solo, Jimmy pudo observar con mayor detenimiento a su nuevo vecino. Era un joven de su edad, de rostro anguloso, castaño, larguirucho… Le sorprendió lo mucho que se parecía a él, hasta tenían una herida similar en la misma pierna. Si hubieran hecho una obra de teatro sobre su vida, sin duda aquel tipo habría podido interpretarlo. De hecho, Jimmy sentía que estaba viendo una escenificación de su propia llegada al hospital, de la que no guardaba ningún recuerdo debido a su estado de inconsciencia…

De repente, el joven volvió en sí. Jimmy lo observó sacudirse con mirada crítica. ¿Así habría salido él de la inconsciencia, como un borracho al que le echan encima un cubo de agua? Su interpretación era bastante mejorable.

—¿Dónde estoy? —preguntó el joven con voz temblorosa mientras trataba de enfocarlo.

—En el Queen's Hospital —le respondió—, el mejor sitio en el que podrías haber caído.

—¿Voy a morir?

Jimmy sonrió. En su delirio, parecía haberlo confundido con un doctor. Bueno, él veía hadas.

—¿Morir? ¿De una herida en la pierna? Naaa… —le tranquilizó—. A mí también me hirieron en el mismo sitio, y aquí sigo, dando la tabarra. Un poco de descanso, curas diarias, unas cuantas descargas eléctricas… y volverás a andar, igual que yo. Aunque tal vez tengas que comprarte un bastón. Podríamos ir a comprarlo juntos.

El joven se las ingenió para dibujar una sonrisa.

—Es un alivio saberlo. Me encuentro tan mal…

—Irá a mejor.

El tipo le agradeció los ánimos, y luego tosió un par de veces, como para contradecirle.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el frente? —le preguntó cuando se repuso.

Jimmy se encogió de hombros.

—El suficiente para tener pesadillas el resto de mi vida.

—Te entiendo, amigo —dijo el otro—. Yo me alisté al comienzo de la guerra. He estado en Ypres, Verdún, Somme…

—Eso son muchas batallas.

—¿Verdad que sí? Pues jamás me había hecho un rasguño, ¿te lo puedes creer? Pensé que era inmortal. Pero un cabrón con bayoneta me llevó la contraria en Passchendaele.

—Si lo piensas, es lo mejor que podría haberte pasado —opinó Jimmy—. Por lo que sé, la fiesta todavía continúa en Passchendaele. Y

tú ya has bailado bastante.

—Supongo que sí. He visto tantos horrores que tendré pesadillas hasta después de muerto.

Jimmy rio de buena gana y le tendió la mano. Por fin le habían traído un vecino de cama con el que le apetecía conversar.

—Me llamo Jimmy Hawkins.

El tipo levantó trabajosamente la mano derecha y se la estrechó.

—Yo soy Alan Schofield.

11

Alan Schofield no tenía salvación. La herida se le había gangrenado y la infección se extendía, imparable, por el resto de su cuerpo. Había llegado al páncreas, al hígado, al estómago… En definitiva, pretendía mancillar todos sus rincones, conquistarlo por dentro. Era cuestión de tiempo que muriese. Eso le dijo Violet al día siguiente, aprovechando que el joven navegaba por la inconsciencia.

—Es obvio, cualquiera puede verlo —respondió Jimmy—. Pero es mejor no decírselo. Si ha de morir, que lo haga creyendo que va a vivir.

Violet arrugó la nariz.

—¿Eso crees?

—Eso creo.

Ella lo consideró unos segundos.

—Sí, mejor que mantenga la esperanza —concluyó.

Y eso hicieron, mantener su esperanza encendida, como si portaran una vela en medio de un temporal. Todo iba bien. Aunque a Alan no se lo pareciera, porque cada vez se sentía peor, su cuerpo se estaba recuperando. El pobre pareció tragárselo, y ellos siguieron con la pantomima. Incluso entablaron cierta amistad con él, a pesar de saberlo desahuciado. No pudieron evitarlo, ya que a veces, cuando Violet iba a curarle la herida y Alan no estaba atontado por la morfina, tenía ganas de pegar la hebra. Cuando eso sucedía, los tres acababan hablando sobre esto y lo otro, fingiendo que el condenado tenía toda la vida por delante, que su herida cicatrizaría tarde o temprano, que solo era cuestión de tiempo y reposo, aunque cada día oliera peor, el tejido de alrededor estuviera adquiriendo un color negruzco y no dejara de supurar una baba verdosa que no presagiaba nada bueno.

—No creo que pase de esta noche —le dijo Violet a Jimmy una tarde.

Jimmy asintió con pesar. Le había cogido cariño a su vecino de cama. Era un buen tipo, un hombre humilde y sensible que merecía algo mejor. ¿Cuántas cosechas de jóvenes así estaba destrozando la plaga de pulgones que suponía aquella guerra absurda?

Esa tarde, en uno de sus raptos de consciencia, mientras Violet le cambiaba el vendaje de la pierna, Alan le preguntó a Jimmy por qué se había alistado. La pregunta lo pilló con la guardia baja. ¿Qué podía

decirle? «Para huir de un matón que quería cortarme en pedacitos y alimentar a los peces del Támesis, qué te crees» no le pareció la respuesta más adecuada.

—Bueno…, ya sabes —titubeó—. Supongo que por la misma razón que tú.

—Jimmy siempre ha sufrido incontinencia patriótica —intervino Violet—. Lo esconde y rara vez se le nota, pero te aseguro que daría sin pensarlo su vida por nuestro país.

A Jimmy le sorprendió la respuesta de Violet, barnizada con un deje de sorna que solo él podía apreciar, pues jamás habían hablado de eso. Pero estaba claro que Violet lo había calado. Era otra de esas cosas que debían de haberse dicho sin palabras, leyendo entre líneas. Era cierto que la guerra en general le parecía una insensatez, el resultado de la incomunicación e intolerancia de una sociedad inmadura, bla, bla, bla, y todo eso de lo que se lamentaban algunos articulistas en los periódicos. Si se había alistado era porque no le quedaba otra, no porque sintiera la necesidad de poner su vida al servicio de un país que se había involucrado en ella llevado por unos mal disimulados intereses oscuros y crematísticos. Pero también sabía que si vivieran en un mundo ideal donde las guerras fuesen justas y honestas, por poco ideal que sonara eso, él no estaría entre los primeros de la fila. A sus veinte años, Jimmy se había dado cuenta de que le faltaba disposición para hacer cosas que no le reportaran un beneficio personal. Aunque se sorprendió pensando que por aquella muchacha tan adorablemente mordaz haría cualquier cosa, obtuviera una recompensa o no.

—¿No estoy en lo cierto? —preguntó Violet, ante su silencio.

—Absolutamente —confirmó Jimmy, sobreponiéndose a su pasmo.

—Sí, te entiendo —dijo Alan—. Y, en el fondo, te envidio. Yo no siento que le deba nada a este país. Y mucho menos mi vida.

—¿No? —se sorprendió Jimmy, y le dedicó a Violet una mirada que decía «¿Ves? No todo el mundo es un patriota ejemplar», y luego, dirigiéndose de nuevo a Alan, preguntó fingiendo gran incredulidad—: ¿Y por qué te alistaste, entonces?

—Me alisté por una mujer. Por una mujer a la que amo perdidamente. Por una mujer que no sabe que la amo. Por una mujer que probablemente no me ame a mí.

—Parecen tres mujeres —bromeó Jimmy.

Violet le propinó un codazo.

—Sí —sonrió Alan—, tres mujeres que son una: Siobhan, mi prima.

—A veces, lo que no hacemos por un país, lo hacemos por una mujer —se le ocurrió decir a Jimmy.

—Tu prima Siobhan tiene que ser una mujer muy especial —aportó Violet.

Alan asintió con una sonrisa y respondió algo, pero su voz sonó demasiado débil.

—No lo he oído —le comentó Violet a Jimmy.

—Creo que alababa sus pechos —dijo este, lo que lo hizo merecedor de otro codazo.

—Yo nunca debí alistarme —reconoció Alan, tratando de elevar la voz—. Tendría que haber seguido con el plan original de mis padres, que me enviaron a Londres para heredar la fortuna de mi tío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jimmy, súbitamente intrigado por aquella fortuna que iba a quedarse sin heredero.

Alan clavó sus ojos en el techo, y, por un momento, creyeron que había muerto, dejándolos con la incógnita, pero al poco, tras toser un par de veces, empezó a contarles su historia, y ellos se sentaron en la cama de Jimmy, el uno al lado del otro, como dos espectadores en una sala de cine, sin saber si Alan llegaría a acabar su relato o la muerte se lo impediría.

Como todo moribundo que se precie, con la pierna cayéndosele a pedazos y devorado por la fiebre, Alan desgranó un relato inconexo, a ratos dictado por el delirio, jalonado de largos parones y pasajes casi inaudibles narrados con lo que parecía su último aliento, que Jimmy y Violet tuvieron que recomponer como si se tratara de un jarrón que alguien hubiera destrozado a martillazos en una playa de conchas. Permitidme que os ahorre ese suplicio y os suministre directamente la versión de su vida depurada de obstrucciones.

Alan Schofield había nacido en Scarborough, un pueblo costero de Yorkshire del Norte. Era el único hijo de un matrimonio humilde. Su madre trabajaba en una tintorería y su padre en un barco pesquero, en el que él había entrado como aprendiz. Con esos tonos tan grises, era difícil pintar un futuro colorido. Pero al poco de cumplir los dieciocho años había llegado una carta para proponerle otro destino. Era de su tío Owen, el hermano de su madre, que de joven se había mudado a Londres con una mano delante y otra detrás y, tras malvivir varios años realizando distintos oficios, había abierto su propio estudio fotográfico. Aseguraba que las cosas le iban bastante bien, pero ya se sentía mayor y, como era un solterón empedernido sin descendencia, no sabía a quién legar la pequeña fortuna que había amasado. Se había acordado entonces de su sobrino, al que solo había visto una vez, cuando había visitado a su hermana al poco de parir. Si las cuentas no le fallaban, aquel querubín tendría ahora dieciocho años, por lo que le escribía para ofrecerle al rapaz un puesto de aprendiz en su estudio. Le pagaría con alojamiento y comida, y le enseñaría el

oficio para que, cuando él pasara a mejor vida, heredase el negocio y, de paso, su pequeña fortuna. Esperaba que al chico le interesara su propuesta, le daba sus señas y le decía que incluso podía traerse a la novia o esposa, si la tenía, porque su vivienda, situada arriba del negocio, era lo bastante grande para poder vivir los tres. La madre de Alan no se lo pensó. Vio en la oferta de su hermano la oportunidad de evitar que su hijo acabara igual que su marido, trabajando por cuatro perras en un mísero pesquero y oliendo siempre a pescado —el marido, un santo, jamás se quejaba de su olor a quitamanchas—, y lo mandó a la metrópoli a convertirse en un hombre de mundo. Sin poder opinar sobre su propia vida, Alan partió hacia Londres con la carta de su tío en el bolsillo y un par de mudas en una maleta, aunque más solo que la una porque no tenía ni novia ni mucho menos esposa. Pero eso no significaba que no estuviese enamorado. Lo estaba, y hasta las trancas, de Siobhan, su prima por parte de padre, una muchachita que, como la mayoría de las del pueblo, solo suspiraba por los valientes que partían al frente. Cuando le había contado que se iba a Londres a trabajar de fotógrafo, no solo no se había mostrado impresionada, sino que incluso se le había escapado una risita desdeñosa, así que Alan había tenido que abortar su plan de pedirle un beso de amor como despedida.

En esas condiciones, con los labios sin estrenar, llegó Alan a la enorme y bulliciosa Londres en septiembre de 1914, apenas un mes después de que Inglaterra hubiera declarado la guerra a Alemania. Y al poco de bajar del tren, se cruzó con un exaltado grupo de jóvenes que gritaban a los cuatro vientos que iban a Francia a matar alemanes para servir a su país. Alan los vio alejarse en dirección contraria a la suya, hacia la oficina de reclutamiento más cercana, bromeando unos con otros asegurando que para Navidad ya estarían de vuelta convertidos en héroes. Alan no pudo evitar pensar en su prima Shiv, y en cómo lo miraría ella si él regresaba al pueblo tras haber combatido en la guerra. Probablemente mudaría su indiferencia en fascinación y lo besaría *motu proprio*, sin que él tuviera que rebajarse a pedírselo.

Alan lo consideró. Era una posibilidad por la que merecía la pena desobedecer a sus padres. Además, de momento, no tenían por qué saberlo. Ya les escribiría desde Europa para explicarles que jamás habría podido vivir consigo mismo si no se medía como hombre en aquella guerra. Al fin y al cabo, su tío no lo esperaba, pues su llegada iba a ser una sorpresa, así que su ausencia no iba a preocupar a nadie.

Tiró la maleta a un callejón y corrió a alistarse. Salió de la oficina de reclutamiento ansioso por demostrarle a su prima Shiv de qué era capaz. Desde la distancia, le brindaría cada boche muerto, cada colina tomada. Tan deseoso estaba de partir hacia el frente que las diez semanas de instrucción que tenía por delante se le antojaron eternas.

Se decía que ya habían mandado a la frontera belga cuatro divisiones de la Fuerza Expedicionaria Británica, formadas por soldados curtidos en las guerras coloniales, unos auténticos virtuosos con el fusil Lee-Enfield, y temía llegar cuando ya no quedara ningún alemán vivo.

Pero enseguida comprobaría Alan que la guerra, la verdadera guerra, no era para nada como se la había imaginado. No solo porque durante la instrucción todo su batallón había tenido que entrenar con escobas debido a la escasez de rifles, sino porque una vez en el frente había descubierto que lo que primaba no era la acción épica y frenética que fabricaba héroes, sino una inactividad y un aburrimiento que solo producía resentidos en serie. La guerra estaba inmóvil. Al comienzo de la contienda, las ametralladoras, aquella nueva arma capaz de realizar quinientos disparos por minuto, que los boches habían distribuido cada cinco metros a lo largo de su línea defensiva, habían masacrado con su mortal fuego cruzado a los ejércitos franceses, que habían cargado contra ellos como toda la vida, enarbolando sables y lanzas a caballo, seguido de la infantería con sus bayonetas caladas e incluso una banda de música. Ante la lluvia de balas habían tenido que retroceder con el rabo entre las piernas para replantearse muy seriamente su estrategia: había que dar también más protagonismo a sus ametralladoras, aquellas armas menos nobles, pero, a la vista estaba, mucho más eficaces. Y la larguísima batalla del Marne, presidida por el tableteo de las nuevas armas, había quedado en tablas. Después, con ambos ejércitos notablemente mermados, a nadie le cupo la menor duda de que las ametralladoras, los fusiles de repetición, las granadas de fragmentación y demás armamento innovador convertían cualquier ataque al viejo estilo en una carnicería. ¿Cómo seguir combatiendo, entonces? Nadie lo sabía. Pero de momento, ambos bandos habían dejado de moverse y excavado trincheras para resguardarse del fuego enemigo.

Y eso fue básicamente lo que Alan hizo durante sus dos primeras semanas en el frente, cavar y reparar una y otra vez aquella línea de trincheras que, como un reflejo de la alemana, se extendía desde la costa belga hasta la frontera de Suiza. Constaba de tres trincheras paralelas —la de reserva, la de apoyo y la de fuego— conectadas entre sí por varios pasadizos, lo cual permitía que los soldados fueran rotando de una a otra cada semana. Entre ambas trincheras enemigas, más allá del zaguán de las alambradas, se extendía un baldío castigado por los obuses al que llamaban *tierra de nadie*, cada vez más alfombrado de cadáveres de soldados y caballos que se descomponían sin prisas.

Al mes, Alan ya quería volverse a casa. Estaba harto de achicar agua fangosa de la trinchera con su casco cada vez que llovía, del miedo a recibir la bala de algún francotirador atento si sacaba demasiado la

cabeza, de dormir apoyado contra una pared, de los piojos y las ratas y, sobre todo, de los insistentes bombardeos, que parecían querer romper el mundo y le dejaban un temblor dentro que tardaba en abandonarlo. Como el resto de sus compañeros, se sentía estafado. No le extrañaba que, al caer la noche, los más desesperados asomaran las manos con cigarrillos encendidos para que algún francotirador al acecho se las volara, garantizándoles un pasaporte a casa, ni que otros se desfogaran sin condón en los prostíbulos de la retaguardia, esperando contraer una gonorrea que los apartara al menos unos días del frente.

Una mañana como otra cualquiera, un obús estalló a unos veinte metros a su derecha, y a Alan lo roció una granizada de tierra, madera y pedazos de compañeros. Todos se atropellaron por el pasadizo que comunicaba con la trinchera de apoyo y se metieron en el primer refugio que encontraron, una precaria madriguera de un par de metros de profundidad con techo de chapa reutilizada que nada tenía que ver con los de los boches, habitaciones de hoteles en comparación. Apretado entre una veintena de compañeros, con el corazón encogido, la boca seca y las granadas del cinto clavadas en los riñones, Alan escuchaba el atronador concierto de las bombas alemanas. Se conocía de memoria la estrategia del enemigo, porque era exactamente igual que la de ellos: machacar la primera trinchera con fuego de artillería durante un par de horas para luego enviar a la infantería a intentar conquistarla, cosa que casi nunca conseguían porque antes de que lograran cruzar la tierra de nadie, ellos ya habían vuelto a posicionarse en primera línea para repelerlos. Esos ataques esporádicos que ambos bandos se infligían conseguían avances ridículos, a cambio de un coste de vidas tan elevado que Alan dudaba que su país contara con un suministro de reclutas suficiente como para mantener el ritmo de muertos diario que exigía aquella guerra que no parecía que fuera a terminar en Navidad, pero ningún mando parecía tener una idea mejor.

«Hermanos, demos gracias al Señor porque ninguno de nuestros mandos haya traído su piano», dijo Wyatt, un joven de Beckenham que no habría dejado de bromear ni aunque lo estuvieran quemando vivo. Estaba claro que Wyatt también había visto los refugios de los mandos en la retaguardia, mucho más espaciosos, revestidos de fuertes paredes de madera y provistos de un cómodo mobiliario e incluso algún capricho personal. Pero no tuvieron tiempo de reírle la gracia, porque enseguida el techo del refugio tembló al recibir un brutal cañonazo. Todos palidecieron y se miraron aterrados mientras del techo caían finos hilos de arena. Hasta entonces la artillería alemana solo había alcanzado la primera trinchera, pero parecía que los boches habían aprendido a ajustar la puntería de sus morteros de

tiro parabólico para llegar a la segunda línea. A todos les resultaba evidente que aquel techo de mierda no iba a resistir otro impacto de lleno, en caso de producirse. Tras varios minutos de tensa incertidumbre, durante los que algunos habían rezado y otros llorado y hasta llamado a sus madres, el refugio recibió el temido impacto. Y, efectivamente, el techo de mierda no aguantó. Alan apretó los dientes mientras un alud de cascotes y tierra caía a su alrededor, levantando una nube de polvo que lo enturbió todo. Iba a morir, pero no iba a hacerlo de ninguna manera heroica, sino aplastado en un derrumbe. ¿Qué pensaría Shiv de su patética aventura?

Sin embargo, no recibía ningún impacto. Siguió encogido, como en un confesionario o una letrina, esperando a ser brutalmente aplastado de un momento a otro, pero nada, no pasaba. Cuando el polvo se disipó, descubrió que su parte del techo seguía en su sitio, gracias al único pilar que había aguantado. Sus compañeros no habían corrido la misma suerte. Todos yacían sepultados bajo una montaña de cascotes, dejando aflorar, aquí y allá, una mano, una bota, una cabeza reventada que lo miraba con ojos vidriosos. La muerte había hecho su agosto allí dentro, aunque lo había dejado a él, como si ya le pesara demasiado el saco. Los cañonazos habían cesado, ahora solo oía gritos y llantos provenientes de fuera del refugio.

Sin saber qué se esperaba de él, Alan se levantó y, caminando torpemente sobre los escombros, salió a la devastada trinchera. No pudo evitar sentir cierto pudor al encontrarse milagrosamente intacto en aquel mundo donde todo parecía roto, como si hubiera entrado desnudo en una iglesia. Vio acercarse a su sargento, que parecía estar inventariando los daños, y le salió al paso.

—El refugio se ha derrumbado —le informó, señalando la escombrera que había a su espalda—. Han muerto todos.

El sargento miró de pies a cabeza aquella aparición rebozada en polvo, que parecía un niño torpemente disfrazado de espectro.

—¿Y por qué usted no? —inquirió, como si le molestara su talento para la supervivencia.

Alan se encogió de hombros.

—No sabría decirle.

—Pues recoja las placas de todos los muertos para sus familias —le ordenó antes de proseguir con su inspección.

Aunque era lo que menos le apetecía, Alan volvió al lugar del crimen y empezó a desenterrar los cadáveres de sus compañeros para arrancarles las placas. La primera, la de Wyatt Miller, el gracioso del grupo, que con sus bromas les hizo más llevaderos aquellos días sombríos. Luego, las placas de los que les reían las bromas. Cuando acabó su ingrata labor, Alan volvió a salir al mundo con su alijo de placas, preguntándose si alguna vez volvería a reír por algo.

Aquel episodio de supervivencia milagroso podría haber quedado en una simple anécdota que contar a los nietos, una anomalía en la lógica de la realidad, de no ser porque no fue el único. Varios meses después, Alan había visto morir a muchos compañeros durante los disparatados ataques a las trincheras alemanas, o en los feroces contrataques de los boches, pero él no había recibido ni un rasguño. También salió intacto cuando los alemanes probaron a gasearlos, como si fueran ratas, mientras muchos de sus compañeros morían expulsando por la boca una baba amarilla. Y cuando estrenaron los lanzallamas en Verdún. Y de la carnicería del Somme, considerada hasta el momento por unanimidad la campaña más sangrienta de aquella guerra absurda, que se prolongaría hasta principios de 1917, total para acabar empatados, con más de un millón de soldados muertos y Alan igual de vivo. Al final, siempre le tocaba caminar por el paisaje onírico en que se convertían las trincheras después de un ataque, recogiendo las placas de los muertos entre el pudor y la extrañeza por seguir entero.

Pero, pese a que nada parecía poder matarlo, Alan no perdía el miedo a morir. A mediados de julio de ese año, el general Haig, responsable de la masacre del Somme, decidió arrebatarles a los boches Passchendaele, un pueblecito belga en la meseta de Gheluvelt, seca y practicable, como paso previo a conquistar la codiciada Ypres, que a su vez les permitiría alcanzar la costa y destruir la base de submarinos que los alemanes habían instalado allí.

El 31 de julio es la fecha fijada para la ofensiva, y toca madrugar. Cuanto antes empecemos, antes acabamos, debe de pensar Haig. Por eso, los primeros fulgores del alba iluminan una hilera infinita de soldados apoyados contra el muro de la trinchera, fumando el que para muchos será su último cigarrillo.

El furriel va circulando entre ellos con una garrafa de ron para llenarles las tazas. El alcohol, aunque sea del barato, sirve igual para infundir valor a quien le falta y potenciarlo a quien le sobra. Luego aparece por allí el sargento. Tras consultar su reloj, les dice que faltan cinco minutos para el ataque, así que ya saben qué tienen que hacer. Los soldados lo saben, efectivamente, y, como un solo hombre, se dan la vuelta, se sacan la chorra y orinan contra los tablones. Mejor vaciar la vejiga que hacérselo encima, delante del enemigo, no vayan a pensar que les tenemos miedo. Tras la meada al alimón, el sargento asiente satisfecho.

—Bien, esto va a ser coser y cantar —los anima—. ¡Los boches se van a cagar al ver nuestros tanques!

Se refiere a los Marks, que ya van por el modelo nosecuantos, y que esperan en retaguardia para cruzar las trincheras por los puentes tendidos y unirse a la fiesta.

—Lo mismo ni los ven, sargento.

¿Quién ha dicho eso? El agorero es uno de los muchos presos a los que el Gobierno conmuta la pena si se alistan, un tipo algo más mayor, fuerte, de ojillos duros. ¿Cómo se llama? ¿Drake? ¿Dwayne? ¿Dylan? Alan no lo recuerda porque ha evitado todo este tiempo relacionarse con él. La sonrisa feroz del tipo le da más miedo que los propios alemanes.

—¿Y eso por qué? —pregunta el sargento, que no está para adivinanzas.

—Porque va a diluviar —responde el posible Drake, Dwayne o Dylan señalando con la barbilla el cielo, donde silenciosamente se van posicionando algunos nubarrones.

—Tranquilos. El general dice que no serán más que cuatro gotas —le resta importancia el sargento, y luego se larga por donde ha venido, advirtiéndoles que estén atentos a su silbato.

Dylan, o como se llame, sonríe con desdén.

—Menudo cabrón, el general. Se la ha puesto dura la victoria en Messines y nos manda a esta locura. Como él no se va a romper ni una uña… —se queja.

—¡No te pongas en lo peor, compadre! —le grita alguien.

—Os digo que va a llover a cántaros y esto se va a convertir en un barrizal. ¡Va a ser otro Somme!

Y no se equivoca. En cuanto salen de la trinchera, tras oír el silbato de los suboficiales, empieza a diluviar. Una espesa cortina de agua cae sobre el hormiguero de soldados que corren entre las alambradas por las sendas marcadas por los zapadores. Aunque ponen todo el cuidado que pueden, siempre hay alguna púa que les desgarra el uniforme y, a veces, pilla piel. Una vez superadas las alambradas, toca correr todo lo posible por un terreno abrupto, plagado de socavones, cuerpos de caballos en descomposición y cadáveres de compañeros abatidos en los asaltos anteriores que no se pudieron recoger, al que hay que sumar el barro que empieza a amasar la lluvia. El manto de agua absorbe la luz y su fragor compite con las explosiones y las ráfagas de las ametralladoras, desorientando aún más a los soldados. Alan corre con los dientes apretados, rezando porque sean las balas y bombas enemigas las que lo esquiven a él, y no al revés, ya que apenas ve nada. A su alrededor van cayendo sus compañeros, uno tras otro, como marionetas sin hilos, y Alan se pregunta cuándo recibirá la bala que el destino le tiene reservada. «¿Será ahora?, ¿ahora?, ¿ahora?», se dice a cada paso que da sin morir, con el fusil fuertemente agarrado, sin acordarse de usarlo. La llanura ya es el barrizal que ha predicho Dylan, donde las granadas abren cráteres que enseguida se convierten en piscinas de agua fangosa en las que muchos se ahogan lastrados por el pesado equipo.

Alan distingue entonces a su derecha la mole de un tanque. El

armatoste romboidal avanza con la parsimonia de un anciano, pero el rugido de su motor y el chirrido de sus cadenas lo vuelven intimidante. Las balas enemigas rebotan en su blindaje, los cañones que asoman a su frente y costados, como probóscides de insectos, devuelven el fuego sin despeinarse, y los rodillos de sus ruedas parecen capaces de aplastar cualquier obstáculo que se les ponga por delante, desde los cadáveres que van sembrando el terreno hasta las alambradas boches. Alan se pega a él todo lo que puede, como ve hacer a Dylan, que corre a su lado. Dylan, probablemente curtido en las duras calles de alguna ciudad industrial, no sería un ejemplo que seguir en un baile de sociedad, pero en un campo de batalla le parece, con diferencia, la mejor opción. Y avanzar al socaire de aquel mamut de hierro aparentemente invencible no es mala idea, pues le ofrece un espejismo de seguridad. Pero los tanques pronto dejan de resultar útiles, porque muchos de ellos se precipitan en los cráteres de los obuses, de los cuales no saben salir, o se atascan en el barro, como no tarda en ocurrirle al que avanzaba a su derecha. Alan lo observa pugnar en vano por seguir adelante, con la misma piedad con que uno miraría a un perro viejo y noble al que la edad hace que le fallen los cuartos traseros. El enemigo aprovecha la oportunidad. Al menos media docena de boches caen sobre el tanque indefenso y tratan de abrir sus escotillas para apropiárselo.

—¡El tanque! ¡Defended el tanque! —les grita el sargento a Dylan y a él, que no tienen más remedio que obedecer.

Ambos corren hacia el blindado sin muchas ganas. Dos de los boches los ven venir y bajan a plantarles cara, mientras los otros tres siguen a lo suyo encaramados a su lomo. Dos contra dos. Hasta ahora, y mira que ya lleva tiempo allí, Alan no había tenido que luchar cuerpo a cuerpo con ningún alemán. Se había limitado a dispararles a distancia, o a esquivar sus balas igual de lejos, pero lo de ahora se parece más a una clase de esgrima o un partido de rugby. Alan se detiene y observa al adversario que le ha tocado, un chaval de su edad que parece tan reacio como él a protagonizar un enfrentamiento más íntimo. Se mantienen a cinco o seis metros el uno del otro, sin que ninguno se atreva a romper el hielo. Son dos siluetas difuminadas bajo la torrencial lluvia que, en el conjunto de la guerra, a nadie importa si viven o mueren, por muy crucial que para ellos sea aquel momento. Dylan, por su parte, no está para miraditas, y se lanza a la carga contra su contrincante, un tipo más fornido que el de Alan. Tras la embestida, Alan observa a ambos rodar por el fango en un enredo de miembros. Por desgracia, su compañero pierde el fusil, que el barro succiona enseguida. El contrincante se levanta lentamente y observa al desarmado Dylan, que manotea desesperado buscando su arma. Enarbola la bayoneta y camina hacia él, decidido a aprovechar su

ventaja. Alan quiere correr hacia allí para ayudar a su compañero, pero sus pies siguen clavados a la tierra, más por el miedo que por el fango. Sintiéndose el hombre más cobarde del mundo, se prepara para ver cómo asesinan a su compañero a apenas una docena de metros de su posición, sin que él mueva un dedo para impedirlo. Pero para su sorpresa, es el boche de la bayoneta quien se desploma sobre el suelo. Dylan no ha logrado encontrar su arma, pero eso no quiere decir que esté indefenso. Hombre de recursos, se ha quitado el cinturón, se lo ha liado en un brazo y, sacudiendo la hebilla en el aire a modo de maza, ha derrumbado al boche. Ahora se acerca a rematarlo, con golpes rápidos y mortales, los últimos innecesarios, como un artesano de la muerte perfeccionista. Envalentonado por aquella muestra de coraje, Alan se vuelve hacia su enemigo, dispuesto a acabar con él con la misma bravura y eficacia, para descubrir que este, aprovechando su embeleso, se ha acercado a él hasta situarse a un metro escaso, como si quisiera pedirle un baile. Tan cerca que pueden olerse el aliento, mirarse a los ojos, donde no hay odio, solo miedo, y el mismo deseo, el de estar lejos de allí, a salvo en casa, frente al fuego del hogar, con un buen libro, el perro y eso. Pero antes de que Alan pueda reaccionar, el joven le hunde la bayoneta en el muslo izquierdo. Lo hace con delicadeza, casi con apuro, como si no quisiera provocarle demasiado daño.

Pese al cuidado del alemán, Alan siente cómo un relámpago de dolor se extiende desde el muslo por todo su cuerpo. La pierna deja de sostenerlo y se derrumba sobre el fango. Allí tendido, a merced de lo que quiera hacer el otro, se pregunta por qué ahora sí, qué tiene de especial ese día, ese momento. Si realmente Dios ha estado protegiéndole todo este tiempo, por qué lo abandona ahora. ¿Acaso este boche que ha logrado herirle es el diablo? Desde el suelo, lo ve enarbolar su bayoneta para rematarlo.

—¡Aún no he besado a una chica! —exclama.

No sabe por qué grita eso, pero sabe que de todos los motivos que tiene para no morir, ese es el primero: besar a una chica, preferiblemente a su prima Shiv, pero en ese momento cualquiera le vale. El joven alemán ladea la cabeza como si le entendiera. Evidentemente no lo ha hecho, pero su ruego lo ha desconcertado unos segundos. Suficiente para que Dios, o quien sea, reaccione. Se oye entonces una explosión cercana, y un trozo de metralla errática le golpea en la cabeza, tan fuerte que le arranca el casco, y el joven que ha estado a punto de ser su verdugo, se desploma sobre él como si quisiera besarle, posiblemente muerto. Está visto que en esta guerra no se pueden hacer planes ni a corto plazo.

Alan se lo quita de encima como puede y trata de levantarse, pero la pierna herida no le responde. Se queda así, arrodillado bajo la lluvia,

como si esperase que alguien lo nombrara caballero. No sabe qué hacer. ¿Volver a tenderse en el fango, hacerse el muerto? ¿Regresar a la trinchera arrastrándose? Entonces, Dylan se le acerca.

—¿Estás bien, chaval?

—Me han herido en la pierna, no puedo caminar —dice Alan con vergüenza, ya que no sabe si Dylan ha visto su pasiva actitud.

—No te preocupes, te sacaré de aquí.

Dylan le ayuda a levantarse y, tras cierta descoordinación inicial, consigue cargárselo a los hombros.

—Gracias —musita Alan cabeza abajo, sorprendido de aquel gesto piadoso por parte del exconvicto al que él no ha prestado ayuda.

—No me las des. No lo hago para salvar tu vida, sino la mía. Eres mi pasaporte para poder volver a la trinchera. Además, tu cuerpo me protegerá de las balas. Reza para que no te dé ninguna —dice Dylan, echando a correr en dirección contraria.

El exconvicto sortea cráteres, balas y explosiones mientras, desde su inusual posición, con la cabeza campaneando en el vacío, Alan observa las consecuencias del asalto: docenas de cadáveres medio hundidos en el lodo, tanques encallados en los socavones, heridos que levantan la mano desde el suelo, implorando ayuda al verlos pasar…, menos oficiales muertos, que de eso nunca hay, ve de todo. Esa es la verdadera guerra, no la que organizan los mandos en sus mapas.

Y en esas, sin que ninguna bala se tome la molestia de rematarlo, llegan a la trinchera. En ese momento, para Alan no hay en el mundo nadie más inteligente que Dylan: acertó en lo del diluvio, y ha vuelto a acertar al decirle que su herida sería el pasaporte que le permitiría regresar a la trinchera, pues en cuanto lo ven llegar cargando con él, un oficial le dice que lo lleve hasta uno de los refugios de la segunda línea. Solo falta que le pongan una alfombra roja. Dylan asiente con diligencia, alejándose todavía más de su probable muerte. Encuentra un refugio y lo descarga en una cama. Para entonces, Alan tirita de frío y lo ve todo borroso. Cree que va a morir, y no quiere hacerlo solo. En un impulso, coge la mano de Dylan.

—Gracias —logra musitar—. Me llamo…

—No me interesa —lo interrumpe su salvador, cubriéndole la boca con la otra mano—. Los camilleros te trasladarán al hospital. La guerra ha acabado para ti. Intenta no morirte antes de que lleguen —le aconseja, y después se larga.

Alan lo intenta, lo intenta de verdad, pero se muere.

12

—O eso creí. En realidad, solo me desmayé. Y eso seguí haciendo una y otra vez mientras me trasladaban. Hasta que finalmente aparecí aquí —dijo Alan.

«En el hospital con las enfermeras más sexis de Londres», pensó Jimmy.

—En el hospital con los mejores cirujanos de Londres —dijo.

—Pero ya es demasiado tarde, ¿verdad? —les preguntó Alan, mirándolos con los ojos turbios.

Sí, era tarde. Durante su relato Alan había ido muriéndose, marchitándose como una rosa, apagándose como una vela y demás imágenes de extinción similares.

—¿Tarde? ¡Claro que no! —le contradijo Jimmy.

—¿De verdad? Pero cada día me siento peor. Tengo fiebre y…

—Tonterías, tonterías…

—Es la infección —dijo Violet con voz grave—. Se ha extendido por todo tu cuerpo. La gangrena te ha provocado una septicemia. Eso significa que…

—Que voy a morir —la interrumpió Alan—. Que me estoy muriendo en este instante, ¿verdad?

—Me temo que sí.

Alan sonrió blandamente, recostó la cabeza sobre la almohada y clavó los ojos en el techo. ¿Qué se piensa en un momento así? ¿Qué se piensa cuando sabes que es tu último pensamiento? Violet se levantó y se acercó a su cama. Y para sorpresa de Alan, Jimmy y cualquiera que por allí pasara, se inclinó lentamente sobre él, hasta que sus labios rozaron suavemente los del moribundo. Y allí se mantuvieron unos segundos, para que él notara su textura, su tibieza, su aliento, todo eso que se conoce como beso, y luego se retiraron. Fue un beso delicado, tierno, que quedó en la boca de Alan como una gota de rocío en la hoja de un árbol.

—Gracias —le dijo Alan, con los ojos llenos de lágrimas.

Y, como si el beso fuera la señal que estaba esperando, expiró.

Violet miró a Jimmy, que permanecía a su lado entre aturdido y maravillado, el silencio atravesado en su garganta como una espina de pescado.

—Vaya… —dijo al fin—. El servicio de este hospital es de primera.

—No podía dejar que se fuera sin haber recibido el beso de una

chica —se excusó ella—. Aunque no fuera la que él quería.

—Por supuesto. Lo habría hecho yo, pero no habría colado —bromeó Jimmy—. Y seguro que le ha encantado.

—Bueno, tampoco tenía con qué comparar —dijo ella, con más pesar que burla.

«Yo sí —pensó Jimmy—. Yo sí tengo con qué comparar. Y no te imaginas cuánto me gustaría hacerlo.»

Violet cubrió totalmente a Alan con la sábana y comentó, más para sí misma, que iría a avisar a la enfermera Sullivan, pero se quedó allí, pensativa.

—¿Qué sentido tiene que tu *entidad superior* le haya permitido sobrevivir cuatro años en la guerra para finalmente acabar muriendo aquí hoy? —le preguntó a Jimmy.

—No sé. ¿Besarte?

Ella dejó escapar una risita amarga.

—Mis besos no son para tanto —dijo, y se marchó.

«Bueno, eso nunca lo sabré», pensó Jimmy cuando se quedó solo. Observó el bulto cubierto por la sábana que había sido Alan, porque aquello que había allí ya no lo era. Su compañero ya no estaba en el mundo, aunque su cuerpo siguiera allí presente. Sin un alma iluminándolo por dentro, era el caparazón de una ostra, el gurruño de ropa que se había quitado para zambullirse en el océano de la eternidad. Pensó en la pregunta que Violet le había hecho. Sí, ¿qué sentido tenía preservarlo durante cuatro años para que acabara allí, muriendo de una infección? Violet tenía razón. Dios era un pésimo novelista, no ataba bien sus tramas, dejaba demasiados cabos sueltos. A no ser que no estuviera contando la novela del pobre Alan, sino la suya, se dijo, mirando el cajón de su mesilla. Lo abrió, revolvió entre las pertenencias del difunto y, sí, ahí estaba, la carta con el nombre del tío Owen en el remite. La tomó en sus manos con temblor reverencial, pues la historia de Alan la había convertido en un objeto poco menos que mítico. Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que no había rastro de Violet, y abrió el ajado sobre. El tío Owen no era el vizconde de Valmont, precisamente. Su carta era una mísera cuartilla con un texto muy escueto que apenas decía algo más de lo que Alan les había contado. Jimmy la escondió bajo su almohada. Espantó cualquier remordimiento que pudiera asaltarlo diciéndose que así daría un sentido a la vida del pobre Alan y, de paso, salvaría la suya.

Cuando Violet regresó, acompañada de la enfermera Sullivan y dos camilleros, Jimmy se tumbó en su cama para no estorbar.

—Habrá que notificárselo a sus padres —comentó Violet mientras preparaban el cadáver para trasladarlo a la camilla.

—Sus padres están muertos —anunció la enfermera Sullivan.

Ante la sorpresa de Violet, a la que había que añadir la de Jimmy, la mujer les explicó que, a los pocos días de su ingreso, al enterarse de que ella vivía en un pueblo cercano a Scarborough, Alan le había pedido que tratara de localizar a sus padres, de los que no tenía noticias desde que había partido al frente, a pesar de haberles enviado varias cartas. A través de su prima, una tal Siobhan, la enfermera Sullivan había averiguado a qué se debía aquel silencio epistolar: los padres de Alan habían fallecido poco después de que él partiera hacia Londres, cuando los alemanes habían bombardeado el pueblo en diciembre de 1914. Alan llevaba ya tres años solo en el mundo, aunque aún no lo sabía, y ella, convencida de que la noticia no le ayudaría en su recuperación, no había querido decírselo.

—Aunque quizá debería haberlo hecho —se lamentó su compañera —. Me prometí hacerlo en cuanto empezara a mejorar, pero…

—Hiciste bien, Hilary —la tranquilizó Violet.

A continuación, ella y los celadores trasladaron el cadáver a la camilla mientras la enfermera Sullivan recogía sus pertenencias del cajón de la mesilla.

—¿No hay nada más? —le preguntó Violet al revisarlas.

—No, eso es todo.

Violet miró a Jimmy, que se limitó a permanecer en el lugar que ocupaba su cuerpo.

Esa noche, con la carta del tío Owen bajo la almohada, Jimmy no pegó ojo. En el reparto de cartas, al fin le había tocado un as. El tío Owen no había visto a Alan desde que era un bebé, y sus padres habían muerto, por lo que podía suplantarlo sin riesgo a ser descubierto. Por si eso fuera poco, estaba también el parecido físico. ¿Funcionaría? No lo sabía, pero había muchas posibilidades, siempre y cuando la tal Shiv no lo desenmascarase, lo cual no parecía muy probable, dado su desinterés por su paradero. Merecía la pena intentarlo. Tampoco tenía nada que perder, y sí mucho que ganar, porque el cambio de identidad podía despistar para siempre a Pettigrew.

No esperaría al alta. Se iría mañana mismo. Se pondría el traje que Violet le había comprado para cuando dejara el hospital, que guardaba en su mesilla, todavía envuelto, y se iría antes de que ella entrara a trabajar… Aunque esa era la parte que menos le gustaba de su plan. Sacrificarla en su huida. Pero ¿qué podía hacer? No tenían ningún futuro juntos, en el supuesto caso de que ella quisiera alguno, lo cual ni siquiera sabía. Para cuando amaneció, ya había decidido irse tras el desayuno —no sabía cuándo volvería a comer—, pero dejó

transcurrir toda la mañana inmóvil en su cama. Su cuerpo, o quizá fuera su corazón, le anclaba allí. No quería largarse sin ver a Violet por última vez. Sin despedirse de ella sin palabras, que era como se decían las cosas más importantes.

Cuando ella apareció, Jimmy había dado, tras docenas de reescrituras mentales, con la despedida perfecta, con el modo de decirle adiós sin decirle adiós, de despedirse de ella evitando que notase que se estaba despidiendo de ella.

—¿Hoy no sales a fumar a la galería? —le preguntó Violet, sorprendida de encontrarlo allí.

—Hoy no me apetece. Lo de Alan me ha quitado las ganas de hacer nada.

Charlaron un rato del pobre chico mientras Violet ponía sábanas nuevas en su cama, que llevaba toda la mañana vacía, hasta que ella hizo amago de irse.

—Oye, Violet… —la retuvo.

Ella se volvió.

—¿Qué?

—Fue todo un detalle lo del beso. Hiciste que Alan se fuera feliz. Y a mí me has devuelto la fe en el género humano. Me alegro de haber conocido a alguien tan especial como tú.

Violet encajó el inesperado discurso en silencio, y luego le dedicó una de aquellas miradas suyas que se le colaban dentro, de esas que le tocaban el alma como si quisiera comprobar que no tenía espinas que pudieran clavársele. ¿Se habría dado cuenta de que, en realidad, era una despedida disfrazada de halago?

No lo sabía, pero, cuando se fue, Jimmy pudo al fin levar el ancla de su corazón y recuperar la verticalidad. Volvía a ser un homínido, pero un homínido a la fuga. Se vistió con rapidez, haciendo equilibrios con la muleta. Y una vez envainado en el traje, que le quedaba un poco grande, cruzó el pasillo lo más rápido que le permitió su cojera y se internó por la galería en la que tantos cigarrillos habían compartido, rumbo a la salida.

Le sorprendió encontrarse a Violet en mitad del pasillo, cruzada de brazos y con una mueca de disgusto en los labios, como si al verlo hubiera confirmado una sospecha terrible.

—¿Te ibas sin despedirte?

—Esto…

No tuvo tiempo de inventar ninguna excusa, ya que Violet lo agarró por las solapas de la chaqueta y lo empujó contra la barandilla. Aunque probablemente ella solo quería apartarlo todo lo posible del tráfico de enfermos que discurría por la galería, a Jimmy le costó descartar que no quisiera tirarlo al patio. Barajó la posibilidad de arrearle un golpe con la muleta para quitársela de encima, pero se

contuvo. En esas, Violet reparó en el papel que asomaba del bolsillo de su chaqueta y se lo arrebató antes de que él pudiera impedírselo.

—¡Lo sabía! —exclamó rabiosa al comprobar que se trataba de la carta de Alan—. Por un momento llegué a pensar que no existía ninguna carta, que Alan se lo había inventado todo. Pero no, aquí está. La carta de su tío. Te faltó tiempo para robársela —le reprochó, agitándola ante sus ojos—. ¿Qué pretendes, hacerte pasar por él?

Jimmy se encogió de hombros.

—Me has pillado… —reconoció.

—Porque te conozco muy bien.

—En realidad, no me conoces, Violet —la contradijo él—. Esa es la cosa. Es largo de explicar, pero todo lo que te he contado sobre mí es mentira.

—Ah, ¿sí?, ¿no te importa la extinción del pájaro dodo? —dijo ella con sorna.

—Esa carta es mi salvación —trató de explicarle Jimmy, ignorando su sarcasmo—. Necesito un sitio donde esconderme y una nueva identidad. Es cuestión de vida o muerte. ¡No exagero! Y el destino me ha dado esa oportunidad. Ha hecho que Alan sobreviviera a una maldita guerra para traérmela.

—¿Y la inmensa fortuna del tío Owen no tiene nada que ver? —preguntó Violet, escéptica.

—Bueno, puede que un poco sí —aceptó Jimmy. Estiró la mano hacia la carta, pero ella la apartó—. ¡Venga, devuélvemela, deja que haga esto! —le rogó—. ¿A ti qué más te da?

—¿Te crees que quiero pasarme la vida recogiendo bacinillas, llenas o vacías? —respondió ella—. ¡Ese dinero es de los dos!

Jimmy soltó una risita llena de incredulidad.

—Tú no puedes acceder a él. Por si no te has dado cuenta, no cuadras con el perfil de Alan.

—Pero sí con el de su esposa. —Ella cogió la carta con ambas manos e hizo amago de romperla—. Si no quieres que rompa la carta aquí mismo, llévame como tu mujer.

—¿Qué?

—El tío Owen dice que cabemos los dos.

Jimmy abrió mucho los ojos, sorprendido. No había pensado en la posibilidad de llevársela con él. De que ella quisiera participar en su farsa. Y menos como su pareja.

—Pero… entonces tendríamos que fingir que estamos enamorados.

Ella apartó la vista de él unos segundos, como si algo al final de la galería hubiese llamado su atención, y luego volvió a mirarlo en silencio. Otra vez aquella mirada que se le colaba dentro, que le sopesaba el alma como si valorase un melón en una frutería.

—¿Y tan difícil te resultaría? —le preguntó.

—Bueno…

—Porque a mí, no —dijo Violet.

No lo había dicho en tono de broma, así que Jimmy no sabía si lo era o no. Pero esta vez no titubeó, y decidió apostar a que no lo era.

—¡Demonios, a mí tampoco! —exclamó—. Me enamoré de ti nada más verte. ¿O crees que lo de las bacinillas era casualidad?

Ella continuó mirándolo con seriedad unos segundos, y Jimmy pensó que había caído en su trampa como un pardillo, pero entonces una sonrisa afloró a los labios de Violet.

—Sabía que no —le dijo—, y la verdad es que me pareció un gesto muy romántico.

—Así soy yo —respondió Jimmy, aliviado—. Mi imaginación no tiene fronteras. A veces, me doy miedo. Es algo que, ya que vas a ser mi querida esposa, deberías saber.

—Tomaré nota —sonrió ella.

Nunca la había visto sonreír así. Con esa dulzura, con ese brillo en los ojos que apagaba su perenne amargura. ¿Significaba que había comprobado que su alma no tenía espinas o que le daba igual que las tuviera, porque amar era siempre un riesgo? Daba igual. Jimmy solo sabía que quería besar aquella sonrisa, sumergirse en su dulzura, que mientras de él dependiera, jamás dejaría que la vida la extinguiera. Apuntaló la muleta en el suelo y empezó a inclinarse hacia su boca lentamente, los ojos entornados. Primero se tropezó con su aliento, y respiró el aire que previamente había respirado ella, tamizado por sus pulmones. Y luego nada impidió que alcanzara su destino, porque eran exactamente las cuatro de la tarde del 15 de agosto.

13

Jimmy, a quien a partir de ahora volveremos a llamar Alan, solo tuvo tiempo de recordar su vida hasta aquel primer beso, pues justo en ese momento el tren proveniente de Beckenham, escenario fortuito de sus remembranzas, llegó a la estación de Londres. Sin embargo, si hacéis cuentas, comprobaréis que entre aquel primer encuentro con los labios de Violet y esta tarde de primavera de 1922 en la que volvían de casa de la señora Miller, median nada menos que cinco años —mes arriba, mes abajo—, y mal narrador sería yo si dejara sin relatar lo que les sucedió durante ese periodo.

Así que permitidme la pequeña travesura de parar el tiempo, de dejar a Alan a medio levantar de su asiento, como sentado en el aire, a Violet detenida en el acto de coger el cartapacio del portaequipajes y a Grace y Gladys —no me preguntéis quién es quién— congeladas en mitad del pasillo, como la mayoría de los viajeros. Parece que alguien hubiera decorado el vagón con un puñado de figuras de cera que se antojan casi más reales que las del Museo de Madame Tussauds. Y fuera del tren, en la estación, sucede otro tanto: la multitud está paralizada, docenas de palomas y moscas cuelgan del aire, la locomotora teje una estola de humo y los caños de las fuentes esculpen filigranas de cristal (el único que no parece acusar el atasco del tiempo, porque ya mostraba una quietud perfecta, es el borracho que está tumbado en uno de los bancos del fondo).

Dejémoslos así, como capturados en una fotografía, y volvamos al estudio de la calle Kelly, al que se dirigen en este instante, y por primera vez, Alan y Violet, nuestros *recién casados*, decididos a interpretar el papel de sus vidas. Era una calle relativamente tranquila, sin apenas tráfico ni viandantes, donde serpenteaba la alegre musiquilla de un organillo. El organillero, con su correspondiente monito amaestrado, se había adueñado desde hacía años de una de sus esquinas, y las gracietas del mono capuchino, que bailaba al compás de la melodía, atrajeron enseguida la atención de Violet, quien no dudó en acercarse a celebrarlas. «Quién lo diría», pensó Alan con una sonrisa tierna. Albergaba la sospecha de que aquel gesto tan tonto solo sería la primera de las muchas guindas, cerezas, canutillos de barquillo y demás adornos con los que, durante la convivencia que se avecinaba, iría embelleciendo el pastel de la personalidad de Violet que había horneado en el hospital. Para

integrarse en la idílica escena, y de paso practicar su papel, Alan se presentó al organillero como el sobrino del dueño del estudio, recién llegado del frente con aquella cojera de recuerdo. Le sorprendió que por toda respuesta el hombre lanzara un bufido, y que incluso el monito, que se llamaba Darwin, se cubriera los ojos en un cómico gesto de terror y soltara unos chillidos que los acompañaron mientras cruzaban la calle hacia la tienda. «¡Scrooge, Scrooge!», le pareció a Alan que gritaba.

La tienda contaba con un pequeño escaparate de mampostería, donde se exhibía un surtido de retratos de personas que, ya posaran solas, emparejadas o en grupo, lo hacían siempre con el mismo aire grave y envarado, como si los hubieran nombrado ministros o les hubieran diagnosticado una enfermedad incurable. Incluso los niños que aparecían en algunas de las fotos lucían la misma mirada circunspecta de los adultos, como si no recordaran que todavía eran infantes. Junto a la puerta, había una placa dorada, en la que Violet leyó:

—«Owen Carter. Retratos. Fotos coloreadas. Revelado oficial de películas Kodak…» ¿Qué significará esa palabra?

—Ni idea, pero ya tendremos tiempo de enterarnos —dijo Alan, agarrando el picaporte de la puerta y sonriendo a Violet antes de empujarla—. Bueno, empieza el espectáculo, esposa mía.

La tienda, cuyas paredes mostraban retratos igual de solemnes, estaba presidida por un enorme mostrador de madera y cristal, cuya vitrina exhibía distintos modelos de cámaras. Casi toda su superficie estaba cubierta de expositores que rebosaban catálogos de productos, revistas de fotografía, folletos de concursos fotográficos de temática familiar o vacacional o pequeños regalos, como carteritas de cartulina para guardar negativos y copias con atractivas imágenes impresas. Tras aquella maleza publicitaria, languidecía un anciano escuchimizado de cara afilada, protuberantes bolsas bajo los ojos y una cabellera blancuzca que parecía cubrirle la cabeza con una capa de polvo. Estaba envainado en un traje obsoleto que le quedaba un poco grande, y, cuando se acercaron a él, comprobaron que despedía un hedor rancio, mezcla de tabaco de pipa y falta de jabón.

—¿Qué desean? —les preguntó con voz apolillada, como si llevara tiempo sin usarla—. ¿Un retrato de pareja?

Alan intercambió una mirada cómplice con Violet, sacó la carta del bolsillo y la depositó sobre el mostrador ceremoniosamente, como si fuera el as de una baraja que completara la mejor mano que se pudiera tener a aquel lado del Misisipi.

—Un tío —sonrió.

El viejo tomó la carta y comprobó que era la que él mismo había escrito a su hermana cuatro años antes, aunque ajada y llena de

manchurrones, como si hubiera sobrevivido a una guerra, que era justamente a lo que había sobrevivido.

—¡Santo cielo! —exclamó con incredulidad—. ¿Eres mi sobrino Alan?

—El mismo que viste y calza —respondió Alan, ufano—. Y ella es Violet, mi esposa —la presentó, más ufano aún.

Solo por decir eso merecía la pena aquella charada, pensó. ¡Mi esposa, mi esposa!

El tío Owen dedicó una larga y silenciosa mirada a Alan, quien se limitó a dejarse observar, esforzándose en parecer quien decía ser. Aunque trataba de mantener la tranquilidad de quien no tiene nada que ocultar, sentía el corazón detenido en el pecho, porque aquel viejo parecía capaz de leer la verdad en sus entrañas, como los antiguos adivinos leían el futuro en las vísceras de las vacas. Finalmente, tras el tenso escrutinio, el tío Owen alzó las manos al cielo, dando a entender que tenerlo ante él le parecía poco menos que un milagro.

—¡Verte es como mirar a un fantasma, sobrino! —exclamó—. Me enteré de la muerte de tus padres en el bombardeo alemán, pero nadie supo decirme nada sobre tu paradero, ni siquiera tu prima Siobhan, así que con el paso del tiempo acabé asumiendo que también habías muerto en aquel maldito ataque, o en algún jaleo similar. —Salió de detrás del mostrador y le prensó el rostro entre las manos—. ¡Pero aquí estás, vivito y coleando! ¡Más vale tarde que nunca! ¡Y vienes con propina! —añadió mirando a Violet—. ¡Dadme un abrazo!

Ambos se dejaron abrazar por turnos, intercambiando miradas de alivio por encima de su hombro.

—Bueno, mi intención era venir directo aquí, tío, pero me entretuve unos años luchando por mi país en el frente —se excusó Alan—, y luego me casé con la enfermera que me salvó la vida para que siguiera haciéndolo.

El tío Owen lanzó una carcajada.

—¡Pues mereció la pena estar a punto de diñarla! Pero ya tendremos tiempo de ponernos al día —les dijo, cerrando por dentro la puerta de la tienda—, ahora seguidme. Voy a enseñaros los dominios de este viejo lobo.

Aparte de aquella estancia, la planta baja albergaba el estudio fotográfico propiamente dicho y el cuarto de revelado, los cuales ya describí en detalle al comienzo de esta historia, así que voy a centrarme directamente en la planta de arriba, donde se hallaba la vivienda. Como enseguida comprobaron, no era demasiado espaciosa, aunque estaba bien distribuida y les permitiría convivir cómodamente a los tres. El salón comedor era amplio, tenía un par de ventanales que daban a la calle y hasta una chimenea que los recibió con un bostezo de hollín. Les llamó la atención un escritorio arrinconado, sobre cuya

superficie se desplegaba un mapa de Europa por el que hormigueaban docenas de soldados de plomo, remedando los vaivenes de la guerra europea. Observaron que aquella mesnada liliputiense estaba compuesta de soldados de distintas épocas —romanos, hunos, napoleónicos…—, un caprichoso batiburrillo con el que el viejo parecía querer proclamar que todas las guerras eran la misma guerra. En una esquina se amontonaban varios recortes de periódicos sobre la contienda y algunos manuales de estrategias militares muy manoseados. Estaba claro que el anciano seguía el rumbo de la guerra desde aquel rincón como si la estuviese dirigiendo él.

Tras mostrarles la cocina y el pequeño baño, los condujo hasta los dormitorios. Él ocupaba una pequeña habitación donde solo había un camastro y una mesilla, amén de una caja fuerte de hierro en una esquina. Al verla, Violet y Alan cruzaron disimuladamente una mirada. Luego les enseñó la habitación donde ellos se alojarían, más grande que la suya y prácticamente invadida en su totalidad por una enorme cama de matrimonio. Les confesó con burlona amargura que había comprado el tálamo al mudarse, cuando aún se hacía ilusiones de poder compartirlo, pero pronto se dio cuenta de que las mujeres no se le daban bien y, más tarde, de que estaba mejor sin ellas. Como dormir cada noche en aquel lecho sin compañía se le antojaba una afrenta, se había trasladado al dormitorio de invitados, así que ahora era todo suyo. Seguro que sabrían sacarle partido, comentó, lo que hizo que Alan y Violet volvieran a cruzar disimuladamente otra mirada.

Esa noche cenaron por primera vez los tres juntos. Mientras daban cuenta de un pastel de carne y una rebosante fuente de judías regadas con una botella de vino, comprobaron que el tío Owen estaba hambriento de compañía, porque no paraba de hablar de las cosas más dispares, sin importarle demasiado que ellos siguieran o no su cháchara. Alan aprovechó un alto en su parloteo para cerciorarse de que no estaban allí por nada:

—En tu carta mencionabas una *pequeña fortuna,* tío. No me imaginaba que un estudio fotográfico diera tanto dinero. Pero esa caja fuerte que tienes en tu dormitorio habla por sí sola.

El tío Owen lo observó con una sonrisa pícara.

—Bueno, las cosas han cambiado mucho, sobrino —dijo—, y ahora hay un estudio fotográfico en cada esquina. Pero cuando yo empecé, apenas había competencia. A veces, la vida es cuestión de apostar, ¿no os parece? Y yo aposté por la fotografía.

Les contó que cuando llegó a Londres huyendo de Scarborough para

buscarse la vida era un pipiolo de apenas dieciocho años, y durante más de diez estuvo dando tumbos de trabajo en trabajo, a cada cual más agotador y peor pagado, hasta que le contrataron en un taller de placas emulsionadas con bromuro de plata. Se habían inventado unos años antes para hacer más cómoda la labor del fotógrafo, y aquello, sumado a que también se había reducido considerablemente el tiempo de exposición, le hizo comprender que la fotografía iba a ser el negocio del futuro. Y no se equivocó, pues unos años después la casa Kodak inundó el mercado con cámaras cada vez más ligeras y sencillas de manejar, inventó la película en rollo y creó una extensa red de establecimientos propios o asociados a la marca donde revelar los carretes, liberando al usuario de las engorrosas manipulaciones de laboratorio que debía enfrentar hasta entonces. Eso popularizó la fotografía. De pronto, cualquiera podía preservar para siempre los instantes memorables de sus vidas y olvidarse de lo demás. «Usted aprieta el botón. Nosotros hacemos el resto», decía la publicidad. Y el tío Owen, que había adquirido todo el conocimiento que podía sobre emulsiones, placas, lentes y demás, no se lo pensó: arrendó aquel estudio, le pidió una licencia a Kodak para revelar sus carretes y empezó a llenarse los bolsillos.

—Así fue como reuní esa *pequeña fortuna* que, efectivamente, guardo en la caja fuerte de mi dormitorio. Esa *pequeña fortuna* que espera a un Schofield que sea digno de ella. ¿Eres tú el Schofield que estaba esperando? —preguntó, clavando una intensa mirada en Alan.

—¡Que me fulmine un rayo ahora mismo si no lo soy! —afirmó este con contundencia.

Hubo un silencio expectante en el que los tres, incluido el propio Alan, observaron el techo, como si quisieran comprobar su afirmación.

—Vaya, parece que lo eres —bromeó el viejo unos segundos después, viendo que su sobrino seguía sin fulminar. Tendió su vaso hacia él, y Alan lo entrechocó con alivio—. Pero, contadme vosotros —dijo, recostándose en la silla—, ¿cómo le pediste matrimonio a esta adorable muchachita?

—Oh, bueno, la verdad es que fue muy bonito —comentó Alan, retrepándose incómodo en su silla.

—Sí, realmente bonito —corroboró Violet, con aquel barniz de sorna que solo él podía apreciar—. Me costará olvidarlo.

—¿En serio? Pues contadme, ¡quiero saberlo todo! —los invitó el viejo.

Violet le hizo un gesto a Alan, cediéndole la palabra.

—Cuéntalo tú, cariño, que lo haces mejor que yo.

—Pues… Por dónde empiezo. Bueno, me hirieron en el infierno enfangado de Passchendaele —comenzó Alan, remontándose todo lo atrás que pudo para ganar tiempo—. Una bayoneta me atravesó el

muslo. Pero la verdad es que hasta entonces no me estaba yendo mal en la guerra —puntualizó ante la mueca de piedad del viejo. ¡Tampoco quería parecer un inútil!—. Había matado a un montón de alemanes gracias a mi extraordinaria puntería. Casi sin darme cuenta, me convertí en el favorito de los mandos. —Se encogió modestamente de hombros, como si a él mismo le pareciera excesiva aquella consideración—. Confiaban en mí para las misiones más arriesgadas.

—¿Cómo cuáles? —preguntó el viejo.

—Bueno, recuerdo una noche en la que en las trincheras nos habíamos quedado sin pimienta… Un oficial que necesitaba sazonar su entrecot me mandó a robar un frasco a la línea alemana. Decía que un entrecot a la pimienta necesitaba pimienta, y ¿quién podía llevarle la contraria? Así que allí que fui, esquivando balas y obuses, una vez más. Regresé también con perejil, romero y tomillo.

Mientras el tío Owen lanzaba un silbido de admiración, Violet le propinó un puntapié por debajo de la mesa que Alan no tuvo problemas en traducir: cuanto menos inventase, menos posibilidades habría de que lo pillaran. Pero las buenas historias eran su perdición. ¿Cómo resistirse? Así que continuó revelando que lo habían herido por intentar salvar a un compañero.

—Me lo estaba cargando a la espalda para llevarlo a la trinchera cuando apareció un boche de la nada y… En fin, al final me tuvieron que cargar a mí. —Soltó una risita, como si en el fondo hubiese sido una eventualidad de lo más divertida—. Pero mereció la pena, porque aquella bayoneta enemiga me envió derechito al Queen's Hospital, donde me esperaba, sin yo saberlo, el amor de mi vida —remató, mirando arrobado a Violet, que le devolvió una mirada más arrobada aún.

Nadie podía dudar de que aquellos dos se querían. Y, después de todo, su historia no difería mucho de la verdadera historia del verdadero Alan, salvo por el pequeño detalle de su muerte. Era como una versión bonita, ligeramente sazonada con la pimienta de la exageración, de lo que habría debido ser para él su experiencia en el frente de haber vivido en un mundo gobernado por una entidad superior que atara todos los cabos (¡al diablo la desagradecida prima Shiv!).

—La primera vez que la vi —continuó Alan—, entre la niebla causada por la pérdida de sangre, me pareció un ángel. ¿Cómo no iba a enamorarme de ella? —Violet bajó los ojos al plato, ruborizada—. Y tuve la suerte de que ella también se enamoró de mí. ¡Aunque todavía no sé por qué! —Le lanzó un guiño—. Pero la herida estaba infectada y, durante los primeros días, no parecía que fuera a mejorar. ¡Todo lo contrario! Me asaltaron la fiebre, los vómitos, el delirio… Así que, presintiendo cerca la helada garra de la muerte, le propuse

matrimonio.

—Y tú aceptaste… —concluyó el viejo sonriendo a Violet, conmovido.

—Sí, cómo decirle que no, después de todo lo que había organizado para que fuera un momento especial —dijo ella, dedicándole una sonrisa a Alan.

—¿De verdad? ¿Qué hiciste, sobrino?

—Ja, ja, ja. ¿Que qué hice, que qué hice? ¿Quieres saber lo que hice?

—¡Por Dios, sobrino, sí!

—Bueno, pues esto es lo que hice… —Alan realizó una pausa de efecto que tuvo que interrumpir antes de que resultara excesiva—. Les pedí ayuda a varias de sus compañeras enfermeras y organizamos un buen sarao a sus espaldas. Y el día previsto, cuando Violet apareció para curarme la herida…

—¿Sí?

—Ese día…

—¿Sí?

—¡Sonó un violín!

—¿Un violín? —se sorprendió el viejo.

—¡Como lo oyes! Uno de los heridos era concertista, así que le conseguimos su violín y, en cuanto Violet enfiló el pasillo hacia mi cama empujando su carrito de curas, empezó a interpretar el *Cantabile* de Paganini. Imagínate, tío, si verla caminar ya era de por sí un bello espectáculo, si le añadías esa composición de Paganini…

—¡Yo no sabía a qué venía aquella música! —exclamó Violet, como si todavía le durase el desconcierto.

—¿Y entonces? —preguntó el anciano devorado por la curiosidad.

Jimmy y Violet se consultaron con la mirada, como si todo hubiera sido tan emocionante que ahora les costara reconstruir el orden de los acontecimientos.

—Entonces… —hizo memoria Violet—, ¡alguien soltó unas palomas!

—¡Y también globos! —exclamó Alan—. ¿Te acuerdas?

—¡Es verdad! Algunas enfermeras hasta se habían aprendido unos pasos de baile para la ocasión. ¡Yo iba de sorpresa en sorpresa!

—¡Cierto, cierto! Cada persona en aquella inmensa sala, menos los que estaban inconscientes o se morían, tenía un pequeño papel asignado en la función.

—Sí, Alan había hecho cómplice a medio hospital…

—Pensé en traer también un elefante.

Tanto Violet como el tío Owen alzaron las cejas.

—¿En serio? —preguntaron al unísono.

—¡Sí, nada me parecía suficiente para ella! Pero era complicado

lograr los permisos. Y tampoco podías controlar que el paquidermo no se hiciera sus necesidades durante el espectáculo, así que lo descarté…

—Hiciste bien, porque lo habría deslucido bastante —opinó el viejo, como si fuera experto en elefantes o pedidas de mano.

—Finalmente —prosiguió Alan, lanzado—, saqué de debajo de mi…, de debajo de las sábanas, mi bacinilla. —Antes de que el tío Owen tuviera tiempo de componer una mueca de asco, continuó—: Llena de rosas. Y, escondido entre ellas, un estuche con un anillo.

Violet, disimulando una mueca espantada, volvió a propinarle otro puntapié. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Un anillo? ¡Qué romántico! ¿Puedo verlo? —pidió el viejo.

—Me temo que no —se lamentó Violet—. El anillo se lo pidió prestado a una compañera casada y después se lo tuve que devolver. Pero me debe uno igual, ¡de un diamante como mínimo!

—Será lo primero que compre en cuanto reciba *mi herencia* —prometió Alan, aprovechando para dedicar al viejo un guiño cómplice.

—Pero lo más bonito fue lo que me dijo al darme el anillo —aseguró Violet—. Fueron pocas palabras, pero con ellas me conquistó para siempre.

—Sí, estuve inspirado —dijo él con falsa modestia.

—¡Dios mío! ¿Puedo oírlas? ¡Por favor! —rogó el anciano.

—Eh… Me temo que no, tío —negó Alan—. Forman parte de nuestra intimidad.

—Vamos, cariño, ¿qué intimidad? ¡Si lo dijiste delante de medio hospital! —le soltó Violet—. Creo que no pasará nada si las repites ante tu tío.

—Pero…

—Venga, querido: repítelas —pidió Violet con voz melosa—. Me encantaría volver a oírlas. Por favor…

Alan lanzó un resoplido de resignación.

—De acuerdo —rezongó. Se giró hacia Violet y la tomó delicadamente por el mentón para enfrentar su mirada a la suya—. La miré a los ojos y le dije…

El viejo lo miró expectante. Igual que Violet, quien lo observaba llena de curiosidad, con la mandíbula pinzada por su mano sudorosa. Alan tragó saliva.

—«Desde que te vi empecé a amarte. Y nunca dejaré de hacerlo. Así que, para que esto no resulte incómodo para ninguno, por favor, acepta convertirte en mi esposa.»

Se hizo un silencio repentino, como si las palabras de Alan necesitaran ser saboreadas en una especie de recogimiento monacal para extraer cada matiz de todo su apasionado significado.

—Entiendo: una vez que la viste, ya estabas hechizado —reflexionó el viejo—. No amarla no era una opción.

Alan se encogió de hombros.

—Es otra forma de decirlo, no diré que mejor, pero…

—Pues yo no soy de lágrima fácil —confesó el viejo—, pero se me han humedecido los ojos.

—Y a mí —dijo Violet, buscando la mirada de Alan—. A pesar de escuchar esas palabras por segunda vez.

Alan le sonrió. Y como no iban a encontrar un modo mejor para rubricar la cena, todos decidieron tácitamente darla por concluida. Alan y Violet se ofrecieron a recoger la mesa y fregar los platos, mientras que el tío Owen, por su parte, se encendía una pipa y se sentaba en su sillón orejero, ante su escritorio, abstrayéndose de inmediato de su alrededor para concentrarse en las fluctuaciones de su guerra en miniatura. Mientras se ocupaban de los platos, Violet fregando y él secando, no dejaban de mirarse con una sonrisa divertida. Alan no sabía cómo expresar lo que sentía, y sospechaba que a Violet debía de ocurrirle lo mismo. Lo que había sucedido en la mesa lo había anegado de una calidez inesperada y una especie de cosquilleo lo recorría por dentro. Era como si en su interior se hubiese producido un truco de magia. Había creído estar enamorado de Violet, pero ahora comprendía que era en aquel *preciso momento* cuando se había enamorado realmente de ella. O cuando aquel sentimiento había terminado de redondearse, como si hasta entonces lo que él había bautizado alegremente como *amor* solo hubiera sido un revoltijo de emociones fermentadas que necesitaban cuajar en un todo mayor para merecer ese nombre. Le habría gustado compartir con ella lo que estaba sintiendo, pero no sabía cómo moldearlo en palabras, ni siquiera si un sentimiento así podía encerrarse en un discurso sin que se desvirtuara, empequeñeciera o incluso le hiciera parecer estúpido al pronunciarlo. Tal vez el único modo en que podían expresarlo y comunicárselo el uno al otro era tal y como lo estaban haciendo: mediante aquellas sonrisas bobas que intercambiaban sobre la espuma de jabón. Si era cierto que, como había leído en algunos libros, la felicidad ininterrumpida no existía, si a lo único que el ser humano podía aspirar era a puntuales momentos de dicha, ahora, en aquella humilde cocina, secando platos con un trapo, Alan estaba en el epicentro de uno. Y esperaba que Violet también.

La sensación se fue desvaneciendo poco a poco, a medida que acababan la tarea, dejándole en el pecho las brasas de aquel fogonazo de felicidad que lo había atravesado a traición. «¿Y ahora?», se preguntó Alan, contemplando cómo Violet terminaba de doblar el mantel. Se imaginó que regresaban al fin al dormitorio, cerrando la puerta a sus espaldas e intercambiando una sonrisa embarazosa ante lo elocuente de la cama. Se imaginó a Violet agachando la cabeza, adorablemente tímida, y a él tomando el timón de la situación y

diciendo: «No te preocupes, Violet, no hay por qué hacer nada, y de hacerlo, lo haremos despacio, a tu ritmo». Se imaginó que ella, conmovida por su caballeroso gesto, por la increíble madurez que rezumaban sus palabras, levantaba lentamente la vista, daba un paso hacia él y se le ofrecía con los ojos entornados. Se imaginó adelantando una mano para acariciarle la cara, sus dedos lentos errando por su mejilla, deslizándose por sus labios, entreabriéndolos como si levantara la tapa de una caja de música que encerrara una melodía de gemidos profundos. Se imaginó a Violet liberándose del vestido sin dejar de mirarle a los ojos, en una lenta ceremonia, y a él, cautivado por aquella desnudez que despuntaba, recorriendo con besos parsimoniosos cada átomo de piel expuesta.

Un pequeño empujón de Violet lo sacó de su ensoñación, y regresaron al salón para darle las buenas noches a su tío.

—¿Os importaría fregar también por dentro los armarios y los fogones? —les preguntó el viejo sin mirarlos, distraído en sus soldaditos—. Por culpa de mis achaques, hace meses que no les doy un buen repaso.

—Claro que no, tío.

—Y ya que os ponéis, podríais fregar el resto de las cacerolas y los cubiertos, si no os importa. Ah, y los cristales de la ventana. Deben de tener grasa acumulada desde la batalla de Trafalgar.

Ellos cruzaron una mirada indecisa, pero obedecieron. Sabían que era el peaje que debían pagar por hacerse ricos. Tal vez inmensamente ricos. Casi una hora después, cuando ya no quedaba ni una brizna de aire que fregar, regresaron a la sala a darle las buenas noches al tío Owen, que seguía enfrascado en su guerra paralela.

—Que descanséis, sobrinos —les dijo, sacando su nariz de uno de los manuales de estrategia. Y, observándolos con una sonrisa misteriosa, añadió—: Espero que la cama os resulte cómoda. Me costó un dineral, especialmente el colchón. Pero no quería ahorrar en gastos, pues la llave de la felicidad de un matrimonio se encuentra precisamente en el lecho, ¿no os parece?

Alan y Violet le dieron la razón algo azorados, antes de desaparecer por el pasillo camino de su habitación. Allí seguía el mencionado lecho, que no se había movido del sitio en todo ese tiempo. Ambos observaron en un silencio incómodo la enorme cama, que, tras las palabras del tío, parecía incluso haber aumentado su tamaño.

—No te preocupes, Violet, no hay por qué hacer nada —dijo Alan en el tono dulce y comprensivo que había imaginado—, y de hacerlo, lo haremos despacio, a tu ritmo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Para qué retrasarlo? Si hay que pasar por esto, que sea cuanto antes —sonrió.

—Valeee —dijo Alan.

No pudo evitar alargar la última sílaba, como si cayera al vacío, porque Violet lo había empujado de repente sobre la cama. Apenas un minuto después, el tiempo que tardó en deshacerse sin ceremonias de su vestido, se deslizó desnuda sobre él, ocupando exactamente el espacio que su sombra había marcado en el hospital.

Fue más rápido y brusco de lo que Alan había imaginado, aunque también más apasionado. No le preocupó. Ya tendrían tiempo de solazarse el uno en el cuerpo del otro, de reparar en que tenían ombligo, costillas, clavícula, docenas de lunares sin contabilizar. Ya tendrían tiempo de pasar de poseer a explorar, y luego a memorizar, y finalmente a reverenciar. Él tenía pensado que estuvieran toda la vida juntos. Se quedaron un rato abrazados, mirando el deslucido techo, disfrutando de la ilusoria sensación de que la vida era eso y lo demás tontos detalles.

—¿Me pedirías matrimonio así? —le preguntó de pronto Violet.

—¡Oh, claro que no! No soy tan cursi —se defendió Alan—. ¿A ti te gustaría que lo hiciera así, con violines, flores y toda esa parafernalia?

—¿Qué? ¡Por Dios, no! ¡Si lo hubieras hecho, te habría escupido a la cara!

—Vale, pues menos mal… —dijo Alan—. Me alegra haber dejado claro que no somos dos tontos románticos.

Violet se mostró de acuerdo y apagaron la luz.

—¿Cuánto dinero crees que habrá en la caja? —la oyó preguntar en la oscuridad.

—No lo sé. Pero, por lo que ha contado el viejo, debe de haber bastante.

—¿Y en qué te gustaría gastarlo?

—La verdad es que no me lo había planteado. Pero ya que me lo preguntas… —Alan lo pensó un momento—. Podemos comprarnos una buena casa en alguna zona residencial, o en algún pueblo costero, cerca de un balneario. Quizá una granja, si quieres criar gallinas o algo así. Y un coche. ¿Has visto el último modelo de Ford T, que cuesta unas setenta y cinco libras? O podemos viajar. Hay muchos lugares que podríamos visitar, si es que la guerra acaba alguna vez. Egipto, China, la India, Viena… Siempre he querido ir al templo de Siddhivinayak y tocar la trompa de Ganesha. ¿Y tú, en qué lo gastarías?

La oscuridad permaneció silenciosa.

—¿Violet?

—En lo mismo.

14

Durante las siguientes semanas, el anciano les fue explicando en qué consistirían sus tareas. Les enseñó a realizar las fotos de estudio, a revelar los carretes de la marca Kodak, a familiarizarse con el funcionamiento de los nuevos modelos de cámaras que debían vender… Alan y Violet escuchaban sus minuciosas explicaciones atentamente, fingiendo una fascinación que estaban muy lejos de sentir, aunque debieron de hacerlo mejor de lo que creían, porque el tío Owen, alentado por aquella aparente devoción, se lanzó sin frenos a la educación de sus pupilos, incluso comenzó a sazonar sus soliloquios técnicos con interminables digresiones filosóficas que confirmaban que, para él, la fotografía era su vida.

—Si vuelvo a escuchar una vez más que la fotografía es el arte de capturar el alma del mundo, te juro que… —le dijo Alan a Violet mientras simulaba darse de cabezazos contra la caja registradora.

El anciano acababa de desaparecer escaleras arriba en busca de la reproducción que había adquirido unos años atrás de *Vista desde la ventana en Le Gras*, considerada la primera fotografía de la historia. Les acababa de contar que la había capturado un francés apellidado Niépce con una cámara oscura enfocada en una placa de peltre tratada con betún de Judea y aceite de lavanda, y estaba convencido de que, una vez que les había hablado de ella, sus sobrinos no podrían vivir un minuto más sin verla.

—Cállate, que te va a oír —advirtió Violet a Alan, echando una ojeada a la escalera—. ¿Y si aprovechamos para buscar la llave?

Aquella idea pareció animar ligeramente a Alan, que miró alrededor con súbita atención.

—Quizá podamos hacer un registro rápido en esos armarios de ahí… —aventuró.

Se pusieron manos a la obra, pero apenas habían tenido tiempo de registrar un par de mueblecitos cuando oyeron la voz del viejo llegando desde las alturas:

—¡Sobrinos, ya bajo! Niépce necesitó ocho horas de exposición para tomarla, por lo que el sol ilumina los edificios de la plaza desde ambos lados, como si fuera un mundo de fantasía. ¡Os encantará! ¡Y además he encontrado una reproducción de la primera fotografía del fondo del mar que no recordaba que tenía! La realizó Louis Boutan, un biólogo que quería enseñar al mundo las maravillas que veía ahí abajo. Estuve

un tiempo carteándome con él, sugiriéndole ideas, pero por desgracia mi francés no es muy bueno y algunas de mis palabras se las tomó como insultos… ¡Ahora os cuento cómo nos enemistamos!

Violet tuvo que fingir un ataque de tos cuando los dedos índice y corazón de Alan descargaron una compasiva bala imaginaria en el centro de su sien.

Tendrían que aplazar la búsqueda de la llave para otro momento… Pero ¿a qué llave se referían? Pues a la llave que abría la caja fuerte del anciano, o lo que era lo mismo, las puertas a ese futuro que tanto anhelaban. ¿A cuál si no?

Para entonces llevaban ya muchos días buscándola. Sin ningún éxito, a pesar de que habían mirado en escondites tan imaginativos que, de estar allí, habrían otorgado a su tío el sobrenombre de Maestro de la Ocultación. Aunque, por supuesto, antes de embarcarse en aquella batida desesperada, habían tomado el atajo de preguntarle al anciano directamente por ella.

Fue durante una de sus primeras cenas. Como era su costumbre, el anciano estaba inmerso en otra de sus peroratas, esta vez sobre el coloreado de fotografías a mano.

—Eso fue con lo que verdaderamente me enriquecí —les estaba diciendo—. La fotografía podía ser un invento revolucionario, pero la gente estaba acostumbrada al color en las obras de arte o en los retratos que encargaban a los artistas. El blanco y negro no acababa de convencerlos, quizá porque les recordaba más a los grabados. Así que unos pocos avispados empezamos a ofrecer el servicio de coloreado, pintando las fotos a mano, con acuarelas, óleos o tintes, y nos hicimos de oro. Fue una buena época. Hasta que los malditos hermanos Lumière sacaron al mercado una placa fotográfica en color. Pero para entonces yo ya había ganado bastante dinero. ¡Incluso pude comprar el edificio entero!

El edificio entero… Aquello cada vez sonaba mejor, pensó Alan. ¿Cuánto podrían sacarle cuando lo vendieran? Aprovechando que el anciano había hecho un alto para tomar aliento, Alan decidió introducir el tema que les interesaba de la forma más natural y espontánea que se le ocurrió.

—¿Sabes, tío? Si tú desaparecieras de nuestras vidas, sería como si el mundo volviera a ser una fotografía en blanco y negro…

Al oír semejante cursilada, Violet lo miró con espanto. Muy otra fue la reacción del anciano, quien se ruborizó y soltó una risita tan pudorosa como complacida.

—Oh, sobrino, has heredado el don para la exageración de tu pobre

madre… —dijo, sacudiendo una mano en el aire—. Pero te lo agradezco. Yo también os estoy cogiendo mucho cariño. Aunque no temas, no entra en mis planes *desaparecer*.

—Lo sé, tío, pero me temo que hay cosas que uno no decide, por mal que nos pese —replicó Alan algo abatido, al tiempo que le daba un disimulado codazo a Violet, animándola a echar sal en la herida que él había abierto.

—Alan se refiere a que nos hemos dado cuenta de que últimamente estás un poco pálido —dijo ella cuando entendió su estrategia. El anciano la miró con inquietud, palpándose la cara—.Y también hemos notado que te cuesta más levantarte de las sillas, y que, cuando duermes la siesta, tu respiración es más fatigosa…

—Oh, señor… —se alarmó el anciano—. ¿Crees que me estoy… muriendo?

—¡No, no! Me temo que tu sobrino ha exagerado un poco. Como bien has dicho, lo lleva en la sangre. Seguramente no sea más que falta de hierro, o inflamación de las articulaciones —lo tranquilizó Violet—. Pero nos gustaría mucho que te reconociera un buen médico.

El anciano los observó haciendo un mohín con los labios, repentinamente conmovido.

—Mis queridos sobrinos… Si tanto os preocupa la salud de este pobre viejo, mañana mismo pediré al doctor Braxton que me haga un chequeo.

—Me quedo más tranquila —afirmó Violet con dulzura—. Y otra cosa que tenemos que considerar es la contingencia, Dios no lo quiera, de que te suceda algún accidente.

—¿Algún accidente? —volvió a inquietarse el anciano.

—Mi esposa no se refiere a algo, eh…, definitivo —aclaró Alan—. Pero imagínate que un día sales a pasear y, qué sé yo…, te cae una maceta en la cabeza que, aunque no te mata, te deja inconsciente.

—¿Una maceta?

—Te sorprendería la de veces que eso ocurre. La gente riega sus plantas sin ningún cuidado. El otro día, leí unas estadísticas que…

—Bueno, eso o cualquier otra dolencia por la que tengamos que ingresarte en un hospital —lo interrumpió Violet— sin que puedas decirnos dónde está la llave de la caja fuerte. Como bien sabes, la tienda da para pagar al doctor Braxton un chequeo rutinario, pero no para afrontar algo más costoso…

—Y nosotros querríamos el mejor hospital para ti —dijo Alan—. No soportaríamos verte languidecer en uno de mala muerte, entre ratas y pobres.

—Oh…, *entiendo* —dijo el viejo—. Queréis que os diga dónde escondo la llave de la caja fuerte.

Alan enseñó las palmas de sus manos.

—Solo como medida de prevención, tío —aclaró.

El anciano guardó silencio, observándolos con una expresión indescifrable.

—Pero, entonces… —dijo al fin—, ¿qué os impediría robarme todos los ahorros de mi vida y largaros antes de que me diera cuenta?

Alan y Violet esbozaron dos sonrisas incómodas, como las que les provocaría la ventosidad de una reina. Pero antes de que pudieran protestar, el tío Owen comenzó a emitir unos extraños gorjeos. Alan y Violet se miraron, atónitos, sin saber si el anciano estaba siendo poseído por algún demonio patoso o sufriendo una apoplejía… Pero, a los pocos segundos, comprendieron que el tío Owen solo se estaba riendo. Como seguramente hacía años que no se reía.

—Ay… —gimió este—, pero ¿habéis visto vuestras caras?… —Una nueva andanada de carcajadas lo doblaron en dos—. Pero… ¿cómo podéis pensar que yo sospecharía algo así de vosotros?… ¡De mis propios sobrinos, *mi familia*, sangre de mi sangre! —exclamó mientras la risa volvía a vencerle.

Débilmente al principio, y con más entusiasmo después, Alan y Violet se unieron a sus risas.

—Tío, cómo eres… —rio Violet, enjugándose unas lágrimas invisibles de los ojos.

—¡Cómo has jugado con nosotros! —rio Alan, agarrándose a la mesa para evitar que la hilaridad lo tumbara de la silla—. ¡Nos la has dado con queso!

Cuando, poco a poco, el tío Owen consiguió calmarse, se recostó en la silla y los contempló con ternura.

—Quiero que sepáis —anunció con solemnidad— que nunca había soñado con tener dos sobrinos como vosotros, porque así te considero también a ti, Violet. ¡Sois tan buenos y cariñosos conmigo! No os merezco, y cada día doy gracias al cielo por haber tenido la suerte de encontrarme con dos personas con un corazón tan grande. ¿Sabéis? Antes de que llegarais, los niños del barrio me llamaban mister Scrooge, por el personaje de esa maldita novela de Dickens. Hasta ese irritante monito del organillero se aprendió el mote.

—Serán ca… —empezó a decir Alan.

—¡Pero no los culpo! Después de todo, yo era un viejo solitario y amargado que se pasaba las noches contando sus monedas. Un viejo que no tenía motivos para sonreír. ¡Y que hasta dejó de celebrar la Navidad! Pero ahora os tengo a vosotros, y desde que estáis aquí… ¡Mirad, me habéis devuelto la sonrisa! —Y se señaló los labios, curvados en una mueca grotesca.

Sobrevino un silencio en el que los tres se limitaron a sonreírse, hasta que Alan lo rompió tras consultar su reloj.

—¡Uf, vaya noche de intensas emociones que estamos teniendo! —

exclamó—. Y no sé vosotros, pero yo me siento exhausto. Creo que es hora de acostarse, o no sé quién abrirá la tienda mañana. Dinos dónde guardas la llave, tío, y vayámonos todos a dormir.

—Ah, sí, la llave, la llave… ¿Dónde la puse? —El tío se acarició la barbilla haciendo memoria—. La escondí hace tanto que… ¿os podéis creer que no lo recuerdo?

—Vaya…, ¡qué contrariedad! —exclamó Alan, sin saber qué otra cosa decir.

—¡Bueno, no os preocupéis, tarde o temprano me acordaré! —dijo el anciano, levantándose de la mesa y dirigiéndose a su dormitorio—. Y en el peor de los casos, siempre podréis llamar a un cerrajero.

Y al pasar junto a Alan, le alborotó cariñosamente el pelo. Cuando desapareció, ambos se miraron con fastidio. Estaba claro que el anciano les había soltado aquella patraña sobre su falta de memoria para ganar tiempo, lo cual significaba que no se fiaba del todo de ellos. Pero tras debatirlo en voz baja, llegaron a la conclusión de que no era porque sospechara de su falsa identidad, lo cual habría sido un problema bastante más grave. Simplemente había preferido mostrarse cauto porque los lazos de sangre no siempre eran una garantía cuando había importantes sumas de dinero por medio. Y en el fondo, aquella desconfianza era lógica, al menos, al principio. No podían culparlo por ello.

En consecuencia, decidieron llevar a cabo dos líneas de acción. Por un lado, intentar ganarse el cariño y la confianza del tío Owen comportándose como los sobrinos perfectos, de forma que, un buen día, les confesara *motu proprio* dónde guardaba la maldita llave. Y, por otro, buscarla por su cuenta, por si nunca se lo confesara *motu proprio*. Confiaban plenamente en que alguna de las dos líneas daría sus frutos muy pronto. Solo quedaba por ver cuál lo haría antes.

Sin embargo, con el transcurrir de las semanas, aquella determinación fue dando paso a cierto nerviosismo y, por último, a una incómoda mezcla de frustración, rabia y desánimo. El tío parecía cada día más encariñado con ellos, de modo que la primera línea de actuación parecía funcionar. Pero seguía sin *recordar* dónde estaba la llave, y puesto que el chequeo del doctor Braxton solo había revelado algunos achaques sin importancia, no se atrevieron a repetir sus preocupaciones. Por otro lado, la búsqueda estaba siendo tan infructuosa que no les quedaba más remedio que reconocer que habían infravalorado la inventiva del anciano para esconder llaves, o sobrevalorado sus habilidades para encontrarlas. Había una tercera opción: que el viejo llevara la llave siempre encima, pero ambos lo habían visto en ropa interior algunas veces —por razones domésticas que ahora no vienen al caso—, y la llave no estaba en ningún sitio visible de su cuerpo, ni en los bolsillos de su ropa, la cual habían

registrado disimuladamente. La posibilidad de que la llevara oculta en algún ignoto recoveco de su anatomía era algo sobre lo que preferían no especular.

Esa mañana, después de que el tío Owen les mostrara la primera fotografía que había captado el fondo del mar —a decir verdad, una especie de niebla grisácea tras la que se intuían los pegotones negros que eran los supuestos peces— y volviera arriba, reanudaron el registro de la tienda, sin que tampoco lograran dar con la escurridiza llave.

Un fracaso más que añadir a aquella larga colección que comenzaba a agriar sus ánimos, sobre todo el de Violet, que empezó a mostrar signos de impaciencia cada vez más frecuentes. Alan también se sentía impotente, irritado y, sobre todo, herido en su pundonor profesional. A lo largo de su carrera de timador había resuelto con éxito timos mucho más complejos y alambicados, y le avergonzaba que aquel en concreto, el primero en el que tenía como espectadora a la mujer de su vida, se le estuviera eternizando por la cabezonería de un viejo. Sin embargo, la angustia de Violet parecía tener otro origen, provenir del mismo lugar de su alma del que surgían aquellos raptos de melancolía que a veces la asaltaban, y que ya había detectado en el hospital, aunque allí le habían parecido un rasgo adorable.

Aquellos episodios se intensificaban cuando regresaba de visitar a sus padres en Kesgrave, las contadas veces que lo hacía. Como Alan ya sabía, Violet no se llevaba bien con ellos. Si seguía visitándolos era porque lo consideraba su deber de hija única, pero ni les había contado que estaba casada ni tenía intención de presentarles a Alan. Prefería ahorrarle aquel suplicio, le decía. Así que, cuando iba a verlos, lo hacía sola, con su apellido de soltera y con sus resentimientos de niña tan intactos como su supuesta virginidad. Cuando regresaba, parecía otra Violet, y tardaba al menos un par de días en volver a ser la muchacha que él conocía.

Pero Alan intentaba no darle demasiada importancia a aquello. No quería que ninguna preocupación enturbiara su ánimo, que solo podía calificar de sereno, pues al contrario que Violet, si dejaba a un lado la frustración que sentía por las absurdas complicaciones que estaba presentando el plan de desplumar al viejo, Alan estaba empezando a disfrutar de aquella vida que, en comparación con la que había tenido siempre, se le antojaba tranquila, casi regalada. Le gustaba pegar la hebra con las señoras del barrio que miraban con arrobada piedad su bastón cuando acudían a la tienda; le gustaba el olor de los productos de revelado; incluso las clases de fotografía que el anciano les

impartía al menor descuido, leerse de cabo a rabo los manuales que le recomendaba, enseñarle sus trabajos anhelando que soltara algo más que un gruñido; pero sobre todo le gustaba estar en la tienda charlando con Violet de esto y de aquello, riéndose de los transeúntes que veían pasar por la calle a través del escaparate, buscándoles parecidos con animales o con utensilios de cocina; contemplarla cuando salía a jugar con Darwin, el monito del organillero; verla cuidar la orquídea; ir con ella los domingos a remar en barca a Hyde Park, o al cinematógrafo, o a alguna cafetería a leer juntos las novelas y revistas que sacaban de la biblioteca, y mirarla de soslayo sin que ella se percatara, y sentir que cada día la amaba un poco más, a pesar de creer que su amor ya había alcanzado el tope. Le gustaba Violet. Le gustaba aquella vida en la que al fin tenía el viento a favor. Por él, la llave podía pudrirse allí donde estuviera. Y le habría encantado que ella pensara lo mismo.

—La maldita llave tiene que estar en algún sitio… —refunfuñó Violet un día en el que estaba preparando la solución de revelado en el cuarto oscuro—. No creo que la haya ocultado fuera de la casa. Sería muy arriesgado, ¿no?

—Ten cuidado —le advirtió él—, tiene que estar como mucho a veintidós grados.

—Lo sé de sobra, Alan, gracias —rezongó ella—. ¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, claro, claro… ¿Te has acordado de añadir el ácido ascórbico? No queremos que vuelva a venir otra clienta quejándose de que sus fotos se han vuelto más amarillas que las hojas del otoño.

—¡Por Dios! Se me olvidó una vez, al principio de todo —protestó ella—. Y ya deberías saber que a mí las cosas se me olvidan una sola vez, ¡ninguna más!

Cuando acabó, vertió la solución en una cubeta y, ayudándose de unas pinzas, sumergió en ella la película Kodak. Al poco, comenzó a aparecer el retrato de la señora Tully con uno de sus trillizos en brazos. El crío parecía sonreír en un éxtasis místico. Alan lanzó un silbido de admiración.

—¡Vaya! Yo no consigo que ningún bebé sonría a la cámara…

—Eso es lo de menos. Mira la textura de la piel de la señora Tully.

Alan se inclinó sobre la cubeta.

—¡Dios, es pura porcelana! Se distinguen hasta los poros… ¿Qué lente has usado?

—He usado dos lentes. Así he logrado acercar la imagen.

—¿Dos lentes? Pero mi tío nunca nos ha dicho que se puedan…

—Primero, no es tu tío —lo interrumpió ella—. Y segundo, solo explorando se abren nuevos caminos. Si pasaras menos tiempo leyendo manuales y más practicando en el laboratorio…

—Bueno, los libros no son tan corrosivos para los dedos como ese mejunje de sodio y ácido acético, y me gusta aprender de los grandes maestros de la fotografía. ¿Has leído los números de *Camera Work* que nos recomendó mi tío? En sus páginas podrás ver cómo Stieglitz…

—Que no es tu tío.

—Ya sé que no es mi tío… Pero ¿lo has leído o no? El maestro Stieglitz asegura…

—¡No, claro que no! ¿Cómo quieres que tenga tiempo de leer a ese Stilton? —se revolvió ella, echando chispas por los ojos.

—Stieglitz…

—¡Como sea! Además de las tareas de la tienda, donde hago exactamente lo mismo que tú, tengo que asumir las labores del hogar, porque claro, son cosas *de mujeres* —mascullló—, y te aseguro que atender a un hombre como tu tío no es tarea fácil…

—No es mi tío.

—¿Sabes cómo quiere el té? —le preguntó ella. Él negó con la cabeza—. No, claro, ¡tú qué vas a saber! ¡Tú solo sabes lo que dijo ese Stilton!

—Stie…

—Pues lo quiere exactamente con dos cucharadas y media de azúcar, ni una más, ni una menos, y no demasiado caliente, aunque tampoco templado. ¿Conoces esos escurridizos grados de temperatura que existen entre lo muy caliente y lo templado? ¡Pues yo ahora sí! Comparado con eso, preparar la solución de revelado es coser y cantar.

Alan soltó un hondo suspiro.

—Si quieres, yo me puedo ocupar del té a partir de ahora —se ofreció, magnánimo.

—¡No se trata del té! —exclamó ella, para su desconcierto—. Es lo que ese té *significa*.

—Ah, comprendo. ¿De qué sabor es?

—¡Bah, déjalo! —exclamó ella, zanjando la discusión. Aunque solo aparentemente, pues tras sacar la fotografía de la señora Tully y su retoño y tenderla en el cordel que cruzaba el cuartito de una pared a otra, volvió a la carga—: Y luego está la búsqueda de la llave, que me trae de cabeza. ¡Hemos registrado la casa al menos cinco veces y no aparece! Es tan agotador y frustrante…

—Sí, nos ocupa mucho tiempo y demasiadas energías, cariño —se compadeció Alan—. Quizá deberíamos tomarnos un descanso.

Al instante, se mordió el labio, arrepentido de lo que había dicho.

— Bueno, tampoco es que últimamente tú… ¡Espera! ¿Un descanso?

¿De qué estás hablando? —le preguntó ella saltando sobre él como una cobra.

—De nada, yo…

—¿Para qué se supone que estamos aquí? ¿Lo recuerdas?

—Sí, por supuesto —asintió Alan aplicadamente. Aquella se la sabía—. Hemos venido para robar a un anciano los ahorros de su vida.

—¡Hombre, dicho así!

Alan se encogió de hombros.

—¿Y cómo quieres que lo diga? Es exactamente así.

—Pero ese era el plan. ¿Te estás echando atrás?

—¿Yo? Naaa… —dijo Alan, y la miró desafiante—: Pero, si lo hiciera, ¿qué tendría de malo?

Ambos se quedaron en silencio, midiéndose con la mirada, como dos esgrimistas tomando aliento antes de la siguiente acometida. Alan fue el primero en lanzarse:

—Violet, ¿vas a negarme que le estás tomando un poco de cariño a mi tío? ¡Ayer mismo te vi ponerle una mantita en las rodillas cuando se quedó dormido en su sillón!

—Estoy harta de decirte que no es tu… —empezó ella, pero no fue capaz de sostener la mirada de Alan, y fingió concentrarse en el resto de las fotografías de la señora Tully que flotaban plácidamente en la cubeta—. Se había quedado dormido en plena corriente de aire —murmuró—. Solo es deformación profesional.

—Violet… —Se acercó a ella con un par de pasos cuya cojera exageró, pues sabía que aquello siempre la ablandaba—, amor mío, escucha… Esta búsqueda se está convirtiendo en una obsesión, y creo que estamos perdiendo la perspectiva —le dijo, aunque ella seguía sin levantar la cabeza. Ahora que estaba tan cerca, el aroma de su cabello dominó por un instante al olor de los líquidos de revelado. Alan deseó con todas sus fuerzas acariciar aquella mata dorada, pero decidió que aún no era seguro, podía adivinarlo por la tensión de su espalda, que tan bien conocía. Optó por seguir hablando, ya que, al menos, ella sí parecía dispuesta a escucharle—: Yo deseo tanto como tú ese dinero. Quiero darte la vida que mereces: poner en ese dedo un diamante que ciegue a todo el que lo mire, llevarte a Egipto, a la ópera de Viena, comprarte ese Ford T que tanto deseas… Pero, si lo piensas, esa vida está ahí mismo, a la vuelta de la esquina. El tío Owen es un hombre muy anciano… ¿Cuánto le puede quedar de vida? ¿Dos años, tres, cuatro a lo sumo…? ¡Ese dinero ya es *casi* nuestro, cariño! Somos sus únicos herederos, tal y como lo atestigua el testamento que está depositado en las oficinas de Sheldon & Grinwis. El día que él muera, y en el caso de que no hubiera *recordado* dónde está la maldita llave, solo tendríamos que llamar a un cerrajero para que abra la caja, como legítimos dueños que seremos de ella y de la *pequeña fortuna* que

contiene.

—Alan… —Violet alzó la cabeza para mirarle a los ojos—. ¿Qué estás proponiendo *exactamente*?

Él se encogió de hombros.

—Que dejemos al fruto caer del árbol por su propio peso, simplemente. Que esperemos a que muera. Ese pobre hombre está disfrutando, gracias a nosotros, de los mejores años de su solitaria, vana y triste vida. ¿Por qué causarle tanto dolor si, al final, ese dinero llegará igualmente a nuestras manos?

Violet asintió lentamente, en silencio.

—Cariño… —dijo Alan, con su tono más persuasivo, mientras elevaba la mano para recolocar un mechón de ella tras su pequeña oreja—, no somos malas personas. El plan tenía sentido *antes* de conocer a tío Owen. Ahora es demasiado tarde. Ahora ya le hemos cogido cariño. ¿Tan terrible es esta vida como para no poder esperar un par de años a cambiarla?

Ella suspiró profundamente. Sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos, elevó su mano y volvió a colocar su mechón donde estaba antes.

—Alan Schofield, si es que ese es tu verdadero nombre… —dijo, con voz fría y serena. Pero sus ojos se habían encendido, y bajo la luz roja de la sala de revelado parecían los de una hechicera—, creí que me había enamorado de un hombre peligroso y sin escrúpulos, capaz de desvalijar a un anciano sin despeinarse. De un lobo despiadado, un bandido ladino y seductor que me iba a brindar una vida de riesgo, emociones y pasión sin límites… ¿Y con qué me encuentro? —sonrió—. Con un corderillo de corazón de oro que se preocupa por brindar unos últimos años de felicidad a un anciano al que apenas conoce.

Él se acercó un poco más. Ahora le llegaba el calor de su aliento, el aroma de su piel, hasta creía escuchar el dulce martilleo de sus latidos…

—Puedo ser un lobo despiadado, si eso es lo que quiere, señora Schofield —le susurró, atrapándola por la cintura—. O un bandido ladino y seductor, incluso cojo.

Ella se abandonó a su presión como una flor recién cortada.

—Espera… —protestó Violet débilmente—. Esas fotografías todavía no están…

—A la mierda las fotografías. Haz dos copias más de la del primer bebé y listo. Seguro que la señora Tully no se da cuenta de que las tres son del mismo.

Las siguientes semanas transcurrieron en una nueva y plácida armonía (si obviamos la bronca que les echó la señora Tully, que parecía ser la

única persona del mundo capaz de diferenciar a cada uno de sus trillizos). Aunque no volvieron a hablar de ello, parecía que habían llegado a un acuerdo tácito sobre el asunto del dinero, pues Violet había desistido de buscar la llave y parecía de mejor humor, chispeante incluso. Se permitía bromear con el tío Owen sobre sus manías a la hora del té, sirviéndoselo con un termómetro a modo de cucharilla, lo hacía reír con sus réplicas mordaces y hasta le cambiaba de sitio los soldaditos, manteniéndolo entretenido durante horas en su reorganización. Alan, por su parte, se esforzaba en descargarla todo lo que podía del trabajo de la casa, con la secreta esperanza de que ella invirtiera aquel tiempo libre en el cumplimiento de sus deberes conyugales, como aquel día le había prometido sonriendo tan impúdicamente en la sala de revelado.

—Hay que pasar mucho más tiempo aquí —le había dicho mientras recolectaba su ropa, esparcida por cada rincón del cuartito, su cuerpo de bailarina abrigado por la penumbra rojiza.

Ante aquella afirmación, Alan había pensado lo que había pensado. Sin embargo, Violet había querido decir lo que había dicho. Y comenzó a invertir ese tiempo extra que el cese de la búsqueda de la llave le había regalado en el cuartito, sí, pero entregada sin interrupciones amorosas a la alquimia de la fotografía. Lo que hacía allí dentro era un misterio para Alan, a quien había ordenado permanecer en el mostrador, a cargo de la tienda.

Una noche, terminada la cena, Violet se decidió al fin a desvelarles qué hacía tanto tiempo enclaustrada en el cuartito de revelado. Despejó la mesa de platos y colocó en el centro una fotografía. Era el retrato de una familia, compuesta por un matrimonio y sus dos hijos, de ocho y diecinueve años, respectivamente.

—Os presento a los Ravenwood —anunció con una sonrisa victoriosa—. ¿Qué os parece?

El viejo se inclinó sobre la fotografía y la estudió detenidamente, asintiendo con admiración.

—Buen retrato —admitió—, pese a la curiosa indumentaria de alguno de sus miembros.

A continuación, se inclinó Alan.

—Qué extraño… Recuerdo el día que vinieron al estudio —dijo—. Pero no recordaba que hubiera venido también el hijo mayor, y menos vestido así.

—Porque no vino —replicó Violet, triunfal—. Y no lo hizo porque… ya estaba muerto. Murió en el frente, en Somme.

—Entonces, ¿cómo…? —balbució Alan, desconcertado.

—Cuando vinieron a hacerse el retrato, me contaron que su hijo Brian había muerto en Francia y que les apenaba mucho no tener una foto de los cuatro juntos. No habían tenido la previsión de hacérsela

por si no volvía de la guerra.
—Como la mayoría —apuntó Alan con pesar.
—Entonces se me ocurrió una idea —continuó ella tras darle la razón—. Les pedí que me trajeran la foto más reciente que tuvieran de Brian, y luego los fotografié a ellos. Los hice posar dejando a un lado de la madre un hueco estratégico. Luego, una vez revelada la foto de familia, recorté al fallecido de la foto que me habían traído, lo pegué en el hueco libre de la otra foto y volví a fotografiar el montaje. Y el resultado es que la familia tendrá un recuerdo posando junto al hijo muerto en el frente, como si se lo hubiesen realizado en los días previos a su partida. Como podéis ver, la foto más reciente que tenían de Brian era probándose su uniforme de clase de esgrima. Si no, habría quedado aún mejor.
—¡Dios mío! ¡Es maravilloso! —exclamó Alan, mirando fascinado a Violet—. Les has regalado un momento que nunca ocurrió… sin necesidad de exhumar el cadáver del pobre Brian o invocarlo con magia negra, ¡sino valiéndote de la tecnología!
—Sí, y no es difícil hacerlo —dijo Violet sin poder disimular su orgullo—. Te enseñaré la técnica, que he ido perfeccionando poco a poco. Creo que aquí hay un gran negocio, y estoy segura de que podemos ganar mucho mucho dinero —concluyó, con la expresión de la alumna que sabe que se ha lucido al recitar la lección.
—¡Menuda golfilla estás hecha! —sonrió Alan—. Así que todos estos días estabas tramando esto sin decírnoslo, ¿eh? ¿Qué te parece, tío? —le preguntó, volviéndose hacia él.
El tío Owen permaneció callado, observándolos muy serio.
—¿Que qué me parece? —dijo al fin—. ¡Que es mentira! Ese pobre chico no estaba ahí…
—Bueno…, es una mentira piadosa —se defendió Violet, frunciendo el ceño ante aquella reacción del anciano, que claramente no se había esperado—. Si hubiera justicia en el mundo, Brian tendría que estar con su familia, y no siendo pasto de los gusanos en una fosa común para soldados.
—Exacto —intervino Alan—. La gente necesita a veces creer en la magia para sobrevivir.
El viejo alzó una mano en el aire, ordenándoles callar.
—La fotografía no es magia —dijo, con el rostro cada vez más crispado—. Es ciencia y es técnica. Y, sobre todo, es el único arte capaz de retratar el alma del mundo. La fotografía capta la verdad y nada más que la verdad.
—Pero, tío… —trató de decir Alan.
—¡Nada escapa a la mirada de una lente! Yo podría decir, a partir de un simple retrato de pareja, si ese hombre es fiel a su mujer, si ella lo ama, incluso la última vez que yacieron juntos. Todo está ahí,

impreso para la eternidad en un negativo. La lente captura aquello que el ojo humano no puede ver. El alma de las cosas. Pero esto que tú propones… ¡Es una aberración! ¡Es una burla! Es un truco de prestidigitación barato. Es jugar a ser Dios, y es mancillar el noble arte de la fotografía. ¡Y no se hará en esta casa mientras yo esté vivo!

Dicho esto, el anciano se levantó y salió de la habitación con el rostro congestionado por la ira.

Violet se había quedado petrificada, todavía de pie, con las manos sobre la fotografía que había depositado en la mesa. Alan la miró, preocupado por aquella expresión de profundo abatimiento en su rostro.

—Cariño… —intentó consolarla—. Ya sabes que el viejo es un cabezota, seguro que cambia de opinión…

Ella parpadeó, como si acabara de despertar de un sueño, y esbozó una sonrisa demasiado rápida y demasiado brillante para ser sincera.

—Claro…, no pasa nada.

Recogió algunos platos de la mesa y se fue hacia la cocina.

Alan permaneció unos minutos mirando aquella foto, que le fascinaba y horrorizaba a partes iguales. La exquisita ejecución técnica lo tenía asombrado, y aumentaba varios grados la admiración que ya sentía por su esposa en casi todos los campos de la vida. ¿Cómo había hecho eso? Casi no se notaba… Por no hablar del increíble olfato para los negocios que suponía aquella idea. ¡Cuántas familias rotas por el dolor querrían un recuerdo así! ¿Y cuánto pagarían por ello? Con este servicio se podían hacer de oro, podrían llenar en poco tiempo otra caja fuerte como la que su tío llenó en los viejos tiempos… Pero había algo que le preocupaba. La expresión de Violet cuando su tío se había enfadado, su sonrisa posterior… Le parecían las señales de quien estaba al límite de algo. De quien lleva mucho tiempo colgado de una cornisa y decide que ya no quiere sujetarse más. Y se deja caer. Con alivio.

Alan se levantó, cogió su bastón y fue a la cocina. Violet estaba fregando los platos. La contempló unos minutos desde el marco de la puerta antes de preguntarle:

—¿Estás bien?

—Sí, claro —dijo ella sin volverse.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Porque has lavado esa taza tres veces.

Ella miró un largo rato la taza que acunaba en sus manos como si no supiera qué hacía allí, y finalmente la colocó sobre la pirámide de cacharros recién fregados. A Alan le pareció que era la taza de té del tío Owen, pero no estaba seguro. No recordaba si los motivos de su estampado eran cerezas o fresas. Esas sutilezas pasaban desapercibidas

a su atención.

—Estaba muy sucia —comentó Violet.

—Ya —dijo él—. Escucha, cariño… Yo creo que tu idea es brillante, y creo que puede ser un negocio redondo. Ya verás como convencemos al viejo, no te preocupes…

—Que sí… —rezongó ella—. Y si no, de todas formas, siempre podemos esperar cuatro o cinco años para tener la vida que merecemos, ¿no?

Alan parpadeó como si le hubieran dado una bofetada. El tono con el que ella había dicho aquella última frase no se lo había escuchado jamás. Había odio, rencor, desesperanza y antipatía en su voz. Y lo peor es que Alan supo que parte de aquellos sentimientos eran contra él. Se enfadó. Él no se merecía eso. Él siempre la trataba bien.

—Violet, ¿se puede saber por qué tienes tanta prisa por ganar dinero? —le preguntó, sin molestarse en ocultar su irritación.

—¡No es que tenga prisa! Es que la paciencia tiene un límite…

—¿Tan desagradable es esta vida para ti? ¿Tan desagradable te resulto yo?

—¡No! —exclamó ella, volviéndose a mirarlo con los ojos cuajados de lágrimas—. Por supuesto que no, ¿por qué dices algo tan horrible?

—Porque a veces no te entiendo —dijo él, golpeando el suelo con su bastón—. Porque siento que hay una parte de ti a la que jamás puedo llegar. Porque nunca me hablas de lo que haces en Kesgrave. Porque has hecho todo este plan de las fotos sin contar conmigo, como si estuvieras acostumbrada a los secretos y esa fuera la única forma en la que sabes existir…

—¿Y tú? —le preguntó ella.

—¿Yo?

—Sí, tú —repitió Violet—. ¿Acaso no tienes secretos? ¿Por qué necesitabas cambiar de identidad para salir del hospital?

—Bueno… —vaciló Alan.

—Dijiste que era cuestión de vida o muerte.

—Bueno…

—Si es algo grave, quiero saberlo —dijo ella muy seria—. Soy tu esposa, aunque no lo sea.

Alan apartó la mirada de sus ojos, y, sin saber dónde posarla, finalmente la depositó sobre la pirámide de cacharros. No podía contarle lo de Pettigrew, que a esas alturas ya ni siquiera estaba seguro de si seguía siendo un problema. Ni nada de su vida pasada. ¿Qué pensaría de su modo egoísta y despreocupado de existir? Y, no sin cierta frustración, comprendió que, si quería conservar sus secretos, debía respetar que ella tuviera los suyos.

—No, no es grave —dijo, y sus ojos echaron a volar de nuevo en busca de los de ella—. ¿Y tu secreto?

Violet posó sus ojos en las cacerolas y guardó unos segundos de silencio.

—Yo no he dicho que tenga ningún secreto —respondió al fin.

—No pareces muy convencida.

—Ah, ¿no? Quizá porque estaba imitando tu tono.

Se quedaron los dos callados, sin saber qué más decir.

—Bueno, me voy a la cama —se despidió Violet.

Solo y abandonado en la cocina, Alan se acercó al fregadero y siguió lavando los cacharros. Cuando se dio cuenta, estaba fregando la taza de las cerezas por cuarta vez. Y es que estaba increíblemente sucia, se dijo. La suciedad se adhería a ella con la tenacidad con que los secretos lo hacían a las paredes del alma.

15

Como las manzanas, los melocotones o los albaricoques al amanecer, empañados por el relente de la madrugada, así amanecieron los corazones de Alan y Violet al día siguiente, porque se habían dormido dándose la espalda. Durante el desayuno, Alan observó que el tío Owen parecía haberse olvidado del enfado de la noche anterior, pues trataba a Violet con el mismo cariño de siempre, y ella le correspondía igualmente. Pero cuando sus ojos se cruzaban con los suyos, entonces, ay, Violet apartaba la mirada, o sonreía con aquel rictus gélido que le resultaba todavía más doloroso. Alan no lo pudo soportar más; sin acabar el desayuno, anunció que necesitaba dar un paseo antes de abrir la tienda y salió a la calle armado con su bastón.

Era la mañana de un frío 8 de noviembre de 1918, ya llevaban más de un año viviendo con el tío Owen y los rumores decían que la guerra estaba a punto de acabar. Alan, que la había estado siguiendo por los periódicos, pero sobre todo por las simpáticas escenificaciones que el anciano realizaba con sus soldaditos, sabía que era cuestión de tiempo que la lucha terminara, por puro agotamiento de los contrincantes. Ya iban para cuatro años de dura contienda y ningún país podía mantener ese ritmo sin minar sus recursos y torturar a su población. A comienzos de año, los alemanes habían construido un cañón gigantesco con el que habían estado bombardeando París desde los bosques de alrededor, alcanzando algunos barrios de la ciudad e incluso la iglesia de Saint-Gervais. Cerca de quinientos proyectiles habían lanzado entre marzo y agosto, pero a los boches se les había acabado la cuerda antes de entrar en la capital francesa, y el anhelado desembarco estadounidense los había barrido hasta la línea Hindenburg, dejándolos con la conquista a medias. A principios de noviembre, los alemanes habían comprendido al fin, tras poner Europa patas arriba, que sus ejércitos estaban demasiado mermados como para ganar aquel pulso y habían enviado una delegación para discutir el armisticio.

Sin embargo, en aquellos momentos, la guerra le importaba a Alan menos que el excremento de una rata. Lo único que tenía en su cabeza era a su adorada Violet y el rompecabezas de su existencia. Mientras cojeaba por las calles del barrio, reflexionó sobre todo lo que *no* se habían dicho la noche anterior. Se habían conocido con veinte años, lo que significaba que los dos cargaban con toda una vida a sus espaldas,

y ambos habían decidido tácitamente involucrarse en una relación sin apenas contarse nada de lo vivido, como si nacieran para el otro en aquel preciso momento. ¡Borrón y cuenta nueva! Porque, qué sabía él de ella, salvo que no se llevaba bien con sus padres y había tenido un novio llamado Wesley, al que pintaba como un espíritu simple sin más ambición que plantar tomates. ¿Y ella de él? Todavía menos. Si ahora Alan quería cambiar las reglas del juego, si quería que ella le hiciera una visita guiada por el diorama de su pasado, debía empezar haciéndolo él, y como no podía dar el primer paso… Tendrían que vivir, en fin, con sus respectivos secretos. Podía hacerse. De hecho, lo estaban haciendo, ¿no? Y mientras ninguno de aquellos secretos del pasado saliera a flote en el presente, como un pecio de un naufragio, todo iría bien.

Animado por aquellos buenos propósitos, Alan regresó a la tienda, deseoso de tomar a su falsa esposa entre sus brazos, de pedirle perdón, de decirle que la amaba y que la amaría siempre, aunque le hablara con acertijos de ahora en adelante, que no necesitaba comprenderla ni poseerla, que le bastaría con que lo dejara estar a su lado…

Le sorprendió encontrar la tienda abierta, pero sin nadie en el mostrador. Ni Violet ni su tío estaban allí. Cruzó el estudio y entró en el cuarto de revelado, donde su esposa manipulaba varios carretes.

—¿Y el tío Owen?

—En la tienda —respondió ella.

—No.

—Qué raro, le he pedido que atendiera el mostrador mientras tú llegabas y yo terminaba esto.

—Él nunca dejaría sola la tienda…

Ambos se miraron con un mal presentimiento y subieron enseguida a la casa. El tío Owen no estaba en su sillón ni en la cocina. Lo encontraron en su habitación, arrodillado junto a la cama. ¿Estaba rezando?, se preguntó Alan sorprendido, dado que hasta entonces su tío no había dado muestras de creer en ninguna *entidad superior*. Pero no. No rezaba. Su cuerpo había adoptado una extraña postura. Tenía el tronco doblado sobre el colchón y la cabeza ladeada, como si hubiera intentado acostarse, pero se hubiese desplomado antes de lograrlo. Su rostro estaba ligeramente azulado y crispado en una mueca de miedo y dolor.

—Rápido, abre la ventana, trae un paño mojado y las sales del baño —le ordenó Violet, convertida de nuevo en la eficaz enfermera que había sido—. ¡Creo que ha tenido un infarto! ¡Tío, tío! —gritó, poniéndolo boca arriba y aflojándole el cuello de la camisa, los puños, el cinturón—. ¡Tío!, ¿me oyes?

Alarmado, Alan abrió la ventana y fue a la cocina a por todo lo que ella le había pedido. Cuando volvió, se la encontró dándole al viejo

masajes cardiacos y practicándole la respiración boca a boca.

—¡Mierda! —maldecía con desesperación ante los nulos resultados —. Tío, no, no… ¡Mierda!

Entre los dos, lo intentaron todo. Le mojaron las sienes con paños fríos, le dieron a oler las sales, continuaron reanimándolo, pero al cabo de pocos minutos, Alan tuvo que aceptar lo que era obvio. No había nada que hacer. Sin embargo, Violet continuaba bombeándole el pecho, poseída por una extraña fiebre.

—Basta, cariño, basta… —le rogó, arrancándola literalmente del cuerpo del anciano—. Está muerto, está muerto…, ¿no lo ves?

Violet se sentó en el suelo, pálida y mareada. Miró al anciano como si lo viera por primera vez.

—Sí, es verdad…, está *muy* muerto.

Alan se sentó a su lado y, durante unos minutos, permaneció allí, jadeante y absorto. Todos sus anhelos acababan de cumplirse sin avisar, rápido y de sopetón, y no acertaba a comprender por qué no sentía ni un mínimo de felicidad.

—Supongo que esto quiere decir que somos buenas personas —reflexionó en voz alta.

—¿Qué?

—Digo que si no estamos dando saltos de alegría ante su cadáver es porque somos buenas personas.

Violet meditó sobre ello.

—Bueno, yo estoy un *poco* feliz —reconoció tímidamente.

Alan la miró a los ojos. Ella le devolvió una mirada limpia e inocente.

—Yo también —confesó con amargura—. Un poco. Supongo que es inevitable preocuparse primero por uno mismo, que así es nuestra naturaleza.

Ella no dijo nada. Se limitó a posar sus ojos sobre el tío Owen y soltar un suspiro.

—Parecía tan sano en el desayuno… Y cuando se fue a la tienda, me felicitó por el té, que estaba a la temperatura *perfecta*.

Alan también posó sus ojos en el cadáver y dejó escapar un bufido.

—Supongo que habrá que llamar a un cerrajero —dijo.

—Creo que quedará mejor si antes llamamos a la funeraria —sugirió ella.

—Tú eres mejor persona que yo —aceptó Alan.

Un par de días les llevó realizar el papeleo que conlleva la muerte. Terminaron ante el notario de Sheldon & Grinwis, quien les leyó el testamento, en el que el tío Owen le dejaba a su querido sobrino todo

el contenido de la caja. Y ambos pudieron finalmente llamar a un maestro cerrajero, que apareció con un maletín rebosante de herramientas, aunque debía de ser para aparentar, porque solo usó una. Después de trastear un buen rato con la caja fuerte, la cerradura se rindió a sus habilidades.

Cuando el tipo se marchó, Alan se arrodilló ante la caja, y, tras dedicarle a Violet una sonrisa triunfal, agarró la manivela.

—¿A que ahora te alegras de que las cosas hayan pasado cuando debían pasar? —le dijo—. No hemos robado a un pobre viejo, simplemente nos hemos ganado una fortuna por hacerle sonreír un año. ¿Qué payaso cobra eso? A veces las…

—¡Ábrela de una vez!

—Valeee. Bueno, mi querida señora Schofield, bienvenida a la vida que nos merecemos —dijo, girando la manivela.

Había esperado encontrarse el interior de la caja atiborrado de fajos de billetes, quizá ordenados en crujientes capas. Pero solo había un sobre solitario sobre una carpetita, lo que la hacía parecer aún más vacía. En su dorso estaba escrito: «Para mi querido sobrino».

Desconcertado, Alan tomó la carta, la abrió y desplegó la cuartilla que había en su interior, surcada por la familiar letra del viejo. Violet se arrodilló a su lado, y ambos comenzaron a leerla juntos:

> Sobrino mío:
>
> Ya sabes que no acostumbro a escribir cartas. Esta es la segunda que he escrito en mi vida. Pero no había otra forma de contarte que todo ha sido una mentira. Escribí a tu madre para conseguir un poco de compañía. No quería morir solo, como el viejo Scrooge. Mi supuesta fortuna solo era un cebo. Temía que de otro modo no vinieras. Lo siento, pero la fotografía no da para tanto. Nunca lo dio ni lo dará, como tú mismo has comprobado.
>
> Siento la faena. Espero que podáis perdonarme. Si os sirve de consuelo, me habéis hecho muy feliz y soy el primero que lamenta no poder devolveros esa felicidad con creces, ahora que es mi turno.
>
> A mí me consuela pensar que, ya la primera noche que pasasteis aquí, os dije dónde estaba la llave de la caja: «La llave de la felicidad de un matrimonio se encuentra precisamente en el lecho». ¿Lo recuerdas? Sabía que por eso estabais aquí, se os notaba, no podíais disimularlo. Y quise daros la posibilidad de que, con solo pensar un poco, pudierais encontrarla y descubrir mi mentira. A mi modo, fui honesto con vosotros. Pero no lo hicisteis. Y me gusta pensar que fue porque, en el fondo de vuestros corazones, no estabais tan mal con el viejo tío Owen.
>
> Tal vez me he engañado a mí mismo, o tal vez no. Nunca quise

tomaros una fotografía para averiguar la verdad.

Owen

La cuartilla resbaló de la mano de Alan, que, de repente, se había quedado sin fuerzas para sostenerla. Los dos la observaron planear hacia el suelo en silencio, tratando de asimilar la situación.

—Al menos, se fue al otro barrio sin cuestionarse nuestra inteligencia… —dijo Alan—. Pero lo importante es que no nos descubrió —bromeó.

Violet no le rio la gracia. Estaba ocupada consultando los documentos que había en la carpeta. Cuando terminó, los apartó a un lado y caminó hacia el dormitorio que compartían como una sonámbula, seguida por Alan. Entre ambos, levantaron el colchón y, con un cuchillo, lo destriparon para sacarle todo el relleno, sin olvidarse las almohadas, pero no encontraron nada. Después de un buen rato examinando la cama bajo una lluvia de plumas, en una minúscula ranura del somier, descubrieron encajada la maldita llave.

—Miramos por toda la puñetera casa menos en nuestra propia cama —dijo Violet, y soltó una débil carcajada.

Se sentó en lo que quedaba de colchón, con el pelo cuajado de plumas, y contempló la llave, que sujetaba en su mano como si fuera un objeto venido del espacio exterior.

—Bueno, este edificio debe de valer bastante —dijo Alan, tratando de no dejarse llevar por el pánico y reducir el impacto del golpe—. Lo venderemos y…

—Esta casa es alquilada.

—¿Qué?

—Lo he leído antes en los documentos que hay en la carpeta. Supongo que nos dijo que había comprado el edificio para redondear su mentira, tal vez guiado por ese brillo codicioso de nuestros ojos que no supimos esconder.

Alan se sentó a su lado, como si ni las piernas ni el bastón pudieran ya sostenerlo, y miró al infinito.

—Vinimos a hacerle nuestro truco, pero nunca se nos ocurrió pensar que él podía hacernos otro a nosotros —suspiró Violet.

Y tenía razón, pensó Alan. A él no le costaba adivinar cómo se hacía un truco, pero al parecer aún debía aprender a detectar cuándo alguien le estaba haciendo uno.

—A veces el truco de magia no sucede en el escenario… —comentó.

—¿Qué?

—Nada. Recordaba algo que un amigo chino me dijo una vez.

—¿Tienes un amigo chino?

—Sí. No. Bueno, es una larga historia —dijo Alan recordando a

Rylance, que si levantara la cabeza de su tumba la sacudiría con decepción.

Siguieron un rato en silencio, hasta que, de pronto, Violet habló:

—El pobre solo quería compañía. No morir aquí encerrado, abandonado como un perro… Todo el mundo merece que alguien lo cuide.

—Eso no te lo discuto. Pero no hay ninguna fortuna —le recordó Alan, por si a ella se le había olvidado aquel pequeño detalle.

—No, no la hay —suspiró ella—. Pero hemos aprendido un oficio.

—Sí, eso es verdad…

—Y tenemos un techo para protegernos de la lluvia.

—Sí, mientras podamos pagar el alquiler no vamos a mojarnos.

—Y tenemos nuestra imaginación —añadió ella.

—Eso siempre —sonrió Alan, y le acarició el cabello—. Y nadie nos la podrá arrebatar nunca.

Se tumbaron sobre el destrozado colchón, abrazados, observando las plumas que quedaban todavía flotando en el cuarto.

—Sé lo que estás pensando —le dijo él.

—Siempre lo sabes —sonrió ella, alzando una mano para que una de las plumas se posara sobre ella con la delicadeza de una libélula—. Que aciertes ya es otra cosa.

—Estás pensando que, a partir de mañana, dejaremos de fotografiar la verdad del mundo, que es triste y cruel, y fotografiaremos lo que de verdad la gente quiere ver.

—Has acertado —reconoció Violet, girándose hacia él con una sonrisa sensual—. Y te mereces un premio.

Al día siguiente, la guerra terminó. Sucedió a las once horas del día once del mes once. ¿Demasiadas coincidencias? Para cualquier novelista, sí, pero a Dios siempre le han dado igual las casualidades.

16

Y al retirarse la marea de la guerra, quedó al descubierto el verdadero horror y sinsentido de la contienda: un saldo de familias descosidas como calcetines, con el roto dejado por el hijo que no había vuelto adornado de medallas, sino dentro de un ataúd, o que ni siquiera había vuelto, que seguía en alguna parte, pudriéndose en el lodo de los campos de Flandes o en las aguas más oscuras de Jutlandia.

Pero Alan y Violet sabían cómo remendar aquellos descosidos. Enseguida se ofrecieron a urdir recuerdos falsos, fotos imposibles que reunían de nuevo a la familia, falsificaciones que al arrullo del tiempo y el olvido maduraban en instantes verdaderos sobre la chimenea del salón. Violet enseñó a Alan a recortar a los jóvenes fallecidos y cubrir con ellos el hueco que habían dejado en sus familias, y a este se le ocurrió la idea de ofrecer la posibilidad de añadir también al conjunto, por un pequeño suplemento, a algún perro añorado o al bisabuelo que no habían conocido, incluso a Douglas Fairbanks, Gloria Swanson o cualquier otro actor famoso para que la familia pudiera alardear de sangre artística.

La demanda era tan grande que se pasaban los días encerrados en el estudio, manipulando foto tras foto sin apenas tiempo para comer. Caían en la cama rendidos, y seguían trabajando en sueños. Durante los primeros meses apenas tuvieron competencia, nadie podía hacerlo mejor que ellos, pero con el tiempo otros estudios fotográficos empezaron a perfeccionar su arte y, sobre todo, a ofrecer el mismo servicio a menor precio, con lo cual Alan y Violet se vieron obligados a abaratar los suyos si no querían quedarse al margen de un negocio que ellos mismos habían impulsado. Aun así, la caja fuerte del tío Owen empezó a llenarse, aunque a un ritmo exasperante.

Tras dos largos años dedicados a aquella labor comprendieron que nunca amasarían ninguna *pequeña fortuna* que les permitiera adquirir una casa en ningún pueblo costero, disfrutar de la ópera de Viena o viajar a la India para tocar la trompa de Ganesha, que ya podría tenerla más larga. Pero, al menos, les permitía vivir con cierta holgura. Aparte de adquirir el mejor colchón que pudieron encontrar, Alan se compró algún traje, un par de bastones, una hermosa pitillera metálica con su nombre (el falso) grabado en su interior y muchos sombreros (aunque la mayoría acababa olvidándoselos en alguna parte, para desesperación de Violet). No era rico, pero fingirlo le

ofrecía cierto consuelo. Y en vista de que Violet, por su parte, no se compraba nada, cada vez que iba a por alguna cosa para él, volvía también con un regalo para ella: un vestido, un bolso, unos zapatos… Hasta que ella tuvo que esconder la llave de la caja —no en el somier de la cama, el primer sitio en el que buscó— para que Alan, a quien tachó de manirroto, no acabara dilapidando el dinero en sombreros que luego perdía.

Pese a todo, fingirse ricos no era lo mismo que serlo, y, a veces, durante aquellas jornadas maratonianas en el estudio de fotografía, Alan contemplaba trabajar a Violet en el silencio grana del cuartito de revelado, encorvada sobre una cubeta, envuelta en vapores químicos, y, sintiendo una punzada de ternura en el alma, se prometía a sí mismo que le daría la vida que realmente se merecía. Consagraría a ello todos sus esfuerzos e inventiva, se dejaría la piel, el alma y lo que hiciera falta. Sin embargo, pese a sus loables propósitos, fue a ella a quien se le ocurrió la idea que les permitiría llenar más rápido la caja fuerte.

Era un sábado de mediados de diciembre de 1920 cuando Violet llegó a la casa con una revista entre las manos y una sonrisa excitada en los labios. Se trataba del número de Navidad de *The Strand Magazine*, una publicación que Alan conocía de sobra porque prácticamente había aprendido a leer devorando las historias de Sherlock Holmes que se publicaban en sus páginas desde 1891, y, para su sorpresa, el artículo que ella quería que leyera lo firmaba Arthur Conan Doyle, el mismo autor de aquellos relatos. Llevaba por título «Hadas fotografiadas», y, azuzado por Violet, Alan procedió a leerlo.

Con su tono habitual, tan ameno como riguroso, el escritor contaba que unos meses antes, mientras recopilaba material para un artículo navideño sobre las hadas, para el que ya contaba con numerosos testimonios de personas que afirmaban haber visto a esas pequeñas criaturas, tuvo noticias de que dos niñas de un pueblo del norte de Inglaterra habían fotografiado a algunas en el verano de 1917. Inevitablemente, la noticia le interesó, pues la vida le ofrecía una prueba más tangible sobre su existencia que las meras formas mentales concebidas por la imaginación o el deseo de los videntes. Doyle averiguó que los negativos estaban en poder de Edward Gardner, miembro de la Sociedad Teosófica y un conferenciante muy conocido en el ámbito ocultista, y no dudó en contactarle para conocer todos los detalles del asunto. Tenía intención de incluir el caso en su reportaje, pero al ser consciente de su magnitud, resolvió dedicarle el artículo en exclusiva. Gardner le contó todo lo que sabía de las autoras de las fotos, a las que Doyle, para preservar su anonimato, se refería provisionalmente como Iris Carpenter, de dieciséis años, y su prima Alice, de diez, que desde pequeñas jugaban

con hadas y otras criaturas mágicas en el bosque cercano al pueblo, también falso, de Dalesby. Su padre, un obrero muy respetado en el lugar, se había comprado en el verano de 1917 una cámara fotográfica Midg, y, ante los ruegos de las niñas, se la había prestado para que pudieran fotografiar a las hadas con las que decían que jugaban en el arroyo, aunque él jamás las había tomado en serio. Las niñas volvieron aproximadamente una hora después y le entregaron la cámara para que revelase las fotos, lo cual hizo esa misma noche. En la cubeta de revelado fue apareciendo con lentitud de intriga una fotografía de su sobrina Alice. Estaba apoyada sobre la orilla del riachuelo, sonreía a la cámara con una diadema de flores en el cabello, y, para su sorpresa, ante ella podían verse con claridad cuatro hadas bailando en corro. Un par de meses después, tras otra excursión de las niñas, en la cubeta apareció la foto de Iris jugando con un gnomo. Los padres no sabían qué pensar al respecto, y como la señora Carpenter era miembro de la sociedad teosófica de la zona, decidió poner las fotos en conocimiento de Gardner. Fue en ese momento cuando Doyle apareció en escena, y ambos decidieron colaborar juntos en el caso. Lo primero que hicieron fue someter los negativos al juicio de varios fotógrafos profesionales, incluidos los expertos de la casa Kodak. Aunque ninguno de ellos encontró la menor prueba de que hubiesen sido trucadas, tampoco se atrevieron a autentificarlas. Y no faltaron los fotógrafos que aseguraron que, si bien no podían tacharlas de fraudulentas, podían reproducir fotografías similares en sus respectivos estudios usando maquetas pintadas y otros trucos. No obstante, costaba creer que dos niñas de un pueblecito del norte inglés contaran con los medios y habilidades necesarios para realizar una falsificación que engañara a los mayores expertos de Londres. Gardner incluso se desplazó al lugar para entrevistarse con las niñas y el resto de la familia, además de recorrer los escenarios de las fotografías, y volvió a Londres convencido de la honestidad de todos los implicados.

Doyle concluía su artículo reconociendo que era incapaz de hacer un balance concreto sobre el asunto y que, a falta de una prueba irrefutable y absoluta, se limitaba a exponer al público los datos recolectados sobre el caso para que cada lector sacara sus propias conclusiones. Sin embargo, aseguraba que las criaturas feéricas —denominación que englobaba a las hadas y a sus hermanos los trasgos, elfos, duendes y demás espíritus elementales—, al igual que los fantasmas que habitaban el más allá, poseían una realidad objetiva, pero sus vibraciones eran de tal tipo que precisaban de una fuerza parapsíquica o una placa fotográfica para plasmarlas, y, por tanto, auguraba que, debido a la cada vez mayor proliferación de cámaras fotográficas, los casos de seres mágicos fotografiados aumentarían considerablemente en los próximos años y la vida acabaría

recuperando el misterio y el encanto que les había arrebatado el espíritu materialista de comienzos de siglo.

El extenso reportaje, que abarcaba siete páginas, iba ilustrado con una fotografía de Edward Gardner, otra de cada niña y las dos que habían levantado aquella polvareda: la de Alice junto a las hadas y la de Iris con el gnomo. Las hadas que aparecían en la primera, que Doyle describía como «un compuesto de humano y mariposa», medirían unas cinco o seis pulgadas como mucho, y, según Alice, cada una era de un color —malva, verde, rosa y azul lavanda—, más intenso en las alas, transformándose en un blanco casi puro en los miembros y sus vestidos. La segunda, que abría el reportaje a toda página, mostraba a Iris sentada en la hierba como una pastorcilla con el gnomo a punto de saltar a su regazo. La criatura vestía un jersey marrón, leotardos negros, el consabido gorro rojo puntiagudo y tenía un par de alas semejantes a las de los coleópteros.

Tras leerlo, Alan necesitó varios minutos para vencer la sorpresa de que alguien tan presumiblemente racional como Doyle, que había creado a Holmes, la encarnación con pipa del espíritu científico-técnico que imbuía a la sociedad occidental, creyera en la existencia de las hadas, o, al menos, considerase tal posibilidad, cosa que Violet no le había permitido hacer a él, pese a *haber visto* a una.

La propia Violet, que había permanecido atenta a sus más mínimos gestos durante la lectura, lo observaba ahora con interés, como esperando un veredicto.

—¿Son… auténticas? —preguntó Alan.

Violet soltó una risita.

—¡Claro que no, bobo! —Tomó la revista y la abrió por la página que mostraba la fotografía de Alice con el corro de hadas—. Yo diría que son dibujos troquelados sujetos con alfileres —dictaminó—. Observa bien esta foto: no da sensación de movimiento. Fíjate cómo se mueve la cascada en comparación con la nitidez de las hadas, que además muestran cierta rigidez en las posturas, por otro lado, convencionalmente artísticas. Es como si la hubieran copiado de algún sitio y añadido las alas.

Alan estudió de nuevo la foto, corroborando con pequeños asentimientos todo lo que Violet había dicho.

—No te he traído la revista para apoyar tu absurda teoría de que las hadas existen, cariño —sonrió ella—. Ya te dije que aquello no fue otra cosa que una alucinación causada por la pérdida de sangre.

—Ya, ya… ¿Entonces?

—Te la he traído para que me digas si crees que podríamos hacerlo nosotros.

—¿Nosotros?

—Nosotros, sí. Dicen que desde que apareció este reportaje, *The*

Strand y muchos otros periódicos no dejan de recibir testimonios de personas que afirman ver hadas y gnomos por todas partes… y quieren que alguien vaya a fotografiarlos.

Alan sonrió al comprender lo que Violet estaba sugiriéndole.

—Estoy seguro de que podemos hacerlo bastante mejor.

El plan que ella proponía le entusiasmó, no solo porque auguraba mucha diversión, sino por sus claras posibilidades de éxito. Si, con un burdo montaje, dos niñas de un pueblecito habían engañado a media Inglaterra, incluyendo al hombre con la mente más analítica del país, qué no conseguirían ellos… Sí, se olvidarían de las llorosas madres de los soldados muertos —a las que siempre acababan rebajando el precio— y se dedicarían a sacar tajada de aquella *fiebre feérica*, como la denominó. Había que estudiar bien el asunto, claro, pero podía hacerse. Le pidió a Violet que fuera a por dos vasos a la cocina mientras él buscaba una libreta y sacaba del mueblecito una botella de whisky, que los fue volviendo más creativos a cada trago que daban. Media botella después, creían poseer la maña y el ingenio suficientes como para poder fotografiar a cualquier criatura mágica que sus futuros clientes afirmaran ver.

—Te enseñaré cómo se planifica un timo paso por paso —dijo Alan en tono didáctico—. Primero nos documentaremos todo lo que podamos sobre los espíritus elementales para no meter la pata —rellenó los vasos por enésima vez—, y en cuanto estemos preparados, encargaré una placa anunciándonos como…, no sé, fotógrafos mágicos. ¿Te gusta cómo suena?

—Bueno… —dudó ella—. Nos valdrá hasta que se nos ocurra algo mejor.

—Nos anunciaremos como especialistas en hadas, duendes, elfos… y cualquier otra cosa que la gente crea ver.

—«Si usted los percibe, nosotros se los mostramos» —sugirió Violet.

—¡Me gusta eso! Lo añadiremos a la placa —exclamó Alan—. ¡Voy a apuntarlo! —Y garabateó algunas anotaciones. Luego la miró con los labios fruncidos—. ¿Y los ectoplasmas?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Los fotografiaríamos también? Ya puestos, podríamos intentar llevarnos un trozo de la tarta parapsíquica. La fotografía espectral siempre me ha parecido un buen negocio.

Aunque para eso necesitarían la complicidad de un médium, lo cual les robaría la libertad creativa, de momento decidieron incluirlos, luego ya verían. Lo urgente era centrarse en los otros espíritus, los elementales.

—Ahora vamos a hacer una lista de los problemas que se nos pueden plantear y cómo resolverlos. Veamos… —dijo Alan, golpeándose la barbilla rítmicamente con el lápiz—. Tengo uno para

usted, señora Schofield: ¿y si alguien quiere que le hagamos las fotos acompañado de los seres mágicos con los que se relaciona, como hicieron esas niñas?

—¿Con un gnomo en el regazo?

—Por ejemplo.

—Para pedirnos eso tendría que verlos de verdad.

—Ya, claro… O creer que los ve. Seguro que hay muchas personas convencidas de ello. No podemos esperar que todo el mundo nos contrate para realizar una fotografía trucada. El mundo está lleno de desgraciados que sufren ese tipo de alucinaciones. Sé de lo que hablo —bromeó.

Violet guardó silencio.

—Supongo que sí —concedió al fin.

—¿Y qué haríamos en el caso de que nos llamara uno de esos dementes sin diagnosticar?

Su esposa volvió a refugiarse en el silencio.

—¿Violet?

Ella salió de su ensimismamiento y dijo:

—Podríamos decirles que ese momento en el que la criatura mágica se le aparece es un instante de comunión tan íntimo que no puede darse nunca en presencia de testigos, y menos de dos fotógrafos armados con una intimidante cámara. Pero que podríamos recrearlo haciendo un trucaje con las dos fotos tomadas por separado; por un lado, él, y por otro, las hadas, el duende o lo que sea, que captaríamos con suma discreción.

—Buena idea —dijo Alan asintiendo con admiración, al tiempo que le tendía su vaso en busca de un brindis—. Tiene usted soluciones para todo, señora Schofield.

—¡Gracias, señor Schofield! —respondió ella entrechocando el vaso. Pero luego guardó silencio, como si hubiera detectado otra fisura en el casco de su plan—. Ahora tengo yo un problema para usted, señor Schofield. Si las criaturas mágicas emiten en esa frecuencia que la mayoría no podemos ver… ¿cómo se supone que podemos fotografiarlas?

—Demonios, es cierto. Seguro que alguien nos lo pregunta —maldijo Alan. Se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación intentando encontrar una solución—. ¡Ya lo tengo! Tu bisabuela podría haber sido una médium muy poderosa… Una médium rusa, como la Blavatsky, que son las que más imponen… Podría llamarse Ivanna Ivanova —dijo, acariciándose la barbilla—, y tú habrías heredado parte de su clarividencia, aunque de una manera… un tanto difusa. Pero suficiente para que pudieras decirle a tu socio —se señaló a sí mismo—, un tipo vulgar y corriente sin un gramo de sensibilidad parapsíquica, hacia dónde apuntar la cámara.

—Mmm…, me gusta eso de ver cosas que tú no puedes ver —sonrió Violet.

—Bueno, ya lo haces con las migas del mantel y los pelos del lavabo —bromeó Alan.

—Pero el nombre de mi bisabuela parece inventado. Hay que buscar otro.

—Puedes bautizarla como te plazca. Después de todo, es tu bisabuela —concedió Alan—. Ahora me toca a mí. ¿Y si quien nos hace el encargo es una persona práctica y racional, alguien absolutamente escéptico, que no cree en Dios ni en nada que se le parezca? ¿Cómo podríamos engañar a alguien así?

—Alguien así jamás nos llamaría, ¿no crees? —respondió Violet, enseñando las palmas de sus manos.

—Supongo que tienes razón —tuvo que admitir Alan.

Para cuando acabaron de prever y solucionar todos los problemas de su plan ya era medianoche. Ambos se dirigieron al dormitorio tambaleándose por el pasillo. Estaban un poco ebrios, pero no lo bastante como para no ser capaces de coordinar sus movimientos, como quedó demostrado al poco. Esa noche hicieron el amor como hacía mucho que no lo hacían. De existir las hadas, a Alan no le cabía duda de que habrían aplaudido ese curioso talento humano, su capacidad para haber convertido aquella práctica primitiva destinada a perpetuar la especie en un imaginativo acto de erotismo.

17

En enero del año siguiente, mientras ellos continuaban con sus investigaciones, *The Westminster Gazette* descubrió la identidad y la localización exacta del pueblo de las niñas, que Doyle tanto se había esforzado en ocultar, y mandó a un enviado especial a realizar un reportaje *in situ*. Las primas se llamaban en realidad Elsie Wright y Frances Griffiths, y habían realizado las fotos en el valle de Cottingley, el pueblecito donde residía la primera. Pero pese a entrevistarse con ellas y el resto de la familia, el periodista reconocía que había sido incapaz de reunir pruebas definitivas que validaran o refutaran la existencia de las hadas.

Aquel reportaje apenas aportaba nada nuevo a lo escrito por Doyle, aparte de la identidad de las niñas, aunque contenía un par de datos de interés para Alan y Violet, a la caza de cualquier detalle que pudiera dotar de credibilidad sus futuros planes. El primero era que Elsie, al ser entrevistada en la fábrica de tarjetas navideñas en la que actualmente trabajaba, había admitido que no sabía de dónde venían ni adónde iban las hadas tras jugar con ellas, simplemente *se volatilizaban*. Eso facilitaba mucho las cosas, y, a falta de otros testimonios más exactos, les otorgaba carta blanca para imaginar a su antojo su posible hogar, un supuesto País de las Hadas, así como el modo de ir y venir de un mundo a otro. El segundo dato, que les había hecho alzar las cejas, era que Elsie había desvelado que, aparte de las que se habían publicado, habían hecho más fotos.

Las fotografías a las que se refería la niña aparecieron en marzo en *The Strand*, acompañando otro artículo de Doyle, esta vez titulado, ya sin ambages, «La evidencia de las hadas». Al parecer, en su visita a Cottingley el verano anterior, Gardner les había regalado a las niñas una cámara Cameo para que intentaran hacer más fotografías, y ellas habían cumplido realizando tres nuevas fotos en su valle encantado: una de Frances apartando asustada la cara al creer que un hada iba a saltar sobre su rostro, otra de un hada ofreciendo a Elsie un ramillete de jacintos silvestres y una tercera nada menos que de un nido de hadas. Esta última fue la que más impacto provocó, porque jamás se había fotografiado tal cosa. En la foto se distinguían, al menos, dos hadas —una con aire de recién levantada— y, asomando por detrás del nido, la sonriente cabeza de un duende *voyeur*.

Tras desgranar ante el lector los datos de su investigación, Doyle

auguraba, sin embargo, que aquellas serían las últimas fotos de hadas que las niñas conseguirían captar, pues en la actualidad Frances transitaba la pubertad y Elsie ya era núbil, y aquella distancia cada vez mayor con la infancia solía rebajar o incluso desvanecer por completo el poder psíquico en las chicas, al igual que sucedía con las habilidades mediúmnicas.

Por supuesto, como sucediera con el primer artículo, el segundo también había desencadenado un temporal de detractores. Surgidos de los más diversos ámbitos, parecían más empeñados en desacreditar a Doyle o a las niñas que en demostrar la inautenticidad de las fotografías. Pero lo que realmente inquietó a Alan fue que algunos fotógrafos no dudaron en enviar al escritor o a la prensa sus propios trucajes, intentando demostrar que cualquiera con conocimientos y habilidades podía usar una cámara para *desvelar* el mundo mágico, aunque Doyle y Gardner siempre lograban descubrir el engaño gracias a algún detalle insignificante. «No te preocupes —lo tranquilizó Violet—, a nosotros nadie nos descubrirá. Seremos mucho más cuidadosos. Además, lo que nos tiene que importar es que los casos de personas que aseguran tener algún tipo de contacto con las criaturas mágicas no dejan de aumentar.» Y tenía razón. Decenas de personas de condición y cultura variada afirmaban haber jugado con hadas o elfos en algún prado, haber espiado a alguna ondina bañándose en un riachuelo o haber visto danzar a un grupo de duendecillos. Quizá siempre había sido así, pero lo cierto era que ahora, en aquel preciso momento, los prados y las colinas de Yorkshire, Upper Airedale, Wharfedale o el valle de Ecclesbourne bullían de espíritus elementales que jugaban, bailaban y, en general, celebraban la vida con una intensidad y libertad encantadoras, con una inocente despreocupación que sus vecinos humanos habían perdido al crecer.

Por aquel entonces, para rematar su labor de documentación, acudieron a una conferencia que Edward Gardner impartiría en la sala Mortimer sobre la existencia de las hadas. Una vez sentados entre el público, Violet sacó su cuaderno y un lápiz, dispuesta a recoger cualquier dato significativo que pudiera servirles para conferir autenticidad a sus futuros fraudes. Tras excusar a Doyle por encontrarse en Estados Unidos dando conferencias sobre espiritismo, Gardner desplegó una enorme pantalla, donde proyectaría las famosas fotos, y empezó su conferencia invitando a los asistentes a que pensaran en una rana vulgar y corriente, o en cualquier otro anfibio de su preferencia (lo cual provocó entre ellos la siguiente discusión: «Mmm… ¿Tienes el tuyo, Violet? Yo no me decido entre el sapo o el lagarto. Nunca he tenido un anfibio favorito», bromeó Alan. «El lagarto no es un anfibio. Pero calla y presta atención. Podemos aprender mucho de esta conferencia», dijo ella dándole un codazo.

«¿En serio? ¡Pero si parece que nos hemos equivocado de sala y nos hemos metido en una de herpetología!»). Como ella no le reía las gracias, Alan se recostó en su butaca e intentó comportarse. «Imaginen ahora que están tumbados a la orilla de un río y ven salir del agua al anfibio escogido —estaba diciendo Gardner (Alan imaginó a una rana caminando a dos patas con innegable donaire, tocada con chistera y pajarita, dejando un reguero de agua tras de sí)—. Para nosotros sería algo cotidiano, pues estamos acostumbrados a la idea de que en la profundidad de las aguas viven seres anfibios sin que seamos conscientes de ellos, pero a los que de pronto podemos sorprender tomando el sol en un banco de arena para luego volver a sumergirse en *lo desconocido*. Pero ¿y si tales apariciones fuesen raras y solo un puñado de elegidos pudieran verlas con claridad? ¿Cómo podrían convencer de su existencia al resto del planeta, que estaría convencido de que en la Tierra solo viven seres terrestres? Esos escépticos se negarían a creer que existen criaturas que entran y salen del agua a su antojo, ¡querrían pruebas de ello!, pero ustedes no podrían dárselas porque, aunque los han visto en alguna ocasión con sus propios ojos, no pueden hacerlos aparecer a voluntad. Pues lo mismo sucede con las hadas…» Cuando se aseguró de que el público había entendido la analogía, les advirtió que el término *hada* cubría realidades muy diferentes según los países y las culturas a los que se circunscribiesen, e hizo un breve repaso de las menciones a las hadas a lo largo de la historia, que se remontaban a la noche de los tiempos, cuando el hombre mostraba un temblor reverencial ante cualquier flatulencia de la naturaleza; enumeró someramente las leyendas y los mitos de la tradición oral, así como las diversas obras de autores que habían tratado de catalogarlas, para centrarse finalmente en los casos contemporáneos, como el que los había reunido allí, sin duda el que más había trascendido. Mostró y comentó entonces las famosas fotos, sin aportar mucho más a lo que Doyle había expuesto en sus reportajes, y luego habló de cómo el mundo de los seres feéricos se había separado progresivamente del de los hombres, aunque existían *puertas* a sus dominios encantados diseminadas por nuestro mundo, la mayoría en Europa, como grutas, túmulos, landas o composiciones de dólmenes y otras piedras sagradas. Empezaba a hablar de la costumbre de las hadas de robar niños humanos y sustituirlos por los suyos o por algún objeto hechizado cuando Alan, a quien todo aquello le estaba resultando mortalmente aburrido y ya no podía más, miró a Violet para compartir con ella su tedio. Pero su socia estaba demasiado ocupada tomando notas. «Voy a necesitar otro cuaderno», le dijo sin mirarlo.

Aquella conferencia y, sobre todo, el rato que pasaron después socializando con los asistentes acabaron de convencerlos de que su

plan funcionaría (era lo suficientemente descabellado). Al día siguiente, alquilaron un almacén a dos calles del estudio, un cubil secreto, sin ventanas, con una claraboya de cristales mugrientos como única fuente de luz, y del que podían entrar y salir a hurtadillas. En aquella guarida se dedicarían a fabricar sus criaturas mágicas con todo tipo de materiales, como los dos aprendices menos siniestros del doctor Frankenstein. Y esa misma tarde encargaron la nueva placa, anunciándose como fotógrafos mágicos (al final, no se les había ocurrido nada mejor).

Solo llevaba un par de días colocada cuando se presentó en el estudio su primer cliente, el señor Layton. Se trataba de un atildado empresario que según les comentó nada más entrar se dedicaba a la fabricación de tuberías —de sólido hierro, no endeble acero— y colaboraba con el ayuntamiento tendiendo su entramado subterráneo en los cementerios más importantes de la metrópoli, como el de Westminster, donde una buena canalización del agua era fundamental para el riego de los jardines y la limpieza de tumbas y mausoleos. Luego, ante las perplejas expresiones de Alan y Violet, se disculpó por aquella vomitona de información innecesaria, que achacó a su nerviosismo, y trató de centrarse en el motivo que lo había llevado hasta allí: un duende visitaba con frecuencia el jardín de su mansión en Belgravia. «Mmm», comentó Alan sin el menor asomo de sorpresa, como si la comunidad de los duendes tuviera una preferencia especial por los atildados jardines de aquel barrio. Eso animó a Layton a dejar atrás la vergüenza y a explayarse más. «Al menos, eso afirma Florence, mi esposa —puntualizó—, yo nunca lo he visto.» Y les explicó que el ser hacía gala de un comportamiento poco cívico: mordisqueaba las frutas del manzano, se orinaba en la fuente, pisoteaba los rosales e incluso intentaba sodomizar al caniche. Tanto era así que su esposa y Zaid, el jardinero, tenían que dedicar las mañanas a perseguirlo por todas partes en unas carreras tan alocadas que, cuando él regresaba para almorzar, solía encontrárselos sudorosos y jadeantes. «¿Creen que podrían fotografiarlo? —quiso saber—. Florence asegura que no. De hecho, ha tratado de disuadirme de que acudiera a ustedes asegurando que sería una pérdida de tiempo. Pero yo le he dicho que, si ella y Zaid pueden ver a ese maldito bicho, ¡también se lo podrá fotografiar!» Alan y Violet cruzaron una mirada. «Puede estar seguro de eso, señor Layton —respondió Alan—. Conseguiremos una fotografía de ese duende que tanto sofoca a su esposa. Aunque necesitaremos intimidad para trabajar.» Layton meditó unos segundos. «¿Podrían hacerlo la mañana del domingo, mientras estamos en la iglesia?» Alan fingió pensarlo. «Si no hay más remedio…, aunque por ser el día de descanso del Señor tendremos que cobrarle el doble.» Al señor Layton no pareció importarle aquella subida del precio, así que

cerraron el trato, y, una vez que el empresario se hubo marchado, corrieron a su guarida y, bajo la luz andrajosa de la claraboya, se pusieron manos a la obra, entusiasmados de tener un primer encargo con el que poder demostrar su talento.

Para fabricar el prototipo del duende decidieron tomar como base un muñeco Kewpie, pero enseguida lo desecharon porque su aspecto era demasiado reconocible, por mucho que lo disfrazaran, así que optaron por confeccionarlo en madera con algunas partes en celuloide, y usaron tela para la ropa y el gorro. El duende, al que bautizaron como Edgar, fue un éxito. La fotografía de la criatura junto a una manzana mordisqueada les quedó tan real que no les extrañó que el jardinero presentara su dimisión, incapaz de lidiar con aquella fantasía que de repente había cobrado realidad. Edgar se convirtió en la comidilla del barrio, y sus vecinos acudían a las cada vez más concurridas merendolas de Florence para poder ver su fotografía. A las pocas semanas, se presentó en su estudio la señora Hughes, una de sus vecinas, quien aseguraba oír también extraños sonidos en su jardín. Nunca había visto ninguna criatura, pero, a tenor del jaleo que armaba, estaba convencida de que, fuera lo que fuese, era más grande que la de Florence. ¿Podrían fotografiarla ellos? «Mmm. Dice que hace mucho ruido, ¿eh? —comentó Alan, acariciándose la barba—, probablemente sea un duende montado en una de sus cabalgaduras, esa especie de orugas del tamaño de gatos medianos que suelen usar los duendes de por allí, ¿no crees, Violet?» «Todo apunta a que sí, Alan», respondió ella. Alan miró de nuevo a la señora Hughes y asintió. «Cuente con nosotros. Intentaremos fotografiarle montado en ella. Acuden a la iglesia los domingos, ¿verdad?» Una vez que la señora Hughes se marchó, Alan besó a Violet con entusiasmo y corrió a alguna librería a comprar un libro sobre insectos con buenas fotos de orugas: ¡aquello marchaba, sí, señor!

Poco a poco, su clientela empezó a aumentar. Siempre ocurría igual: cuando fotografiaban la criatura mágica de alguien, a los pocos días se presentaba en el estudio su prima, su hermano o su vecino, a quien le ocurría algo similar, pero a una escala ligeramente superior. El resorte de la envidia, tan inherente al ser humano, se disparaba tanto por los coches, los palcos de la ópera o los trajes como por los seres feéricos. Y como nadie se atrevía a dar demasiados detalles de la criatura que *presentían* temiendo pillarse los dedos, ellos disponían de entera libertad para reproducir prácticamente al ser que les viniera en gana.

Durante los meses siguientes, fotografiaron a varios duendes jugando a *oranges and lemons* en un prado; a un elfo silvestre echándose la siesta entre las raíces de una enorme haya; a grupos de etéreas hadas que parecían revolotear sobre los arbustos gracias al aire que le insuflaban con un fuelle para chimenea; a una ondina que

habitaba en el pozo de una granja en Swaledale; docenas de duendecillos, faunos y trasgos en docenas de jardines atildados con todo tipo de vestimenta, desde el clásico chaleco y gorro puntiagudo hasta los rudimentarios calzones de hojas trenzadas con los que algunos ocultaban sin excesivo cuidado sus atributos y hasta a un diablillo que asaltaba a algunas religiosas de un convento para fisgonear bajo sus hábitos cuando cruzaban el claustro por la noche.

Pero, como habían temido, también tropezaron con una viuda de Wallington que quería que la fotografiaran rodeada de las siete hadas que vivían en su desván, a las cuales describió con todo lujo de detalles, desde sus vaporosos vestiditos hasta los tonos de las alas. Alan chasqueó la lengua con pesar, aquello iba a resultar imposible, y cedió la palabra a Violet, que ya sabía lo que debía decir en esos casos. La señora Walton, que debía de padecer una demencia latente que la muerte de su marido en el frente habría despertado, aceptó finalmente que las fotografiaran por separado —por un lado, a ella con los brazos levantados en un gesto de bienvenida, y, por otro, a sus siete «menudas amigas» revoloteando en el desván— y luego fundieran ambas fotos en el laboratorio para recrear aquel momento de mágica intimidad del que nadie podía ser testigo. Violet incluso le colocó un par de hadas posadas en el hombro derecho. La mujer quedó tan contenta con el resultado que colgó la foto en su salón, desterrando al pasillo el retrato de la suegra.

Los clientes como la señora Walton eran minoría, por suerte para ellos, pues eran los más difíciles de contentar. Suministraban descripciones tan detalladas y precisas de las criaturas que veían que al observarlas en las fotografías siempre les parecían distintas, lo cual obligaba a Alan a culpar de las pequeñas diferencias a la nitidez del revelado o la calidad de los negativos (jamás a su profesionalidad). Afortunadamente, los que más abundaban eran aquellos que les ofrecían descripciones vagas de sus apariciones y que luego, una vez que tenían la fotografía ante sí, la observaban con melancolía, como si valorasen la posibilidad de creer que realmente convivían con aquellas criaturas mágicas.

Y finalmente se encontraron con la horma de su zapato, lo cual era también de esperar. Se llamaba Ulysses Culpepper y era el jefe del Departamento de Zoología de la Universidad de Cambridge. Culpepper, un cincuentón de delgadez tétrica, cabello repeinado y ojillos inteligentes, los recibió en su despacho, donde los había citado sin darles ningún detalle concreto de su encargo, y en su guarida les dedicó una sonrisa taimada. Sobre la mesa de su despacho había esparcidas casi una decena de fotografías de sus fotografías: la de la señora Walton rodeada de sus hadas, la del duende del señor Layton, la del elfo silvestre y algunas más que el avispado profesor había ido

recolectando tirando del hilo. «Son ustedes muy hábiles trucando fotografías —les dijo—, aunque han demostrado ser más hábiles aún moviéndose en un *mercado* en el que difícilmente pueden encontrarse con un escéptico como yo que ponga en riesgo su *negocio*, por mucho que seamos mayoría. Imagino que no necesito decirles que, con un poco de paciencia, podría desenmascararlos.» Aquello sonó a amenaza, y probablemente lo fuera, pero antes de que pudieran defenderse, Culpepper alzó una mano: «¡Pero no se me asusten! Sería una lástima desperdiciar ese talento que poseen. Yo, al menos, no tengo el menor interés en hacerlo. Al contrario, quiero beneficiarme de él». Y, tras servir una copa para los tres, les reveló el encargo que quería hacerles. Resultaba que su mujer era una adúltera compulsiva que se dedicaba a coleccionar amantes mientras él estudiaba mariposas, pero debido a la discreción con la que se conducía y, sobre todo, a su asfixiante horario de clases, le era imposible pillarla *in fraganti*, lo cual necesitaba para poder solicitarle el divorcio y casarse con la dulce becaria de la que se había enamorado mientras diseccionaban ranas en la intimidad de su laboratorio. Y ahí era donde entraban ellos: quería que le suministraran media docena de fotos de su esposa acompañada de sus presuntos amantes. «No serán los amantes verdaderos, ya que dudo que ni siquiera ustedes puedan pillarla, pero las pruebas me servirán igual ante un juez.» Cuando terminó su exposición, Alan tomó una profunda bocanada de aire. «De acuerdo, lo haremos. Pero las fotos de humanos las cobramos más caras que las de los duendes», respondió con frialdad, molesto por la encerrona. «En realidad, no —intervino Violet, calmando los enrarecidos ánimos—. Trucar fotos es mucho más fácil que esperar a que aparezca el hada o el gnomo de turno, así que lo haremos gratis.» El profesor quedó satisfecho con su respuesta y cerraron el trato con un brindis. (Cuando abandonaron la universidad, mantuvieron la siguiente discusión: «¡Has dejado que nos chantajee, Violet!», exclamó Alan. «De nada iba a servirnos crearnos un enemigo, cariño», contestó ella, práctica. «Claro, y en cambio, tener como amigo al director de un departamento de zoología nos resultará muy útil en el futuro…», contestó él, todavía enfadado. «Bueno, nunca se sabe», dijo ella.)

Pese a esas pequeñas contingencias, el dinero fluía, en fin, como nunca había fluido, amenazando con desbordar la caja fuerte del tío Owen. Violet, que seguía administrando las ganancias, consentía a Alan algún pequeño capricho, si se lo pedía con las caricias adecuadas —el último había sido encargar una empuñadora para su bastón con la figura de Titania, la reina de las hadas—, aunque generalmente negaba con la cabeza, insistiéndole en que había que ahorrar. Violet estaba convencida de que aquello no podía durar eternamente, y él, aunque no quisiera reconocerlo, también. El profesor Culpepper había

quedado muy contento con las fotografías que le habían suministrado, en las que se apreciaba a su esposa en compañía de varios individuos en cafeterías, plazas o parques (excepto el que se parecía a Douglas Fairbanks, el resto había muerto hacía años en el frente, incluso el que había acudido a su cita vestido de esgrimista, aunque eso nadie lo sabía), y ya estaba tramitando su divorcio, pero, como él mismo les había señalado, los escépticos eran mayoría, por lo que no tardarían en tropezarse con algún otro que no quisiera divorciarse.

De hecho, a las pocas semanas, tres o cuatro personas se arracimaron ante el estudio para increparlos, acusándolos de timadores o embusteros, y el más vehemente de ellos incluso les rompió la luna del escaparate con un ladrillo. La cosa no pasó a mayores, pero ¿cuánto tardarían aquellos cuatro gatos en convertirse en una turba chillona con palos y hoces capaces de prender fuego a la tienda? Aunque ya lo hacían, Alan y Violet tuvieron que extremar las precauciones, pidiéndoles a sus clientes que fueran discretos al mostrar sus fotografías y, sobre todo, que no aireasen su trabajo en la prensa. Eso solo conseguiría que la comunidad feérica se sintiera cada vez más expuesta y amenazada. Temían que, si tal cosa sucedía, los seres mágicos reaccionaran con disgusto, lo cual supondría un auténtico problema, pues tenían la mentalidad de niños caprichosos, pero un poder superior a cualquier arma inventada por el hombre. Y con cuatro trazos les pintaban una guerra imposible de ganar: krákenes volcando acorazados y sirenas arrastrando a la tripulación al fondo de los mares, enamorando a los soldados antes de degollarlos; gnomos y duendes montados en dragones quemando aviones; estampidas de unicornios empalando a la despavorida población… Cualquier estampa de cuento de hadas macabro les valía si servía para amedrentar a los clientes.

Pero, a pesar de sus cuidados, sabían que tarde o temprano acabarían llamando la atención de algún otro Culpepper que no querría aprovecharse de ellos, sino ponerse una medalla a su costa. Alan pensaba sobre todo en Conan Doyle, a quien se imaginaba, una vez que regresara de su periplo espiritista por Estados Unidos, estudiando detenidamente una muestra de sus fotografías e irrumpiendo en su estudio cual paladín de la verdad, aunque no sabía si para acusarlos de fraude o para divulgar sus fotografías en *The Strand* y que los lectores sacaran *sus propias conclusiones*.

Sin embargo, esa no era la única preocupación de Alan; tampoco la mayor de ellas.

No, su mayor preocupación era la propia Violet. O, más exactamente, su secreto. Ese que, de tanto en tanto, sobre todo al volver de Kesgrave, extendía su sombra sobre la luz de su alma produciendo aquellos eclipses de melancolía que tanto lo inquietaban.

«Yo no he dicho que tenga ningún secreto», había respondido Violet durante la única conversación en la que se habían acusado mutuamente de tener secretos. Pero ¿no sería precisamente eso lo que diría quien quisiera ocultar un secreto?, se preguntó Alan astutamente (aunque debía admitir que también sería lo que diría quien no tuviera ninguno).

Fuera como fuese, aquella cuestión atormentaba a Alan, especialmente los fines de semana que se quedaba solo en Londres, cuando el aburrimiento hacía presa en él. Esos días los pasaba dando obsesivas vueltas por Hyde Park, cual caballito de carrusel, o simplemente tirado en la cama mientras se preguntaba qué estaría haciendo ella en Kesgrave. No se olvidaba de que allí, aparte de sus padres, vivía también el tal Wesley, su primer novio. Ese con el que se vive todo por primera vez. Ese que nos deja una marca indeleble. Ese contra cuyo recuerdo deben competir los siguientes. ¿Iba allí para verse con él, quizá para yacer juntos en algún granero? ¿Necesitaba Violet que un hombre honesto la amara cada cierto tiempo para limpiar su alma de la tiña que le provocaba amar a un timador como él? ¿Traía ella briznas de heno enredadas en el cabello cuando regresaba? Que fuese rubia hacía más difícil detectarlas. Aunque, ¿iba realmente a Kesgrave? ¿Y si era una espía alemana infiltrada en Inglaterra? ¿Tomaba verdaderamente un tren a alguna parte o se quedaba en Londres, espiándole desde un apartamento alquilado en la acera de enfrente, como hacía con su esposa el protagonista del cuento *Wakefield* de Nathaniel Hawthorne? A medida que transcurría la jornada, las preguntas que rondaban su cabeza se iban volviendo cada vez más aviesas, más maliciosas, más absurdas y, por qué no decirlo, más estúpidas. Sin embargo, eso no cambiaba los hechos: Violet tenía un secreto que la carcomía por dentro. Un secreto que no le quería contar.

Una tarde de sábado, tras todo el día llenándola, la copa de su incertidumbre rebosó, y Alan se descubrió plantado ante la cómoda de Violet, el mueble de tres cajones donde ella guardaba su ropa y sus enseres personales. Era el único lugar privado que Violet tenía en la casa. Si su secreto tenía algún tipo de manifestación física —un documento, una foto, un mechón de cabello, un azadón de recuerdo o cualquier otra cosa reveladora— estaría oculta allí, porque los documentos oficiales los guardaban ambos en el escritorio del tío. Alan se arrodilló ante el mueble y agitó sus dedos, como un pianista antes de empezar a tocar. Se sentía la persona más ruin del mundo, un auténtico canalla, pues iba a profanar un templo sagrado, a perpetrar un acto de alta traición contra la mujer que amaba. Pero sabía que no tenía alternativa: era eso o seguir ardiendo en la hoguera de las conjeturas, ahogándose en el embravecido mar de las dudas. Abrió el

primer cajón y fue apartando su ropa y sus objetos personales casi con pena, rezando por no encontrar nada, por que Dios no castigara su felonía arrojándole a la cara un secreto que no pudiera asimilar, un secreto que lo cambiara todo, que demostrara que aquella felicidad era inmerecida.

Pero no pudo ser. En el último cajón, bajo uno de sus camisones, las yemas de sus dedos tropezaron con una pequeña carpeta. La sacó, y, sentado en la cama, acunó en sus manos durante un retal de eternidad aquel objeto que nunca antes había visto mientras trataba de reunir el valor para abrirla. Podía ser cualquier minucia, pero el hecho de que ella la ocultara allí presagiaba lo peor. ¿Estaría preparado para descubrir lo que contenía? Al fin, deshizo su lazada y abrió aquella prosaica versión de la caja de Pandora.

Contenía un puñado de recortes de periódicos, todos ellos de la región de Suffolk y alrededores. Cuando empezó a ojearlos, descubrió que la mayoría seguían la misma noticia, la aparición de tres niñas muertas en la zona en el verano de 1913. La prensa las llamaba las Niñas Púrpuras, porque todas mostraban la piel del rostro ligeramente morada, consecuencia de las bayas venenosas que habían ingerido. Según parecía, alguien se las había ofrecido para que las comiesen en una suerte de merienda macabra, pues todavía había algunas de ellas en un platito con restos de bizcocho junto a los cadáveres. Se especulaba que había sido un extranjero que merodeaba aquel verano por el pueblo, pero no habían podido apresarlo. Había otro par de artículos, fechados unos cinco meses después, que recogían la aparición de otra *niña púrpura* en la misma zona del bosque. Se llamaba Adele Myers, y junto a ella había aparecido también un platito lleno con las mismas bayas venenosas. La autoría del siniestro piscolabis volvía a ser un misterio, aunque los periodistas, quizá por falta de imaginación o simple pereza a la hora de investigar, se la endosaban otra vez al mismo extranjero de los crímenes anteriores. Que ya no hubiera más artículos después de esa fecha le hizo pensar a Alan que lo habían atrapado o, lo que era más probable, teniendo en cuenta que tampoco había ningún recorte de su captura, que el autor había dejado de matar sin aviso, como un Jack el Destripador cualquiera. ¿Conocía Violet a alguna de esas niñas, por eso guardaba los recortes, o simplemente le interesaba el asunto? ¿Por qué nunca le había hablado de aquellos crímenes, si los había vivido tan de cerca, y siempre le decía que Kesgrave era un lugar aburrido donde nunca pasaba nada interesante? Bueno, si la existencia de un envenenador de niños en serie no le resultaba interesante a Violet, no sabía qué podría serlo…

Al guardar de nuevo la carpeta, una de sus esquinas golpeó con algo, y un tarrito rodó por el fondo del cajón hasta quedar expuesto a

su vista. ¿Otro secreto, no tenía ya bastante? Alan lo tomó y lo examinó con curiosidad. Estaba lleno hasta la mitad de un líquido oscuro y ligeramente espeso. No tenía ni idea de qué era, y tampoco había ninguna etiqueta. Lo abrió con cuidado y aspiró el aroma que manaba de su interior, pero no olía a nada reconocible, salvo por un levísimo efluvio a regaliz que bien podría ser cualquier otra cosa. Volvió a guardarlo y huyó de la habitación. Como un sonámbulo, llegó al salón, donde se derrumbó en una silla, atontado por la revelación. ¿Era veneno lo que había en ese frasco? Le vino a la cabeza el té que Violet le preparaba al tío Owen en aquella taza que tantas veces lavaba, quizá para erradicar cualquier rastro de veneno. ¿Le había provocado el infarto administrándoselo en pequeñas y regulares dosis, aumentando la última, la de la mañana de su muerte, para acabar de rematarlo o simplemente porque se le había agotado la paciencia? ¿Había sido aquel té, cuya temperatura perfecta había celebrado el viejo, su pasaporte al otro barrio? ¿Y si había envenenado también a las niñas de los recortes? Aquel verano Violet debía de tener quince años, una edad más que adecuada para practicar sus primeros envenenamientos. Pero si había envenenado al viejo para hacerse con su *pequeña fortuna* mientras fingía ante él que esperaría a que el fruto cayera por su propio peso, Violet se habría llevado un buen chasco cuando abrieron la caja (aunque lo había disimulado bastante bien, recordó). Y aun así, aunque nada había salido según sus planes, ella seguía allí, a su lado, como si nada. Aunque el veneno, también. ¿Si ya había cumplido su función, por qué no se había deshecho de él? Después de todo, era la prueba de un crimen. La respuesta lo sobrecogió: para envenenarlo a él. Quizá aguardaba a que la caja fuerte estuviera lo suficientemente llena para matarlo —¡por eso había escondido la llave!—, y largarse con la *pequeña fortuna* a Kesgrave, directa a los brazos del honrado Wesley, con el que tendría cuatro o cinco hijos íntegros, tal vez los tuviese ya. Quizá en aquellos raptos de melancolía Violet evocaba la vida que le esperaba en Kesgrave, aquella felicidad sencilla, aquella dicha primordial, lejos de pérfidos timos, entre campos labrados e hijos de intachable moral. ¡Todo encajaba!

Alan sacudió la cabeza. No, no encajaba una mierda. La desventaja de poseer una imaginación como la suya era que servía tanto para lo bueno como para lo malo. Y cuando se le disparaba hacia lo malo era como un caballo en llamas que no había quien parase. Sobre todo, si se la combinaba con la soledad abrasiva a la que la ausencia de ella lo abocaba. Bueno, se dijo, intentando calmarse antes de que su corazón estallara como el del tío Owen. Él amaba a Violet y eso no iba a cambiar. Seguiría tomando todos los tés que ella le preparase porque ni había envenenado a aquellas niñas, ni a su tío ni mucho menos lo

iba a envenenar a él, y si, contra todo pronóstico, ella lo envenenaba, él lo aceptaría sin rechistar como el destino que le correspondía. Le parecería justo y necesario. No pensaba cuestionar sus motivos. Ella sabría. Aquella le pareció una forma bonita de amarla. Poner su vida en sus manos. Decirle, antes de dar el primer sorbo al té que lo mataría: «De haber sabido esto, no habría hecho las cosas de otro modo, amor mío».

Cuando ella volvió, Alan no le comentó nada sobre su extraño descubrimiento, simplemente le preguntó en tono despreocupado qué tal había ido todo por Kesgrave, aceptó su escueto «Bien» y trató de olvidarse tanto de su traición como de sus nefastas consecuencias. La rutina diaria ayudó, pues esa mañana recibieron un telegrama con un nuevo encargo: una señora los invitaba a su casa de Beckenham para fotografiar a un gnomo que se había hecho amigo de su hija. Alan sonrió con alivio. Todo estaba en orden. El mundo seguía girando del lado correcto. Y, con una sonrisa cómplice, se pusieron manos a la obra.

¿Os suena la mujer del gnomo? Espero que sí, pues por fin hemos llegado al punto de nuestra historia donde habíamos detenido el tiempo, dejando a Alan y Violet a punto de bajar del tren de Beckenham. Permitid que vuelva a reactivar el flujo de los segundos para que Alan pueda levantarse al fin, Violet coja el cartapacio y Grace y Gladys —no me preguntéis quién es quién— despejen de una vez el pasillo. En apenas unos minutos, Alan y Violet salen de la estación y se dirigen a su estudio por las calles de Londres mientras ríen y bromean con sus cosas, satisfechos por el modo en el que han resuelto el encargo. Quienes se cruzan con ellos los miran con envidia. La vida, sin duda, les sonríe y nada parece indicar que vaya a dejar de hacerlo.

Cuando llegan a la tienda, Alan abre la puerta y cede caballerosamente el paso a Violet, que no puede evitar una mueca de irritación al oír el cargante soniquete de la campanita. Enseguida aparece Freddy, que corre a recibirlos con un trotecillo elástico. Violet lo coge en sus brazos y lo besuquea.

—¡Hola, bandido! ¿Nos has echado de menos?

El gato no dice ni que sí ni que no para que sus dueños humanos interpreten su silencio al gusto.

—¡Por supuesto que sí! —exclama Violet, internándose con el animal en el estudio seguida por Alan, que al tratar de acariciarlo recibe un zarpazo disuasorio.

—¡Vaya carácter! ¿Así me agradeces que te rescatara de los inhóspitos campos de Beckenham para darte la vida que mereces?

—No te enfades con él, cariño. Seguramente este glotón se haya quedado sin comida y por eso está enojado.

—¿Y por qué solo me araña a mí?

Vuelve a sonar la campanilla.

—Vaya —dice Alan—, parece que había alguien en la calle espiando para ver cuándo llegábamos. Voy a atenderlo.

—Vale, cariño. Yo voy a llenarle el cuenco a este pilluelo. Luego bajo —dice Violet, y se marcha con el gato escaleras arriba.

Alan regresa a la tienda preguntándose con qué nuevo encargo los sorprenderá la vida. ¿Es que nadie ve unicornios? Porque ya tiene pensado cómo convertir en uno al viejo caballo que un amigo tiene en su establo de Southwark.

—¿En qué puedo atenderle? —pregunta al cliente que espera en la tienda mientras se sitúa tras el mostrador.

El hombre está de espaldas, observando con curiosidad las fotos que cubren las paredes. No es muy alto, pero parece fornido, macizo, tan difícil de mover como una carretilla atascada en el barro, y lleva un traje caro de buen corte que no combina con su bombín, de aspecto barato y un poco ridículo. Y, aunque no puede verle la cara, Alan siente un cosquilleo de inquietud extendiéndose por su espina dorsal. Hay algo familiar en él… El hombre se da la vuelta muy despacio y le sonríe. Esa sonrisa. Alan palidece, su corazón detiene la cuenta de los latidos, la garganta se le seca. Ha pasado más de un lustro, pero lo reconoce sin problemas, pese al traje elegante y los modales más refinados. Como él a Alan, pese a la barba y el pelo largo que se dejó crecer en el hospital.

—Hola, Jimmy —lo saluda el hombre con una sonrisa mientras sus ojos relampaguean con un brillo perverso. Igual que en sus pesadillas —. ¿Y esa cara de sorpresa? ¿De verdad creías que no ibas a volver a verme?

18

Pettigrew avanzó hacia el mostrador, al que Alan se aferraba disimuladamente con ambas manos, porque caer desmayado al suelo de la impresión le pareció una posibilidad más que posible. Al mismo tiempo, trataba de esconder bajo una máscara impasible el miedo cerval que su sola aparición le había despertado, un miedo que con los años había ido adquiriendo aroma, textura y complejidad, como el vino en su barrica.

—Vaya, vaya. ¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó el matón—. ¿Cuatro, cinco años?

—Seis años, dos meses y tres días —contestó Alan sin que la respuesta atravesara por su cerebro, como si le rugieran las tripas.

Pettigrew sonrió ante la exactitud con que él llevaba la cuenta.

—Sí, seis años en los que has hecho un poco de todo —dijo el rufián—, incluso quedarte cojo y adoptar otra identidad. ¡Como si cambiándote el nombre y dejándote barba y el pelo largo me fueras a despistar! A mí, a Joe Pettigrew, que tiene ojos en todas partes. —Hizo una pausa para estudiarlo con una sonrisa lobuna—. Que empezaras a trabajar en un estudio de fotografía me sorprendió, la verdad. ¿Un trabajo legal? ¿E incluso una esposa? ¡Cuando me lo contaron no me lo podía creer! ¿Qué demonios había sido del golfillo embaucador que yo conocí? Pero finalmente has vuelto a las mentiras —concluyó, señalando con desdén las fotos que forraban las paredes.

—Escucha, Joe —dijo Alan—, puedo pagarte el dinero que te debo…

—¿Con los intereses de estos seis años? —fingió sorpresa el matón. Alan frunció los labios. No, por mucho dinero que hubieran atesorado, aquella cifra quedaba fuera de su alcance, no necesitaba ni calcularla—. No, no puedes —respondió Pettigrew por él—. Pero, tranquilo, no he venido por eso.

—¿No?

Abrió entonces la puerta de la tienda, permitiéndoles la entrada a dos de sus matones, que por su aspecto parecía que iban a descargar algunas cajas de material.

—Pasad, chicos, y poned el cartel de cerrado. Necesitamos intimidad. ¿Te acuerdas de Jeremy y Aidan? —le preguntó a Alan.

Claro. Por mucho que había intentado olvidarlos, no había podido. Como si hubieran escarbado un túnel desde sus pesadillas hasta la

realidad, allí estaba otra vez aquel par: Jeremy, el enorme pelirrojo que sujetó a Warren por la derecha, y Aidan, el exmarino que lo sujetó por la izquierda mientras…, bueno, ya sabéis.

—Sí, me acuerdo perfectamente. ¿Y dónde está Roy? ¿Dando clases en alguna prestigiosa universidad?

Vaya respuesta, ¿eh? Pero a Alan le había parecido que si hacía bromas no parecería tan acobardado. Y habría sido una muy buena idea si la voz no le hubiera temblado tanto.

—Roy nos dejó el año pasado —comentó Joe fingiendo una mueca afligida.

—Imagino que no murió en la cama —conjeturó Alan siguiendo con su estrategia.

—En realidad, sí, le metieron un par de tiros mientras follaba —apuntó Aidan.

—Y mira que se lo dije: «Esa italiana es la hermana de uno de los Sabini, y eso no le va a gustar a la banda» —recordó Jeremy—. Pero ni caso.

—¡Porque se había enamorado! —le defendió el otro.

—¿Enamorado? ¡Ja! Solo estaba con ella porque le encantaban sus raviolis con salsa de tomate.

—¡Callaos de una vez los dos! —rugió Joe.

Justo en lo más álgido de aquel debate académico, Violet surgió de la trastienda. Los tres amontonaron sus miradas en ella con la misma sorpresa de quien descubre un ave exótica en un basurero. Los cuatro, en realidad, si sumamos a Alan, aunque su mirada era más de miedo que de goce.

—Vaya, vaya… —dijo Joe cuando se repuso de la visión—. Buenos días, señora. Soy Joe Pettigrew —se presentó, despojándose del ridículo bombín y hasta ejecutando una graciosa reverencia—. Y usted debe de ser la bella esposa de mi viejo amigo Jimmy…

—Encantada… —musitó Violet, que los miraba atónita, con la misma sorpresa de quien descubre a tres chimpancés en un salón de té.

A Joe no le pasó inadvertida la mirada inquisitiva que luego dedicó a Alan.

—Veo que no le has hablado de mí… —comentó—. Qué decepción.

—Vuelve arriba, Violet. Ya me ocupo yo de estos clientes —le pidió Alan intentando aparentar tranquilidad.

—No, no, deja que se quede, Jimmy —protestó Joe—. En realidad, vengo a haceros un encargo a los dos. Dicen que sois los mejores fotografiando hadas. Que la señora es incluso una médium poderosa…

—Esa era mi bisabuela, Ivanna Ivanova —aclaró Violet.

Joe lanzó una carcajada, que sus dos matones secundaron sin saber muy bien dónde estaba la gracia.

—¡Parece un nombre de chiste! —dijo Joe cuando terminó de reír.

Luego quiso saber si podían hablar de negocios en un sitio más íntimo. Alan asintió y los condujo al estudio mientras trataba de serenarse. Debía manejar aquello con la mente fría para evitar que Violet sufriera ningún daño. Mientras Pettigrew y sus muchachos observaban el lugar con curiosidad, sin duda poco acostumbrados a esos ambientes, se fijó en su esposa, que miraba al inquietante trío con recelo. Estaba asustada, pero lo disimulaba mucho mejor que él. Al menos, no oía el retumbar de su corazón, como le sucedía con el suyo. Pese a todo, tomó una profunda bocanada de aire y se dirigió al matón con autoridad, como si controlara la situación:

—¿Qué quieres?

Pettigrew se volvió hacia él, molesto por su tono, y empezó a caminar despacio alrededor de la pareja.

—Bueno, en estos seis años y… no sé cuántos meses —dijo— han cambiado también muchas cosas en mi vida, Jimmy, amigo mío.

—Ah, ¿sí? ¿Has aprendido a leer?

—Pues ahora que lo dices, sí —respondió con una sonrisa satisfecha —. Leo muy despacio, es cierto, pero tengo que reconocer que caminar por el mundo sabiendo lo que pone en cada cartel es muy agradable. No sé, es como si antes hubiera estado ciego. ¡Deberíais probarlo, chicos! —les recomendó a sus hombres, que se encogieron de hombros, como si no acabaran de ver sus ventajas—. ¿Y sabes cuál fue una de las primeras cosas que leí, Jimmy?

—¿La Enciclopedia Británica?

—Vuestra placa. Por eso estoy aquí —respondió el matón, extendiendo las manos—, en este sitio tan acogedor.

—¿Ves hadas en tu jardín?

—No, esas tonterías yo no me las creo —soltó Pettigrew con desprecio. Subió a la tarima de un saltito, se sentó en una de las butacas y adoptó una postura cómoda, con las piernas cruzadas y el bombín en el regazo, a modo de gato. Desde allí, con un fondo azul añil a su espalda, sonrió taimadamente a Alan—. Pero quiero que hagáis que otro se las crea.

La propuesta sorprendió a Alan, pero de algún modo también lo tranquilizó, haciéndole perder parte de la rigidez que tensaba su cuerpo. Estaban acostumbrados a esos encargos, y, aunque dudaba mucho que cuando cumplieran el matón los dejase en paz, mientras lo llevaban a cabo tendría tiempo de pensar en cómo deshacerse de él. Seguro que algo se le ocurría.

—¡Está para una foto, jefe! —exclamó Jeremy antes de que Alan pudiera responder—. Lástima que el fondo sea un poco soso.

—Pero podemos poner otro —sugirió Aidan—. A ver cómo funciona esto…

Se acercó al mecanismo del soporte y empezó a trastear con él hasta que dio con el modo de desplegar los distintos fondos.

—¿Te gusta este, jefe? —preguntó, refiriéndose a uno que mostraba un campo punteado de amapolas.

—¿Acaso tengo pinta de ir a hacer un pícnic? ¡Busca otro!

Mientras los matones estaban entretenidos buscando el fondo adecuado para Pettigrew, Alan aprovechó para dedicarle a Violet una mirada con la que pretendía decirle que lo tenía todo controlado, que aunque aquel tipo parecía un poco peligroso, él sabía cómo manejarlo. Ella le correspondió señalando disimuladamente hacia el bolsillo de su vestido. Alan vio cómo le mostraba la herramienta que usaban para recortar los negativos, un objeto afilado similar a un escalpelo. Luego asintió con entereza. ¡Tenían un as en la manga, y no dudaría en usarlo si la cosa se ponía fea! Alarmado, Alan negó sacudiendo repetidas veces la cabeza, como si quisiera quitarse un peluquín sin usar las manos.

—Este me gusta. Muy apropiado para la conversación que vamos a mantener —dijo al fin Pettigrew, refiriéndose a un crepúsculo pintado con dramáticos trazos naranjas y violetas—. Bueno, por dónde iba… —recapituló, aureolado por un montón de nubes rizadas que parecían mondas de mandarina—. Ah, sí, os estaba diciendo que quiero que hagáis que alguien crea en las hadas. En concreto, Percival Drake.

—¿El concejal? —preguntó Alan, sorprendido.

—Sí, el concejal. Aunque lo de concejal solo es una de sus caras, su fachada pública, digámoslo así. La política, junto con las obras de caridad, sus donaciones a escuelas, museos, terapias para exsoldados y todas esas tonterías solo son una máscara, un disfraz de miembro respetable de la comunidad. En realidad, Drake controla las apuestas de los hipódromos más importantes de la zona y el contrabando de alcohol con Estados Unidos, por no hablar de que la mitad de los casinos de la ciudad son suyos. ¿Pensabais que con ese restaurante que tiene en Covent Garden podía comprarse un Bentley y un Rolls-Royce, su propio caballo de carreras y una mansión en Hanover Terrace? ¡Claro que no!

—¿Cómo sabes tú todo eso? —le preguntó Alan.

—Porque es mi jefe.

—¿Tu jefe? Creí que nadie daba órdenes a Joe Pettigrew.

Pettigrew sonrió sin sonreír, habilidad que se le daba bastante bien.

—Ya, bueno… El tipo empezó ingresando en mi banda como uno más. Yo le acogí con los brazos abiertos, pero jugó sucio. Se fue ganando a mis hombres poco a poco, haciendo que todo funcionara mejor y amasáramos el triple de dinero, y, bueno…, acabó arrebatándome a mi propia banda y dejándome como lugarteniente —explicó con ira contenida. Se veía que aún no lo había superado—. Y

durante estos años lo he obedecido fielmente, acatando sus órdenes sin rechistar, aunque me mandase atropellar a la mujer de un cura. Pero, en realidad, no hacía más que esperar mi momento para vengarme.

—Y ese momento ha llegado al fin, ¿no? —dedujo Alan.

El matón asintió.

—Intenté que Dalton lo matara, pero aquel plan no salió bien… —murmuró como para sí—. Da igual, ahora tengo uno mejor.

—Tiempo para pensarlo has tenido —comentó Alan, observando con curiosidad a los matones.

—Oh, por este par no te preocupes, ya no trabajan para él —le aclaró Pettigrew, leyéndole el pensamiento—. Cuando me arrebató el liderazgo de mi banda, Drake hizo una purga concienzuda, y Jeremy y Aidan cayeron en ella, no me preguntes por qué. —Les dedicó una mirada desdeñosa—. Desde entonces se buscan la vida como pueden, y yo, a veces, les encargo algún trabajito personal cuando necesito músculo, como es el caso.

—Y quieres que le hagamos creer en las hadas —intervino al fin Violet, que ya se había hecho una composición de lugar.

—¡Premio para la señorita! —exclamó Pettigrew—. Tu marido me dijo una vez que podía timar a quien yo quisiera. ¿Lo recuerdas, Jimmy? Pues quiero al concejal Drake.

—Es una curiosa forma de vengarte de él… —comentó Alan.

—Bueno, todo tiene su explicación —dijo el matón—. El año pasado, Drake estuvo de viaje de negocios en Amberes, donde aprovechó para asistir a una subasta de gemas. Allí se encaprichó de una esmeralda. Era de muchos quilates, bellamente tallada y pulida, y de un verde profundo que le recordaba al color de los ojos de su esposa, que había fallecido unos años antes, el mismo verde que su hija Molly había heredado, y decidió adquirirla para regalársela en su tercer cumpleaños, costara lo que costase. ¿Os lo podéis imaginar? ¡Una piedra preciosa que valía una fortuna para que una criaja la llevara en el pescuezo sin sospechar siquiera que con ella podría comprar la luna! —exclamó, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Pero, bueno, Drake se desvivía por su hija.

—¿Se desvivía? —apuntó Violet, a quien no se le escapaba ningún detalle.

—Sí, porque la niña murió antes de poder regalársela.

Y les contó que Molly había caído enferma de buenas a primeras. Durante los días siguientes, los más reputados doctores de Londres visitaron la mansión de Drake, como los mejores alquimistas y médicos acudían de todos los rincones del reino a visitar a la princesa del cuento, pero ninguno supo decirle qué mal la aquejaba. La niña sufría fiebre alta, dificultad respiratoria, una fatiga extrema, vómitos y

toses que apenas la dejaban descansar. Uno de aquellos médicos, el único que se atrevió a lanzar un diagnóstico, dijo que podría haber contraído un brote residual de gripe española, el nuevo virus que se había cebado con la población unos años antes y que, se decía, habían traído de polizón en los pulmones los soldados que regresaron de la guerra.

—Al caer la tarde —les dijo Pettigrew sin rastro de pena alguno—, yo debía acudir a informar a mi jefe de las novedades de la jornada al dormitorio de la niña, porque se había enclaustrado allí, desentendiéndose de sus negocios. A veces, tras el informe diario, que Drake escuchaba medio atontado, me ofrecía una copa de la botella de Jameson de la que no se separaba y ambos bebíamos en silencio, envueltos en aquella penumbra triste con olor a medicinas y vómitos que reinaba en el dormitorio, observando cómo la niña, cada día más demacrada, no paraba de tiritar por muchas mantas que la cubrieran. Molly tardó poco más de una semana en morir entre sudores, terribles convulsiones y toses que parecían horadarle los pulmones, sin que Drake, con todo su poder, pudiera impedirlo. En sus últimos días, la fiebre le provocaba delirios, y una tarde, cuando Drake y yo bebíamos en aquel silencio fúnebre, empezó a hablar. ¿Y sabéis qué dijo? —Ellos negaron con la cabeza—. Dijo que veía hadas. Decía que revoloteaban alrededor de su cama y que incluso le hablaban.

Alan y Violet se miraron, entre tristes y espantados, empezando a comprender.

—Tras la muerte de la niña —continuó el matón—, Drake se ahogó en una pena inmensa de la que tardó meses en salir. Durante ese tiempo, yo tuve que ocuparme de todo. Y debo confesar que me gustó. Me gustaba sentarme cada mañana en el sillón tras su escritorio y llevar las riendas de su imperio, un imperio que debería haber sido el mío. Mientras tanto, Drake se debatía entre la depresión y la locura. Una tarde me lo encontré borracho en la cocina. «¿Crees en las hadas, Joe?», me soltó el muy idiota. Le dije que no, claro. «¿Y cómo explicas esto?», me preguntó entonces, y me tendió una revista en la que aparecían varias fotos de niñas jugando con hadas. «¡Esto es un maldito truco, jefe!», le dije, tras echarle un vistazo. «Eso he pensado yo», respondió. Tiró la revista al cubo de la basura y se fue a dormirla. Al día siguiente, me mandó deshacerme de todo el alcohol que había en la casa y empezó a recuperarse. A mediados del otoño pasado ya volvía a ser el que era. Y yo tuve que cederle de nuevo las riendas de *mi* imperio. —Pettigrew guardó silencio con la mirada clavada en el bombín que sostenía en su regazo, que acariciaba distraído—. Hace unos meses empecé a darle vueltas a la idea de irme a Estados Unidos y erigir allí mi propio imperio partiendo de cero —continuó en tono soñador—. Ahora sé cómo hacerlo gracias a él, que también me ha

convertido en un hombre elegante que sabe incluso leer —reconoció con la boca pequeña—. En Estados Unidos los gánsteres se están haciendo de oro gracias a la ley seca, ¿sabéis? Pero no podía irme con los bolsillos vacíos. Necesitaba dinero para establecerme allí, para hacerme un nombre, así que se me ocurrió llevarme la esmeralda, esa esmeralda que mi jefe nunca pudo regalarle a su hija y que cogía polvo en la caja fuerte de su despacho.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Alan, a quien la idea de que su némesis partiera al otro lado del charco le parecía la solución perfecta, tanto a los problemas de Pettigrew como a los suyos.

—¿Que por qué? Porque si la robaba yo, Drake probablemente lo adivinaría, ¡y ni siquiera tendría tiempo de poner un pie en el Olympic! Por otro lado, si implicaba a alguna banda rival, probablemente se iniciara una absurda guerra que a nadie beneficiaría. Es desde aquí desde donde se envía el alcohol a Estados Unidos. Entonces me acordé de las hadas y busqué el artículo de aquella revista, que había rescatado de la basura. Era evidente que aquellas niñas habían trucado las fotos, pero mucha gente se lo había creído, incluso algunos escritores, a los que se les presupone una inteligencia superior. ¿Podría hacerlo yo? ¿Podría hacer que pareciera que las hadas habían robado la esmeralda? Tras darle un par de vueltas, tuve que reconocer que no. —Se encogió de hombros—. Y, de repente, se me antojó una idea ingenua. ¿Cómo iba Drake a creerse eso? Estaba a punto de descartarla cuando mis informadores me dijeron que mi querido Jimmy había puesto una placa nueva en su estudio… Tuve que ir yo mismo a leer lo que ponía, como os podréis imaginar. —Elevó las manos hacia el cielo—. Y no pude creerlo: ¡ahora fotografiabas hadas!

Se levantó de la butaca, bajó de la tarima y se acercó a la pareja con una sonrisa taimada.

—Es una señal del destino, ¿no te parece?

—No creo que esas cosas… —dijo encogiéndose de hombros Alan.

—¡Me importa una mierda! Lo que quiero que hagáis es que le robéis la esmeralda, pero que os las ingeniéis para que parezca que han sido las malditas hadas. Que se la han llevado al País de Jamás de los Jamases o donde demonios vivan —les dijo, y luego, mirando fijamente a Alan, añadió—: Si no lo hacéis, Jimmy, o si falláis y Drake os descubre, ya sabes lo que haré.

—Si lo matas, yo te mataré a ti —anunció de repente Violet.

Ambos la miraron sorprendidos. Había endurecido el rostro y tensado la mandíbula para escupir aquella amenaza con voz incandescente. Alan observó que había cerrado su mano derecha, y de su puño asomaba la afilada punta del escalpelo.

—Cariño, no te metas… —empezó a decir, temiendo que atacara al

matón, pues estaba seguro de que este rechazaría su acometida sin problemas. Quizá incluso le cabreara y decidiera castigar su osadía. Pero Pettigrew lo interrumpió alzando un dedo en su dirección.

—Eso me gustaría verlo, gatita —le dijo a Violet muy serio—. Pero ¿matarlo? Naaa… Hay mejores formas de causarte dolor que matándote, ¿verdad, Jimmy? Cuéntale a tu mujercita lo que le haré si falláis —le pidió sin apartar los ojos de ella.

—¡Maldito cabrón! —rugió Alan—. Si le tocas un pelo, te juro que…

No pudo acabar la frase porque se quedó sin aire. En un visto y no visto, Pettigrew se había girado y lo aferraba del cuello con una mano. Con una fuerza extraordinaria, lo empujó hacia la pared más cercana, de la que apenas los separaba un par de metros, y lo aplastó contra ella. El rostro de Alan se contrajo dolorosamente. Manoteó, intentando liberarse, pero no podía. Los dedos del matón eran sorprendentemente fuertes, como grilletes de mazmorras solariegas, creo que habíamos dicho. Y empezó a apretar, asfixiándolo poco a poco, mientras Aidan agarraba a Violet para que no pudiera acudir en su ayuda.

—Veo que durante estos años has aprendido a amenazar de manera más convincente —le felicitó con la voz burlona—. Aunque aún me cuesta creerte. —Lo soltó con desprecio antes de asfixiarlo del todo. Alan tosió varias veces con la cara congestionada mientras el otro lo observaba con una mueca indulgente—. Por cierto, yo también he aprendido algunas cosas estos años, ¿sabes?, no solo a leer —le confesó cuando se repuso—. También he aprendido a controlar mi furia. Otra de las cosas que le debo a Drake. ¿Recuerdas lo violento que era antes? ¡Saltaba por cualquier cosa! El antiguo Joe te habría soltado un par de puñetazos en cuanto hiciste tu primera broma. El nuevo Joe, sin embargo, ha esperado a acabar de hablar de negocios para dártelos. ¿Qué te parece? Jeremy, si no te importa…

Le hizo una seña al matón, quien, con un movimiento inesperadamente rápido para su gran tamaño, se colocó a la espalda de Alan y le agarró de los brazos, haciéndole soltar el bastón, que rodó por el suelo. Pettigrew observó a la pareja con una sonrisa, satisfecho de tener a ambos retenidos. Se quitó la chaqueta sin prisas, la dejó sobre la butaca y empezó a remangarse la camisa.

—¿Te parece bien un puñetazo por año, Jimmy? —le consultó.

—Eran cinco —apuntó Alan antes de que empezara.

El otro soltó una carcajada.

—Buen intento, pero has dicho seis —le recordó Pettigrew, abriendo y cerrando el puño varias veces hasta que lo fijó en lo que parecía una piña dura—. Vamos con el primero —anunció a su audiencia—. No te tocaré la cara. No quiero que tengas que presentarte ante Drake con la jeta hecha un mapa. Los moratones nunca causan buena impresión.

Y hundió con fuerza el puño en el estómago de Alan, que se plegó

sobre sí mismo al instante. Jeremy tuvo que devolverlo a su posición original asiéndole por el cabello, como quien abre la tapa de un baúl. Al ver su rostro contraído de dolor, Violet se revolvió, intentando zafarse de la presa de Aidan, que la sujetaba divertido, aprovechando para manosearla por todas partes.

—Vamos con el segundo —anunció Pettigrew.

Alan, medio aturdido, apretó los dientes, pero no pudo evitar soltar un gruñido al sentir el impacto del puño del matón en las costillas. Se dobló y cayó de rodillas.

—¡Oh, vamos, qué poco aguante! —Pettigrew fingió decepción—. Levántalo, Jeremy, que aún faltan cuatro años más.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Aidan lanzó un grito que hizo que todos se volvieran a mirarlo. El matón había soltado a Violet y se cubría el rostro con las manos. Un chorro de sangre manaba entre sus dedos, debido al profundo corte que surcaba una de sus mejillas. Y al dirigir la atención a Violet, todos pudieron ver que apretaba en su puñito algo que parecía un escalpelo, cuya hoja goteaba sangre.

—¡Maldita zorra! —rugió Aidan.

Se abalanzó sobre ella y le lanzó un furioso manotazo al rostro. El golpe fue tan brutal que la derribó.

—¡Violet! —gritó Alan al verla rodar por el suelo.

Quiso acudir a su lado, pero Jeremy lo tenía bien agarrado. Impotente, vio cómo un enfurecido Aidan se acercaba a ella con intención de patearla. Pero no llegó a hacerlo porque, para su sorpresa, Pettigrew se abalanzó sobre el matón blandiendo una cachiporra, que descargó contra su nuca. El desgraciado se desplomó al instante.

—¡Pero qué fue lo primero que os dije, estúpido! —aulló Pettigrew —. ¡Que no le tocarais la cara a ninguno! Eso ya lo haré yo si no cumplen. ¿Cómo te has atrevido a abofetearla, maldito idiota?

Todavía agarrado por el gigantón pelirrojo, Alan observó cómo Pettigrew, convertido en una bestia rabiosa, empezaba a lanzar puntapiés al cuerpo caído de Aidan, que soltaba un gemido desconcertado tras cada golpe. Así estuvo casi un minuto, pateándole aquí y allá, mientras el otro se retorcía indefenso. Pero como si aquel no le pareciera el mejor modo de causarle suficiente daño, al poco paseó una mirada frustrada por la estancia. Sus ojos se clavaron en la maceta con la orquídea que descansaba en una mesita, en la esquina derecha del decorado. Sin pensarlo dos veces, la tomó, la levantó en el aire y la estrelló contra la cabeza del matón, que al instante dejó de lloriquear. Todavía insatisfecho, reanudó los puntapiés.

Fue entonces cuando Jeremy soltó a Alan y se acercó a su enajenado jefe para tratar de calmarlo. Alan aprovechó que había quedado libre para arrastrarse por el suelo hacia Violet, que parecía inconsciente.

Durante el trayecto, se encontró la llave de la caja fuerte tirada en el suelo, manchada de tierra, pero ni siquiera le prestó atención. Llegó reptando hasta Violet y la sacudió con cuidado. Ella volvió en sí trabajosamente, soltando algunos gruñidos. Arrodillándose a su lado, Alan la ayudó a incorporarse. Comprobó que tenía una mejilla enrojecida, pero no parecía demasiado grave. Lo que le rompió el alma fue el espanto que anegaba sus ojos, un miedo atroz que probablemente ella nunca había experimentado. La abrazó con ternura mientras escuchaban a su espalda los resoplidos de Pettigrew pateando a Aidan.

—¡Jefe, pare, va a matarlo! —oyó gritar a Jeremy.

Pettigrew se giró hacia él, molesto por la interrupción, pues, efectivamente, ese parecía ser su propósito, matarlo, arrancarle la vida a puntapiés.

—¿Y a ti qué más te da? ¿Acaso sois novios? —le espetó enojado. Luego lo observó de medio lado y añadió—: ¿No estaréis practicando la sodomía?

—No, jefe, me ofende —se apresuró a aclarar Jeremy—. Pero es mejor que Aidan salga de aquí por su propio pie a que tengamos que cargar con él o les dejemos un fiambre a estos. No tienen pinta de estar acostumbrados a deshacerse de cadáveres.

Pettigrew pareció volver en sí. Clavó la mirada en Alan y Violet, que permanecían abrazados en un rincón, sobrecogidos por aquel despliegue de violencia.

—Tienes razón, Jeremy… Anda, levanta a ese idiota.

Mientras Jeremy obedecía, Pettigrew caminó hacia ellos, respirando todavía agitadamente, y los contempló temblar desde su altura con una sonrisa paternal. Enmarcado por aquel cielo en llamas, Pettigrew parecía trascender su vulgar condición de repartidor de mamporros y convertirse en otra cosa. Un heraldo enviado por Dios para que se replantearan su ingenua manera de ver el mundo. Un ángel vengador que regaba con dolor el paraíso de los hombres. Cuando se arrodilló ante ellos, Alan notó como el abrazo de Violet se redoblaba y su cuerpo se estremecía contra el suyo.

—Bueno, ya sabes lo que quiero, Jimmy. Los dos lo sabéis. Quiero esa maldita esmeralda en mi bolsillo. Mañana volveré por aquí a ver qué habéis decidido. Pero yo te recomendaría aceptar mi encargo y empezar a pensar un buen plan para engañar a Drake. De lo contrario, ya sabes qué pasará.

Se levantó, tomó al apaleado Aidan por un hombro y entre él y Jeremy lo sacaron de la tienda. Solo cuando oyeron el tintineo de las campanillas de la puerta, Alan y Violet suspiraron con alivio. A Violet nunca le había sonado mejor. Con una mueca de pesar, Alan le acarició la mejilla amoratada mientras ella apoyaba la cabeza en su

hombro, agotada y temblorosa, dejando que toda la tensión acumulada abandonara su cuerpo.

—Bueno, pues este era mi secreto… —dijo Alan.

19

Jardines de Kensington. Una mañana cualquiera de mayo de 1922. Un hombre más grande de lo normal contempla la estatua de un niño que no quiere crecer. Está sentado en un banco junto al lago con aire abatido. Aún no ha cumplido los cuarenta, pero aparenta muchos más —las ojeras que ribetean sus ojos saltones, el cabello salpicado ya de canas, el desaliño de su vestimenta…—, y, lo más importante, le falta la mano derecha, que ha sido reemplazada por una prótesis. La estatua, por describirla un poco, es de bronce y representa a Peter Pan tocando su flauta encima de un tocón, por el que trepan algunas hadas, ardillas y conejos.

—Perdone —dice una voz a su espalda—. ¿Es usted el famoso actor Warren Bartholomew Fry? ¡Con esa prótesis tan fabulosa no lo había reconocido!

El hombre se vuelve y sonríe al ver al dueño de la voz, un joven con aire aniñado. Tiene veinticinco años, pero aparenta muchos menos —el brillo risueño de los ojos, el cabello revuelto, el traje de corte bohemio…—, y, lo más importante, está cojo de la pierna izquierda, por lo que se apoya en un bonito bastón cuya empuñadura representa a Titania, la reina de las hadas.

—Hola, Jimmy —lo saluda el manco, levantando la mano falsa con orgullo—. ¿Te gusta?

El cojo se sienta a su lado y la examina con mirada de entendido. Está hecha de metal, con bonitos remaches dorados, y unida al muñón por un correaje de cuero.

—No quería una de esas prótesis estándar. Yo mismo dibujé el diseño y se la encargué a un artesano —explica el manco—. Pesa un poco, pero me hace el apaño. Los dedos tienen algunas articulaciones, lo cual me permite asir pequeños objetos, como un lápiz o una copa de cerveza, aunque generalmente me la derramo encima antes de que alcance mi boca. —Suelta una risita amarga—. También puedo estrechar la mano a los amigos, aunque se me hace raro no sentir el calor de la piel del prójimo, así que suelo ofrecer la zurda. Al menos, a aquellos cuyo calor quiero compartir.

—Es un trabajo estupendo, Warren —dictamina el cojo.

—No podría haberla encargado si no hubiera revendido esa docena de sombreros y demás fruslerías que me has ido regalando durante estos cinco años —le agradece el otro.

El cojo sonríe con melancolía. Era lo único que había podido hacer por su amigo. Había buscado al manco nada más instalarse en la casa del tío Owen con su nueva identidad, y lo había encontrado exactamente donde lo había dejado, en la pensión de la señora Pike, en aquella misma habitación llena de fantasmas donde había ocurrido todo, durmiendo la mona asediado por una legión de botellas vacías. Ante aquella patética muestra de vida arruinada, Alan se sintió aún más culpable. Después de todo, él había salido de aquella habitación con las dos manos, y ahora tenía un buen trabajo e incluso una esposa maravillosa, mientras que Fry era un despojo, una sombra del hombre que había conocido. Así que se arrogó la gesta de recomponer su vida, de pegar los pedazos en los que se había roto intentando que formaran una figura nueva. Lo primero que hizo fue ayudarlo a trasladarse a una pensión mejor, más cómoda y exorcizada de fantasmas personales, donde las paredes no conservaran el eco de sus aullidos de dolor, y pasarle una asignación mensual para que pudiera sufragar su supervivencia diaria sin necesidad de sablear a los pocos amigos que le quedaban. Al menos hasta que Violet escondió la llave de la caja fuerte. Entonces tuvo que regalarle sombreros para que los revendiera en los mercadillos. «¿Cómo puede creerse que pierdas un sombrero cada mes, a veces incluso dos?», le preguntaba Fry cada vez que le llevaba uno. «Porque cada historia es mejor que la anterior», respondía él con una sonrisa. Pero enseguida quedó demostrado que, pese a su fértil inventiva para justificar la pérdida de los sombreros, el afligido Alan no tenía ni idea de cómo rescatar a su amigo del lodazal de autocompasión y alcohol en el que se revolcaba.

—¿No podemos quedar en otro sitio? —rezonga el manco señalando la estatua con la barbilla—. Este lugar me deprime. No sé por qué, pero me hace evocar tiempos que ya no volverán.

—No, seguiremos quedando aquí hasta que, en vez de deprimirte, empiece a sanarte —responde el cojo.

El manco sacude la cabeza y resopla. Se ve que no quiere discutir. Que discutir con el cojo le cansa. Entonces, al cambiar de postura, el cojo suelta un gemido involuntario, que sale de su boca como la leche al apretar las ubres de una vaca.

—¿Qué te pasa? —pregunta el manco, alzando las cejas.

—Oh, nada, creo que tengo una costilla rota. Puede que dos.

—¡Vaya! Espero que no sea debido a algún marido cornudo. Cuando nos conocimos, tenías un ojo morado, ¿te acuerdas?

—Cómo olvidarlo —dice el cojo—. El Gran Sansón sabía pegar.

—Pero ahora tienes una mujer preciosa. Según tus propias palabras, te sentiste «inexplicablemente cautivado por ella nada más verla con la bacinilla» —recita el manco en un tono afectado—. Así que espero que no hayas vuelto a las andadas, o yo mismo te…

El cojo niega con abatimiento.

—No, no ha sido ningún marido cornudo. Ha sido… —Pero no puede acabar la frase.

—¿Quién? —se impacienta el manco.

—Pettigrew.

El manco da un brinco y se vuelve hacia él sobresaltado.

—¿Te… ha encontrado? —balbucea.

—Parece que siempre supo por dónde andaba. —Se encoge de hombros el cojo—. Eso de que tenía ojos por todo Londres era verdad.

El manco guarda unos segundos de silencio, digiriendo la noticia.

—¿Y se ha contentado solo con zurrarte un poco? —pregunta al fin.

—No, esto ha sido una especie de propina. Ha amenazado con darle una lección a Violet…

—¿Una lección?

El cojo señala con el mentón la prótesis del manco.

—¡Santo cielo!

—Si no realizamos un timo para él —añade.

—¡Santo Dios!

—Y necesito tu ayuda, Warren. —El cojo le mira a los ojos con expresión grave—. Esta vez no puedo hacerlo solo.

El manco aparta la mirada y la posa en la estatua. La mira sin verla un largo rato, durante el que solo se oyen el rumor de las hojas de los árboles, el ladrido de algún perro, lejanos chillidos de niños y el resto de los sonidos, unos bucólicos y otros insidiosos, propios de un parque al mediodía.

—Desde que ocurrió aquello no dejo de tener pesadillas —confiesa al fin el manco—. La mayoría de las veces, al despertarme, tengo que lavar el pijama. Son sus ojos, Jimmy, los ojos de ese bastardo, despiadados y brutales, los ojos de alguien que no tiene alma, de un lobo para quien el resto solo somos ovejas… No puedo quitármelos de la cabeza.

—Lo sé, Warren, lo sé… Pero no puedes vivir escondido, con tu vida en suspenso… ¡Tienes que recuperarla, volver a ser el hombre que eras! Y para eso, tienes que enfrentarte a él. Demostrarte a ti mismo que puedes estar con ese malnacido en la misma habitación, superar el trauma que te causó y te impide vivir. ¿O quieres seguir lavándote el pijama toda tu vida? —El manco aprieta el mentón, pero no dice nada, los ojos clavados en la estatua, pero sin verla. Rememorando tal vez la caída de un hacha—. Deja al menos que te cuente a quién debemos timar —propone el cojo.

El manco asiente, dándole pie al cojo para contarle el lío en el que andan metidos. Y le cuenta que tienen que timar al concejal Percival Drake, quien, como la luna, tiene dos caras, una visible y otra oculta. Que tienen que robarle una esmeralda que iba a ser un regalo para su

hija fallecida. Que se las tienen que ingeniar para que parezca que las autoras del robo son las hadas. Que, cuando al día siguiente de proponerles aquel descabellado encargo, Pettigrew volvió a por su respuesta, ellos le dijeron que sí, que lo harían. Que qué podían decirle si no. Que el matón les estuvo hablando de su jefe durante un buen rato, poniéndolos al corriente de su día a día, suministrándoles toda la información que ellos le solicitaron, cualquier detalle que pudiera serles útil para elaborar su plan. Que, al parecer, el concejal vivía solo en una gran mansión de Hanover Terrace —podía enseñársela, pues estaba a poco más de media hora caminando—, y que por las noches vigilaba únicamente Pettigrew, quien dormía en un cuarto de la primera planta. Que, como podía ver, contaban con un infiltrado dentro de la casa para poder llevar a cabo cualquier cosa que se les ocurriera.

—Pero, aun así, no sé si podré timarlo, Warren —reconoce el cojo tras la explicación—. Según lo que nos ha contado Pettigrew, el concejal Drake es un hombre inteligente, culto, meticuloso y, sobre todo, un ateo convencido. No cree en nada a menos que lo vea con sus propios ojos. Nunca hemos engañado a alguien así. Y tengo miedo, Warren, aunque intento que Violet no me lo note, claro, pero tengo miedo. No quiero que le pase nada malo por mi culpa… Siempre hemos engañado a personas que, en el fondo, querían ser engañadas…

—Las personas pueden creer en cualquier cosa si se lo dices con la palabrería adecuada y una buena puesta en escena, por increíble que resulte —dice el manco—. Tú me lo dijiste cuando empezamos a trabajar juntos, ¿lo recuerdas? Porque, en el fondo, todos deseamos creer en alguna cosa.

—Sí, pero él no necesita creer en nada —arguye el cojo—. Percival Drake lo tiene todo.

El manco frunce los labios unos segundos, meditando sobre lo que el cojo acaba de decir.

—Bueno, no tiene a su hija —concluye.

El cojo suspira y deja que sus ojos se posen en la estatua. Allí van a parar también los de su amigo unos segundos después. Se hace otro silencio entre ambos, especiado con el murmullo de las hojas de los árboles, el perro de antes, los niños gritones y demás.

—¿Sabías que Barrie mandó colocarla aquí una noche de primavera de 1912, sin anunciarlo en los periódicos ni pedir permiso al ayuntamiento, para que los niños creyeran que la habían puesto ahí las hadas? —pregunta el manco.

—No tenía ni idea —reconoce el cojo.

—Si puedes creer que las hadas dejan cosas, también podrías creer que las roban, ¿no?

El otro sonríe con tristeza.

—¿Eso lo dices para justificarte que quedemos en este sitio o porque timar al concejal Drake no te parece algo imposible? —le pregunta.

El manco coloca su mano izquierda sobre la derecha del cojo y la aprieta suavemente, confortándolo al mismo tiempo que absorbe la tibieza de la piel de su amigo.

—Hay cosas imposibles, Jimmy —le dice sonriendo con cierta melancolía—, pero esa no es una de ellas. Lo conseguiremos. Haremos que ese concejal crea en las hadas.

El cojo lo mira frunciendo el ceño.

—¿Juntos?

El otro asiente.

—Juntos. Por muy inteligente, racional y escéptico que sea ese concejal, nosotros lo engañaremos. Solo es cuestión de idear un buen plan. Y no tendrás que ayudar a tu esposa a abrocharse los abrigos, como haces conmigo. Confía en mí.

El cojo lo mira con los ojos repentinamente húmedos.

—Gracias, Warren —musita.

Con Fry en el equipo, se siente capaz de hacerlo. O casi. ¿Serán capaces de hacer creer en las hadas a un hombre que no cree en nada? Contempla a su amigo con ternura y un agradecimiento infinito. El manco ha vuelto a posar sus ojos en la estatua, pero no la ve. Permanece con la mirada absorta mientras se acaricia la prótesis, pasando la yema de sus dedos por sus remaches con el gesto grave. El cojo no sabe en qué está pensando el manco. Y, de repente, cae en la cuenta de que nunca le ha hablado de él a Violet, porque formaba parte de su misterioso pasado, pero ahora que lo ha reclutado para su plan, tendrá que presentárselo.

—¿Quieres cenar en casa mañana, Warren? —le pregunta—. Te presentaré a la mujer que me embrujó por su forma de portar una bacinilla y, después, tras una buena cena regada con un buen vino, podríamos empezar a tramar el plan.

—Me encantará —sonríe el manco—. Pero ¿no le extrañará a esa fabulosa mujer tuya que lleve uno de los sombreros que perdiste?

El cojo suelta una risa liberadora.

—Ya me inventaré algo —dice.

Ambos se levantan del banco y se encaminan hacia la salida de los jardines bordeando lentamente el lago.

—Por cierto, ¿te he contado que una vez creí ver un hada? —dice el cojo.

—¡No fastidies! —responde el manco.

20

Érase una vez una mansión en Hanover Terrace donde vivía el hombre más poderoso de Londres (sin contar a los que eran más poderosos que él). Se llamaba Percival Drake y era concejal del partido liberal por el distrito de Westminster, un conocido filántropo, antiguo héroe de guerra y dueño de The Greedy Bear, uno de los restaurantes más prestigiosos del Soho. Pero por debajo de todo eso manejaba las apuestas de los hipódromos, dirigía varios casinos y, cuando no había más remedio, ordenaba matar a alguien. En general, controlaba todo lo que ocurría en las sombras, al igual que todo lo que sucedía a plena luz, por lo que podríamos decir que dominaba el alma completa de la ciudad.

En ese momento, en el dormitorio principal de dicha mansión, sonó el despertador y, de inmediato, su cabeza emergió de entre las sábanas. Y ahí lo tenéis: rostro alargado rematado por una mandíbula poderosa, cabello castaño muy corto con ribetes de canas en las sienes, nariz recta, boca ancha y ojos muy pequeños en comparación, dos botones diminutos, ojos de muñeco de nieve, pero inteligentes y sagaces, que, sin embargo, a esas horas primeras del día siempre amanecían turbios. Como una pistola que guardara lágrimas en la recámara. Quizá porque había vuelto a soñar con ellas. Ah, los sueños, la única parte de su vida que no podía controlar…

Acababa de cumplir cuarenta años, por lo que ya había vivido la mitad de su existencia, año más año menos, y en ese tiempo, pese a las malas cartas que le había repartido la vida, había forjado un imperio. Durante la siguiente mitad solo debía ocuparse de que no se derrumbara, de ir añadiéndole cada vez más puntales para que el conjunto resistiera las esporádicas arremetidas de los huracanes. Pero ¿merecía la pena el esfuerzo si ellas ya no estaban a su lado? Era una pregunta que lo asaltaba con frecuencia, sobre todo cuando sostenía la navaja de afeitar a pocos centímetros de su cuello embadurnado de espuma.

Miró la foto de su mesilla, donde aparecían su esposa Rebecca y su hija Molly acariciando el hocico de Sodapop, su caballo de carreras. La vida se las había arrebatado con apenas dos años de diferencia. Casi había tenido que empalmar el dolor de una pérdida con otro, como quien enciende un cigarrillo con los restos del anterior. Ojalá pudiera creer que ambas lo miraban desde el cielo, pero ni creía en Dios ni en

un paraíso entre las nubes donde se apiñaban los muertos para observar el ajetreo de los vivos como si fueran espectadores de un circo romano.

Aunque ahora era incapaz de sentir emociones —su alma estaba revestida por una capa de escarcha donde nada crecía—, en otros tiempos se había sentido enormemente orgulloso de cada logro que conseguía en la vida. Había nacido en un barrio mísero de Birmingham en 1882 y, sin oportunidades de estudiar, se vio obligado a trabajar desde muy joven en una fundición de latón. También había pertenecido a la banda juvenil de su calle, que en esos años ofrecía más refugio y amparo a los jóvenes que sus inhóspitos hogares. Recordó aquellos años alocados, gobernados por una violencia sin propósito, salvo el de liberar la rabia que le producía vivir en aquellas condiciones, encajonado en aquel escenario limitado capaz de castrar a cualquier espíritu con un mínimo de aspiraciones, condenándolo a manejar de sol a sol una pulidora o trabajar encorvado en un torno. A una existencia, en definitiva, prescindible y desnortada.

La banda juvenil en la que había aprendido a pelear, a endurecerse y, sobre todo, a sobrevivir, era conocida como los Peaky Blinders. Los apodaban así porque les gustaba colocarse la gorra inclinada hacia un lado de la cabeza, de modo que la visera, que terminaba en punta —efecto que conseguían mojando el ala y calentándola al fuego para moldearla al gusto—, prácticamente les cegaba un ojo. El resto de la indumentaria no desmerecía. Era una especie de uniforme hecho con los tristes trapos torturados que circulaban por las casas pobres: algo que pareciera una chaqueta, un pañuelo de seda de vistosos colores enrollado al cuello, botas con clavos en las suelas y pantalones de campana de piel de topo atados con cinturones de enormes hebillas. Estas últimas, cuanto más grandes, mejor, ya que solían ser su principal arma (el difícil acceso a pistolas o cuchillos les obligaba a desarrollar la inventiva para convertir los objetos cotidianos en armas mortíferas: piedras o ladrillos arrancados al adoquinado, barras de hierro, palos, tapas de cacerolas…). Para emplear los cinturones en las peleas había que abrochar un extremo de la correa al de la hebilla, y luego envolverse la mano con el cinto desde la muñeca, dejando unos veinte centímetros sueltos para poder blandir la hebilla contra quien se pusiera a tiro, ya fuera un integrante de alguna banda rival, un miembro del cuerpo de policía o algún pacífico transeúnte que pasara por allí. A ciertas horas de la noche, resultaba difícil hacer distinciones. La cuestión era encontrar un blanco al que golpear para no acostarse con toda la ira del día acumulada en el corazón, evitando así el riesgo de que lo atascara.

Con todo, era una existencia *tranquila*, al menos. Pero hasta aquella *paz* se vio alterada cuando Charles Haughton Rafter, un protestante

norirlandés, llegó a Birmingham para ocupar el cargo de jefe de la policía. Le habían encomendado volver seguras las calles de la ciudad, y pensaba consagrarse a ello *domando* con mano dura a todos aquellos caballos salvajes que trotaban por ellas como si la ciudad les perteneciera. Lo primero que hizo fue forjar un ejército invencible reclutando jóvenes alfabetizados, tan educados como altos y fuertes, a los que pertrechó de porras de madera de pacana, que al contrario que las antiguas de guayacán, ni se rompían ni se agrietaban. Y una vez debidamente entrenados y adoctrinados, los soltó por la ciudad para que cumplieran la misión para la que habían sido creados.

Fue por aquel entonces cuando a Drake, que ya rondaba los treinta años y había adquirido cierta destreza letal en el manejo del cinturón, se le fue la mano al golpear a un agente durante una de aquellas emboscadas purificadoras de Rafter. Sin medir sus fuerzas, le incrustó la hebilla en el casco con tal brío que el desgraciado necesitó de una trepanación para extirparle un trozo de hueso. La maña del cirujano impidió que el agente muriera, y, de rebote, que a él lo ahorcaran por homicidio. En lugar de eso, lo condenaron a ocho años de prisión, en los que, en vez de embrutecerse más, como habría sido lo normal teniendo en cuenta la fauna del Winson Green, Drake aprovechó la oportunidad para leerse la biblioteca entera, aprender de leyes y contabilidad, escuchar música clásica y, en general, refinar su espíritu en la medida que se lo permitía el magro programa de rehabilitación. Llevaba ya dos años entre rejas cuando estalló la guerra. A Drake le habría gustado poder luchar por su país, pero a quienes cumplían condena no se les permitía. Hasta que, un par de años después, el país necesitó también de sus desechos para seguir alimentando la caldera de aquella guerra que no acababa, y a Drake le ofrecieron conmutarle la pena si mataba boches en el frente. Y eso hizo, matar boches evitando que lo mataran a él. En la batalla de Passchendaele incluso lo condecoraron por salvarle la vida a un compañero cruzando aquel infierno de barro de vuelta a la trinchera con el herido a la espalda. Aunque en realidad, fiel a su código de conducta, lo había hecho para salvar su propio pellejo, lo cual había conseguido, solo para contraer unos meses después una neumonía cuya gravedad casi estuvo a punto de matarlo. Fuera como fuese, cuando se recuperó lo enviaron a casa antes de que la guerra acabara con una medalla que lo disfrazaba de héroe, con una condecoración que despertaba la admiración en los ojos de los demás, en los cuales jamás había encontrado otra cosa que desprecio. Aquello, sumado a las semanas que había pasado al filo de la muerte, le hizo reflexionar. Quizá había llegado el momento de convertirse en un engranaje útil de esa máquina social que en su juventud tanto se había esforzado en atascar introduciendo un palo entre sus ejes. Tenía casi treinta y seis años, pero nunca era tarde para

intentar hacer las cosas bien. Así que aceptó un puesto en una herrería, donde estaban encantados de contar con un héroe de guerra, y se dispuso a convertirse en un hombre de provecho.

A las pocas semanas, ya había descubierto que los hombres de provecho nunca podrían llevar una vida digna con los sueldos tan miserables que les pagaban. Para evitar que las ascuas de odio que aún quedaban en su alma volvieran a avivarse, se inscribió en un club de boxeo cercano para desfogarse zurrando a un saco. Lo había fundado un pastor metodista, y, entre golpe y golpe, se enamoró de su hija Rebecca, la adorable muchachita que llevaba la contabilidad del club.

Rebecca era la encarnación de la bondad, no sabría definirla de otra forma, y le enseñó que también podía vivirse hacia fuera, para los demás, anteponiendo las necesidades de los otros a las de uno mismo. Drake, que jamás se había planteado vivir de aquel modo altruista pese a que su condecoración de guerra pareciera contradecirlo, y que desde luego no creía en el Dios al que ella decía servir, la emuló cegado por el amor. Hasta entonces, él había espigado a sus novias ocasionales entre las chicas que seguían a los Peaky Blinders, en su mayoría muchachas vulgares y malhabladas a las que lo único que las excitaba era recorrer con sus dedos las cuatro o cinco cicatrices que habían dejado en su cráneo los cinturones de otras bandas o las porras de la policía, por lo que para tratar a Rebecca tuvo que aprenderse sobre la marcha todo un repertorio de modales, piropos y zalamerías finas. Siempre que su trabajo se lo permitía, la acompañaba a ayudar a los jóvenes que malvivían en la calle, a echar una mano en los albergues o a servir platos en los comedores de beneficencia. Se besaron después de lavarle la ropa a un mendigo al que le faltaba una pierna, no hace falta decir más.

Y nueve meses después, en el otoño de 1918, los gritos de celebración del fin de la guerra ocultaron el llanto de una recién nacida llamada Molly. Cuando acunaba en los brazos a aquella figurita de mazapán que olía a miel y reía tanto como lloraba, a Drake lo inundaba una oleada de felicidad, y cada noche, con Rebecca a un lado y Molly al otro en su cunita, se dormía con una sonrisa plácida y satisfecha. Por primera vez, se sentía en paz con el mundo, reconciliado con la vida. Había descubierto que el universo tenía una lógica extremadamente sencilla: si hacías el bien, la vida te sonreía.

Por desgracia, a los pocos meses de dar a luz, Rebecca murió en un altercado entre dos bandas rivales, cuando un ladrillo a la deriva, de esos que él había lanzado y esquivado en su juventud, le reventó el cráneo. Y el universo, bruscamente, dejó de tener sentido para él. Hacer el bien no hacía que tu vida tuviera más valor para la parca que la de alguien que consagrara su vida a ejercer el mal. No existían

brújulas fiables. Entonces, ¿qué?, se preguntó tras enterrar al ser humano más bueno que había conocido. ¿Debía seguir trabajando en la herrería, siendo un buen ciudadano, e intentar darle a su hijita un futuro mejor ahorrando unas pocas monedas cada año? Aquel era un camino, sí, probablemente el que Rebecca esperaba que tomara, pero nada le garantizaba que no acabaría en un acantilado. Así que, ¿por qué no tomar otro?

Se acordó entonces de aquel tipo bajito, el del bombín ridículo, que merodeaba de tanto en tanto por la herrería y no se cansaba de decirle que debía unirse a su banda, por la única razón de que era la banda de su calle. ¿Cómo se llamaba? ¿Joe qué? ¿Padmore? ¿Parkinson? No, era un apellido más ridículo… ¡Pettigrew! ¡Sí, Joe Pettigrew!

Y decidió unirse a su banda, no porque fuera la de su calle, ni porque quisiera darle a su hijita todo lo que deseara, incluso más, lo cual evidentemente no iba a conseguir como empleado en una modesta herrería, sino porque había comprobado del peor modo posible que hacer el bien no servía para nada. Pero a las pocas semanas se dio cuenta de que aquel rebaño de hombres era una intentona de banda que jamás llegaría a nada porque el tal Pettigrew era el tipo más imbécil que había conocido nunca, un zopenco que sufría repentinos ataques de violencia y tomaba decisiones impulsivas, incapaz de organizar ni el cajón de sus calcetines. Comprendió que si se conducía con inteligencia podría hacerse con el control de la banda en seis meses. Le sobraron dos, y Pettigrew, en ningún momento, se lo vio venir (aunque con eso ya contaba). Los primeros pasos en su escalada hacia el liderazgo de la banda fueron tan sutiles como eficaces, y no tardaron en convertirle en el consejero *no oficial* de Pettigrew. Estableció un tributo de protección para los empresarios acorde con los beneficios de sus negocios, eliminando la cuota fija, e instauró un fondo de las recaudaciones para pagar las multas, las fianzas o los abogados que cualquier miembro de la banda pudiera necesitar por agredir a algún policía o montar bronca en algún pub, medida esta que le hizo muy popular, ya que los miembros en esa situación eran mayoría. También repartió las calles del barrio de modo que las rondas recaudatorias ocuparan mucho menos tiempo, e incluso empleó una parte de los sustanciosos beneficios obtenidos por su gestión en comprarle a cada uno un regalo por su cumpleaños acorde con sus gustos, los cuales había anotado minuciosamente en una libretita.

Para cuando Pettigrew se dio cuenta, Drake había renovado la banda desde sus cimientos, hasta tal punto que el supuesto líder se encontró a los mandos de una máquina de hacer dinero perfectamente engrasada cuyo funcionamiento desconocía. Cuando comprobó que su jefe ya no podía dar un paso sin consultarle, Drake sonrió:

apacentadas las ovejas, tocaba ir por el lobo. Le dejó que tomara un par de decisiones por su cuenta, con los previsibles resultados catastróficos, que crearon un descontento generalizado entre los miembros de la banda, y luego, secundado por algunos de los más fuertes, dio un golpe de Estado suave, nada brusco, que reconfiguró la estructura de la banda sin traumas ni sobresaltos, como un corrimiento de tierras natural, dejándolo a él de jefe y a Pettigrew de lugarteniente.

Esperó a que todos se acostumbraran al nuevo organigrama para dar pasos más ambiciosos. Había llegado el momento de expandir sus actividades introduciéndose en el negocio de moda: las apuestas ilegales. Y, entre ellas, las que tenían como escenario los hipódromos de los alrededores —Epsom, Kempton, incluso Ascot—, que tras la guerra bullían de gente con ganas de divertirse y antiguos soldados que aspiraban a multiplicar sus pagas por un número que no fuera cero.

Guiado por su mente práctica y sus conocimientos de contabilidad, Drake no se contentó solo con amañar carreras, sino que se las ingenió para sacar tajada de todas las actividades que sucedían alrededor de estas: ofrecía protección a los corredores de apuestas (generalmente de sus propios hombres, que los acechaban para robarles la recaudación), infiltró a un grupo de hábiles carteristas que hacían su vendimia entre los incautos espectadores e incluso se apoderó del mercado de los taburetes que los corredores de apuestas necesitaban para despuntar entre la multitud, fabricándolos más ligeros y más altos que los de la competencia. ¡Hasta plegables!

Pero nada de eso servía sin el siguiente paso: construirse una fachada de ciudadano ejemplar, un *alter ego* honesto y comprometido que, a la vez que desviaría la atención de sus tejemanejes en las sombras, le granjearía el respeto de la comunidad, como había hecho su medalla al regresar del frente. Eso le permitiría desmarcarse de sus dos principales rivales, Alfie Solomon, aquel judío idiota, y Darby Sabini, aquel italiano pretensioso, los cuales descuidaban bastante ese aspecto. Para ello, se unió a la Asociación Nacional de Corredores de Apuestas Hípicas, colaboró en causas benéficas, financió escuelas, patrocinó galerías de arte, fundó un club de boxeo para jóvenes descarriados en memoria de Rebecca (que le servía como cantera de matones), abrió un restaurante en el Soho y, finalmente, se introdujo en política, creando entre lo más granado de la sociedad una red de contactos que usar a su favor, una labor que culminó con el cargo de concejal por Westminster. De modo que ahora, a mediados de la primavera de 1922, era el hombre más poderoso de Londres (sin contar a los que eran más poderosos que él).

Al principio, Drake soñaba con que aquella escalada de poder

acabaría con un asiento en el Parlamento, un título nobiliario que le permitiera ingresar en la Cámara de los Lores o la mismísima alcaldía. Sin embargo, la muerte intempestiva de Molly el otoño anterior había hecho que aquellas metas carecieran de repente de importancia. ¿De qué le servirían a alguien que lo único que deseaba era que acabara la jornada para encerrarse en su biblioteca con una botella de Jameson a pensar en su mujer e hija fallecidas y tratar de comprender las intenciones del universo al arrebatárselas?

Esa necesidad de respuestas le había llevado a invitar al párroco de la iglesia anglicana del barrio a tomar el té. El cura, un hombrecillo de cabello ralo y sonrisa relamida, no dejó de alabar sus obras benéficas desde que entrara por la puerta.

—Le he invitado para hacerle una pregunta, padre —dijo él en cuanto les sirvieron el té, ansioso por cortar aquel goteo de halagos e ir al grano.

—Usted dirá, señor Drake —lo animó el párroco mientras estudiaba el surtido de pastas que la sirvienta había dejado en la mesa como si se encontrara ante la mayor decisión de su vida.

—Hace tres años, Rebecca, mi mujer, murió en un accidente. Y hace apenas unos meses, mi hija falleció de gripe española —soltó Drake, como si las palabras le quemaran en la boca—. Mi mujer era una persona bondadosa que vivía consagrada a la caridad, y mi hija ni siquiera tenía tres años. Creo que no podría haber dos almas más inocentes y puras.

El párroco dejó de escrutar las pastas para compadecerlo.

—Siento mucho su pérdida, señor Drake —le dijo con una mueca de pesar—. Imagino lo difícil que resulta perder a un ser querido, más aún a dos, en tan corto plazo de tiempo.

—Gracias, padre. Pero no necesito sus condolencias.

—Las condolencias, si son sinceras, nunca sobran —replicó el cura, molesto.

—Lo que yo necesito es encontrar un sentido a sus muertes —continuó Drake, ignorando su comentario—. Yo no creo en Dios, así que solo puedo achacarlas a la simple casualidad. Rebecca murió por algo tan simple como tomar una calle en vez de otra. Y mi hija porque sus pulmones se tropezaron con una bacteria que vagaba por el aire, al alcance de cualquiera. Pero eso no me consuela. Necesito una explicación mejor que la aleatoriedad de la muerte. Quiero que usted me explique por qué su Dios me ha arrebatado a las dos personas que más quería.

El párroco carraspeó un par de veces antes de hablar.

—Le agradezco que haya confiado en mi Dios para buscar consuelo —empezó.

—No se haga ilusiones, padre —lo interrumpió Drake—. Su Dios ha

sido mi última opción. Esta semana han estado sentados en esa misma silla el rabino de la sinagoga de Mayfair, un monje del templo budista de Bloomsbury y el imán de la mezquita Al Manar. Pero ninguno ha sabido convencerme de que las muertes de mi esposa y mi hija tienen un sentido. Ahora es su turno, padre. Convénzame y ganará un feligrés con mucho dinero.

—No puedo convencer a quien no quiere ser convencido —contratacó el párroco curándose en salud.

—Se equivoca. Anhelo que me convenza, no solo de que Dios existe, pese a la ausencia de pruebas al respecto, sino de que tiene un plan del que mi esposa y mi hija eran dos piezas fundamentales. De que sus muertes tienen un sentido que yo no veo. Solo eso me consolará.

—No tengo todas las respuestas, señor Drake. Pero puedo decirle que Dios está con usted en este momento de dolor.

—Ya le he dicho que no creo en Dios —le recordó Drake, intentando controlar su irritación.

—No tiene que creer en Dios para encontrar consuelo en sus palabras. Estoy seguro de que si leyera la Biblia…

Drake dejó escapar un bufido. Aquella entrevista no conduciría a ningún lado, igual que las anteriores.

—¿Está casado, padre? —le preguntó. El párroco asintió, sorprendido por la pregunta—. Y si mañana su esposa muriese, pongamos por caso, en un accidente repentino, ¿cómo lo encajaría?

El párroco se retrepó en la silla, incómodo.

—Bueno… Me consolaría pensando que Dios lo ha decidido así —respondió.

—¿Y ya está? ¿Eso le serviría? ¿Porque Él lo ha decidido así? ¿Del mismo modo que ha decidido que haya niños que se mueren de hambre o que hace unos años decidiera que sus ovejas se enfrentaran entre ellas en una guerra que ha anegado de sangre el mundo…? Si Dios existiera, no permitiría que todas estas cosas sucedieran, ¿no cree? A no ser que fuera un mirón sádico o indiferente. Porque, incluso si aceptáramos que todas esas tragedias son castigos que de algún modo nos merecemos, ¿dónde están entonces las prometidas recompensas?

El párroco sonrió con suficiencia, como si estuviera acostumbrado a ese tipo de preguntas.

—El mundo es un lugar misterioso —dijo—, y a veces nos cuesta aceptar que tenga una parte trágica, sobre todo cuando nos toca de cerca. Dios existe, de eso estoy seguro, pero no siempre interviene en el mundo para evitar el mal. ¿Por qué? No lo sé, puede que porque si lo hiciera sería muy fácil creer en él. ¿Dónde estaría el mérito del creyente? Dios exige una prueba de fe.

—Nos oculta su plan adrede… —reflexionó Drake con ironía—.

Para obligarnos a creer que lo tiene.

—Probablemente nos será revelado en el otro mundo.

—¿Me está diciendo que solo cuando muera entenderé por qué se llevó a Rebecca y Molly?

El párroco se encogió de hombros. Los dos hombres permanecieron un rato en un silencio cada vez más incómodo.

—Bueno, padre —dijo al fin Drake consultando su reloj—, se ha acabado el tiempo que tenía para hacer que me cuestionara mi ateísmo. Lamentablemente, sigue intacto.

El párroco entendió que aquello era una despedida y se levantó con una mueca afligida.

—Siento no haber podido ayudarle, señor Drake, pero las puertas de mi iglesia están abiertas para usted, y allí encontrará docenas de personas que rezan, que creen en Dios pese a no tener pruebas de su existencia.

—Docenas de personas que se engañan a sí mismas —lo corrigió Drake.

—Debe entender que, aunque a usted no le baste, a otros nos sobre. —Se encogió de hombros el cura.

—¿Y si yo no quisiera vivir en un mundo como este, cuya arbitraria crueldad solo puede soportarse mediante el autoengaño, diciéndonos que todo se nos explicará al final, como si la vida fuera una estúpida novela de misterio? —dijo, adoptando una postura abatida en la silla.

Impotente, el párroco se atrevió a apoyar una mano en su hombro.

—Usted es una buena persona, ha ayudado mucho al barrio. Siga haciéndolo, no se rinda. Le aseguro que su hija lo está mirando desde el cielo, observándolo todo. Haga que siga sintiéndose orgullosa de su padre.

Drake se volvió hacia el párroco bruscamente.

—No meta a mi hija en esto, padre —le espetó. Y luego, sorprendido por su propia reacción, añadió con amabilidad—: Tenga la bondad.

Intimidado, el párroco retiró la mano y se despidió con una mueca contrita. Caminó hacia la salida, pero en el último momento se volvió a mirar a aquel hombre derrumbado sobre la silla.

—Debería fingir que cree, señor Drake —le recomendó casi con timidez—. Eso le haría sentirse mejor. Y quizá acabara conduciéndole a la verdadera fe.

—Gracias, padre —sonrió Drake con tristeza—. Ha hecho lo que ha podido…

A través de la ventana, lo vio cruzar el jardín con rapidez, con ganas de refugiarse en su iglesia, atestada de hombres que preferían ser gobernados por un Dios que solo castigaba a los pecadores por un azar incomprensible y caprichoso que escarmentaba a cualquiera, hubiera

hecho o no algo malo.

Aquella conversación no le hizo creer en Dios, por supuesto. Su mente se lo impedía. Si, como había asegurado el párroco, su hija lo estaba observando desde algún lugar, Drake quería pruebas de ello. Pero el párroco no las tenía; ni de eso, ni de la existencia de Dios ni de nada, salvo de su incipiente alopecia (había encontrado cuatro o cinco cabellos sobre su lado de la mesa). Le exigía un acto de fe. Ah, la fe, la coartada de todas las religiones, cuya receta solo requería de unos pocos ingredientes más: un símbolo, algunas alegorías, un puñado de rituales y un mártir resultón. Cualquiera con un poco de labia podía fundar una alrededor de algo lo suficientemente simbólico —del escarabajo ciervo, por ejemplo— y aglutinar, cuando menos, una pequeña secta de tarados. La mayoría de la gente necesitaba creer en algo, no importaba qué.

En cambio, si bien no había pruebas fehacientes que demostraran la existencia de Dios, sobraban las que apoyaban su inexistencia. El mundo era un lugar tan caótico y lleno de sufrimiento que resultaba incompatible con la existencia de un Dios benevolente, había escrito Voltaire un par de siglos antes. ¿Y no había demostrado Darwin que el funcionamiento natural del mundo no requería de la intervención de ningún Dios? La madre naturaleza se ocupaba de todo. Pero la mayoría de los hombres no querían ni oír hablar de que estaban solos, abandonados a su propia suerte, que la fatalidad podía sacudir sus vidas en cualquier momento sin dar explicaciones. Drake deseó tener una mente más crédula, menos racional, que no creyera únicamente en las cosas que se podían probar. Una mente que no exigiera una prueba antes de creer en algo, pues, como le había insinuado el párroco, ahí residía el secreto de la felicidad. Deseó poder sostener un escarabajo ciervo en la palma de la mano y venerarlo, que le bastara con saber que algún libro sagrado aseguraba que aquel animalito aparentemente insignificante velaba el correcto funcionamiento del universo.

Unos días después de la charla con el cura, la mujer de este fue atropellada por un conductor borracho que se dio a la fuga. Cuando Pettigrew se lo comunicó, Drake esperó la reacción del párroco con interés: ¿qué haría aquel hombrecillo alopécico, redoblaría su amor por su Dios o, por el contrario, prendería fuego a la iglesia? Apostó por lo segundo, y le fastidió que el párroco hiciera lo primero. Quería verlo desmoronarse, ahogarse en mares de alcohol, clamar al cielo su desacuerdo. Como había hecho él. Pero el cura solo rezaba. Y rezaba. Y rezaba. Y no dejaba de rezar.

Sin embargo, existiera Dios o no, había que seguir viviendo, y su mente práctica acabó por convencerle de que, si se pasaba los días extraviado en el laberinto del alcohol y la pena, todo lo que había

construido acabaría derrumbándose. Así que una mañana se levantó y le ordenó a Pettigrew que se deshiciera de todo el alcohol que había en la casa y que le pusiera al corriente de sus asuntos.

A partir de ese día había recuperado las riendas de su imperio. Pero ¿había merecido la pena el esfuerzo si ellas no estaban a su lado?, volvió a preguntarse mientras se levantaba de la cama y se dirigía al baño a afeitarse.

21

Un elegante traje de lino verde oscuro de la marca Brooks Brothers. Una corbata de rayas negras y rojas de H. Huntsman & Sons. Zapatos italianos de cuero negro de Zegna. La cadenita de un Longines asomando del bolsillo de su chaleco. Una nube de caro perfume con ligeras notas de cedro, vainilla y bergamota. Un nocturno de Chopin en el tocadiscos de su despacho. Eso era Drake por fuera aquella mañana de primavera de 1922. Por dentro, si exceptuábamos el desayuno de huevos revueltos, bacón y café que daba vueltas en su estómago, era dolor, desolación, amargura. Una oscuridad imbatible. Un corazón que ya no amaba.

Mientras las notas de piano se esparcían como polen por el aire, Drake observaba a través de la cristalera de su despacho cómo se mecían las barquitas en el lago de Regent's Park, que se extendía como un espejo azul más allá de su cuidado jardín italiano, donde los domingos jugaba al croquet para relajarse.

Cuarenta años, se dijo. Y allí estaba, mirando por la cristalera de una mansión en uno de los barrios más caros de Londres un pedazo de Regent's Park, él, que había nacido en un miserable cuchitril de Birmingham. Y cada uno de los pasos que había dado, incluso aquellos que creyó tan erráticos como el vuelo de un pájaro ciego y acabaron con sus huesos en la cárcel, se le antojaban ahora, que podía leer aquella parte de su vida como el capítulo de una novela, los pasos de alguien con un rumbo claro. Pero era fácil otorgar el título de destino al punto al que uno llega, dibujar el camino una vez que se ha recorrido. Fuera como fuese, su voluntad lo había guiado hasta allí, hasta aquel momento de su existencia y no a otro. Aunque, ¿había sido realmente su voluntad?, se preguntó. ¿Y qué si no? ¿Las moiras, aquellas deidades que según los griegos tejían el destino de los hombres, u otras entidades semejantes? Quizá era otro idiota que creía decidir sus actos, ignorando que solo era un hombre más mecido por designios que no comprendía. Quizá ese dolor que a veces sentía en su espalda era la mano de alguna entidad superior guiándolo a su antojo.

Se deshizo de aquellas cavilaciones estériles y se sentó al fin tras su escritorio para comenzar su jornada de trabajo. Aunque al hacerlo, no pudo evitar una mueca de repugnancia al recordar que Pettigrew había acomodado sus magras posaderas en aquel *bergère* estilo isabelino durante los meses que él había estado fuera de combate.

Pettigrew cumplía bien. Era bueno ejecutando órdenes, sobre todo si conllevaban el uso de la violencia, por eso se lo había quedado de lugarteniente tras hacerse con la banda, cuya plantilla había renovado casi completamente, rodeándose de tipos duros, pero educados, que supieran tanto leer como disparar, inspirándose en lo que Charles Haughton Rafter había hecho con el Departamento de Policía de Birmingham. Pero, pese a haberlo refinado todo lo posible, Pettigrew no era más que un perro guardián. Había estado a punto de arruinarlo todo con las decisiones que había tomado durante su duelo, ¡y casi había agotado el brandy de la bodega!

Al muy inútil le había cogido de lleno lo que la prensa había llamado «la guerra de los hipódromos», que había coincidido con la enfermedad de Molly. Todo había empezado cuando una banda de Birmingham había llegado a los hipódromos del sur de Londres con la intención de hacerse con el control de las apuestas ilegales. Y ante un enemigo común, las bandas londinenses, que mantenían un tenso equilibrio de no agresión, dejaron a un lado sus rivalidades y se aliaron para expulsar de su territorio a aquellos intrusos.

Para cuando él se interesó por el mundo y recuperó las riendas de su banda, las demás ya llevaban seis meses de violencia en los hipódromos que les había hecho perder mucho dinero a todos. Drake suspiró y se encerró en su despacho a pensar cómo solucionar aquel desastre. Ya que nadie lo hacía, tendría que encargarse él. Dividió el territorio en zonas e intentó calcular los beneficios y gastos que tendría cada banda según el nuevo reparto y su número de miembros, intentando contentar a todas. Sin embargo, no lograba cuadrarlo porque, por mucho que lo intentaba, le sobraba una de las pandillas menores. Tendrían que prescindir de alguna. Drake sonrió. Aquella le pareció la oportunidad perfecta para desembarazarse de la de Ross Dalton, un tipo engreído al que no soportaba, cuya camarilla operaba en el hipódromo de Newbury, así que la eliminó del reparto del botín.

Cuando lo tuvo todo organizado, convocó una reunión con todas las bandas con el propósito de taponar aquella hemorragia de pérdidas que acabaría desangrándolos en un par de meses o menos. El cónclave tuvo lugar en el sitio de siempre, un destartalado almacén de los muelles, una suerte de discreta fortaleza de ladrillo rojo, líneas austeras y ventanales cegados. Una vez que todos hubieron llegado, los líderes se sentaron alrededor de la tosca mesa redonda, dejando que sus lugartenientes se apoyaran contra las paredes en un surtido de posturas pendencieras y alertas. Allí estaban Darby Sabini, aquel italiano pretensioso que lo miraba todo con ojos codiciosos, y Alfie Solomon, aquel judío idiota que lo miraba todo con ojos bovinos, a los que no veía desde el entierro de su hija, cuando acudieron a ofrecerle sus condolencias; también les honraba con su presencia el cabecilla de

la banda de Birmingham, un tipo flaco de ojillos suspicaces llamado Joey Sallow, el causante de aquella guerra intestina, y, finalmente, una ración de jefecillos locales, entre ellos Ross Dalton, un individuo con pinta de fogonero malcarado que lo miraba todo con esa altivez exagerada de los *donnadies* que se creen *alguien*.

Tras unas cuantas bromas y comentarios intrascendentes, Drake tomó la palabra y, mientras Pettigrew repartía entre los jefes la pila de dosieres, les explicó pormenorizadamente su plan de dividir el territorio en círculos para que cada banda controlara un anillo y dejaran de matarse entre ellas. Sus compañeros estudiaban los documentos e iban asintiendo ante los pingües beneficios, que había inflado un poco para la ocasión. Cuando terminó su exposición, todos asintieron satisfechos, salvo uno, evidentemente. «¡Un momento! —exclamó Dalton—, ¡te has olvidado de mi banda!» Drake le dedicó una mirada gélida. «No ha sido un olvido, señor Dalton. Su banda descuadraba mi nuevo organigrama, así que decidí prescindir de ella, y, como todos pueden comprobar, eliminándola los beneficios del resto aumentan considerablemente», señaló. «No me gustan tus palabras, Drake», lo amenazó Dalton. «Pues aún van a gustarle menos mis números», respondió él sin inmutarse, y procedió a leer el informe que había trucado para que los beneficios obtenidos por su banda el año anterior no solo se quedaran en nada al restarle los gastos —el pago de los sobornos a la policía y a la seguridad del hipódromo, el coste de su equipo, las fianzas para sus hombres arrestados…—, sino que generasen deudas que los demás debían asumir. «Los números no engañan, caballeros, si prescindimos de la banda del señor Dalton, todos ganaremos el doble», concluyó dirigiéndose al resto. «¿Qué? ¿Cómo te atreves? ¡Seguro que has falsificado las cuentas, cabrón!», lo insultó Dalton, levantándose como un resorte, desenfundando su revólver y apuntando a Drake. Aunque no llegó a disparar. Solomon fue más rápido. El cuerpo de Dalton se desplomó sobre la mesa con el cráneo agujereado. Detrás, apareció Pettigrew, que se guardó su pistola con desilusión, pues por un segundo no le había dado tiempo a matarlo a él, como su jefe le había ordenado que hiciera si las cosas se ponían feas.

Aparte del brinco que dieron algunos, nadie dijo nada. «No sé vosotros, pero yo no pienso pagar un penique de más por este imbécil», se excusó el judío ante las miradas de los demás. «Gracias por tu inestimable colaboración, Alfie», dijo Drake. «Bien, empieza una nueva era en la que todos nos haremos más ricos. Ya me ocupo yo de sacar la basura.» Y los despidió con una sonrisa. Todos salieron contentos de la reunión.

Desde entonces, la convivencia transcurría en armonía y sus colegas de armas parecían satisfechos con la nueva dinámica. No tardarían en

aparecer nuevas rivalidades, pues manipular almas altamente inflamables era lo que tenía, pero bastaría con estar atento para sofocar los fuegos antes de que se convirtieran en incendio.

Tras consultar la agenda, Drake comprobó que tenía un almuerzo con el insoportable Art Sheridan, un inspector de Salud Pública. Mandó llamar a Pettigrew, que se presentó en su despacho enseguida, como si estuviera escondido debajo de la mesa, y le ordenó que preparase el coche.

Salieron a mediodía hacia el Poor Pierrot, uno de los restaurantes más famosos del Soho. Cuando Drake llegó, el *maître* le condujo a la mesa que tenía reservada, donde ya lo esperaba Sheridan, un tipo orondo y calvo aficionado a la buena mesa, los casinos y las vírgenes. Aquel ramillete de debilidades repugnaba a Drake, que no se permitía tener ninguna, pues las flaquezas eran los resquicios por donde el enemigo podía atravesar tu armadura. Drake lo saludó sin excesivo entusiasmo y, mientras se sentaba, limpiándose en la pernera del pantalón el sudor que le había transferido aquella mano gordezuela, comprobó con desagrado que la mesa que había a su espalda quedaba demasiado cerca, lo que le obligaría a bajar el volumen de su voz cada vez que tocaran asuntos confidenciales, es decir, durante casi todo el almuerzo. A los comensales vecinos, en cambio, no parecía importarles lo más mínimo que él pudiera enterarse de su conversación. Se trataba de una joven pareja de recién casados y su padre, un anciano viudo aún más orondo que el funcionario, que lucía una tupida cabellera blanca y bigotes y barbas igual de níveos medio ocultándole el rostro, como si se hubiera quedado dormido sobre una tarta de merengue. Drake sonrió con resignación. Si querías almorzar tranquilo en la bulliciosa Londres, tenías que llevarte una cesta de pícnic al cementerio o bajar a las alcantarillas.

El inspector, ajeno a su incomodidad, se había puesto a alabar la cocina de aquel restaurante y a recomendarle los mejores platos de la carta. Durante la guerra había estado cerrado, como la mayoría, y eso parecía haberlo disgustado más que la cantidad de hombres que morían a diario en el frente. Drake, incapaz de abstraerse de la cháchara de sus vecinos, que podía oír con la misma claridad que si estuviese sentado con ellos, porque especialmente el viejo tenía voz de barítono, le propuso que pidiera por los dos, tarea que el otro acometió feliz. Al final, en la mesa desembarcaron una sopera con sopa de riñones, una bandeja con una montaña de chuletas de cordero en un lecho de puré de guisantes, otra de pollo al curry, una fuente de arenques, un enorme pastel de carne y, para impulsar todo aquello

gaznate abajo, una botella de Chardonnay.

—He encontrado un solar perfecto en Islington, Percival —anunció Art, abordando al fin el asunto que los había reunido allí tras haber diezmado él solo la fuente de chuletas—. Bueno, hay unas cuantas casuchas de inmigrantes que habrá que echar abajo, pero no será difícil convencer al alcalde para que ordene un desalojo si realizo un par de informes exagerando las condiciones insalubres en las que viven esos desgraciados, sobre todo si es para que el concejal Drake construya allí una fábrica textil. A la larga, será bueno para el barrio. Toda esa chusma tendrá puestos de trabajo, a cambio de que algunos mueran por bronquitis, asma y puede que algún que otro cáncer. Pero, bueno, los más duros saldrán beneficiados. La *selección industrial*, ya sabes, de la que Darwin se olvidó de hablar —bromeó.

Drake asintió distraído. Introducirse en el negocio textil le había parecido una buena idea la primera vez que Arthur le comentó que podía conseguirle un solar por poco dinero si falsificaba los datos para que su fábrica cumpliera las normas sanitarias. Aunque eso había sido en la época feliz en la que Molly estaba viva. Ahora que soportaba en el pecho un alma descascarillada, que la vida había perdido su sabor, que vagaba pesaroso entre sombras y recuerdos, el plan no le producía ninguna ilusión. Si seguía con lo acordado era solo por inercia, porque la otra opción era cruzarse de brazos, dejar su territorio indefenso y esperar a que la competencia lo fuese conquistando pedazo a pedazo.

—Bien, bien, Art —asintió, y fue al grano—: ¿Cuál sería tu comisión?

Eso era lo único que realmente le interesaba, saber cuánto iba a embolsarse aquel gordo degenerado con todo aquello, la cifra por la que iba a infringir varias leyes y matar de paso a docenas de personas, y que no le costaba imaginar derrochando en aquellas interminables bacanales donde se inventaban nuevos pecados, al modo de los emperadores romanos. El otro, sorprendido por lo directo de la pregunta, se enredó en una maraña de números que Drake apenas oyó porque un retazo de la conversación de sus vecinos llamó su atención. Incluso le obligó a desviar la mirada hacia el espejo que colgaba en la pared de enfrente, el cual mostraba una generosa panorámica de las mesas dispuestas a su espalda, para verlos hablar al mismo tiempo que escuchaba sus voces.

—Bueno, chicos, contadme por qué queréis mudaros a otra casa, si apenas lleváis viviendo allí tres meses desde que os la regalé por vuestra boda —estaba diciendo el anciano—. Si mal no recuerdo, cuando la visteis por primera vez os pareció maravillosa.

—Así es, padre, es una casa realmente bonita, pero…, eh…, tenemos un *pequeño problema* en el desván —explicó el hijo con voz titubeante.

—Vaya —se lamentó el padre—. ¿Goteras?

—No, no, no son goteras. Es una… *presencia*.

—¿Una *presencia*?

—Bueno, varias.

—¿Qué? ¡Maldita sea, Cedric, habla claro! —se impacientó el padre.

—Hay hadas, señor Harris —intervino al fin la nuera con contundencia.

El anciano la miró boquiabierto. Al igual que Drake a través del espejo.

—¿Hadas? ¿Te refieres a esas pequeñas mujeres con alas de mariposa? —preguntó.

La chica asintió.

—Sí, una pequeña colonia de seis, creo, aunque puede que haya contado mal. Vuelan muy rápido y a veces las confundo. Todas se parecen.

Cada vez más atónito, el padre desvió su mirada hacia el hijo.

—¿Tú también las has visto, Cedric?

—Yo no, padre —se apresuró a aclarar el hijo—. He subido varias veces al desván, cada vez que Chantal oía ruidos, pero nunca las he visto. —Se encogió de hombros—. Qué curioso, ¿no?

—¡Ya te he dicho que son muy tímidas! —exclamó Chantal.

—Vamos, vamos, cariño, tranquilízate —le pidió Cedric, palmeándole paternalmente el brazo.

—¿Cómo voy a tranquilizarme si no me crees, Cedric? —se quejó ella con un mohín infantil, apartando el brazo del alcance de su zarpa.

—Bueno, bueno, no os enfadéis —trató de mediar el padre.

—Desde que se publicaron esos artículos de las hadas en *The Strand* cada vez hay más personas que se animan a confesar que tienen algún tipo de contacto con seres mágicos —les informó la chica, irritada—. Sin ir más lejos, Trevor, el contable de mi oficina, nos dijo el otro día que Olivia, su mujer, tiene un duende en su desván.

—Ya, claro, un duende —resopló Cedric—. ¿Y lo ha visto él?

—No, pero cree a su mujer —se defendió Chantal—. Dice que Olivia le sube un vaso de leche con galletas cada noche y baja con la bandeja vacía.

Cedric soltó una ostentosa carcajada.

—¡Seguro que se las come ella! —exclamó—. ¿No era esa a la que su marido obligaba a seguir una dieta?

Chantal le fulminó con la mirada.

—¿Cómo puedes no creer a tu esposa, Cedric? —le recriminó—. ¡Los duendes, las hadas, los elfos y todas esas criaturas mágicas existen de verdad! Solo que no todas las personas pueden verlas porque la mayoría, al crecer, pierden la inocencia que tienen de niños. Lo decía bien claro el reportaje de *The Strand*. El que yo pueda ver a

las hadas y tú no no me hace estúpida —concluyó—. ¡Solo me hace mejor persona!

Tras soltar aquello se levantó bruscamente de la silla, cogió su bolso y se marchó airada en dirección a la salida del local sacudiendo la cabeza. Los dos hombres se miraron, intimidados por su reacción. El joven Cedric resopló.

—¿Has visto qué problema tenemos, padre? —dijo, abatido.

—Pero ¿tanto ruido hacen esas hadas como para que no podáis vivir allí? —preguntó el anciano.

—¡Padre! —exclamó el hijo.

Se levantó, enojado, y abandonó el local en busca de la esposa, sacudiendo también la cabeza.

—Pero, Cedric, ¿no has oído hablar del beneficio de la duda? —exclamó el padre dirigiéndose al techo.

Suspiró, dejó un puñado de billetes en la mesa, y abandonó también el local, sacudiendo la cabeza como el resto de la familia. Drake, estupefacto, se quedó observando la mesa vacía a través del espejo. La voz del inspector lo sacó de su abstracción.

—¡Percival! ¿Te encuentras bien? Te noto distraído.

—Sí, sí… —lo tranquilizó él, centrándose en la realidad que tenía delante—. Estoy bien…

—Si tú lo dices… —musitó el otro, observándolo aún con curiosidad —. Volviendo al asunto, ¿te parece bien mi comisión?

Drake no se había enterado de la cifra, pero le daba igual. Todos aquellos funcionarios corruptos inflaban sus prebendas.

—No, me parece obscenamente alta, Arthur —dijo con cansancio—, y aunque tendría que hacer cuentas, me temo que tardaría demasiado en obtener beneficios que me compensaran todo el esfuerzo. Quizá le interese a otro de tus *amigos*. —Se levantó y observó con desdén la cantidad de platos casi vacíos que atestaban la superficie de la mesa. Él apenas había comido nada, pero el inspector había arrasado con la comida como una plaga de langostas—. Ya pago yo tu festín…

—¡Espera, Percy! —le pidió el otro, agarrándole del brazo—. De acuerdo, tienes razón. ¿Y si reduzco mi comisión a la mitad?

—Bueno —aceptó Drake fríamente.

—¡Estupendo, Percy! Al final, tú y yo siempre nos entendemos. Pero vuelve a sentarte, hombre. Aún nos queda el postre. Aquí hacen el pudin Sussex *pond* con manzanas, ¡no puedes irte sin probarlo!

—Claro que puedo —masculló Drake, despidiéndose con un cabeceo y dirigiéndose a la salida.

—Vale, como quieras… —dijo el otro con decepción—. ¡Te enviaré toda la documentación para que puedas estudiarla!

Drake asintió mientras caminaba, sin dignarse a volverse. Una vez en la calle, miró en todas direcciones, pero no había rastro de sus

vecinos de mesa. Distinguió a Pettigrew esperándole en una esquina, fumando un cigarrillo apoyado en el coche, y fue hacia él. Al verlo, su lugarteniente se apresuró a tirar el cigarrillo y abrirle una de las puertas traseras, luego se sentó al volante y esperó a que le confirmara el nuevo destino.

—¿Se encuentra bien, jefe? —le preguntó al ver por el retrovisor que Drake permanecía en silencio, la mirada perdida en el vacío.

—Eh, sí. Es que… —Por un momento, consideró contarle a su lugarteniente la escena que había presenciado en el restaurante, pero finalmente sacudió la mano en el aire—. Bah, da igual. Vamos a casa.

Estaba claro que los reportajes de aquella revista eran la coartada perfecta para que todas aquellas almas de mente *inestable* que debían estar encerradas en algún sanatorio mental pudieran seguir formando parte de la sociedad, incluso se reconocieran entre ellas. Sintió pena del tal Cedric, que había prometido amar a su esposa en la salud y en la enfermedad, lo cual incluía la mental.

Una vez en casa, se encerró en su despacho y finiquitó algunos asuntos pendientes. Luego tomó la cena que la cocinera le había preparado antes de irse, y finalmente se acostó, más cansado de lo habitual. Tras dedicarles una sonrisa melancólica a su esposa e hija (y al caballo, que estaba en medio), intentó avanzar un poco en el libro de poemas de William Blake que estaba leyendo, pero el sueño enseguida lo venció.

Eran las doce de la noche cuando le despertaron unos extraños ruidos. Se incorporó en la cama desconcertado. Desde la cocina, a través del pasillo, le llegaba un chocante repiqueteo de campanillas, acompañado de un ajetreo laborioso, como de ratones ocupados. Se escuchaban puertas que se abrían, cubiertos que se removían e, incluso, algo de cristal que se rompía contra el suelo. Se levantó lleno de curiosidad. ¿Serían ladrones? Pero ¿quién se atrevería a robarle a Percival Drake? Por otro lado, el alboroto, por mucho que por proximidad lo hubiera despertado a él, era relativamente débil, pues Pettigrew, al que pagaba para que durmiera con un ojo abierto en un cuarto de la primera planta, no parecía haberse enterado. Drake se envolvió en su bata, emergió al pasillo y caminó hasta la cocina, de donde ya solo le llegaba silencio, como si el ruido que él había hecho al salir de su dormitorio hubiera bastado para espantar a los presuntos ratones. Desde la puerta, alargó una mano y encendió la luz. Se encontró con un pintoresco desorden. Parecía como si alguien hubiera estado buscando algo, pero alguien especialmente torpe, quizá un ciego. Aparte de algunos armarios y cajones abiertos y dos o tres copas hechas añicos en el suelo, había varios tarros volcados sobre la encimera, entre ellos un azucarero, que al derramarse había dibujado una lengua blanca en el mármol. Distinguió unas curiosas huellas de

pisadas en el azúcar, que se propagaban por la mesa del centro de la cocina y luego bajaban al suelo y cruzaban parte de la habitación, pero en cierto momento desaparecían, como si la criatura que las había originado hubiera echado a volar o simplemente se hubiera desvanecido. ¡Qué diablos! Tomó la manivela que conectaba con la campanita que había en la habitación privada de Pettigrew y la sacudió con fuerza. Su lugarteniente apareció en la cocina un par de minutos después, con un pijama ridículo, y observó el desorden con su habitual cara de idiota.

—¿A qué huele, jefe? —preguntó, aspirando ruidosamente.

En su desconcierto, Drake no se había percatado del olor que flotaba en el aire. Imitó a Pettigrew inhalando una bocanada y tuvo que reconocer que se trataba de un aroma dulzón de lo más curioso. Parecía una mezcla de lavanda, menta, miel y algunos ingredientes más que no lograba identificar.

—¡Mire, jefe!

Pettigrew estaba arrodillado junto a la gran mesa de la cocina y trataba de desenganchar algo que colgaba de un tornillo saliente de una de las patas metálicas. Cuando lo logró, se lo mostró. Era un trozo de tela traslúcida e increíblemente sedosa, que olía intensamente a lavanda. Parecía el jirón de un vestido.

Como no pudieron extraer ninguna conclusión del retal, estudiaron un rato las huellas. Pettigrew no creía que fueran de ratas, y Drake no osó contradecirle, dado que por la vida que había llevado seguramente tendría una licenciatura en el tema. «Parecen huellas de pies —dijo desconcertado—, pies… diminutos.» Pero no se le ocurría qué podía haberlas causado. A Drake tampoco.

Finalmente, al no poder deducir nada más sobre el extraño incidente ni encontrar en otras habitaciones nuevas muestras de la presencia de lo que fuera aquello, se retiraron a dormir. Bueno, se retiró Drake, pues a Pettigrew le ordenó que se quedara en la cocina montando guardia por si al causante de las huellas le daba por volver. Olisqueando el retal, cuyo aroma de ensueño le inundaba de un extraño bienestar, Drake regresó a su habitación. Lo dejó cuidadosamente en la mesilla, junto al vaso de agua y la foto de su familia, se quitó la bata y se acostó. Intentó dormirse, pero su cabeza no dejaba de darle vueltas a lo sucedido. Si no eran ratas, ¿qué otro animal podía dejar aquellas huellas tan parecidas a piececitos humanos? No se le ocurría ninguno, pero suponía que el retal de tela debía de pertenecer a alguna de las sirvientas, cuya falda se habría enganchado en aquel tornillo saliente sin que se diera cuenta. Aunque debía reconocer que la tela era demasiado vaporosa como para pertenecer a los uniformes de sus doncellas. Sin llegar a ninguna conclusión, Drake intentó conciliar el sueño. Antes de dormirse, sonrió

preguntándose qué pensaría la muchacha del restaurante, la tal Chantal, si se encontrara aquellos indicios en su cocina.

22

Cada vez que acudía a la ópera, el concejal Drake seguía la misma rutina. Lo primero que hacía era abandonar la Royal Opera House unos veinte minutos antes de que la representación terminase. No lo hacía porque prefiriese morir intrigado o porque los desenlaces de las obras le decepcionaran invariablemente, sino para evitar salir con el resto del público y arriesgarse a quedar varado entre una marabunta de votantes que lo atosigarían con todo tipo de requerimientos durante más de una hora, que era lo que le llevaba deshacerse de ellos sin perder la compostura. Esa era una de las desventajas de su cargo de concejal, lo cual le irritaba especialmente cuando la ópera le gustaba, como era el caso. ¡Iba a perderse cómo Fausto y Margarita serían conducidos por Mefistófeles al infierno, donde permanecerían separados por toda la eternidad!, maldijo, pues le habría gustado ver qué cara ponían ante tamaña eventualidad.

Lo segundo que hacía era recorrer un par de calles a paso ligero hasta su restaurante, The Greedy Bear. Frente a la entrada, sentado en el capó del Bentley con un cigarrillo, solía encontrarse a Pettigrew, que lo esperaba pacientemente a que acabara de cenar los *ravioli al sugo* que solía devorar en su reservado. La mano divina de Vincenzo, el cocinero, siempre obraba el milagro de mitigar, al menos en parte, el disgusto de haberse perdido el final de la obra.

Entre sus rutinas no se incluía la de tropezar con ninguna bella dama al entrar al restaurante. Pero siempre hay una primera vez. Drake no la vio hasta que la tuvo encima —¡ni que lo hubiera acechado tras la puerta!—, y el impacto fue tan fuerte que casi se la lleva por delante. Por suerte, la chica logró mantener el equilibrio, aunque no pudo evitar que el enorme cartapacio que portaba se le cayera al suelo. Su lazo se abrió —¡ni que lo hubiera atado una moribunda con su último aliento!— y su contenido, un rebujo de papeles, fotos y dibujos, se derramó sobre la acera, algunos de ellos dentro de un charco. Drake observó el estropicio alarmado, y dirigió a la muchacha una mueca de disculpa, pero esta no tenía ojos para otra cosa que no fueran los papeles esparcidos a sus pies.

—Lo siento, señorita. ¡No la he visto! —se excusó.

Ella ni le miró. Se agachó y empezó a recoger los documentos antes de que se empaparan más. Él no dudó en imitarla. Se arrodilló a su lado y, algo apurado por estar obstaculizando la entrada del local, la

ayudó en la tarea. Alcanzó el que tenía más cerca, con la intención de continuar con la recolección, pero no pudo evitar que su mirada quedara prendada del dibujo. Parecía uno de esos bocetos hechos a lápiz que los naturalistas dibujaban en sus cuadernos de campo, pero no era de ningún animal, sino de un hada. La pequeña mujer alada, dibujada con más precisión que talento, estaba rodeada de abundantes notas y flechas que señalaban distintas partes de su cuerpo. Descubrió que había más estudios anatómicos semejantes de otros seres mágicos desperdigados por el suelo, mezclados con varios recortes de periódico sobre apariciones de hadas y asuntos similares, y algunas páginas mecanografiadas de lo que parecía el borrador de un artículo. La muchacha los recogió a rápidos manotazos y, finalmente, le arrebató de malos modos el dibujo que él aún retenía en sus manos. Lo añadió a la pila que había reunido y volvió a entrar en el restaurante antes de que el montón de papeles, precariamente asido, se le volviera a caer. Ante los atónitos ojos de varios camareros y comensales, lo soltó todo en una mesa libre, apartando a un lado el cartelito de reservado como quien espanta una mosca molesta. Drake se sumó al resto de los testigos que, sorprendidos y un tanto amedrentados, observaban como la muchacha desplegaba entre bufidos y maldiciones sus papeles sobre la mesa. Al comprobar que su superficie no era suficiente, empezó a tirar de la mesa vecina, también reservada, para unirla al conjunto. Como había un par de camareros tratando de detenerla, Drake se mantuvo al margen, pese a ser el dueño del local, pero cuando la dama, en su frenético ir y venir, golpeó con el brazo una cubitera que rodó por el suelo, en un estropicio de champán y hielo, decidió intervenir antes de que acabara quemando el local:

—Eh, disculpe, señorita… —dijo, tratando de llamar su atención.

—¿Qué? ¿No ve que estoy ocupada? —ladró ella sin apenas mirarle—. ¡Me ha arruinado el trabajo de meses! No sé si podré salvar algunos de estos…

—Lo lamento de veras, señorita —dijo Drake, y, en vista de que ella seguía a lo suyo, lo pensó un momento y luego se puso a recoger todos los papeles con diligencia, invitándola a ella a hacer lo mismo—. Deje que le ofrezca un sitio más cómodo e íntimo para ponerlos a secar. ¡Louis, Santino, conducid a la dama a mi reservado!

Y así, guiados por los aliviados camareros, fueron hasta una pequeña pero confortable habitación donde reinaba una enorme mesa para al menos una docena de comensales. A la muchacha se le iluminaron los ojos ante tamaña superficie y se apresuró a distribuir la veintena de dibujos que se habían mojado sobre ella. Ese gesto y la cálida intimidad del reservado, que contaba incluso con una chimenea, parecieron tranquilizarla y disipar su enfado. Drake aprovechó la tregua para reiterar sus disculpas. La muchacha se dignó

a mirarlo al fin, acompañando el gesto con una amable sonrisa.

—Muchas gracias, concejal Drake —le dijo, dándole a entender que sabía de sobra quién era. Drake no pudo evitar sonreír, divertido—. Disculpe mi enojo, he debido parecerle una maleducada, pero estos papeles son… mi vida.

—¿En serio? —Drake se inclinó valorativamente sobre ellos—. Pues entonces lo lamento aún más. Espero que pueda salvarlos…

—Bueno, no ha sido solo culpa suya. Dos personas no tropiezan si una no quiere. —Se encogió de hombros ella, asumiendo su parte en el encontronazo.

El comentario le hizo soltar una risita a Drake. La chica también tenía sentido del humor, se dijo, y sabía ser simpática si se lo proponía, lo cual acrecentaba su belleza.

—¿Ha cenado, señorita?

—No, solo había entrado para tomarme un té, pero me enfrasqué en mi artículo y se me ha ido el santo al cielo…

—Mmm… Pues yo me disponía a cenar. Aquí hacen unos magníficos *ravioli al sugo*, y ya que tiene que esperar a que los dibujos se sequen y no ha ocupado toda la mesa… ¿Qué le parece si cena usted conmigo? —le propuso—. Me gustaría invitarla, si me lo permite.

La muchacha pareció sorprendida por su propuesta, pero, tras pensarlo un instante, asintió con entusiasmo.

—Estaré encantada.

Drake llamó de nuevo a uno de los camareros, al que encargó la comanda, y luego, cuando volvieron a quedarse solos, invitó a la chica a tomar asiento. Mientras ella lo hacía, la contempló con la sorpresa de un entomólogo que ha descubierto algo inesperado en su red. La chica tendría unos veinte años, poseía una delgadez elegante, un rostro armonioso y una sonrisa atractiva. Todo apuntaba a que, al final, aquella cena improvisada iba a resultarle de lo más agradable.

—Bueno, usted ya sabe quién soy —le dijo tras sentarse él también, para romper el hielo—, pero yo lo ignoro todo de usted, salvo que tiene una afición muy extraña.

Ahora le tocó reír a ella.

—Me llamo Violet Schofield —le dijo, tendiéndole la mano, que Drake estrechó caballerosamente—. Y esto no es ninguna afición. Estudio Fadalogía en la Universidad de Cambridge.

—¿Fadalogía?

En ese momento, el camarero apareció con una enorme ensalada de pollo, tomate y pepino, una fuente de salmón al horno que despedía un agradable olor a tomillo, los celebrados raviolis y un pudin de fresas como postre. Cuando desapareció, cerrando la puerta del reservado y devolviéndoles su intimidad, Drake retomó la

conversación donde la habían dejado:

—Me estaba diciendo que estudiaba…

—Fadalogía.

—Nunca he oído hablar de esa formación universitaria —le confesó Drake, sacando su pitillera y ofreciéndole un cigarrillo a la muchacha, que esta declinó.

—No me extraña —sonrió ella—. Es una carrera vinculada al Departamento de Zoología de la Universidad de Cambridge, pero no está acreditada. Al menos, por ahora. El profesor Ulysses Culpepper, el jefe del departamento, la propuso hace unos años, pero no consiguió que el comité la aprobara —explicó con cierto pesar.

—¿Por qué no? —preguntó Drake, encendiéndose su cigarrillo.

—Por la materia objeto de su estudio, que, como puede ver, es un tanto especial —respondió ella, señalando los papeles puestos a secar.

—¿Las hadas? —preguntó Drake, para asegurarse de que se refería a eso.

—No solo las hadas —puntualizó ella—, sino las criaturas feéricas en general, lo que incluye a los elfos, trasgos, sirenas, duendes y demás espíritus elementales. Se creó a raíz de unos *curiosos* descubrimientos de Darwin, no incluidos en sus libros, por supuesto —le aclaró con una sonrisa misteriosa—. Por desgracia, el comité universitario no lo aprobó, como le he dicho. Es más, algunos de sus miembros ridiculizaron al señor Culpepper. Las rivalidades entre departamentos son feroces. Pero él no es de los que se rinden, así que, de momento, es una carrera con muy pocos alumnos porque no está acreditada. Somos como una especie de organización secreta… —dijo entre divertida y orgullosa—. Y comprenderá que no nos guste demasiado publicitarla a causa de la reacción poco favorable de la mayoría de la sociedad.

—Entonces, ¿usted cree en las…? —Drake no se atrevió a acabar la pregunta.

—Por supuesto —respondió ella de todas formas—, ¿cómo no iba a creer?

Drake la contempló con curiosidad hundir el tenedor en la ensalada y lanzó la pregunta de rigor:

—¿Tiene pruebas de su existencia?

—En el departamento del profesor Culpepper no nos dedicamos a leernos cuentos de hadas unos a otros, concejal. No somos folcloristas, somos científicos. Estudiamos empíricamente las numerosas pruebas de su existencia que hay repartidas por todo el mundo. Pero yo no solo estudio a los seres feéricos. También los fotografío. Mi marido y yo nos dedicamos exactamente a eso. Somos fotógrafos mágicos.

Buscó una tarjeta en su bolso y se la tendió a Drake, que la tomó con curiosidad.

—«Especialistas en hadas, duendes y otros espíritus elementales» —leyó con asombro—. ¿Quiere decir que ustedes ven a diario a todas estas… criaturas?

—Mi marido no, el pobre tiene una sensibilidad muy básica. Pero yo sí —respondió Violet, ufana—. El ojo humano solo puede ver lo que se encuentra dentro de los límites del espectro luminoso, y las hadas emiten una vibración tan tenue y sutil que quedan más allá de nuestra percepción, por lo que la mayoría de las personas no pueden verlas. Pero hay algunas excepciones. Muchos niños, por ejemplo, pueden captar esas vibraciones, al menos hasta que alcanzan la pubertad. ¿Sabía que de niño el poeta William Blake presenció una procesión de hadas por un bosque con motivo del funeral de una de ellas, cuyo cuerpo portaban en un pétalo de rosa? —Drake negó, al tiempo que sentía un escalofrío por tratarse del poeta que estaba leyendo en aquel momento—. El profesor Culpepper dice que no cree que las hadas necesiten enterrar a los suyos, que probablemente fuera una parodia de las costumbres humanas. ¡Les encanta imitarnos!… Pero me estoy dispersando, concejal —dijo la chica sacudiendo la cabeza—. Aparte de los niños, también las ven las personas que tienen sensibilidad parapsíquica, como es mi caso. Mi bisabuela fue una médium muy conocida en su época, y yo heredé su don, lo que llaman *visión astral*, o *segunda visión*, si usamos la terminología del reverendo Kirk. Aunque no puedo verlas con nitidez… Solo las intuyo.

La muchacha aguardó unos segundos a que él reaccionara de alguna manera a su revelación, pero a Drake no se le ocurrió cómo hacerlo sin ofenderla, que era lo último que pretendía. Se limitó a darle una calada a su cigarrillo y expulsar el humo con parsimonia, sin dejar de observarla con la sonrisa cortés que anidaba en sus labios desde el inicio de la conversación. A ella no pareció molestarle su estoicismo y continuó con su explicación. Después de todo, había sido él quien había preguntado.

—Aparte de eso, existen ciertas circunstancias que pueden potenciar la *segunda visión* en algunas personas, como la pérdida de un ser querido, una herida o una enfermedad graves o, simplemente, los instantes previos a su muerte. Algo, en cualquier caso, que altere su cuerpo y exacerbe sus sentidos de algún modo, permitiéndole ver a esos seres que no se mueven en nuestra realidad de tres dimensiones, sino en un plano astral.

Drake apretó la mandíbula, sopesando sus palabras. Entonces, ¿las había visto realmente su hija? ¿No habían sido alucinaciones? ¿Había hadas revoloteando sobre su cama, más allá de los límites de sus sentidos, pero perfectamente visibles para ella, a la que su enfermedad, sumada a su corta edad, había prestado las mágicas lentes de la *segunda visión*? Y la joven del Poor Pierrot, ¿tenía también

ese don, del que su marido había sido evidentemente privado? Pero aquello no podía ser cierto. Las hadas no existían, no podían existir, ni en este plano ni en ninguno, y aquella joven no iba a convencerlo de lo contrario por mucha seguridad con la que hablara.

—¿Se arrepiente de haberme invitado a cenar, concejal?

—¿Qué? No, yo…

—No disimule —le cortó ella con una sonrisa. Su azoramiento pareció divertir a la chica—. Conozco de sobra esa mirada. Piensa que en el Departamento de Fadalogía todos estamos locos, que ha invitado a cenar a una demente que debería estar internada en un asilo para lunáticos. No se preocupe, no voy a atacarlo con un tenedor si me dice que no se cree ni una sola palabra de lo que le he dicho.

—Eso me tranquiliza, señora Schofield, porque odiaría estropear esta agradable cena. Pero ya que me pide sinceridad… —Drake tomó una profunda bocanada de aire. Ella le había lanzado el guante y él no podía ignorarlo—, le confesaré que, tal y como sospecha, no creo en las hadas —intentó purgar su voz de cualquier atisbo de desdén o suficiencia que pudiera desairarla. Más parecía que estuviera confesándole una tara—. Me sorprende que exista un departamento en Cambridge dedicado a estudiarlas, pese a no tener pruebas fehacientes de ellas. Y en cuanto a lo que fotografían usted y su marido… —Se encogió de hombros sin saber cómo continuar—. En fin, señora Schofield, ¿qué puedo decir? Está ante un hombre que no cree en nada que no vea con sus propios ojos, incluido Dios.

—Yo tampoco creo en Dios —dijo la muchacha—, y me sorprende que exista toda una religión alrededor de algo de lo que no hay *pruebas fehacientes*. —Le dedicó una sonrisa a Drake, que se la devolvió—. Personalmente pienso que es una especie de placebo que hemos inventado para sobrellevar el misterio que nos supone nuestra propia existencia y que la Iglesia ha sabido aprovechar en su favor para mantenernos sometidos.

A Drake le sorprendió tanto la contundencia de sus juicios como el hecho de que los tuviera. Estaba poco acostumbrado a tratar con mujeres inteligentes, que no abundaban en el mundo de la política, y que, al parecer, estaban floreciendo secretamente en las aulas de las universidades. Ahora tenía delante a una mujer *moderna,* rebosante de opiniones propias, a la que seguramente le resultaba frustrante tener que vivir en una sociedad gestionada por la estulticia de los hombres o esperar a los treinta años para poder votar. Su forma de mirarlo, arrugando la nariz y con la cabeza ligeramente ladeada, como si pudiera leer las palabras que se escribían en su mente antes que él alcanzara a pronunciarlas, lo incomodaba y excitaba a partes iguales.

—Ahora entiendo por qué ninguno de los dos se ha animado a bendecir la mesa —se atrevió a bromear.

—Desde luego, conmigo no cuente —rio ella—. Aborrezco a todas esas sotanas que pretenden dictar nuestro comportamiento. Además, el apogeo del cristianismo fue la causa del declive de las hadas. ¿Lo sabía?

Él negó, y, en un discurso vehemente, la muchacha le explicó que muchas leyendas coincidían en señalar que por no hacer caso a aquel nuevo culto las hadas habían sido castigadas y condenadas a vivir reducidas de tamaño hasta el día del juicio final. Pero lo más sucio había sido cómo el clero de aquella religión naciente había adaptado los enclaves paganos, que tanto decían despreciar, a su propia conveniencia: no solo prohibieron los altares dedicados a las hadas y los elfos, sino que los reconvirtieron, igual que las fuentes mágicas o los árboles sagrados de los druidas, en lugares de adoración a la Virgen María.

—Por su cara veo que mi grado de locura aumenta con cada cosa que digo —sonrió la chica.

—Jamás la consideraría loca por creer en las hadas —respondió educadamente Drake.

—Ni yo a usted loco por *no* creer en ellas.

Drake se dejó caer cómicamente en el asiento en aptitud derrotada.

—*Touché*.

—¿Sabe? —dijo Violet—. A las hadas les hace mucha gracia que no todos los humanos crean en ellas, cuando todas ellas creen en los humanos, aunque la mayoría no nos haya visto nunca…

Drake sonrió, y ella le devolvió la sonrisa. Durante unos minutos, ambos se concentraron en la comida. Varios bocados después, ella volvió a tomar la palabra.

—Una lástima lo de su escepticismo, que el hecho de que cientos de personas de toda clase y condición, desde personas humildes hasta reyes, afirmen haberlas visto a lo largo de los siglos no sea suficiente para usted, porque me temo que nuestro departamento tiene los días contados —se lamentó.

—¿Y eso? —se interesó Drake, asaltado por una pena absurda.

—Por falta de inversores. Aunque el profesor Culpepper no quiera reconocerlo abiertamente, eso nos impide desarrollar cualquier proyecto de investigación. Ahora, por ejemplo, estamos intentando organizar una expedición a Eikerapen, un pueblo del condado de Agder, en Noruega. ¿Lo conoce? —Drake negó con la cabeza—. Se encuentra en la orilla suroeste de un lago donde al parecer vive una colonia de hadas acuáticas que aún no hemos catalogado. Ojalá podamos sacar adelante la expedición. Las hadas nórdicas son mi especialidad. ¡Y sería mi primer trabajo de campo fuera de Inglaterra! —exclamó con un entusiasmo de niña.

—¿Ha dicho hadas acuáticas? Veo que hay de varias clases.

—Sí, ni se imagina cuántas —le explicó ella—. Se pueden distinguir tanto por su apariencia como por su origen. Nuestro departamento se ha adjudicado la titánica misión de clasificarlas —anunció con orgullo.

Y se puso a enumerarle los diferentes tipos de hadas que existían, de las cuales habían catalogado casi el ochenta por ciento, pero él no le prestó atención, hechizado como estaba por el despliegue de gestos apasionados con que la muchacha le hablaba del asunto que, ya no albergaba dudas, era su vida. Se preguntó cómo era posible que aquella chica, en apariencia sensata e inteligente, pudiera creer en todo eso. Por un momento, sospesó la idea de contarle lo que le había ocurrido la noche anterior por si pudieran ser hadas, pero lo descartó. No quería considerar ni remotamente esa posibilidad. Porque, aunque le había dicho que pensaba que no estaba loca, lo cierto es que pensaba todo lo contrario. La muchacha estaba loca y nada de eso existía, ni el Departamento de Fadalogía, ni el tal profesor Culpepper ni por supuesto las hadas. Todo eso era una fantasía suya. Una fantasía de la que quizá ella era víctima sin ser consciente de ello.

—¿Qué comen las hadas? —le preguntó aprovechando un alto que la muchacha hizo en su discurso, con la intención de comprobar hasta dónde había cuidado los detalles de su invención.

—Su plato preferido es la leche de vaca, mezclada con miel y azafrán —respondió ella sin la menor vacilación, y luego le dedicó una sonrisa simpática—. Tal vez esperaba que le dijera que se alimentaban del aire del tiempo, del rocío de la mañana, del perfume de las flores o cualquier otra bobada poética. Pero no: las hadas necesitan alimentarse como cualquier otro ser vivo.

—Ya veo. Entonces, si las hadas visitaran cada noche mi casa, es solo un ejemplo, ¿podría dejarles un plato de eso y se lo comerían?

—Sí, no le quepa duda. ¡Les encanta! Aunque usted no lo percibiría.

—¿Y eso por qué?

—Porque la mayoría de los estudiosos coinciden en que los seres feéricos se alimentan de la esencia sutil de los platos que se les presentan y dejan la parte material, buena solo para ser ingerida por los hombres después de que las hadas hayan comido, se hayan alimentado de su alma. El mismo plato serviría, pues, dos veces.

Drake sonrió para sí. Para tratarse de una fantasía, estaba mejor hilvanada que muchas partes de la realidad.

—Ahora entiendo por qué son tan pequeñas. Con esa dieta… —bromeó.

Ella dejó escapar una risita, celebrando su chanza. «Algo que no haría una loca», pensó Drake. Una loca habría intentado clavarle el tenedor.

—No todas las hadas son mujeres en miniatura con alitas, como las

que ilustran los cuentos —aprovechó para instruirle la muchacha—. Es cierto que algunas son diminutas, como la reina Mab, que cabe en una cáscara de nuez. Pero otras tienen el aspecto de niños de diez años y son tan traviesas y revoltosas como ellos. Oberón, el esposo de la reina Titania, se considera tanto un enano, por su estatura, como un elfo, por su grácil belleza. Y otras, como las llamadas hadas de la corte, tienen el tamaño y el aspecto de humanos adultos, como la propia Titania, por ejemplo. No habría forma de distinguirlas de una mujer humana, salvo por su belleza sobrenatural. —Drake se recostó en su silla, abrumado por la cantidad de detalles de aquel mundo fabuloso que un puñado de locos había ido tejiendo a lo largo de los siglos—. Pero las hadas no solo encarnan el ideal femenino. Son también agentes de la providencia que reparten a su alrededor la riqueza, la fecundidad, la felicidad, la inspiración y hasta se encargan de tejer nuestro destino.

—¿De tejer nuestro destino? ¿Como las moiras griegas? —preguntó Drake, a quien siempre le había interesado ese asunto.

—Sí, como las moiras, las parcas romanas, las nornas urdidoras de los vikingos o cualquiera de las muchas figuras equivalentes de otras mitologías.

—¿Y cómo lo hacen?

—Las hadas hilanderas anudan el hilo de la vida de cada hombre asistiendo a su nacimiento inclinadas sobre sus cunas —le explicó ella —, devanan ese hilo a capricho, guiando su sino en secreto, y finalmente deciden cuándo cortarlo. —Imitó el corte de unas tijeras con los dedos, un gesto efectista que inquietó un poco a Drake.

—Entonces, ¿no estamos cenando juntos por casualidad? —bromeó.

Ella lo miró con seriedad, y el concejal enseguida se arrepintió del comentario, que, aunque inocente, podía malinterpretarse. Aprovechó el tenso silencio para encenderse otro cigarrillo.

—Bueno, parece que los documentos están casi secos —dijo ella al fin—. ¿Me alcanza ese de ahí?

Drake cogió con delicadeza el papel mecanografiado al que se refería.

—Me temo que este ha quedado bastante estropeado —comentó.

—Bueno, solo era un borrador de mi artículo para la revista *The Occult Review*.

—«Algunas razones por las que las hadas raptan niños humanos» — leyó Drake por curiosidad antes de entregárselo—. ¿En serio? ¿Eso hacen?

—Sí, es una práctica frecuente. Demasiado, por desgracia. Las hadas y los elfos tienen muchas dificultades para perpetuarse. Si solo dependieran de ellos mismos para engendrar descendientes, su linaje se extinguiría rápidamente. Por eso raptan bebés humanos con

frecuencia y los añaden a sus filas, para aportar sangre vigorosa a sus lánguidos torrentes sanguíneos, dejando en su lugar un objeto encantado, un pequeño tronco de árbol, por lo general, para que los padres no noten su ausencia. Antaño, las madres solían defender las cunas de sus retoños colgando tijeras abiertas o algún otro objeto de hierro en la cabecera. Según escribió el reverendo Robert Kirk en su libro *La comunidad secreta*, el hierro frío es lo que más temen las hadas. Su magia no sirve contra el hierro. El pobre reverendo, por cierto, murió un año después de publicar el libro, aunque algunos dicen que no murió, que como castigo por haber desvelado sus secretos, un hada lo hechizó haciendo parecer que había sufrido una apoplejía y que lo que enterraron fue cualquier otra cosa, que el bueno del reverendo permanece cautivo en el País de las Hadas.

—Ya... ¿Y dónde está ese país, en el fondo de un estanque con cisnes o algo así?

Ella ignoró la broma, y se tomó la pregunta muy en serio:

—Algunos estudiosos piensan que las hadas y demás seres elementales son algo así como manifestaciones de ciertos aspectos de la naturaleza, con lo cual no vienen de ninguna parte, sino que son como una excrecencia mágica de nuestro propio mundo. Por suerte, es una corriente minoritaria. En el departamento, como la mayoría de los estudiosos, creemos que habitan un mundo distinto al nuestro, pero interconectado a él. Antiguamente, el hombre convivía con los espíritus, los dioses y la naturaleza en una armonía perfecta. Pero el voluble carácter del hombre, capaz tanto de lo mejor como de lo peor, acabó propiciando nuestra separación del pueblo mágico.

—No les caemos bien —concluyó Drake.

—No demasiado. Como mucho, nos toleran. Piense que las hadas no pueden entender el libre albedrío del hombre, esa facultad que les permite elegir entre el bien y el mal. Ellas no se mueven entre esas coordenadas. Actúan por impulso, sin la menor conciencia de sus actos, sean benéficos o malvados. Digamos que los espíritus elementales son amorales. O si lo prefiere, que tienen una conciencia *neutra*. Por tanto, al ser testigos de nuestros actos de venganza, del odio, del rencor y de la maldad fría y premeditada, se fueron alejando. Yo incluso añadiría que muchas de nuestras costumbres les desagradan o les resultan aberrantes: talamos árboles, arrancamos flores, contaminamos el aire con nuestras fábricas, rociamos las plantas con insecticidas y lo llenamos todo con el humo del tabaco. Nada de eso puede ser bien visto por un espíritu de la naturaleza. —Drake apagó el cigarrillo que acababa de encender y miró con apuro las dos colillas que había en el cenicero—. Así que ambos mundos se fueron alejando progresivamente el uno del otro hasta habitar universos separados. El País de las Hadas está en un plano diferente de

existencia, una dimensión paralela, por así decir, aunque muchos de ellos saben cómo cruzarla y lo hacen con frecuencia. También unos pocos de nosotros pueden cruzar al otro mundo, pero aún no sabemos por qué, salvo que siempre son el séptimo hijo, y en todo caso son unos pocos escogidos que generalmente mantienen sus *excursiones* en secreto.

La muchacha acabó su perorata a la vez que su trozo de pudin de fresas y colocó la cucharita sobre el plato. Drake la imitó, aunque apenas había comido del suyo.

—Bueno, muchas gracias por la cena, concejal. Ha sido deliciosa —dijo la joven—. Espero no haberle aburrido demasiado.

—¡Para nada! Muchas gracias a usted por haber accedido a acompañarme —le agradeció él, ayudándola a recogerlo todo.

—Espero que mis historias, si no le han hecho reconsiderar sus creencias, al menos le hayan resultado entretenidas —le dijo la chica una vez que lo hubo guardado todo en el cartapacio.

—Me temo que solo si me trajera de Noruega un ejemplar de hada acuática en una pecera podría creerla —sonrió Drake, devolviéndole la tarjeta.

—¿Seguro? Porque se dice que no tienen alas —bromeó ella, rechazando la tarjeta con un gesto—. Quédesela, por si algún día nos necesita. Las hadas se le pueden aparecer a cualquiera, crea o no en ellas.

La muchacha abandonó el reservado dejándolo con una sonrisa en los labios. Drake volvió a sentarse, sacó un cigarrillo y se lo fumó en la intimidad del habitáculo, jugando con la tarjeta que ella le había dado. Era una muchacha atractiva e inteligente. Lástima que estuviera loca, o, para no ser despectivo, que tuviera una mente inestable sin diagnosticar.

Cuando se acabó el cigarrillo, lo apagó en el cenicero, donde arrojó también la tarjeta. Luego se puso el sombrero y se dirigió a la puerta del reservado. Estaba a punto de abandonarlo, la mano aferrada ya al picaporte de la puerta, cuando se detuvo. Tras unos segundos de duda, volvió sobre sus pasos, rescató la tarjeta del cenicero y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta sin saber por qué. Aquel impulso irracional le pareció impropio de él. «Como si una de esas hadas hilanderas me guiara», pensó con una sonrisa.

23

Esa noche Drake intentó avanzar en el libro de poemas de William Blake, pero le fue imposible. No porque el sueño lo rondara ni porque se imaginara al poeta de niño asistiendo al cortejo fúnebre de una docena de hadas, que cruzaban un bosque con una de ellas tumbada sobre un pétalo de rosa (aunque se hacía la muerta), sino porque no podía sacarse de la cabeza la voz de la muchacha con la que había cenado, dulce y ronca al mismo tiempo, hablándole de un mundo mágico. ¿Qué significado tenía aquel encuentro? ¿Con qué propósito *sus* hadas hilanderas, que habrían tenido que manipular docenas de hilos, los habían hecho chocar a los dos en la entrada del restaurante?, se preguntó con una sonrisa divertida. Dado que la mujer estaba casada, y que él había dado la espalda al amor hacía mucho, no podía ser con fines románticos, aunque, por el silencio grave de ella, le parecía que así lo había interpretado. ¿Y acaso durante aquella agradable cena no había sentido una especie de chirriar interior, como si una máquina largamente en desuso quisiera ponerse en marcha?

En algún momento, se durmió, aunque solo para despertar sobresaltado un par de horas después. Un extraño alboroto reinaba al otro lado del pasillo. ¿Campanillas, otra vez? Atándose la bata, se dirigió a la puerta. Al abrirla, vio venir hacia él a Pettigrew, trotando por el pasillo con la pistola empuñada.

—¡Métase dentro, jefe! —le gritó—. Sea lo que sea lo de la noche pasada, ha vuelto. Pero esta vez me ha pillado preparado. Enciérrese, no vaya a ser peligroso. ¡Yo me ocupo de todo!

Antes de que pudiera reaccionar, un agitado Pettigrew le cerró la puerta en las narices, y Drake lo oyó alejándose al galope por el pasillo. En el breve instante en el que había tenido la puerta abierta, había percibido el mismo aroma a infancia feliz flotando en el aire, lo cual corroboraba lo que le había dicho su lugarteniente: la *presencia* había vuelto. Junto a la puerta cerrada, sin atreverse a abrirla, aguzó el oído, intentando hacerse una idea de lo que estaba sucediendo fuera a través de los ruidos que llegaban hasta él. Escuchaba las alocadas carreras de Pettigrew de un lado a otro de la planta, persiguiendo el sonido de las campanillas, y no le resultaba difícil calcular qué habitaciones estaba registrando. Cuando su trote resonó más lejano, dedujo que debía de encontrarse en la biblioteca, la habitación más apartada de su dormitorio. De repente, se oyeron varios disparos. Uno,

dos, incluso tres. Y un estrépito de cristales rotos. Drake se sobresaltó. Luego, silencio. Un silencio hecho de minutos que se estiraban como un acordeón, inquietándolo aún más que los tiros. ¿Contra qué habría disparado Pettigrew? ¿Y por qué no regresaba a informarle de lo sucedido? ¿Estaba muerto, quizá? Drake esperó un par de minutos más, sin saber qué hacer. El silencio continuó inalterable. Ni los extraños visitantes ni Pettigrew producían el menor sonido. Harto, abrió la puerta y caminó sigilosamente por el pasillo, constatando que el aroma a infancia se hacía cada vez más denso. Fue examinando habitación por habitación, sin encontrar el menor rastro de su lugarteniente ni de lo que había estado persiguiendo, fuera lo que fuese. Finalmente, se encaminó hacia la biblioteca, la última habitación que le quedaba por inspeccionar. Desde la puerta, pudo ver varias baldas vacías, algunas vitrinas abiertas y una marea de libros esparcidos por el suelo. También comprobó que uno de los sillones de orejas estaba volcado sobre la alfombra. Y finalmente, vio a Pettigrew inmóvil en el centro de la estancia. Estaba de espaldas a la puerta, mirando hacia el amplio ventanal del fondo. Observó que ambos brazos le colgaban flojos a los costados, el derecho rematado por la pistola, que sostenía lánguidamente con el hocico aún humeante apuntando a la alfombra. Reparó en que el ventanal tenía varios vidrios rotos, probablemente a causa del impacto de las balas, que también se habían llevado por delante un jarrón de porcelana que había en una mesita. Pero no había nadie ni nada más en la estancia. Fuera lo que fuese a lo que había disparado, debía de haber fallado.

—¡Joe, qué demonios ha pasado! —exclamó colocándose a su altura.

Pettigrew no contestó. Continuó con la mirada clavada en el ventanal sin mostrar la menor señal de haberlo oído o percibir su presencia. Observó que tenía el rostro ligeramente desencajado, fijado en una expresión de espanto, y sus ojos estaban llamativamente enrojecidos, como si hubiera atravesado el humo de un incendio o se los hubiera frotado con saña durante horas. Drake lo sacudió del hombro, pero ni se inmutó. Mantenía una postura extrañamente envarada. Parecía que su cuerpo ya no dispusiera de articulaciones. Lo zarandeó como quien sacude un manzano para que suelte sus frutos, sin conseguir que su lugarteniente rompiera aquel hieratismo que le recordaba a los sonámbulos.

Sin saber cómo *despertarlo* —descartó golpearlo o dispararle en un pie, al menos de primeras—, corrió a la cocina, cogió el cubo de agua sucia que la sirvienta siempre dejaba en el cuartito de las escobas y regresó a la biblioteca. Se colocó de nuevo ante el pasmado lugarteniente y se lo echó encima. Eso le hizo revivir. Pettigrew sacudió la cabeza, escupiendo agua y maldiciones.

—¿Dónde están? —preguntó, mirando primero hacia el ventanal y rebañando luego la habitación con una mirada urgente. Parecía desconcertado.

—¿Quiénes?

—Les he disparado…, pero las balas las atravesaron como si fueran de aire…

—¿A quién, Joe? ¿A quién has disparado?

El otro negó con la cabeza.

—No va a creerme, jefe. Hasta yo dudo de lo que…

Drake lo interrumpió cogiéndole por las solapas de la camisa.

—¡Maldita sea, Joe! ¿Qué demonios has visto?

—Eran tres… —balbució Pettigrew, sin atreverse a acabar la frase.

—¿Tres qué?

—Tres… hadas.

Drake lo soltó y trató de digerir la información.

—Hadas… —musitó.

—Sí, jefe. Eso me parecieron… —explicó el otro visiblemente alterado—. Les disparé, les disparé varias veces…, pero se desvanecieron. Y entonces, una de ellas dirigió sus manitas hacia mí y… me lanzó una especie de rayo de luz directo a los ojos. Es lo último que recuerdo…

—Probablemente fuera un hechizo —dijo Drake.

Pettigrew lo observó, desconcertado, sorprendido de que le creyera, en vez de convencerlo de que su mente le había jugado una mala pasada, que eran mapaches, enanas disfrazadas o algo por el estilo. Se miraron un rato sin saber qué decir. Eran dos hombres repentinamente hermanados por la constatación de que el mundo es algo más que lo que veían, que tenía un doble fondo que pasaba inadvertido a casi todos.

—Anda, vuelve a tu habitación, cúrate esos ojos y acuéstate —le aconsejó Drake en tono paternal—. Y dame la pistola. Yo me quedaré aquí por si vuelven. Hoy descansa tú.

Pettigrew asintió lentamente, le entregó el arma y salió de la habitación todavía medio alelado, como si hasta que su jefe no se lo hubo confirmado se resistiera a creer que verdaderamente había visto hadas.

Drake depositó la pistola en una mesita, levantó el sillón volcado y empezó a recoger los libros para devolverlos a sus estanterías. Se encontró varios libros sobre las hadas que no recordaba tener en su biblioteca: el *Libro de las ninfas, los silfos, los pigmeos, las salamandras y los demás espíritus* de Paracelso, las *Leyendas irlandesas* de Croker y un ensayo sobre hadas de un tal Charles Lamb. ¿Cuándo había comprado aquellos libros? Y sobre todo, ¿con qué motivo? ¿Quizá durante aquella época oscura que había precedido a la muerte de Molly,

cuando vivía bajo los dictados del alcohol? Era posible, por eso ni se acordaba. O tal vez formaran parte de alguno de esos lotes que adquiría cuando subastaban la ingente biblioteca de algún escritor o prohombre fallecido. Bueno, fuera cual fuese el derrotero que aquellos libros habían seguido para integrarse en su biblioteca, no se le ocurría un mejor momento para echarles un vistazo.

Los amontonó en la mesita junto al sillón, donde ya había colocado la botella de whisky, y se dispuso a pasar en vela el resto de la noche. Tenía mucho en lo que pensar, muchas cosas que valorar y conclusiones a las que llegar. ¿Por dónde empezar? Bueno, era obvio. Dado que las hadas no existían, Pettigrew estaba mintiendo. Pero ¿con qué propósito? ¿Quería volverlo loco? ¿Para qué? Su lugarteniente siempre le había parecido un imbécil ambicioso, y no dudaba de que, pese a todo lo que había hecho por él, se la tuviera jurada por haberle arrebatado su patética banda. Su cerebro rudimentario debía de ir acompañado de un alma a juego, que funcionaba a base de emociones básicas y pueriles, como la de vengar a toda costa una afrenta magnificada por un orgullo ridículo. Pero si aquello era un plan de venganza, a Drake le costaba entender su propósito, por no hablar de lo enrevesado que le parecía. De momento, le había seguido la corriente, aceptando sin aspavientos la existencia de las hadas para ganar tiempo y ver cuál era su siguiente movimiento. Si iba a desenmascararlo, convenía que aquel idiota creyera que lo había engañado. Que su plan, fuera cual fuese, estaba funcionando.

¿Y la muchacha?, ¿qué pintaba en todo esto? Porque la aparición de Violet Schofield no podía ser casualidad, se dijo. Tras una vida que siempre había discurrido alejada del mundo mágico, no se tragaba la casualidad de que en los últimos días las hadas lo rodearan por todas partes. ¿Se conocían la tal Violet y Pettigrew? ¿Era la muchacha el cerebro de la operación y Pettigrew un mero agente a sus órdenes? Eso le resultaba más creíble. ¿Y no decía Sherlock Holmes que cuando se eliminaba lo imposible, lo que quedaba, por improbable que fuera, era la verdad? Pues bien, en este caso las hadas eran *lo imposible*.

¿O no?, se dijo observando con recelo la pila de libros sobre hadas que había en la mesita. Alargó una mano y estuvo un largo tiempo ojeándolos. Todos aquellos autores creían firmemente en la existencia de las hadas y sus hermanos feéricos. El tal Lamb, por ejemplo, hacía una defensa de su existencia tan apasionada como carente de pruebas. No parecía necesitarlas para nada. Drake intentó ver el asunto desde esa perspectiva. Dejó a un lado su mente racional, como quien aparta un tronco que le obstaculiza el camino, y estudió los sucesos aceptando la existencia de las hadas. Bajo esa luz, las preguntas eran diferentes: ¿por qué estaban visitando su casa? ¿Qué querían de él? ¿Por qué podía verlas Pettigrew, porque su mente era tan simple como

la de un niño? Se durmió acunado por las palabras de Paracelso, que afirmaba que «todas las criaturas mágicas tenían su lugar correspondiente en medio de la creación y ninguna había sido creada sin fundamento».

Con su ensayo abierto en el regazo lo encontró el amanecer. Drake se levantó con el cuello dolorido y la mente congestionada de pensamientos desordenados. Por primera vez en su vida, sentía que la situación le superaba. Desayunó con calma, dejando que su mente racional fuera ahuyentando las tinieblas de la noche y dibujando a su alrededor un mundo coherente y estable. Debía arrumar sus pensamientos para enfrentar las tormentas mágicas que sin duda se avecinaban.

A mediodía, llamó a la Universidad de Cambridge y pidió hablar con el jefe del Departamento de Zoología. Su secretaria le dijo que aguardara un momento y Drake obedeció, sintiendo cómo el corazón se le aceleraba. No tenía claro qué pretendía con aquella llamada, que más parecía una travesura. Suponía que desenmascarar a la muchacha, pero no podía evitar sentir una punzada de melancolía, pues estaba a punto de aniquilar la posibilidad de que ese mundo tan bonito que habitaba la chica fuera real.

—¡El profesor Culpepper al habla! —atronó al otro lado una voz ronca.

Drake dio un brinco, se recompuso y se presentó.

—Buenos días, profesor. Soy el concejal Percival Drake.

Su interlocutor guardó unos segundos de silencio, supuso que ubicando su nombre. Volvió a hablar para decirle que había oído sus hazañas y, tras mostrar su sorpresa por la llamada, le soltó un puñado de lugares comunes sobre política. Parecía un tipo afable, con ganas de charla. Drake se obligó a mantener una conversación insulsa sobre los engranajes del mundo político, que el otro comparó con las luchas intestinas entre la casta universitaria, y solo cuando juzgó que el hielo estaba más que roto, se decidió a revelarle el asunto de su llamada.

—He sabido que, aparte del Departamento de Zoología, usted dirige otro, digamos…, más especial.

Su locuaz interlocutor guardó un brusco silencio.

—No le entiendo —dijo al fin.

—Me refiero a la carrera de Fadalogía.

—¿Fadaqué?

—Fadalogía, una disciplina que estudia a las hadas.

—¿A las hadas, dice usted?

—Hadas y otros seres feéricos —matizó Drake—. Como gnomos.

—Ya…, pues me temo que lo han informado mal, concejal —respondió el profesor—. En mi departamento estudiamos la anatomía, fisiología y el comportamiento animal. Son estudios más aburridos,

pero al menos los conejos, ratones, lagartos y el resto de nuestros sujetos de estudio existen —bromeó—. Le aseguro que el dragón de Komodo es, con diferencia, la especie más rara que hemos estudiado. Esos bichos son grandes, pero de *dragones* solo tienen el nombre.

—Bueno, disculpe entonces. Está claro que me han informado mal —dijo Drake, molesto por la risa sardónica con la que el profesor había rubricado la respuesta. Hizo amago de colgar, pero en el último momento tuvo una corazonada y añadió—: Y es una lástima, porque pensaba financiar algunos de sus proyectos. Buenos días, profesor.

—¡Espere, señor Drake! —gritó el otro antes de que tuviera tiempo de colgar.

—¿Sí?

—Verá… Lo han informado bien: el Departamento de Fadalogía existe. ¡Vaya si existe, pese a quien pese! Y yo soy quien lo dirige. Siento haberle mentido —se excusó—, pero debo andarme con cautela, ¿sabe? A veces recibo llamadas de personas que solo quieren confirmar que estudiamos a las hadas para burlarse de nosotros.

—No es esa mi intención, profesor —lo tranquilizó Drake, tratando de disimular su sorpresa.

—Lo sé, concejal. A veces tengo tan automatizada la respuesta disuasoria que… Pero sí, dirijo un departamento paralelo en el que estudiamos a los seres feéricos.

Y a grandes rasgos, le contó a qué se dedicaban, sin aportar nada nuevo a lo que ya la muchacha le había contado durante la cena, y con mucho más detalle. Iba a despedirse, una vez demostrado que la chica no mentía, cuando se le ocurrió preguntar, ya puestos:

—Y dígame, profesor, ¿tiene alguna prueba que un escéptico impenitente como yo pueda ver, incluso tocar?

—Veo que es de los que necesita meter los dedos en las heridas de Cristo… —rio el profesor—. Pero me temo que no, señor Drake. Si tuviéramos un hada en una jaulita no nos haría falta actuar en las sombras. Tendríamos a todos los inversores a nuestros pies. De ser así, estoy convencido de que hasta el primer ministro financiaría un proyecto para estudiar los excrementos de los duendes. —Y volvió a soltar otra carcajada, que obligó a Drake a retirarse el auricular de la oreja—. Pero conseguir una *prueba definitiva* es realmente complicado, mi querido concejal. Las hadas son difíciles de atrapar, ¿sabe? No es como cazar ratas o conejos. Ahí donde las ve, las hadas son criaturas inteligentes, sagaces y, sobre todo, muy poderosas. Hace unos años, un colega me mandó un telegrama informándome de que había cazado un hada, pero cuando me trasladé a su casa de Crewkerne para verla, esta se había escapado de la jaula. La muy ladina había lanzado un hechizo de amor a uno de sus sirvientes y el chico, enamorado hasta las trancas, la había liberado.

—Vaya, qué lástima. Así que pueden hechizar a humanos…

—Bueno, dependiendo de su nivel de inteligencia —explicó el profesor—. Aquel sirviente en cuestión no tenía muchas luces y prácticamente lo redujo a un sonámbulo. Pero a mi amigo, por ejemplo, no pudo hechizarlo. Él era como usted y yo, un viejo zorro.

—Comprendo —dijo Drake, que ya había agotado su cupo de compadreo.

Tras despedirse, colgó y encendió un cigarrillo para hacer más llevaderas las reflexiones ulteriores. Siguiendo con su teoría del complot contra él, aquella confabulación cada vez parecía de una escala mayor. Pettigrew, la pareja del Poor Pierrot, la muchacha, ahora un profesor universitario… Tenía que demostrar que todo aquello era una gran mascarada, y resolvió ir contra el eslabón más débil: Pettigrew. Hizo un par de llamadas y esperó a que anocheciera, intentando concentrarse en otros asuntos, sin mucho éxito.

Tras la cena, convocó a Pettigrew en el salón y le dijo mientras consultaba su reloj:

—Presumo que las hadas volverán esta noche, Joe. ¿Tú qué opinas?

—Que es lo más probable, señor —dijo el lugarteniente—. Por eso me he provisto de esto. —Y sacó unas lentes oscuras del bolsillo de la chaqueta.

—Bien pensado, pero yo también he estado reflexionando.

En ese momento llamaron a la puerta y Drake levantó el dedo, dándole a entender que se refería justo a eso. Fue a abrir e invitó a entrar a los dos matones a sueldo que había pedido prestados a Darby Sabini.

—Estos son Luciano y Sandro —le presentó—. Y te ayudarán a vigilar la casa esta noche.

Luciano, un espagueti a la carbonara por su piel bañada en nata, y Sandro, un espagueti a la boloñesa por la cantidad de carne que recubría su esqueleto, le dedicaron a Pettigrew un cabeceo lacónico a modo de saludo, que este correspondió con otro más lacónico aún, por lo que Drake fue incapaz de deducir si la compañía inesperada de los italianos suponía una dificultad para los planes de su lugarteniente o simplemente le molestaba por pura rivalidad. No obstante, mientras les explicaba a los matones que debían patrullar la casa y disparar contra cualquier intruso que vieran, no le quitó el ojo de encima a Pettigrew, que se dedicaba a dar vueltas por la habitación espoleado por lo que bien podía ser un brote de pánico.

En ese momento, volvió a sonar el timbre. Ya no esperaba más matones, así que Drake no levantó ningún dedo, limitándose a caminar hacia la puerta, intrigado. ¿Quién sería ahora? ¿Un unicornio llamando con el cuerno?

En el porche aguardaba una pequeña comitiva formada por dos

policías, uno de los cuales sostenía en las manos un pequeño bulto cubierto por una manta, y un tipo bajito cuya cara le sonaba de verlo merodeando por los pasillos de la alcaldía.

—Perdone las horas, concejal Drake. Soy Declan Redmayne, inspector del Consejo de la Ciudad, y responsable del mantenimiento del cementerio de Westminster —se presentó el hombrecillo—. Venía a informarle de que, a causa de la ruptura de una tubería, el mausoleo de su familia se ha inundado. La seguridad del cementerio se tomó la libertad de abrirlo en cuanto se percató del incidente para comprobar el estado de su interior, y constató que, si bien el féretro de su esposa no había sufrido daños aparentes, el agua había malogrado el de su hija.

—¿Qué?

—Sin embargo, no es esa la mala noticia que he venido a darle. —Tragó saliva el inspector—. Cuando abrimos el dañado ataúd no encontramos el cadáver de su hija, sino…

—Sino qué… —preguntó Drake alterado.

—Esto —dijo el tipo.

Hizo una seña al policía que portaba el bulto para que se acercara. Cuando lo hizo, el inspector cogió la mantita con la punta de los dedos y lo descubrió. El policía sostenía en sus manos un pequeño tronco.

24

¿Qué puede tener una mano de especial? La de Violet era fina, delicada, demasiado hermosa para ser solo una mano, de dedos largos y uñas cuidadas, revestida de una piel tersa, ligeramente pálida, que esperaba tener la oportunidad de verse cubrir de arrugas y manchas al compás del tiempo. Y a pesar de que esa mañana sostenía la taza de café con un leve temblor, era un gracioso símbolo de juventud, belleza y esperanza. Aunque, para Alan, lo que la hacía especial era que aún seguía unida a su brazo.

—Ya sé qué me hará Pettigrew si fallamos —le dijo Violet, dejando sobre el plato la tostada, que se había limitado a roer por las esquinas como un ratoncillo—: me enterrará viva en algún campo y te dará una pala para que te pases el resto de tu vida cavando hasta encontrarme. No me dirás que para ti eso no sería peor que matarme, con lo poco que te gusta trabajar.

—Frío, frío.

Alan se resistía a decirle a Violet qué le haría el matón si fallaban, y aunque ella se lo tomaba como un juego de adivinanzas, sospechaba que, en el fondo, se sentía preocupada, quizá incluso aterrada. Él lo estaría de hallarse en su pellejo. ¡Dios, ya lo estaba sin tener que moverse del suyo! Pero su misión como pareja era sofocar sus miedos, aunque para ello tuviera que saltar por encima de los suyos propios.

—¡Dime qué me hará o me lo haré yo misma! —exclamó Violet, fingiendo desesperación.

—Olvídate de eso —le dijo él en tono despreocupado—. El plan va como la seda. Estoy seguro de que en cuanto abramos la tienda, Drake llamará a la puerta para pedir nuestra ayuda. El descubrimiento del tronco debe de haberlo noqueado. —No había acabado la frase cuando oyeron unos golpes en la puerta de la tienda. Alan consultó su reloj— … Incluso antes de que abramos —se corrigió.

Se asomaron a la ventana y comprobaron que quien aporreaba la puerta, con la intención de despertar a las afortunadas almas del barrio que aún seguían en la cama, era Pettigrew, que tanto podía venir a llevarlos a casa de Drake como a matarlos porque algo hubiera salido mal. Alan apretó la mandíbula.

—Voy a abrir —dijo con teatral arrojo, cogiendo su bastón—. Pon el agua a hervir.

Era el momento de descubrir si habían tramado un inteligente plan

con grandes posibilidades de éxito o solo habían pergeñado una patochada que cualquiera podía desmontar. Bajó las escaleras con el corazón en un puño, cruzó el estudio con el alma en vilo y abrió la puerta con los nervios de punta. Si esa colección de lugares comunes no definía su estado, nada podía hacerlo. Por suerte, Pettigrew no le apuntaba con ninguna pistola, lo cual era un buen principio.

—Drake quiere veros en su mansión —anunció el matón con una sonrisa de triunfo.

Alan suspiró con alivio y corrió escaleras arriba para avisar a Violet, que casi estuvo a punto de arrojarle encima el agua hirviendo (mantuvieron la siguiente discusión: «¡Cómo se te ocurre subir corriendo! Es lógico que pensara que era Pettigrew con ganas de matarme», dijo ella. «¿Qué? Te equivocas completamente. Si ese fuera el caso, Pettigrew habría subido con absoluta parsimonia, saboreando tu miedo como un tigre ante un cervatillo. ¡Casi me quemas la cara para nada!», la contradijo él. «¿A quién llamas cervatillo?»… Y habrían seguido así todo el día, porque consideraban las discusiones —ya os habréis dado cuenta— como otra modalidad de amor, pero por suerte no tenían ni un minuto).

En menos de cinco, los tres iban ya en el Bentley rumbo a Hanover Terrace, el matón al volante y ellos detrás. El matón parloteando y ellos en silencio. Pettigrew parecía encantado con la buena marcha del plan, aunque para cuando se internaron en Camden Town su cotorreo, sin que supieran cómo, se había convertido en un monólogo de quejas. Se quejaba de todo: de lo mucho que escocían las gotas que le habían dado para que se echara en los ojos cuando tuvo que fingirse *hechizado*, de que el cabrón de su jefe lo había *despertado* arrojándole el agua de fregar en la cara, de lo mal que olía ese *aroma de hadas* que tenía que esparcir en las habitaciones…

—Lo importante es que describieras a las hadas tal y como te dijimos —lo interrumpió Alan, cansado de su cantinela.

—Sí, como las de las fotos de aquella revista: mujeres pequeñitas con alas de mariposa —confirmó el matón, y luego sacudió la cabeza —. Por todos los demonios, ¿quién podría creerse algo así?

—Esperemos que tu jefe —dijo Alan—. Y, bueno, tampoco es tan raro. Hasta yo creí ver una en cierta ocasión, ya ves. —El matón lo observó con curiosidad a través del retrovisor—. Fue durante el accidente en el que me destrocé la pierna. Pero en realidad era una alucinación provocada por la pérdida de sangre —se apresuró a aclararle al oír una especie de gruñido proveniente del rincón de Violet.

—Claro, principalmente porque las hadas no existen —apuntó ella.

—¡Por supuesto, por supuesto! —exclamó Alan—. Eso es algo que los tres que vamos en este coche tenemos muy claro.

—¡Y a quien crea en ellas le meto un tiro por mentecato! —exclamó Pettigrew, y lanzó una carcajada que retumbó desagradablemente dentro del Bentley.

—Sí, no se me ocurre un calificativo mejor —comentó Alan.

—Por cierto —dijo el matón—, ¡ayer faltó muy poco para que todo se fuera al infierno! —Levantó las manos del volante para dirigirlas al cielo, aunque se lo impidió el techo del coche—. Yo ya lo tenía todo preparado: el monito estaba en su jaula en mi habitación, con la chaquetita de las campanitas y las funditas de piececitos humanos puestas, y estaba esperando a que Drake se acostara para repartir los plátanos por las habitaciones cuando, de pronto…, ¡aparecieron dos matones de Sabini para montar guardia conmigo! ¿Os lo podéis creer? —Miró a Alan y Violet a través del retrovisor, que negaron aplicadamente con la cabeza—. ¡Al verlos empecé a sudar como un cerdo! ¿Cómo iba a seguir con el plan? Si no llega a aparecer el tipo del cementerio con el tronco, no sé cómo habría podido simular la visita de las hadas con esos dos espaguetis mirando… Por suerte, ya no hizo falta, porque nos largamos todos a comprobar los daños que había sufrido el mausoleo de Drake.

—Te dije que no debías preocuparte, que nuestro hombre en el cementerio cumpliría —rezongó Alan desde el asiento trasero.

Aunque ahora era fácil decirlo, claro. Pero ni siquiera él había podido evitar preocuparse. Layton, el atildado empresario que les había encargado fotografiar al duende cuyas visitas traían de cabeza a su mujer y al jardinero —y que a partir de entonces había dejado casualmente de manifestarse—, les había prometido que la tubería, previamente manipulada por la mañana con la excusa de una revisión, reventaría al atardecer, pero Alan imaginaba que la *rotura de tuberías* no era una ciencia exacta. Aunque parecía que sí, al menos si lo vaticinaba alguien con el ojo experto de Layton.

La verdad es que el empresario se había portado (la sutil amenaza de animar al duende a volver a visitar su mansión también había ayudado). Igual que el profesor Culpepper, que les estaba tan agradecido por haberle ayudado a conseguir el divorcio que había accedido a echarles una mano de mil amores. Esa tarde les había llamado para contarles lleno de excitación que había recibido la esperada llamada del concejal y recitado el texto que le había escrito Alan palabra por palabra.

Cuando el Bentley empezó a bordear Regent’s Park, Alan se recostó en el asiento y trató de relajarse. Por fin iba a conocer al famoso Percival Drake, el objetivo a batir. ¿De qué humor estaría el concejal tras descubrir que el cadáver de su hija no estaba en su ataúd, donde lo había depositado casi un año antes? Debía de haber pasado la peor noche de su vida intentando encontrar una explicación. Aunque, bien

mirado, la noche había sido dura para todos, no solo para el concejal. Pettigrew había tenido que encargarse de la peor parte. Junto a Aidan y Jeremy, se había colado en el cementerio de Westminster, abierto el candado del mausoleo de Drake con una ganzúa y sustituido los restos mortales de la niña por un tronco. Con los huesos en un saco, habían ido hasta el bosque de Epping, donde él los esperaba para enterrar los restos junto al lago. No se fiaba de que los matones no tirasen el saco en algún basurero o al mismo Támesis, donde solían lavar sus pecados. Cuando decidieron exhumar a la niña, Violet fue tajante: solo lo harían si a cambio le ofrecían un enterramiento respetuoso en un lugar hermoso. Y así lo habían hecho. Alan incluso había declamado una bonita oración. Le había pedido a Violet que se quedara en casa, ella no tenía por qué presenciar el macabro traslado, pero él no había podido librarse, incluso había tenido que comprobar el contenido del saco para asegurarse, y sabía que la visión del pequeño cráneo de Molly lo acompañaría de por vida. Pero al menos él no había tenido que manipular los huesos, como habían hecho Pettigrew y sus matones, aunque parecía que la falta de sensibilidad de aquellos tipos no solo les impedía escribir poemas, sino que también evitaba que las atrocidades del día a día dejaran marcas indelebles en sus rústicos corazones. De hecho, en su repertorio de quejas, Pettigrew ni siquiera había mencionado la profanación, como si para él aquello hubiese sido un fastidio menor en comparación con las molestas gotas para los ojos.

—Antes de ir a vuestra tienda, he devuelto el mono al organillero, como me dijisteis —anunció el matón.

—Bien hecho, ya no lo necesitaremos más —le confirmó Alan—. Tu papel y el de Darwin ya ha terminado. Con la aparición del tronco hemos entrado en la segunda fase del plan. Ahora nos toca a los profesionales…

Habían tramado un plan en tres fases, o una función en tres actos, como la llamó Fry. En el primero debían lograr que el sujeto, es decir, Drake, tomara consciencia de que habitaba una realidad con un reverso mágico, de que vivía en un mundo donde las hadas y otros seres propios de las novelas de fantasía se manifestaban regularmente a la humanidad. Para ello, habían bombardeado a Drake con muestras de la presencia de las hadas desde todos los ángulos posibles. Y todos, salvo él, habían tenido que medirse como actores: Violet había interpretado a una estudiante de Fadalogía, Fry a un venerable anciano en el Poor Pierrot junto a dos colegas, y hasta el propio Pettigrew se había tenido que fingir hechizado. Y siguiendo con el símil, podía decirse que el primer acto había bajado el telón con notable éxito.

El segundo acto, que ahora comenzaba, era mucho más delicado,

pues no solo debían conseguir que el escéptico concejal creyera en las hadas, sino también que se tragara que estas habían cambiado a su hija por un tronco. Para Alan era lo más difícil que había hecho hasta el momento en su innoble carrera de timador. El tercero, en el que debían conseguir que les entregara la esmeralda, se le antojaba un juego de niños en comparación.

Miró a su esposa, que se mantenía silenciosa y tensa a su lado. Quizá estaba concentrada metiéndose en su papel de Violet Schofield, la estudiante de Fadalogía y atea convencida. O pudiera ser que sencillamente el miedo que le provocaba la certeza de que aquello iba a salir mal la tuviera paralizada (al volver de la cena con Drake habían mantenido la siguiente discusión: «Ese concejal parece un hueso duro de roer; no estoy del todo segura de que podamos engañarlo», había dicho ella. «Pierde cuidado», había dicho él sin inmutarse. «Pero ¿no crees que le parecerá sospechoso que después de que yo le haya explicado que las hadas cambian niños por troncos él descubra que eso es justo lo que han hecho con su hija?», había insistido ella. Y Alan había negado con la cabeza. «Tranquila, querida, el timo que hemos montado es tan grande, e involucra a tantas personas, que por mucho que albergue sospechas, casi le será más fácil creer en las hadas que tratar de averiguar cómo lo hemos hecho. Por otro lado, las casualidades ocurren todos los días. Nadie se encarga de evitarlas para que el universo no pierda credibilidad»). Pero una cosa era lo que le dijera a Violet para calmarla y otra lo que sentía realmente su instinto de timador, cuya alarma no dejaba de sonar. Sabía que había personas que nunca verían nada que no quisieran ver, y Drake parecía una de ellas.

Cuando el coche al fin se detuvo ante la impresionante mansión del concejal, se despidieron de Pettigrew y se encaminaron hacia la casa, pero el matón, sacando una mano por la ventanilla, agarró a Alan del brazo en el último momento.

—Espero que estéis inspirados. Ya sabes lo que le haré a tu mujercita si no le convencéis —le volvió a amenazar, retorciéndole el brazo lo suficiente para arrancarle un gruñido.

—Qué pesado… ¡Saldrá bien! —Alan se zafó de un manotazo, e hizo ademán de seguir a Violet, que caminaba hacia la entrada de la casa, pero, tras pensarlo un segundo, volvió sobre sus pasos y, apoyándose en la ventanilla del conductor, se dirigió al matón—: Por cierto, cuando todo esto acabe… —dijo mirándolo seriamente—, te mataremos.

Al otro pareció divertirle su amenaza.

—¡Me has amenazado con matarme tantas veces que al final me lo voy a creer!

—Por fin das una muestra de inteligencia…

Y con un trotecito ligero, Alan alcanzó a Violet justo cuando esta subía la escalinata del porche. Aborrecía tanto a aquel tipo que hasta soltarle una amenaza sin fundamento era mejor que nada.

—¿Qué quería? —le preguntó Violet, señalando el coche, que se dirigía al garaje anexo.

—Nada, solo desearnos suerte —respondió Alan mientras llamaba a la puerta.

—La vamos a necesitar —murmuró ella, fatalista.

Una sirvienta les abrió a los pocos segundos y los guio hacia un amplio salón decorado con unos muebles tan feos que debían de costar un dineral. Alan se acercó a la cristalera, que ofrecía vistas del enorme jardín, donde algunos setos, que apenas sobrepasaban la altura de las rodillas, componían amagos de laberintos alrededor de estatuas y fuentecitas de imitación romana. Durante los últimos años habían visitado muchas mansiones, pero comparadas con la de Drake era como si no hubieran visto más que chabolas y cobertizos.

Al poco, apareció el concejal, abriendo con un empujón jovial las dos puertas de la sala. Vestía un elegante traje, zapatos tan lustrosos que cegaban y, para sorpresa y tranquilidad de Alan, sonreía. Sus ojeras delataban que no había pasado su mejor noche, pero, como buen político, estaba entrenado para no mostrar las tempestades que sacudían su alma. Todo en él era pura fachada.

—Buenos días, concejal. Debo decir que me sorprende volver a verle —lo saludó Violet, con una sonrisa igual de amplia, ya metida en su papel.

—Espero que sea una sorpresa agradable —respondió él.

—De momento, es una sorpresa intrigante —dijo Violet.

Y luego le presentó a Alan, quien le estrechó la mano con amabilidad, al tiempo que le felicitaba por su condecoración de guerra y por el apoyo que siempre había prestado a las terapias para exsoldados, tanto emocionales como físicas.

—No hay de qué —dijo el concejal—. ¿Combatió usted en el frente?

—Así es, concejal. Y me traje este recuerdo del infierno que allí vivimos —respondió él, señalándose la pierna herida.

—¿Y qué nombre tenía ese infierno, si se lo puedo preguntar?

—Por supuesto. Fue en Galípoli, a las órdenes del general Hamilton —dijo Alan, que ya había previsto la pregunta y había buscado uno de los rincones más alejados de la contienda para que Drake no pudiera establecer ninguna relación a través de mandos o compañeros—. Desde entonces aborrezco la comida turca.

El concejal rio de buena gana.

—Aunque me lo pensaría si la sirvieran en The Lazy Cat.

Drake volvió a reír.

—Supongo que intenta halagarme, pero ese restaurante no es mío.

El mío es el The Greedy Bear. Pero sí, también se come muy bien en The Lazy Cat.

Alan se encogió de hombros con una sonrisa embarazosa.

—Un gato, un oso…, ¿quién no los ha confundido alguna vez? Salvo por el tamaño, ambos son animales peludos y…

—Mi marido es incapaz de memorizar ningún nombre aparte del mío —lo rescató Violet.

—Debe de amarla mucho, entonces —sonrió Drake—. Y como bien ha señalado, intento apoyar con mi dinero actos nobles. Ayer llamé al profesor Culpepper, por cierto —dijo de manera casual. Violet compuso una mueca de sorpresa bastante verosímil—. Estoy considerando financiar su expedición a Noruega. Recuerde que me debe un hada acuática.

Violet dejó escapar una risita deliciosa, pero luego se puso seria.

—No me tome por tonta, señor Drake. Podemos fingir que llamó por eso, si así se siente mejor, pero los dos sabemos que su intención era confirmar que existía el Departamento de Fadalogía.

—Me ha pillado, señora Schofield —reconoció el concejal.

—Bien, ahora ya lo sabe —sonrió ella—. ¿Cree en las hadas? Me haría muy feliz si dijera que sí.

—Bueno, digamos que ahora estoy unos pasos más cerca de creer en ellas que durante nuestra cena de ayer. Y la existencia del Departamento de Fadalogía ha influido, por supuesto, aunque… —Drake frunció los labios en una mueca afligida— ha ocurrido otra cosa, algo muy desagradable que me ha hecho replanteármelo con más fuerza.

—Nos tiene totalmente intrigados —dijo Alan.

El concejal les dedicó una mirada sombría y luego la fijó en el vacío.

—Verán… Hace alrededor de un año falleció mi hija Molly de gripe española. Yo acababa de regresar de un viaje justo para su cumpleaños. Habría cumplido tres añitos. Pero pasó casi una semana enferma, agonizando ante mis ojos impotentes… —su voz sonaba átona, como quien rememora unos sucesos que lo han desgarrado por dentro hasta arrastrarlo más allá del dolor—, hasta que murió.

—Lo sentimos mucho —dijeron Alan y Violet, realmente conmovidos.

Drake se lo agradeció con un asentimiento y continuó, todavía sin mirarlos:

—Ayer por la tarde, una tubería estalló en el cementerio de Westminster, inundando el mausoleo de mi familia, donde están enterradas mi esposa y mi hija.

Sin decir nada más, el concejal les pidió que le siguieran. Abandonaron el salón y se internaron por un largo pasillo que parecía

ahondar en la otra ala de la casa. Finalmente, tras varios minutos hundiendo los pies en la alfombra más mullida que Alan había pisado nunca, Drake se detuvo ante una puerta, apoyó una mano temblorosa en el picaporte y la abrió con el gesto ceremonioso de quien se interna en un templo. Los tres se aventuraron en lo que a todas luces había sido el dormitorio de su hija, que, según parecía, el amantísimo padre mantenía intacto desde su muerte. Era amplio, luminoso y estaba decorado con primor. Las paredes estaban pintadas con nubes rosas, y por todos lados había estanterías cargadas de libros y muñecas que proclamaban que Molly había sido una niña a la que nunca le había faltado de nada, exceptuando una madre y una buena salud, claro. En una esquina, frente a una ventana enmarcada por cortinas color salmón, había una camita. Hacia ella se dirigió Drake con paso vacilante.

—A causa de la inundación, el ataúd de Molly sufrió serios daños y el equipo de mantenimiento tuvo que abrirlo —continuó con voz hueca—. Mi hija no estaba dentro del féretro. En su lugar… había esto —dijo, señalando hacia la cama.

Al acercarse, Alan y Violet vieron un pequeño tronco tapado hasta la mitad por la sábana y la colcha, arropado como si se tratara de su hija. Ambos observaron la grotesca composición con estupor mientras Drake se retiraba unos pasos y les daba la espalda para mirar por la ventana. Ninguno de los dos se atrevió a decir nada, así que el silencio empezó a inundar la habitación. Solo el concejal parecía disponer de la autoridad para romperlo, pero se limitaba a contemplar callado el jardín. Alan, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón, esperó que su silencio se debiera a que trataba de ocultar unas lágrimas inoportunas.

—Les he llamado porque me gustaría que me dieran una explicación —dijo al fin, volviéndose lentamente hacia ellos.

¿Significaba eso que los había descubierto? Alan trató de advertirlo en el rostro de Drake, pero, al encontrarse ante la ventana, solo podía ver su silueta pulcramente recortada a contraluz. Tendría que seguir con el plan a ciegas, sin la útil guía de su expresión.

—¿Una explicación? —le dijo—. Cualquiera podría dársela. Pero, bueno, ya que estamos aquí, se la daré yo… Ladrones de órganos. Los órganos de una niña de dos años resultan una mercancía muy codiciada para las escuelas de medicina y otras organizaciones similares, que necesitan dicho material para sus investigaciones. También las sectas satánicas requieren ciertos órganos para sus misas negras y demás rituales… En este caso en concreto, usted lo ha descubierto, pero no quiero ni pensar cuántos cadáveres faltarán de sus tumbas sin que sus familiares lo sepan. Es fácil que estas organizaciones sobornen a los sepultureros. —El resplandor seguía hurtándoles la expresión del concejal, quien permanecía en silencio.

Lo único que Alan podía percibir era que se agitaba inquieto al son de sus palabras, como si tuviera los zapatos rellenos de alfileres—. Lamento ilustrarle sobre este lado tan oscuro del mundo en el que vivimos, concejal… De todas maneras —matizó—, todo esto no son más que suposiciones mías… Quizá sea un simple acto de vandalismo.

El concejal dio un paso hacia ellos, y fue como si se despojara de un velo de sombras, descubriendo su rostro grave sin rastro de lágrimas.

—¿Y por qué dejar un tronco en su lugar? —preguntó.

Alan se encogió de hombros.

—Les haría gracia…

Drake lo contempló en silencio unos segundos.

—Quizá su mujer tenga otra explicación —sugirió.

Y observó a Violet. Y Violet lo observó a él. Y Alan los observó a ambos mientras el silencio volvía a cristalizar en el aire.

—Creo que me he perdido algo —comentó.

—Vamos, señora Schofield, deme una explicación que no sea racional —la animó Drake, ignorando a Alan—. Esas ya me las puedo dar yo, o su marido… Dígame qué opina una estudiante de Fadalogía. ¿No podría ser una suplantación llevada a cabo por las hadas?

—¿Qué? —se sorprendió Alan—. Dile que no, cariño.

—Las hadas suelen llevarse al niño humano y dejar uno suyo, un retoño débil y enfermizo que, aunque no son ni malvados ni violentos, traen el infortunio a las casas donde viven —dijo Violet, sin apartar los ojos del concejal, en el tono profesional de quien recita una lección —. En ese sentido, las hadas son como el cuco, que deja sus huevos en el nido de otras aves. En la Edad Media, a los infantes que tenían aspecto enfermizo y palidez cutánea, lo cual era habitual por la afición de la nobleza a los matrimonios consanguíneos, se los consideraban *hijos de las hadas*.

—Al grano, cariño —le aconsejó Alan con una sonrisa.

—En otras ocasiones, dejan en lugar del niño un tronco encantado que haga creer a los padres que su hijo sigue aún con ellos —continuó Violet—. Pero en su caso, han ido un paso más allá.

—¿Cómo que «en su caso»? —exclamó Alan.

Violet y Drake, en perfecta coordinación, alzaron una mano para mandarlo callar.

—Continúe, señora Schofield, por favor.

—Parece que no se contentaron con suplantar a Molly, sino que prepararon un hechizo para que su falsa hija enfermara y muriera con grandes padecimientos ante sus ojos. Es como si quisieran vengarse de usted por algún motivo… —Drake apretó la mandíbula con involuntaria ferocidad—. En cualquier caso, de estar en lo cierto, esto significaría que su hija no está muerta, sino *secuestrada*.

—¿Quiere decir que… Molly está viva? —balbució Drake.

—¡Para, Violet! —intervino Alan agitado—. No le crees falsas esperanzas. Todo esto es ridículo. Sabes que nadie cree en las hadas más que yo, pero no todo tiene que ser cosa de ellas. ¿Por qué querrían unas hadas hacerle esto al concejal? ¿Qué mal les habría causado? —Alan la tomó del brazo y la apartó unos pasos del concejal—. Sé que estás deseando encontrarte con un caso de suplantación auténtico para poder escribir ese artículo tuyo, cariño —le susurró en un tono más bajo, pero no lo bastante como para que el concejal no los oyera—, pero esto es simplemente un acto de vandalismo. Los dos lo sabemos. Dudo mucho que las hadas hayan visitado alguna vez esta casa.

—Cuando mi hija estaba muriéndose, me dijo que había hadas revoloteando alrededor de su cama —oyeron decir a Drake.

Ambos se volvieron hacia él.

—¿Ves? —le dijo Violet a Alan con aire triunfal.

Él sacudió la cabeza mientras una risita desesperada se le derramaba de la garganta.

—En caso de que eso fuera cierto y no una alucinación de una niña que lee cuentos de hadas —dijo, señalando los libros al respecto que abarrotaban las estanterías—, ¿qué pretendían? ¿Por qué decidieron llevarse a la hija del concejal y dejarle ese regalito envenenado? Todo esto parece premeditado. ¡Y las hadas no actúan así! Ya sabes que se mueven por impulsos.

—Quizá buscaban algo y, al no encontrarlo, se llevaron a la niña a cambio y decidieron vengarse de él —replicó Violet.

—Ya… Pero, de ser así, ¿no habrían vuelto otras veces a buscar lo que no pudieron encontrar aquella primera vez? —la cuestionó Alan.

—Quizá sí hayan vuelto… —los interrumpió de nuevo el concejal. Ambos dejaron de discutir para observarlo intrigados—. Vengan, quiero enseñarles algo.

Mientras regresaban al salón a través del largo pasillo, intentando no hundirse en las arenas movedizas de la alfombra, Drake les puso al tanto de las extrañas visitas que llevaba dos noches recibiendo.

—Mi lugarteniente jura que eran hadas —les dijo—. Asegura que las vio perfectamente, y que incluso disparó contra ellas. Yo me lo encontré en la biblioteca, víctima de un hechizo. Tuve que despertarlo arrojándole un cubo de agua.

Alan reprimió una mueca de asco al recordar que era agua sucia.

—Las hadas pueden hechizar a algunos humanos, sobre todo si poseen cerebros primarios —corroboró Violet.

—Y no conviene *despertarlos* con métodos bruscos, ¿verdad, Violet?, a riesgo de que le queden secuelas —añadió Alan—, generalmente almorranas, no me pregunte por qué.

Violet asintió y puso al corriente al concejal de la existencia de

brebajes y talismanes para despertar debidamente a los *hechizados*, pero Drake no se mostró muy interesado. Que le hubiera provocado almorranas a su lugarteniente no parecía importarle demasiado, quizá iba incluido en el sueldo. Una vez de vuelta en el monumental salón, los condujo a un rincón más íntimo, formado por un par de sofás georgianos, una mesita de bebidas estilo colonial y otra de centro estilo *art déco*. En contra de lo esperado, todos aquellos muebles combinaban como si hubieran nacido para estar juntos. Drake los invitó a sentarse mientras él permanecía de pie junto a la mesita, sobre la que descansaba una pequeña bandeja redonda cubierta por una *cloche* de acero que ocultaba su contenido.

—En la primera de sus visitas, encontramos enganchado a la mesa de la cocina lo que me atrevería a decir que es un trozo de vestido —dijo, levantando la campana y desvelando el trocito de gasa.

Sorprendido, Alan hizo amago de cogerlo, pero Violet le apartó la mano para tomarlo ella, cosa que hizo con suma delicadeza, como si se tratara de una reliquia santa. Acarició la tela durante unos segundos con la yema de los dedos, fascinada, y finalmente se la acercó a la nariz para aspirar su olor. Con los ojos cerrados, pareció deleitarse en su aroma como un sumiller haría con una copa de vino. Solo entonces se la tendió a Alan, quien, molesto por el manotazo anterior, la tomó con exagerado cuidado, como si le hubiera hecho entrega de una pompa de jabón, y se la llevó también a la nariz.

—Sí…, sin duda, huele a hada —confirmó, mientras en sus labios cuajaba una sonrisa soñadora—. ¿Te he contado que, de pequeño, mi padre nos llevaba todos los veranos a Bournemouth…?

—Sí, siempre que hueles a ellas —lo interrumpió Violet, poco dada a las evocaciones nostálgicas—. Pero esta vez hay un matiz distinto.

—¿A qué te refieres?

—Ignora el olor a tarta de manzana recién horneada, a campos de lavanda mojados de lluvia y a miel de romero característico de todas las hadas y presta atención al olor que se insinúa por detrás, ese olor tan peculiar del *foehn*, el viento que desciende por las laderas de los Alpes.

Alan aspiró el retal con fruición.

—¡Es verdad, ahora lo capto! —exclamó—. Pero ¿qué hacen unas hadas nórdicas en Londres, tan lejos de su hogar?

—No lo sé… —respondió Violet, confundida—. Déjame pensar… —Permaneció unos segundos abstraída. Cuando emergió de su trance, posó sus ojos en Drake, que la observaba expectante—. Ha dicho que lo visitaron por primera vez los días previos a que su hija falleciera. —El concejal asintió con gravedad—. ¿Por qué en ese momento? —se preguntó Violet a sí misma antes de devolver la atención a Drake—. ¿Sucedió algo inusual esos días? ¿De dónde venía usted? ¿Trajo algo

especial de su viaje?

Apabullado por el rosario de preguntas, Drake frunció el ceño, intentando rememorar aquellos días.

—Bueno, yo acababa de llegar de Amberes y… —De repente, guardó silencio, y su expresión se fue demudando cada vez más—. ¡Esperen! —exclamó, y abandonó el salón a grandes zancadas.

Una vez solos, Violet apretó la mano a Alan, quien le devolvió el gesto. Les había costado, pero parecía que al fin el concejal había establecido la conexión. Se soltaron las manos en cuanto lo oyeron regresar. Traía un pequeño cofre de madera, que depositó también en la mesa, con un amago de genuflexión que le hizo parecer un Rey Mago.

—En Amberes acudí a una subasta de joyas y compré esto —les dijo abriendo la tapa del cofre.

Alan y Violet se inclinaron sobre él y sí, allí estaba, la esmeralda que había desencadenado todo aquello, la piedra preciosa que debían robarle para salvar sus vidas. Alan tuvo que controlarse para no soltar un silbido de admiración, pues era una joya espectacular.

—La compré como regalo para Molly, pero ella murió antes de su cumpleaños —explicó Drake con la voz quebrada—. Volví a guardarla en la caja fuerte y desde entonces sigue ahí.

Con una educada mueca de pesar, Violet adelantó una mano hacia el cofre.

—¿Puedo?

Drake asintió, dándole permiso para cogerla, lo cual ella hizo con infinito cuidado. Era casi tan grande como una ciruela, de un verde vivo, profundo y vibrante, como uno se imagina el vientre del mar, perfectamente tallada y pulida. Alan no era ningún experto gemólogo, y no tenía ni idea de cuántos quilates tenía ni de lo que habría pagado Drake por ella, pero si Pettigrew se estaba arriesgando tanto para conseguirla, debía de valer una verdadera fortuna. Seguro que el matón ya la tenía apalabrada con algún perista.

—Dios mío… —musitó Violet, dándole un imperceptible codazo a Alan.

Este abrió mucho los ojos y preguntó:

—¿Crees que es…?

—Sí, estoy segura.

—¿De qué hablan? —quiso saber Drake.

Violet lo miró con gravedad.

—Esta esmeralda no pertenece al mundo de los hombres, sino al de las hadas —afirmó.

Drake se sentó frente a ellos con expresión intrigada, y Violet, tras devolver la piedra a su lecho de terciopelo, le contó que existían varias leyendas nórdicas que hablaban de una esmeralda de gran

belleza que probablemente fuese aquella. Algunas diferían en ciertos detalles, pero todas coincidían en lo esencial. El reino de las hadas nórdicas, cuya entrada la mayoría de los estudiosos ubicaban en la desembocadura del río Glom, lindaba con Alfheim, el reino de los elfos, y no podía decirse que en el transcurso de las eras su vecindad hubiera sido armoniosa, pues eran dos razas de espíritu y costumbres muy diferentes. Los elfos eran criaturas de apariencia humana, mucho más bellas y elegantes, eso sí, pero igual de envidiosas. Y lo que más envidiaban era la despreocupación de sus vecinas las hadas, que se pasaban los días bailando y riendo como si no las acosara ninguna inquietud. Los elfos no comprendían aquella felicidad, pues ellos vivían envueltos en numerosas guerras intestinas por la sucesión al trono y obsesionados por conquistar el mundo de los humanos. Impulsado por ese odio hacia las hadas, el rey Brimborron V —o VI, Violet no se acordaba bien— envió a Nerhel, uno de sus mejores magos, a arrebatarles aquella felicidad de la que gozaban. Nerhel se infiltró en su reino una noche y tejió un hechizo para robarles la risa que duró hasta la alborada. Con los primeros rayos, Nerhel recogió las redes mágicas y guardó toda la felicidad de las hadas en un cáliz, que entregó al rey en cuanto regresó. Al destapar la copa, ambos comprobaron que la felicidad de las hadas había cristalizado en una esmeralda de un verde intenso, y decidieron esconderla en su templo, que coronaba la montaña más alta del reino, vigilado por el propio Nerhel. Mientras ellos custodiaran la esmeralda, ninguna de aquellas hadas volvería a reír jamás, como comprobaron sus espías, que describieron un reino de hadas silenciosas y tristes que vagaban de un lado a otro sin saber qué hacer. Los elfos celebraron la victoria en una fiesta que duró varias semanas, en las que bebieron y cantaron y copularon sin descanso para que tanta felicidad provocara la envidia de sus ahora melancólicas vecinas. Pero durante esa fiesta interminable descuidaron sus ocupaciones, entre ellas la vigilancia del templo, y un humano que podía cruzar entre mundos escaló la montaña, irrumpió en el santuario y robó la esmeralda, con la que regresó a nuestro mundo. El rey colgó a Nerhel, al que encontró borracho en su puesto de guardia, yaciendo junto a un par de cortesanas elfas, aunque a la larga el robo de la esmeralda tampoco les preocupó demasiado, pues el reino de las hadas seguía sumido en lo que parecía una densa e inexpugnable pesadumbre. Se dice que, desde entonces, algunas hadas viajan por nuestro mundo siguiendo el rastro de la esmeralda, que en el mundo feérico es conocida como «la risa de las hadas».

—Esta que usted guarda en su caja fuerte —concluyó Violet.

—¿Está segura de que se trata de la misma esmeralda? —le preguntó Drake.

—No, no lo estoy —reconoció ella—, pero las visitas de hadas nórdicas que está padeciendo me hacen pensar que sí.

—Entonces, el joyero al que se la compré en Amberes ¿podía cruzar al País de las Hadas? —reflexionó Drake—. Pues parecía un hombre terriblemente vulgar…

—No sabemos por qué ciertas personas pueden cruzar al País de las Hadas, solo que siempre son el séptimo hijo —contestó Violet.

—La vulgaridad incluso podría ser uno de sus rasgos —aportó Alan —. O tal vez el joyero se la compró al auténtico ladrón, quién sabe.

Drake respiró hondo, agachó la cabeza y guardó silencio con la vista clavada en el suelo mientras trataba de poner en orden el torbellino de sus pensamientos. Alan aprovechó para intercambiar una mirada con Violet, que asintió imperceptiblemente. Era el momento de lanzar el golpe de gracia y cruzar los dedos.

—Sea lo que sea, no es lo que importa —recapituló—. Lo que importa es que las hadas siguieron el rastro de la esmeralda hasta aquí.

—Sí —confirmó Violet—. Supongo que deben de estar atadas a la piedra por algún tipo de vínculo. Después de todo, está hecha de sus risas, de una parte de sus almas.

—Pero no la encontraron.

—No, la magia de las hadas no funciona con el hierro. Y si la guardaba en su caja fuerte no pudieron detectarla.

—Así que decidieron secuestrar a la pequeña Molly —continuó Alan, sin dejar de mirar de reojo al concejal, que seguía con la cabeza gacha, aunque imaginaba que los estaba escuchando— y dejar en su lugar una réplica que contrajera una súbita enfermedad y muriese ante sus ojos entre terribles dolores.

—Así es: una especie de escarmiento —confirmó Violet, observando también al concejal, que les hurtaba su expresión.

Ambos guardaron un silencio tenso, esperando alguna reacción por su parte.

—Si eso fuera así —oyeron decir al fin a Drake, quien levantó lentamente la cabeza y clavó los ojos en ellos—, ¿dónde estaría mi hija?

Violet no dudó ni un instante.

—En el País de las Hadas —dijo, categórica.

—En el País de las Hadas —repitió Drake con voz neutra, sin rastro de ironía ni de ninguna otra emoción.

—Eso significa que podría hacer un canje con las hadas —dijo Alan, lanzando la estocada final—: Molly por la esmeralda.

Drake trató de asimilar la noticia. Estaba entrenado para mantener ocultas las tempestades que lo azotaban por dentro, sí, pero la que acababan de desatar en su alma era de unas proporciones tan

descomunales que superaba cualquier intento de dominarla. Vieron su rostro agrietarse desde dentro. Su hija no había muerto. Su hija, que él había visto morir ante sus ojos tras una terrible agonía, a la que había enterrado y llorado, seguía viva. Viva. Dile a un hombre eso y mira cómo se resquebraja su razón, mira cómo se derrumba debatiéndose entre lo imposible y sus esperanzas. A Alan no le hacía falta ser padre para imaginar lo que estaba sintiendo el concejal. De repente, a Drake lo sacudió un ligero temblor. Empezó a respirar de manera agitada, como si lo asfixiaran con una almohada, mientras una miríada de gotas de sudor afloraba en su frente. Alan se levantó y acudió a su lado.

—Señor Drake, ¿se encuentra bien?

Lo tomó de los hombros, intentando calmarlo, mientras Violet, mucho más práctica, aparecía a su espalda con un vaso de whisky.

—Beba, concejal —le ordenó con su deje de enfermera—. Le calmará.

Drake tomó el vaso que ella le tendía con mano temblorosa y dio un par de sorbos.

—Acábeselo —le dijo ella.

Casi sonó a orden. Pero Drake negó con la cabeza e hizo un gesto a Alan, que aún lo sostenía por los hombros.

—Suélteme… —balbució.

Alan se apartó y se colocó junto a Violet, que observaba al concejal con preocupación.

—No los creo… —logró musitar Drake. Carraspeó varias veces, se irguió en el sofá, dio un nuevo trago y, poco a poco, pareció recuperar la compostura—. No puedo creerlos —insistió más calmado, observándolos con detenimiento.

Alan sintió el dorso de la mano de Violet rozar la suya. Sí, tenía que decir algo, tratar de revertir el proceso. Ensanchar la grieta.

—Señor Drake —dijo—, si nos ha mandado llamar es porque una parte de usted quiere creer. —El concejal guardó silencio sin dejar de observarlo con aquella mirada dura, intensa—. Y ahora acabamos de decirle que su hija está viva, incluso que quizá podamos traerla de vuelta. Una parte de usted desea creerlo, no me cabe duda. Pero otra parte de usted se niega a creer que exista un mundo de seres mágicos junto al nuestro, y que las visitas entre uno y otro sean frecuentes. Quiere pruebas para no tener que hacer un acto de fe. Bien, no puedo enseñarle un gnomo en una jaula, pero aquí tiene un trozo del vestido de un hada, y en el ataúd de su hija no había ningún cadáver, sino un tronco. ¡Hasta su lugarteniente afirma haber visto a las hadas que lo visitan cada noche…! ¿Qué más pruebas necesita?

Había puesto toda la carne en el asador. Drake seguía observándolo en silencio, con aquella mirada que no lograba descifrar. Lentamente,

se llevó la copa a los labios y apuró de un trago el resto de whisky que le quedaba.

—Todo esto lo han preparado ustedes… —dijo, sosteniéndole la mirada.

—¿Qué?

—No sé cómo lo han hecho, pero todo esto lo han preparado ustedes —se reafirmó.

Los ojos del concejal habían adquirido un brillo febril que asustó a Alan, pero no podía aflojar ahora.

—¿Prefiere creer eso antes que creer en las hadas? —dijo fingiendo una terrible decepción.

En ese momento, Violet sufrió una especie de espasmo. Los dos la miraron. Tenía el cuerpo rígido, como si un oso la estuviera olisqueando, y la mirada clavada en el aparador de estilo victoriano que había en una esquina. Tras unos segundos de envaramiento, relajó los miembros y caminó hacia el mueble con cautela, bajo la atenta mirada de los hombres.

—Queréis vuestra felicidad, ¿verdad? —la oyeron decir con voz tierna pero firme—. Queréis vuestra risa perdida.

—Está teniendo una de sus visiones —le explicó Alan al concejal, que se había levantado del sofá y la miraba con perplejidad—. Creo que está hablando con ellas.

—Podemos devolvérosla —aseguró Violet a algo invisible que debía de encontrarse sobre el aparador— si vosotras nos entregáis a cambio a la niña llamada Molly Drake.

Al oírla pronunciar el nombre de su hija en vano, Drake avanzó un par de pasos.

—¡Ya basta, muchacha! —rugió, lanzando el vaso que aún tenía en la mano contra el suelo, provocando un atronador estallido de cristales—. ¿Me tomas por idiota? ¡Joe, Joe!

Las puertas del salón se abrieron de par en par y apareció el lugarteniente con gesto alarmado.

—¿Sí, jefe? —preguntó, observando al trío con curiosidad.

—Lleva a los señores Schofield a su casa —le ordenó Drake. Luego se volvió hacia Alan y le espetó—: Yo no soy como esas señoras a las que timáis. Os investigaré, y a la más mínima prueba de fraude… —Interrumpió su amenaza al descubrir que tenía a Alan agarrado por el brazo. Lo soltó y respiró profundamente, intentando recuperar la serenidad, sus educados modales de concejal que no profiere amenazas de muerte—. Marchaos —murmuró.

—Su hija está viva, Percival —le dijo Violet mirándole a los ojos—. Solo tiene que creer para que vuelva a su lado.

Drake le sostuvo la mirada unos segundos.

—Por favor, señora Schofield, les ruego que se vayan de mi casa —

le pidió con frialdad.

Los cuatro guardaron silencio, formando un corro inmóvil alrededor del vaso roto, hasta que Pettigrew le ordenó a la pareja caminar hacia la puerta con un gesto de la mano. Alan y Violet obedecieron, y, seguidos por el matón, salieron del salón, atravesaron el vestíbulo, tomaron el caminito de losetas que atravesaba el jardín hasta el garaje y subieron al coche.

Pusieron rumbo a la calle Kelly en un silencio de funeral, el matón al volante y ellos detrás. El matón echándoles miradas sombrías a través del retrovisor y ellos cogidos de la mano. Habían fallado. Ni siquiera habían superado la fase dos del plan. El segundo acto no había arrancado el aplauso del público. Alan apretó la mano de Violet, esa mano delicada y hermosa que quizá disfrutaba de sus últimos minutos unida al brazo. ¿Cómo sería la vida si Pettigrew la mutilaba a ella y lo dejaba vivo a él, como le había insinuado? ¿Podría vivir en esas condiciones, cuidándola mientras se sentía culpable de su mutilación? La mano de Violet temblaba. ¿O era la suya la que lo hacía? Daba igual. Dejémoslo en tablas, ambas temblaban, retroalimentándose la una a la otra, pues los dos sabían lo que les aguardaba cuando llegaran a la tienda, si bien Alan con más precisión que Violet. Mientras apretaba su mano, intentó pensar qué hacer, pero no se le ocurría nada. Sabía por experiencia que siempre había una salida, aunque quizá había llegado el momento de aprender que no siempre.

Llegaron a la tienda demasiado rápido, más rápido de lo que se sucedían sus pensamientos, agarrotados por el miedo. Con la pistola apuntándolos a través del bolsillo de la chaqueta, Pettigrew les ordenó que entraran en la tienda, y una vez allí, los condujo al estudio, con la pistola ya a la vista.

Mientras caminaba ante el matón, exagerando su cojera para hacerlo más lentamente, Alan sopesó distintas y desesperadas alternativas para eludir su destino. Podía abalanzarse sobre él. No. Podía volverse con un movimiento rápido enarbolando su bastón y tomarlo por sorpresa. No. Podía hervir agua… No. Ninguna de esas cosas fructificaría. A Pettigrew le bastaría con usar la pistola a modo de cachiporra para quitárselo de encima, ni siquiera tendría que dispararle si realmente no tenía pensado matarlo.

—Bueno, aquí estamos —dijo el matón, una vez en el estudio, con lo que parecía una pena sincera. Después de todo, se había quedado sin su esmeralda—. Una lástima…, creí que erais buenos.

Alan se limitó a mirarlo en silencio. Pettigrew chasqueó la lengua con decepción.

—Vaya, ¿no se te ocurre ninguna broma? —Soltó una risita, aunque tampoco él tenía muchas ganas de reír—. Me prometiste que

conseguirías la esmeralda. Y yo te prometí que, si no lo hacías, te causaría el mayor dolor de tu insignificante vida. Al contrario que tú, yo cumplo mis promesas. Aunque voy a matarla directamente —dijo, observando a Violet con lástima—. Ya sabes que para lo otro a veces cuesta horrores conseguir la herramienta adecuada…

Levantó el arma hacia Violet, que palideció al observar el cañón de la pistola apuntándole entre los ojos, y empezó a curvar el dedo sobre el gatillo.

25

La Tierra, el planeta donde hace millones de años un puñado de moléculas orgánicas decidieron combinarse para provocar la vida, al igual que sucedió en muchos otros rincones del universo, se mece en una negrura infinita punteada de estrellas, un jardín de prodigios donde no monta guardia ningún dios (a menos que queráis que yo adopte ese nombre). Pero sumerjámonos en su atmósfera, el manto de oxígeno que lo arropa, a ver qué se cuece allí abajo, que aquí no tiene pinta de que vaya a pasar gran cosa. A medida que descendemos, los curvados rayos del sol empiezan a estirarse, el pavoroso negro va mudando en un hermoso azul celeste y el tiempo solo alcanza a medir lo fugaz. Tras atravesar el algodón de las nubes y algunas bandadas de aves, la esponjosa cabellera verde que cubre la superficie se va desenredando en bosques, montañas y lagos. Y cuanto más bajamos, más se aprecian las señales de ocupación del hombre, la especie dominante: los retales pardos y amarillos de sus cultivos, las venas de hierro de sus ferrocarriles y los desordenados amasijos de ladrillo y cristal donde se apretuja. Uno de esos grumos de cemento es Londres, la metrópoli más grande del planeta —aunque pronto será destronada por la pujante Nueva York—, que desde aquí arriba parece una urdimbre de tejaditos y chimeneas humeantes rasgada por un río. Y allí, en el barrio de Kentish Town, en un estudio de fotografía de la calle Kelly, alguien está a punto de morir.

—¡Espera! —exclamó Alan.

Sin dejar de apuntar a Violet, Pettigrew lo miró con fastidio.

—¿Qué?

—Es evidente que Drake está en shock, pero eso es algo con lo que ya contábamos —le aseguró Alan—. En cuanto asimile que su hija está viva y puede recuperarla, vendrá a buscarnos. Todo está saliendo según lo previsto, descuida.

Pettigrew lanzó una risotada.

—Buen intento, pero a mí no me lo parece. A mí me parece que os ha pillado.

—En caso de que así fuera, y no estoy diciendo que lo sea —matizó Alan—, nos habría pillado a los *tres*.

—Así es —lo apoyó Violet—. Si eso fuera cierto, y yo tampoco estoy diciendo que lo sea, deducirá que no hemos podido hacerlo solos, que alguien de *dentro* ha tenido que ayudarnos. ¿Y en quién crees que

pensará?, ¿en la cocinera?

—Por eso mismo voy a mataros —respondió Pettigrew—. Así podré negarlo sin que me delatéis.

—¡Pero eso te volverá aún más sospechoso! —intentó disuadirle Alan.

—Pues haré que parezca un suicidio.

Alan soltó una risita.

—¿Un suicidio? ¡Vaya tontería! ¿Por qué íbamos a querer suicidarnos? Además, no te ofendas, Joe, pero hacer que nuestras muertes parezcan un suicidio requiere un talento para el engaño que supera tus posibilidades.

Pettigrew frunció el ceño meditándolo.

—Ya, quizá tengas razón… Entonces, después de mataros, quemaré el estudio, ¡y solucionado! Esas cosas pasan en Londres todos los días. ¿Ves? No soy el idiota que crees. ¡Yo también tengo mis momentos!

Violet chasqueó la lengua.

—No se lo tragará. Demasiada casualidad. Casi sería más creíble que nos suicidáramos temiendo que tarde o temprano viniera a matarnos.

—Ahora que lo dices, ese parece un buen motivo… —dijo Alan—. Pero lo lógico sería que nos suicidáramos los tres. Empieza tú, Joe, ya que tienes la pistola.

—¡Callaos de una vez los dos! —ordenó Pettigrew—. Me estáis mareando… —Entornó los ojos unos segundos, dándose golpecitos en el muslo con la pistola. Casi podían oír los sencillos engranajes de su cerebro funcionando a pleno rendimiento, pero finalmente sacudió la cabeza, abatido. Todas las posibilidades que se abrían ante él si los mataba formaron una madeja que le daba pereza devanar—. Mirad, voy a mataros a los dos, ¿vale?, y luego ya veremos qué pasa… —Y volvió a apuntar a Violet—. Las damas primero.

—¡Espera! —exclamó Alan.

—¿Y ahora qué? —Pettigrew lo miró con odio.

—Deja al menos que me despida de ella, por favor…

El matón soltó un bufido y asintió.

—Rapidito.

Alan miró con ternura a su esposa, que había palidecido al comprender que estaban consumiendo sus últimos segundos de vida. Sintió cómo se le humedecían los ojos. Aquello era el final. Esta vez sí.

—Violet, siento haberte metido en esto, pero quiero que sepas que estos seis años a tu lado han sido los más maravillosos de mi vida —le susurró con la voz ronca mientras sentía cómo la pena amenazaba con ahogar sus palabras—. Y que ni muerto dejaré de amarte.

Ella arrugó los labios en una mueca desolada. ¿Realmente se estaban despidiendo? ¿Así iba a acabar todo? Alan observó cómo una

lágrima resbalaba de su ojo derecho y otra del izquierdo, y ambas recorrían sus mejillas en una especie de carrera para unirse en la barbilla. Si ella no se hubiese cruzado en su vida, nada de aquello…

—A mí me ha encantado llenar calcetines con castañas a tu lado —dijo Violet con voz dulce.

Alan sonrió con ternura.

—Yo he roto algunos de tantas como he metido. Siempre me parecen pocas.

Pettigrew dibujó una mueca de incomprensión.

—Estáis locos… —dijo con desdén, y enderezó el arma—. Bueno, acabemos de una vez.

—¡Espera! —volvió a interrumpirlo Alan—. ¿Puedo darle un último beso? Por favor, Joe…

—Esto no es un vis a vis —negó el matón, harto de sus interrupciones—. Ya se lo darás luego a su cadáver.

Y volvió a concentrarse en Violet. Alan apretó el puño en torno a la empuñadura de su bastón, preparado para abalanzarse sobre él a la desesperada antes de que el matón tuviese tiempo de apretar el gatillo. Probablemente lo único que conseguiría sería convertirse en el destinatario de la bala, pero había cosas que un hombre debía hacer por la mujer que amaba. Y tampoco se le ocurría un plan mejor. Sin embargo, su sacrificio quedó en pura intención, pues una musiquilla de campanillas los congeló a los tres. Aunque esta vez no eran las hadas, sino el móvil de la puerta anunciando la llegada de un cliente.

—¿Hola? ¿Hay alguien? ¡Soy Percival Drake! —oyeron desde la tienda.

—¡Estamos aquí, concejal! —respondió Alan de inmediato.

Pettigrew lo fulminó con la mirada y se apresuró a esconderse en el cuartito de revelado. Desapareció un segundo antes de que Drake descorriera la cortinita. El concejal observó a Alan y Violet detenidamente desde la entrada mientras ellos se esforzaban en no parecer niños pillados en medio de una travesura. Por lo visto, iba solo, lo cual descartaba que hubiera aparecido allí para matarlos, pues sabían que no era hombre que acostumbrara a mancharse las manos de sangre. Aunque, claro, quizá con quienes habían profanado la tumba de su hija quisiera hacer una excepción. Finalmente, tras observarlos desde la puerta durante un tiempo que se les antojó eterno, se acercó a ellos caminando con levedad, como si flotara. Miró entonces a Violet con una sonrisa beatífica.

—Las he visto… —le dijo—. ¡Las he visto! Allí, sobre el aparador, donde usted las vio… ¿Cómo es posible?

Tras disimular un suspiro de alivio, Violet le sonrió con piadosa dulzura.

—Las hadas también pueden decidir mostrarse si quieren, incluso a

alguien que normalmente no podría verlas, como ya le dije —le recordó—. Y está claro por qué se han mostrado ante usted: ¡han aceptado el trato que les propuse!

Drake abrió mucho los ojos.

—La esmeralda por mi hija… —balbuceó.

—Sí, concejal. Están dispuestas a devolverle a Molly a cambio de que usted les devuelva su risa.

Drake asintió lentamente, y guardó un largo silencio, tratando de asimilarlo.

—Siento haberles echado de mi casa de ese modo… —acertó a decir, como si le costara unir las palabras en una frase coherente.

—Nos hacemos cargo, concejal, no se preocupe —dijo entonces Alan —. Las personas inteligentes son a las que más les cuesta creer en lo que no ven, como las hadas o los fantasmas, o Dios, ya puestos. Pero cuando lo hacen…, ¡ah, entonces su fe es para siempre! Fíjese en el escritor Arthur Conan Doyle, un apasionado defensor del espiritismo que no tiene miedo en asegurar que se ha comunicado con su hijo muerto en la guerra a través de un médium.

Drake asintió distraído a sus palabras.

—Entonces… la recuperaré —murmuró como para sí—. Recuperaré a Molly.

Se tambaleó ligeramente, como si de pronto las piernas le fallasen, y buscó algún sitio donde sentarse. Reparó en las butacas de atrezo y se acomodó *in extremis* en una de ellas. Alan y Violet lo observaron tratar de controlar el temblor de su cuerpo, recortado ante aquel fondo de nubes naranjas, hasta que al fin logró serenarse.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó, algo más repuesto.

—Sí, eso mismo estaba pensando yo —dijo Alan, dirigiéndose a Violet—. Necesitamos a alguien que pueda cruzar a su mundo y hacer el cambio. ¿Y dónde vamos a encontrar a esa persona? Ya sabes que apenas son unos pocos, y no conocemos a ninguno…

Su esposa guardó silencio unos segundos, reflexionando.

—Bueno, tal vez sí. Sé dónde vive uno.

—¿En serio? —se sorprendió Alan mientras el concejal la observaba con interés.

—Hace unos meses —les explicó—, el profesor Culpepper me envió a entrevistar, para la revista *Vanity Goblin*, a un hombre que había cruzado al País de las Hadas. Iba a ser mi estreno en la revista. El hombre se llamaba Barnaby Brumby y vivía en una casita a las afueras de Newport, en Gales, muy cerca del portal por el que había cruzado al País de las Hadas. La experiencia no había sido muy agradable para él, se decía que incluso había quedado mutilado, y que ahora vivía apartado del mundo, como una especie de ermitaño, entregado al alcohol y el rencor. Pero cuando me planté en su casa y le dije que iba

a entrevistarlo, me echó de su propiedad de malos modos, así que no sé si querrá ayudarnos…

—Esta vez yo la acompañaré —dijo Drake, levantándose de la butaca—. Y le aseguro que aceptará.

Violet se acercó a consultar un calendario que colgaba de la pared.

—Dentro de dos días será 1 de mayo, la noche de Walpurgis, ideal para el cruce de un mundo al otro. Podemos presentarnos en su casa mañana para intentar convencerlo.

Drake se mostró de acuerdo.

—Los recogeré mañana a primera hora —dijo—. Ahora voy a buscar a ese inútil de lugarteniente que tengo. Imagino que después de dejarlos aquí habrá ido a emborracharse a alguna taberna.

—Qué bien lo conoce —dijo Alan.

Cuando Drake abandonó la tienda, Pettigrew emergió del cuartito de revelado cual rata de su madriguera.

—A quien me diga «ya te lo dijimos» le pego un tiro —los amenazó—. De esta os habéis librado, pero rezad para que el resto del plan salga bien porque me he quedado con las ganas de mataros. —Y abandonó el estudio hacia la salida—. Ahora tendré que ir a tomarme un par de copas… —le oyeron quejarse con la boca pequeña.

Alan y Violet permanecieron inmóviles, en posición de firmes, a la espera de que sonaran las campanitas. Cuando la musiquita llegó hasta ellos, se volvieron el uno al otro y corrieron a abrazarse con desesperación.

—¡Oh, Alan, creí que nos mataría!

—¡Yo también, cariño, yo también! —le dijo, besándola atropelladamente por toda la cara y hundiendo la suya en su pelo—. ¡Pero seguimos vivos! ¡Muy vivos!

Violet dejó escapar un gemido roto que parecía provenir de las profundidades de su alma. Él la acunó durante varios minutos, mientras ella, una vez pasada la tensión del momento, se abandonaba a un llanto histérico, liberador. La acarició dulcemente, le susurró palabras de consuelo y le robó las lágrimas con la yema de los dedos. Finalmente, cuando el llanto de ella remitió, la separó por los hombros y la miró con ternura.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Al final, lo hemos conseguido —dijo, intentando forjar una sonrisa de victoria que se correspondiera con aquel momento—. Hemos conseguido que vea a las hadas.

—¡Sí, maldita sea! —se quejó Alan—. ¡Ha sido un suspense innecesario! No imaginé que el preparado que te hizo la enfermera Sullivan con morfina, opio y esa sustancia de la yuca americana que ahora está tan de moda entre los artistas tardara tanto en hacerle

efecto.

—Yo tampoco. Y eso que le eché todo el sobre en el whisky… —coincidió Violet—. Pensé que sucedería enseguida, mientras seguíamos en su casa, hablando con él. Pero imagino que el tiempo que tarda en hacer efecto depende de la constitución de cada cual. Lo importante es que logramos condicionarle para que sus alucinaciones cobraran forma de hadas.

—De varias hadas sobre el aparador, donde tú las viste, como digna nieta de la poderosa médium Ivanna Ivanova —sonrió Alan—. Y ahora podemos seguir con la fase tres del plan. Es más compleja, pero mucho menos arriesgada. Y Drake ya es un creyente convencido. No tendrá ninguna crisis de fe. Una vez que nos entregue la maldita esmeralda, podremos olvidarnos de todo esto, cariño —concluyó, y volvió a abrazarla con infinita ternura.

—Pero no tenemos garantías de que Pettigrew no nos mate cuando la consigamos —dijo ella, con la cabeza apoyada en su hombro.

—No, no las tenemos —reconoció Alan—. Pero seguimos vivos, ¡celebrémoslo! Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

Ella asintió lentamente, a medida que comprendía que tampoco podían hacer otra cosa.

—Vale —dijo—. Por cierto, el tercer ingrediente se saca del cactus, no de la yuca —puntualizó.

—Deja de corregirme y bésame.

Ella sonrió y se abalanzó sobre sus labios con la pasión de siempre, incrementada ahora por el afrodisiaco que suponía haber escapado de la muerte, lo que enseguida convirtió el beso en el preludio de algo más, mucho más. Sin tiempo de llegar hasta la cama, Alan hizo un barrido a su alrededor y sus ojos se posaron en una de las butacas de atrezo, por donde tantas posaderas habían pasado últimamente. Como la comodidad no era una prioridad en aquel momento, arrastró a Violet hacia ella. Y allí, trenzando los gemidos de placer con los crujidos de la madera, se amaron torpe y rápidamente, porque esta vez no los dirigía el deseo, sino un hambre superior, el ansia de constatar que estaban vivos, que el otro también lo estaba, que su cuerpo vibraba de cálida vida, que vivirían mil y un años más porque se sentían absurdamente inmortales. El crepúsculo llameante del lienzo prestó un tinte épico a su orgasmo.

Cayeron rendidos en la tarima, los cuerpos oliendo a sudor y saliva y a todos los demás fluidos que formaban la savia de la existencia.

—Castañas —dijo Alan con voz dulce, hundiéndose en sus ojos.

—Calcetines —respondió ella.

Y se fueron quedando dormidos mientras, sin que ellos lo supieran, un temerario batallón de espermatozoides recorría los pasadizos secretos que había bajo el vientre de Violet, como perseidas cruzando

el firmamento, hasta que, tras una singladura llena de peligros, justo cuando Alan empezaba a roncar, el más bravo de ellos alcanzó el óvulo, dando lugar al único milagro del mundo que nunca se celebra en el momento en que ocurre.

26

A la mañana siguiente, tan temprano que nadie había barrido las estrellas todavía, dos coches abandonaban Londres en dirección a Gales. El Bentley abría la marcha, el matón al volante y ellos detrás. El matón parloteando y ellos en silencio. Pettigrew parecía encantado con la buena marcha del plan, como si su intento de matarlos la noche anterior no hubiera ocurrido. Tras el Bentley iba el Rolls-Royce, con dos matones delante y Drake detrás, envuelto en sus pensamientos. A la altura de Somerset, se llevó la mano al bolsillo y sacó la esmeralda: «la risa de las hadas», como se la conocía en el mundo feérico, porque, aunque tuviese el aspecto de una esmeralda vulgar y corriente, obviando su espectacularidad, no lo era. Lo que tenía en la mano era felicidad concentrada, la alegría de otro mundo que se había condensado en algo que parecía una joya, pero solo a ojos humanos. Y si se la entregaba a sus auténticas dueñas, ellas le devolverían a Molly. Ese era el trato. Por eso las hadas se habían manifestado ante él. Sonrió con melancolía. A su mente racional le costaba creer que aquel grupito de diminutas mujeres aladas que habían aparecido sobre su aparador no hubiese sido una alucinación, pero le daba igual. Había decidido ignorarla, como si se tratara de un estorbo, y prestar atención solo a su corazón. Tal vez existían los seres feéricos. Tal vez existían las hadas, los duendes y los gnomos. Tal vez existía el País de las Hadas. Tal vez existían personas que podían cruzar de un mundo a otro. Solo le parecía imposible porque no era posible. Pero ¿quién decidía lo que era posible y lo que no? Suponía que las leyes de la física, que dictaban el comportamiento de la realidad. Y un simple duende correteando por un bosque violaba un montón de ellas. Para que un hada apareciera y desapareciera a voluntad sobre el aparador de un salón, por ejemplo, necesitaría poder manipular la energía a nivel subatómico, cuando menos. Pero ¿por qué tenía el mundo que estar hecho a imagen y semejanza de una mente racional que no dejaba espacio a la fantasía? ¿Y acaso no era la física una ciencia en constante evolución? Quién sabía si no inventaría en el futuro nuevas leyes que posibilitaran la existencia de los seres feéricos… Él, de momento, prefería pensar que su hija estaba secuestrada, aunque fuera por las hadas, en vez de muerta.

En el coche de delante, Alan también iba envuelto en sus pensamientos, aunque los suyos no eran tan profundos. «No debí besar

a Sylwia —estaba diciéndose—, aunque, en realidad, yo no la besé, simplemente no retiré mis labios lo suficientemente rápido cuando ella acercó su boca a la mía.» Como quedó dicho, Sylwia siempre le había considerado un cliente especial, del que gustaba despedirse con un beso de cariño, un beso que los sumergía a ambos en un espejismo conyugal al que ninguno hacía ascos, y la noche anterior, cuando él se presentó en el burdel tras dejar a Violet dormida en el estudio, había tenido más motivos que nunca para dárselo. ¿Y quién era él para negarle aquel deseo? (aparte de la única persona que se lo podía negar).

—El gordo no me guardará rencor, ¿no?

La pregunta del matón lo sacó de sus torturadas cavilaciones.

—¿Por cortarle la mano? ¡Claro que no! —ironizó—. Al igual que nosotros no te lo guardamos por intentar matarnos.

—Os dije lo que había. —Pettigrew se encogió de hombros—. No os engañé. Y todavía puedo mataros si no conseguís la esmeralda, no lo olvidéis.

—Sí, sí, qué pesado… —murmuró Alan mirando de reojo a Violet—. En cualquier caso, Warren ha aceptado que la vida es como es, y que nada te libra de cruzarte con un indeseable como tú, que solo aporta sufrimiento al mundo, un malnacido que… —Interrumpió su diatriba cuando Violet le apretó el brazo—. Bueno, como te decía, hace tiempo que Warren aceptó lo ocurrido y ahora vive una vida plena, aunque no pueda tocar la flauta o abrocharse el abrigo. Aun así, mejor que no saques el tema. Evita cualquier alusión a su mano. Es más, evita dirigirle la palabra. De todas formas, tenéis que fingir que no os conocéis.

—Descuida —sonrió Pettigrew—. No soy yo quien tiene que controlar su esfínter.

Se adentraron en Pembrokeshire poco después del mediodía. Antes de llegar a la casa de Brumby, se detuvieron en el monumento megalítico conocido como Pentre Ifan, en la parroquia de Nevern. Rodeados de suaves lomas de hierba que ondulaban bajo un cielo de un azul intensísimo, y protegidos por las mamparas de los bosques lejanos, parecían encontrarse en un oasis de silencio donde se había coagulado el tiempo. Se apearon de los coches y caminaron hacia el monumento, un conjunto de siete piedras enormes, pulidas y brillantes. Seis de ellas estaban clavadas verticalmente en la tierra, alcanzando la altura de un oso puesto en pie, y la séptima, una losa de unos cinco metros de largo y más de quince toneladas, descansaba sobre las puntas de tres de ellas, componiendo un impresionante dolmen que los expertos databan de 3500 a. C. aproximadamente.

Violet les explicó que la Iglesia cristiana, en su cruzada por absorber los mitos paganos, aseguraba que el sitio era un enterramiento

antiguo, pero en realidad se trataba de un lugar de culto ancestral. La tradición atribuía la construcción de esos lugares a las criaturas mágicas, y a todos ellos les resultó más fácil imaginarse a los duendes, enanos o hadas construyendo aquello, usando su fuerza descomunal o su magia, que a sus propios antepasados.

—Las leyendas cuentan que en este lugar se celebraban reuniones de druidas y que los elfos y las hadas realizaban sus aquelarres, pero su fama se debe sobre todo a que se cree que es un acceso al mundo de los seres feéricos —les dijo Violet, dirigiéndose especialmente a Drake—. En las leyendas de la Edad Media se mencionan múltiples lugares de paso hacia el País de las Hadas, desde robles mágicos hasta estanques encantados, pero con el transcurso de los siglos han ido desapareciendo. Esta es una de la media docena de puertas al País de las Hadas que actualmente se conocen, la mayoría localizadas en el condado de Cornualles, en Escocia y en algunas zonas de Francia.

Drake estudió el dolmen. Como todos, parecía sorprendido de que la estructura llevara siglos manteniendo aquel equilibrio que tan precario parecía.

—Así que es aquí donde realizaremos el intercambio…

Violet asintió.

—Aquí fue por donde cruzó Barnaby Brumby, que desde entonces vive en esa casita de allí —dijo señalando una pequeña granja que coronaba una loma vecina.

Alan se acercó a la estructura con reverencia, apoyó una mano sobre la pulida superficie de una de las rocas que ejercían de pilastras y suspiró hondamente.

—Puedo sentir la energía de la roca fluyendo a través de mí. Una paz como nunca he sentido me embarga —les confesó al resto, emocionado—. Acaríciela, señor Drake —lo invitó.

El concejal apoyó la mano con cautela y cerró los ojos.

—¿Lo nota? Son los restos de la magia…

Drake retiró la mano, asintiendo poco convencido, y se colocó bajo el dolmen. Le sacaba dos o tres cabezas como mínimo y mediría unos cinco metros de ancho.

—¿Y se accede al otro mundo atravesándolo? —le preguntó a Violet.

—Bueno, primero hay que abrir la puerta declamando el hechizo correcto —respondió ella.

Como poco más había que hacer en aquel lugar místico, decidieron dejar los coches allí y acercarse caminando a la casa de Brumby, que no estaba a más de cincuenta metros. Si alguien los hubiera visto desde lejos, habría creído que eran un grupo de excursionistas (variopintos, eso sí) pasando un agradable día en el campo. A medida que se acercaban, comprobaron que la granja, la única construcción

de los alrededores, parecía aún más precaria que el dolmen que quedaba a sus espaldas. Era una casita de piedra gris de dos plantas y techo de paja que mostraba un aspecto desolador. La fachada estaba recorrida por grietas, la madera de las ventanas lucía astillada y descolorida y sus cristales exhibían una costra de mugre que velaba su interior. Todo apuntaba a que quien vivía allí la había abandonado a su suerte, dejando que los años la fueran castigando mientras esperaba pacientemente a que se le cayera encima. Estaba rodeada de los restos de un gallinero, la valla de un corral que ya no custodiaba nada y lo que debía de haber sido un huerto, ahora devorado por la maleza. A su lado, la casa Usher de Poe parecía un alegre palacio.

Para no intimidar al dueño, Drake ordenó a sus hombres que esperasen echándose un cigarrillo junto a un árbol retorcido del que colgaba un columpio de madera. Los esbirros se quedaron allí, peleándose por el columpio, y el resto de la comitiva se acercó a la casa. Como no había aldabón ni nada parecido en la entrada, Alan aporreó la puerta con su bastón y esperaron. Y esperaron. Y esperaron. ¿Había muerto Brumby allí dentro, sin que el mundo se percatase?, se preguntaron, cada vez más nerviosos. Al fin, oyeron descorrerse una tranca. La puerta se abrió pesadamente y un hombre corpulento y despeinado, con cara de haber sido despertado por los intempestivos golpes de un bastón sobre una puerta vieja sin aldabón ni nada parecido, les dedicó una mirada turbia.

—Buenos días, señor Brumby —lo saludó Violet—. No sé si me recuerda. Soy Violet Schofield. Hace unos meses vine a entrevistarlo para *Vanity Goblin*.

Brumby la estudió unos segundos con los ojos entornados, como tratando de enfocarla.

—Ah, sí, la recuerdo. Supuse que volvería, pero no que tardaría seis meses. Para ser una estudiante de Fadalogía es poco constante.

—Eh, bueno, lo que importa es que he vuelto —respondió ella, molesta por el comentario—. Sus malos modales no lograron desalentarme del todo.

—¡Ya veo! —rio Brumby—. Y no ha venido sola —añadió, paseando su mirada por el curioso grupito que la marea parecía haber arrastrado hasta su puerta.

Violet se apresuró a presentarle a sus acompañantes. Alan reparó en que Fry les había tendido al concejal y a él la mano sana, mientras que a Pettigrew le había ofrecido la prótesis. Ambos se saludaron mirándose con inexpresiva gravedad, sin dejar traslucir el pasado que compartían. Tras los saludos, Fry continuó con su papel:

—Un concejal… —dijo observando a Drake—. No sé si mi humilde morada estará a su altura.

—No me interesa su decoración, sino su… *talento* —le respondió

Drake con una sonrisa amistosa.

La cansada amabilidad de Brumby mudó en un rictus de desagrado.

—Entonces pueden largarse por donde han venido. Mi *talento,* como usted lo llama, es una maldición de la que intento olvidarme.

—Venimos desde Londres, señor Brumby —intervino Alan, antes de que este les cerrara la puerta en las narices—. Escuche al menos lo que venimos a pedirle. No sabe a qué se está negando.

Brumby los observó con agotamiento y finalmente asintió de mala gana.

—De acuerdo —murmuró—. Pasen.

Drake ordenó a Pettigrew que esperase con los esbirros junto al columpio, y los demás siguieron a Brumby al interior de la vivienda, una pieza no muy grande que hacía de salón, comedor y cocina. Estaba muy desordenada, lo cual era meritorio teniendo en cuenta que su mobiliario se reducía a cuatro muebles viejos. Todos rechazaron el té que el anfitrión les ofreció ante el aspecto de la oxidada tetera.

—Bien, eso que me ahorro —dijo Brumby casi con alivio—. Aunque si me permiten, yo aún no he desayunado. —Rescató una botella de whisky de entre una maraña de cacharros con restos de comida y se desplomó en una silla—. Siéntense.

Ante la escasa oferta para sentarse —un sofá desfondado cuyo tapizado era un festival de manchas ignotas y un baúl polvoriento que parecía rescatado de un naufragio—, los tres prefirieron quedarse de pie. Brumby se encogió de hombros, pero no se levantó.

Sin más preámbulos, Violet le resumió el asunto que los había llevado hasta su madriguera. Le dijo que tenían pruebas para suponer que las hadas habían suplantado hacía cosa de un año a la hija del concejal por un leño, y que habían aceptado devolvérsela a cambio de algo que Drake tenía en su poder.

A una señal de la muchacha, el concejal colocó la esmeralda sobre la mesa. Brumby abrió los ojos como platos al ver la joya, que iluminó la habitación al multiplicar los escasos rayos de sol que se colaban por las sucias ventanas.

—¿Es…? —balbuceó, mirando a Violet, quien asintió con solemnidad.

—«La risa de las hadas.»

Fry dejó escapar un silbido de admiración y la tomó con infinito cuidado.

—Oí hablar mucho de ella mientras estuve allí dentro… —les comentó, observándola maravillado—. Decían que las hadas nórdicas realizaban frecuentes expediciones a nuestro mundo para recuperarla.

—Y al final descubrieron que la tenía el señor Drake, pero como no pudieron llevársela, se vengaron de él raptando a su hija —dijo Violet —. Sin embargo, han aceptado devolvérsela a cambio de la esmeralda.

Necesitamos que usted abra el portal y realice el intercambio.

Brumby sonrió con melancolía.

—Que yo abra el portal… Solo lo hice una vez, y ni siquiera sé cómo lo conseguí —murmuró, volviendo a dejar la esmeralda sobre la mesa.

—Porque es usted el séptimo hijo —dijo Violet.

Brumby la observó con ternura.

—En aquella época no se sabía que era un séptimo hijo quien debía declamar el hechizo, ¿sabe? No teníamos tanta información como ahora. Y puede que con eso no bastara, pues no todos los séptimos hijos pueden abrir los portales. Tuvo que haber algo más. Quizá ayudaran mis ganas de abandonar este mundo, quién sabe…

—¿Quiere decir que quería… suicidarse? —preguntó Drake.

Brumby soltó una risita queda.

—No, concejal. Me temo que mis motivos eran más prosaicos. Lo que no quería era casarme.

Y les contó que él había cruzado al País de las Hadas por accidente. Ocurrió el otoño de 1895. Por aquel entonces tenía veinte años y era el séptimo hijo de los Brumby, una familia adinerada de Liverpool que poseía una importante naviera. Por desgracia, su padre llevaba un tiempo encamado a causa de una enfermedad crónica, y la mala gestión de los negocios familiares llevada a cabo por sus hermanos mayores y cuñados, a cada cual más inútil, estaba mermando las arcas de la familia e incluso amenazaba con mancillar también la reputación de su apellido. Como medida de salvamento, su padre había ideado desde su lecho una jugada maestra que consistía en casar a su hijo menor, aquel rebelde soñador aún soltero, con la primogénita de la naviera rival, una oportuna alianza que les otorgaría el dominio de los siete mares. Mary Edwina Wright era una de las muchachas más insulsas y poco agraciadas que él había visto jamás, pero no podía negarse a los designios del patriarca. Debía inyectar dinero al patrimonio familiar mercadeando con su preciada soltería y, ya que estaba, regar con su semilla aquel vientre impuesto.

Por aquel entonces, por razones que no vienen al caso, frecuentaba a un grupo de jóvenes apasionados de los seres feéricos, que hacían excursiones a lugares sagrados con el propósito de atisbar alguno. Sospechaba que lo aceptaban en la pandilla porque financiaba sus francachelas esotéricas, pero no le importaba, ya que le resultaba sumamente agradable tener amigos tras una infancia solitaria, aunque fueran sufragados. A apenas un mes de su casamiento, los acompañó al dolmen de Pentre Ifan, donde las leyendas decían que había un acceso al País de las Hadas. Sus amigos trataron de abrir el supuesto portal recitando el hechizo, que habían copiado de un antiguo papiro, sin conseguir alterar su bucólica realidad lo más mínimo. Él observaba

sus frustrantes intentos desde la distancia, pues, como siempre, lo habían dejado vigilando las tiendas de campaña, ya que nunca lo habían considerado algo más que un patrocinador sin preparación. Esa noche, mientras todos dormían a pierna suelta, él era incapaz de conciliar el sueño pensando en que dentro de un mes tendría que ejercer de marido de una rica heredera, cargo para el que se sentía aún menos preparado que para hablar con las hadas. Comprendiendo que nada podría contra el insomnio, robó una botella de whisky de una de las maletas y se dirigió al dolmen a beber tranquilo y despedirse bajo un cielo estrellado de su condición de despreocupado soltero. Antes de sentarse contra una de las piedras, reparó en el cuaderno tirado sobre la hierba, donde sus amigos habían anotado el hechizo que abría el portal. Estaba escrito en una extraña lengua, que quizá fuera propia de las hadas o los duendes. Observó el dolmen. Nunca se había planteado si las hadas existían o no, se limitaba a seguir las caprichosas aventuras del grupo como un perrito necesitado de cariño, más por aburrimiento que por verdadero interés. Lo mismo le hubiera dado que fueran ornitólogos ansiosos por avistar arrendajos azules. Pero en aquel momento pensó que le vendría muy bien cruzar a un País de las Hadas en el que poder esconderse de su destino. En el que desaparecer de su propia vida sin tener que matarse o caminar demasiado. Animado por el alcohol, se colocó ante el dolmen y, por hacer la gracia, declamó el hechizo con voz engolada. Para su sorpresa, se oyó un extraño crepitar y observó como el trozo de oscuro paisaje enmarcado por el dolmen empezaba a descomponerse. Era como si la realidad fuera un lienzo sometido a un proceso de decapación que poco a poco iba revelando otra pintura debajo, entre un chisporroteo de luces y destellos que le obligaban a entornar los ojos.

Unos segundos después, se descubrió ante un mundo nuevo, un paisaje diferente que no casaba con la realidad que había fuera de los límites del dolmen. Para empezar, entre sus piedras era de día, mientras que a su alrededor seguía siendo de noche. Permaneció indeciso, sin saber qué debía hacer. Entonces oyó que alguien lo llamaba desde las tiendas. «¡Barnaby, cabrón!, ¿te has llevado mi botella?» Eso le espoleó a cruzar el dintel que representaba el dolmen. Al instante, un remolino de olores desconocidos, agradables y densos llegó hasta él arrastrado por una brisa finísima que le acarició el rostro con la delicadeza de un brocado de seda, y escuchó en la distancia el lírico canturreo de un arroyo mezclado con notas de flauta; al darse la vuelta, descubrió que el dolmen seguía a su espalda, pero lo que ahora mostraba en su interior era un parche de medianoche galesa. Tras un chisporroteo de destellos, aquel último recuerdo de su hogar también desapareció ante sus ojos, y se

descubrió perdido en un mundo distinto, donde había un dolmen exactamente igual al de Pentre Ifan, o tal vez era el mismo, como si la estructura fuese única, un puntal que atravesaba inalterable varias dimensiones, como el espetón de una brocheta de cordero.

Como un excursionista embelesado, echó a andar por aquel mundo sin saber dónde posar la vista. Los colores brillaban el doble, todos los sonidos parecían formar parte de una única partitura armoniosa, el aire parecía untado de melaza… Estar vivo era una fiesta. Atravesó un bosque de verdor voluptuoso, lleno de gráciles flores que le eran desconocidas, de pajaritos extravagantes, de diminutos insectos de zumbido musical, donde una especie de polen reluciente flotaba en los rayos del sol que hendían el ramaje. Era una realidad sublimada, de una belleza enardecida y abigarrada.

Tras no supo cuánto tiempo, pues aquel sol se desplazaba por el cielo con una sorprendente morosidad, llegó a una aldea ovillada en un valle cercado por esbeltas montañas. Las casas eran pintorescas y coloridas, estaban hechas de enormes palmas, hojas y troncos, y alumbradas por lámparas que parecían cáscaras de frutas rellenas de luciérnagas. Se asemejaban más a los nidos de pájaros que a las viviendas de los hombres.

Apenas se había aventurado unos pasos en el poblado cuando un séquito de hadas salió a recibirle, pues los visitantes humanos eran poco frecuentes. Las había de todos los tamaños y aspectos, desde las populares mujeres en miniatura que ilustraban los libros infantiles, las cuales bailaban o corrían por todas partes, haciendo difícil no tropezar con ellas, hasta hadas con apariencia de mujeres humanas, aunque de una belleza delicada e incuestionable, y tocadas con unas alas traslúcidas que con el tiempo descubriría que, más que para volar, usaban para manifestar sus estados de ánimo, como hacen los gatos con sus colas.

Esa noche —cuando al fin anocheció— dieron una fiesta en su honor. Bebieron y bailaron durante lo que le parecieron semanas, incluso meses, pero allí no existía el cansancio, como tampoco parecía existir la vejez o la enfermedad. Esa noche se enamoró de Edrielle, una joven hada con la que estuvo toda la noche bailando, y ella se enamoró de él del mismo modo natural, inmediato y apasionado.

Se instaló en su casita, cerca de una cascada cantarina, y allí se amaban noche y día, ya que no tenían mucho de que hablar (bueno, en realidad tenían mucho de que hablar, pero no el uno con el otro). Él nunca había amado a una humana, pero sospechaba que el amor con una hembra de su especie nada tenía que ver con aquel sentimiento inocente y generoso que no sentía la necesidad de justificarse a sí mismo, que carecía de un motivo y simplemente ocurría entre Edrielle y él.

Cuando no estaba entregada al placer, Edrielle se dedicaba a cepillarse el pelo, una cabellera de lava rojiza que le descendía hasta la cintura, cubriéndole las alas traslúcidas que solía mantener plegadas en la espalda, como si no se acordara de que las tenía, y que a veces se recogía en dos largas trenzas. Usaba para ello un peine de oro que él solía ver en su tocador, y que en su mundo debía de valer una fortuna. Como su cabello necesitaba los mínimos cuidados, él aprovechaba aquellas horas para dar paseos por la aldea y sus alrededores, alternar con sus habitantes y aprender sus costumbres, impulsado más por una divertida curiosidad que por un afán académico.

Dado que lo habían acogido en el poblado como a una rareza inofensiva, podía deambular a sus anchas por cualquier parte y hacerles todo tipo de preguntas, ya que siempre le respondían, si bien las respuestas eran tan caprichosas como las que podría dar un niño y apenas le servían de nada. Pese a todo, hizo algunos descubrimientos, como que vivían en una primavera perpetua, que su reloj con leontina no funcionaba allí por mucho que lo arreglara o que cada cierto tiempo llegaba a la aldea una caravana de gnomos, que eran como los buhoneros de aquel mundo. Irrumpían en el pueblo anunciados por una algarabía de repiqueteos metálicos, pues sus carros rebosaban de utensilios de cocina e instrumentos musicales, a veces también llevaban algún objeto robado a los humanos, como una máquina de escribir o un estetoscopio, a los que allí no sabían qué uso dar. Pero sobre todo traían chismorreos: así sabían las hadas lo que estaba sucediendo en el resto de su mundo, sobre todo las últimas trastadas de los elfos, que de todos los seres feéricos eran, al parecer, quienes más problemas causaban. Gracias a esos chismes, supo que había más aldeas como aquella desperdigadas a lo largo y ancho de aquel mundo que se rozaba con el suyo en algunos puntos: los lugares sagrados que ejercían de puertas.

También descubrió que, en contra de lo que podía parecer, la vida de las hadas no consistía únicamente en una existencia holgazana, irresponsable y volcada en el disfrute, sino que se regía por costumbres y tradiciones milenarias. Las noches de luna llena incluso se reunían en concurridas asambleas para tratar los asuntos de la aldea, distribuir el trabajo y, sobre todo, organizar las expediciones que de tanto en tanto realizaban al mundo de los hombres, pues aún se encargaban de velar los bosques, los arroyos, las colinas y, en general, cualquier obra de la naturaleza del mundo del que antaño, tras una convivencia fecunda y armoniosa, habían huido por *diferencias creativas*. Desde entonces había una brigada encargada de plantar las ortigas y las setas venenosas.

Pero quizá lo más importante que descubrió fue que el palacio de

cristal y oro que coronaba el pico de la montaña más alta, y que le había llamado la atención nada más llegar, podía verse desde cualquier lugar de aquel mundo, como la luna, y era donde vivía Titania, la reina de las hadas, y la más bella y poderosa de todas. Del palacio les llegaba siempre, rodando colina abajo, una música celestial. Se decía que los mejores violinistas y gaiteros de Irlanda habían sido visitantes humanos que habían aprendido, en sus salones, el arte de la música de los elfos que ejercían allí de maestros. También se decía que era en el palacio donde vivían los niños humanos suplantados aprendiendo las costumbres de las hadas, y que Titania, de vez en cuando, les permitía observar cómo sus padres seguían su vida sin ellos a través de espejos mágicos o palanganas llenas de agua.

Huelga decir que también descubrió que todas las hadas practicaban la magia, aunque no parecían darle importancia; solo la usaban de cuando en cuando para ayudarse en pequeñas tareas domésticas, cuando necesitaban volar, mover algún objeto pesado o hechizar a algún árbol para que diera más frutos. En general, vivían ajenas al potencial que aquel poder tenía. En una guerra contra los humanos, por ejemplo. Pero eso solo podía ocurrírsele a un humano como él, jamás a un hada, a las que nunca se les habría pasado por la cabeza la descabellada idea de conquistar el mundo humano. ¿Para qué, si el suyo era mucho más hermoso? Solo usaban la magia contra los hombres cuando alguno de ellos las ofendía, pues su carácter era muy parecido al de los niños: como ellos, no solo vivían en un presente eterno, cuyos bordes no podían ver, sino que también sufrían rabietas de vez en cuando, generalmente por las cosas más tontas. Se enteró de que algunos visitantes, sobre todo en la Edad Media, cuando el acceso entre mundos era más fácil, habían llegado a practicar la magia en la corte de Titania, pero de poco les había servido, porque, de regreso en su mundo, habían sido procesados por brujería (le sonaba que Walter Scott había contado algo de eso en sus *Cartas sobre demonología*).

Durante aquel tiempo, se adaptó todo lo que pudo a sus rutinas. Se acostumbró a comer lo mismo que ellas —unos platos coloridos donde mezclaban flores exóticas, hojas y raíces de diversos árboles y corales recolectados del fondo de los estanques, acompañados con una bebida de frutos desconocidos en la que solo acertaba a reconocer el sabor de la miel y la leche de cabra, aunque juraría que no había visto ninguna en la aldea, solo algún que otro fauno—, a echarse a dormir en cualquier lugar sin miedo a ser tachado de holgazán, a cantar y a bailar cuando le venía en gana, a hilar en la rueca, a tocar la flauta de pan y la zampoña, a pintar paisajes (tras yacer con Edrielle lo asaltaban súbitos raptos de inspiración artística) y, en general, a existir únicamente en aquel presente sin bordes.

Y así podría haber sido por siempre jamás. De no ser porque un día,

en uno de sus paseos, oyó algunos relatos sobre hadas que solían hechizar a los humanos para que se enamorasen de ellas y, mientras regresaba a casa de Edrielle, no pudo evitar preguntarse si él sería uno de ellos y era el único que lo ignoraba. ¿Se había enamorado de Edrielle nada más verla danzando en torno a la hoguera en aquella fiesta en su honor o había sido hechizado por ella para regocijo del resto de la aldea, que se burlaba a sus espaldas de su manipulable corazón? Edrielle le juró que no, le aseguró que ella no le había provocado lo que sentía, que eso eran habladurías maledicentes propagadas por las hadas que no aprobaban la convivencia con humanos porque decían que eran perversos y traicioneros. Pero él no la creyó, a pesar de que sus alas se oscurecieron y se pusieron en punta. Tras toda la noche en vela, llegó a la conclusión de que, sin saber si aquellos sentimientos por ella eran puros o implantados, no podía seguir a su lado, así que decidió abandonar el País de las Hadas. Pero vengaría aquella humillación robándole el peine de oro. Y la noche siguiente, mientras ella dormía, se escurrió de la cama, se vistió iluminado por la luna, cogió el peine, donde aún había enredadas algunas hebras de sus cabellos, y huyó del poblado. Corrió toda la noche hasta que, al amanecer, alcanzó el dolmen. Temiendo que lo hubieran seguido, declamó el hechizo que aún recordaba y atravesó la estructura a la carrera, con el peine bien agarrado en la mano derecha.

Lo que él no sabía era que Titania, la reina de las hadas, conocía bien la codicia humana, y en previsión de que aquel humano que convivía con una de sus súbditas tuviera la tentación de robarle el peine —por experiencia sabía que los visitantes humanos se encaprichaban de las toallas, las madejas, las servilletas y, especialmente, los peines—, le lanzó una maldición para que, en cuanto entrara en contacto con el aire perverso del mundo de los humanos, el peine se transformara en un trozo de carbón al rojo. Por eso, no bien había dado un paso en su mundo, el peine estalló en llamas. Él lanzó un grito e intentó soltarlo, pero el fuego le había derretido la carne de la palma, y tardó tanto en desprenderse de él que la mano sufrió numerosas quemaduras graves. Para cuando logró llegar a un hospital, había quedado tan perjudicada que se la tuvieron que amputar.

Pero esa no fue la única sorpresa que se llevó. Cuando se recuperó de la amputación, regresó al suntuoso hogar donde se había criado, decidido a acatar el destino que su padre había dictado para su séptimo hijo como un niño escarmentado, pero la mansión había sido demolida. Aunque para él no habían transcurrido más que unos meses en el País de las Hadas, en su mundo de origen habían pasado ¡nada menos que doce años! Estaban en 1907, su padre hacía tiempo que había muerto y, debido a su *misteriosa* desaparición, ningún

matrimonio de conveniencia había salvado de hundirse a la estirpe de los Brumby.

¿Y ahora? Podía presentarse ante sus amigos y contarles que había cruzado al País de las Hadas, que había descubierto de primera mano que todo era cierto, que existía un mundo de espíritus elementales adherido al suyo, pero no quiso compartir ese secreto con aquellos idiotas que solo se habían aprovechado de él. Además, cuando los localizó, descubrió que la falta de resultados de sus excursiones los había convertido en personas con vidas prosaicas, que ya ni se acordaban de que en su juventud habían creído que la realidad tenía pliegues donde se escondía la magia. Tampoco se molestó en averiguar qué había sido de sus hermanos (dudaba que creyeran que era quien decía ser, teniendo en cuenta que hubiera debido parecer un hombre de más de treinta años y apenas aparentaba veinte, o temía que tal vez lo hicieran, pero lo entregaran a la comunidad médica para que lo sometieran a estudio a cambio de una buena suma). Se limitó a vagar a la deriva un tiempo, sin hacer nada de provecho con su existencia, pues su mundo le resultaba insípido y grotesco. Su mutilación le libró de ir al frente cuando estalló la guerra, e incluso le facilitó poder dedicarse con bastante éxito a la mendicidad. Finalmente, cuando se cansó de ir de aquí para allá, compró aquella granja que iban a derrumbar y se instaló allí, lo más cerca que pudo del portal al único mundo donde había sido feliz. Los primeros años, para sobrevivir, había elaborado —gracias a ese gran invento que había sido la máquina de escribir, que le permitía teclear solo con la mano izquierda— infinidad de artículos relatando sus vivencias en el País de las Hadas para algunas revistas del ramo que pagaban bien, hasta que los apasionados y estudiosos del asunto empezaron a arracimarse ante su puerta como acólitos deseosos de tocar al cada vez más famoso Barnaby Brumby, que había yacido con un hada. Cuando aquellas peregrinaciones empezaron a convertirse en un incordio, decidió cortar por lo sano. Se olvidó del mundo feérico y, desde entonces, sobrevivía pintando con la mano izquierda cuadros del dolmen que vendía a los turistas.

—Así que uno de esos cuadros es todo cuanto puedo ofrecerles —dijo Fry, a modo de conclusión—, pues, como comprenderán, no tengo ninguna gana de volver allí dentro, y ni siquiera sé si sería bien recibido —dijo enarbolando la prótesis para que todos entendieran a qué se refería.

Alan reparó en los cuadros que estaban apoyados en una esquina de la habitación, que solo con mucha imaginación podía aceptarse que representaban el dolmen. Sonrió con ternura al ver que su amigo había incluido en el libreto la distracción con la que había matado la espera hasta que el plan llegara al tercer acto, donde estaba prevista

su intervención. Por lo demás, había contado la historia tal y como la habían ideado entre los tres durante aquellas imaginativas cenas que recordaba con cariño y que, entrevistas ahora a través del nostálgico velo de la memoria, incluso le parecían mágicas. «¿En serio tengo que decir que comía alfalfa? —se había quejado—. Pero ¿veis mi aspecto? ¡No es el de alguien sometido a esa dieta!»

—¿Y por eso se esconde aquí, justo al lado del portal, porque no quiere volver a cruzarlo? —le preguntó Violet, metida en su papel—. ¿No se da cuenta de lo que eso significa?

—Ilústreme —la desafió Brumby con desdén.

—Pues que una parte de usted, aunque sea inconscientemente, desea volver al País de las Hadas.

—No se pase de lista, señora Schofield —la reprendió Brumby con una sonrisa cínica—. Le aseguro que me establecí aquí de un modo muy consciente.

—Ah, ¿sí? Ilústreme.

—Lo hice movido por la esperanza de que… —respondió Brumby, pero las palabras se atascaron en su garganta. Todos le miraron con expectación, esperando que continuara— Edrielle vuelva a buscarme y… me perdone. Pues ahora sé que no me hechizó…, porque ningún hechizo puede durar casi treinta años.

—Bueno, dicen que el amor tampoco —apuntó Alan con sorna.

Violet le propinó un codazo.

—Siempre tienes que gastar bromas en el momento más inoportuno —le susurró.

—Quizá su marido tenga razón —dijo Brumby— y este romanticismo sea una secuela de aquella aventura… Sea lo que sea, da igual. Lo único que tengo claro es que no voy a volver a cruzar. Además, he olvidado el hechizo.

—Eso no es problema —dijo Violet, dejando sobre la mesa un trozo de papel con el hechizo escrito con su esmerada caligrafía.

—Veo que ha hecho los deberes —sonrió Brumby—. Pero, aun así, no es suficiente.

—Mañana es la noche de Walpurgis —insistió ella—, donde el paganismo lanza su mayor afrenta a la fe cristiana.

Brumby la observó con lástima.

—Nada de lo que pueda decir va a persuadirme, señora Schofield.

—Entonces quizá yo pueda persuadirle mejor —intervino Drake—, ya que no usaré palabras.

Abrió la puerta, hizo una seña a Pettigrew y volvió dentro. Alan sintió que su corazón empezaba a latir aceleradamente, e imaginó que lo mismo les estaba ocurriendo a Violet y Fry, pues todos esperaban que Pettigrew entrara en cualquier momento amartillando su pistola. Pero entró con una bolsa que depositó en la mesa. Sin dejar de sonreír

misteriosamente, Drake la abrió y les mostró su contenido, un montón de fajos de billetes como jamás habían visto.

—Si me ayuda, le pagaré mil libras —dijo, dirigiéndose a Brumby.

Alan vio como Fry observaba el botín en silencio. A ninguno se le había pasado por la cabeza que Drake hiciera aquella jugada, cuando, bien mirado, era de lo más lógico, y ahora tocaba improvisar, pero para eso primero debían liberarse del hechizo en el que habían quedado atrapados.

—He estado en el País de las Hadas, concejal —dijo al fin Brumby en tono ofendido, arrancando con esfuerzo los ojos de la montaña de billetes—. Le aseguro que el dinero carece de interés para mí.

—Entonces hágalo para que las hadas le perdonen —intervino Violet, siguiendo con el libreto—. Como le he dicho, las hadas han aceptado el intercambio, ¡y lo han hecho mostrándose ante el concejal!

—¿Se han mostrado ante él? —se sorprendió Brumby, observando a Drake con sorpresa.

—Sí, en su casa, sobre el aparador del salón —asintió Violet mientras Drake se agitaba incómodo—. Y estoy segura de que será la propia Titania quien se presente a recoger la esmeralda con la hija del concejal. —Drake se agitó de nuevo, más inquieto aún—. Si descubre que es usted quien ha recuperado «la risa de las hadas», le perdonará. No tengo la menor duda de eso.

—Entiendo… —musitó Brumby.

—Por favor… —le dijo Drake, rebajándose a suplicarle—. Si no quiere hacerlo por el dinero, señor Brumby, hágalo por este padre que echa de menos a su hija. Por este padre enterrado en vida.

Brumby lo miró detenidamente.

—Está bien —dijo, soltando un profundo suspiro—. Lo haré por el dinero.

—El motivo por el que lo haga no me importa —sonrió Drake— mientras abra el portal.

—No sé si podré abrirlo, señor Drake. Pero lo intentaré —le aseguró Brumby.

Drake se lo agradeció, se guardó la esmeralda en el bolsillo y les dijo que pasaría la noche en algún hotel de Newport. Quedaron en que iría al anochecer del día siguiente. Le ordenó a Pettigrew que se quedara con ellos para ayudarlos en todo lo que necesitaran, se despidió de todos, especialmente de Violet, y abandonó la granja. Los cuatro permanecieron dentro, en una silenciosa inmovilidad, como plantas esforzándose en realizar la fotosíntesis con la desvaída luz que entraba por la ventana, hasta que oyeron el motor del Rolls-Royce alejándose.

—¡Una actuación magnífica, Warren! —exclamó Alan, rompiendo al

fin el silencio.

—Gracias, Jimmy. Pero quien lo ha hecho extraordinariamente bien es Violet. ¡Me ha dado cada una de las réplicas a la perfección! ¿Has pensado en ser actriz, querida? Serías una Yocasta estupenda…

—¿Actriz? —sonrió Violet, halagada—. Bueno, diría que ya lo soy.

Fry lanzó una risotada.

—Yo también quiero felicitarte, gordo —dijo entonces Pettigrew, cuando sus carcajadas escamparon—. Has mejorado mucho desde la última vez que te vi actuar. Por cierto, una prótesis magnífica, y menos peligrosa que un garfio.

Fry le miró en silencio mientras el otro sonreía divertido.

—Bueno, vamos a ponernos manos a la obra —intervino Alan, rompiendo la tensión—. ¡Hay mucho que hacer!

27

Justo a la misma hora del día siguiente, ya lo habían hecho todo.

—¡Buen trabajo, chicos! —exclamó Alan.

Estaba plantado ante el dolmen, acompañado de Fry y Pettigrew, que guardaban cierta distancia entre ellos, como críos a los que sus padres obligan a permanecer separados para que no lleguen a las manos. Habían dormido dentro de la granja repartidos como habían podido: Alan y Violet en el camastro de la planta de arriba, Fry repantingado en el sofá de la planta de abajo y Pettigrew fuera, quién sabía dónde, tal vez en el gallinero, tal vez en el columpio, a nadie le importaba demasiado.

—Repasemos el plan —propuso Alan, arrancándole un tibio asentimiento a Fry, que ya se lo sabía de memoria, y un bufido abatido a Pettigrew, que tras pasarse un montón de horas trabajando quería tumbarse a descansar un poco antes de que llegara Drake—. Veamos… Las lámparas de queroseno están dispuestas tras el dolmen. Y yo mismo las encenderé cuando llegue el momento. Así crearemos el cegador resplandor blanco que Brumby describió en su relato y que anuncia la abertura que comunica ambos mundos. Pero antes prenderé ese arco de madera impregnado de combustible que hemos ocultado tras las piedras para simular los llameantes límites del portal. Creo que, teniendo en cuenta que todo esto sucederá cuando ya haya anochecido, la cosa tendrá cierto empaque. —Miró a sus oyentes en busca de su aprobación, y solo cuando los dos cabecearon, continuó—: Como sabéis, el papel de Titania lo interpretará una modelo a la que hemos contratado por sus rasgos delicados, su constitución delgada y su larga cabellera pelirroja. Se llama Cassandra Donovan y es perfecta para el papel —les aseguró—. Cuando la veáis disfrazada con la túnica vaporosa y las alas que lleva sujetas a la espalda os parecerá más auténtica que un hada de verdad —bromeó—. Lo suyo sería que volara, claro, pero hasta nosotros tenemos límites —se lamentó, encogiéndose de hombros.

—La modelo no me preocupa tanto como la niña que hará de Molly, que tendrá que interpretar su papel toda la vida —comentó Pettigrew.

Se refería a Faith, una huerfanita de trece años que el propio Alan había elegido tras entrevistar a varias jóvenes en el mismo orfanato donde él se había criado, y que, si lo hacía bien, obtendría la vida de cariño, facilidades y lujos que Molly no había podido vivir, como

quien hereda la ropa de un hermano mayor. Cuando les planteó la posibilidad de que el concejal la adoptara, tanto ella como las monjas que gestionaban el orfanato habían mostrado su conformidad, ya que, debido a su avanzada edad, Faith no tenía muchas posibilidades de ser adoptada por ninguna familia.

—No te preocupes por la niña. Es inteligente y muy espabilada. Se lo ha aprendido muy bien todo, tanto su pasado como hija de Drake como los detalles de su estancia en el País de las Hadas. Y si, llegado el momento, lo ve necesario, siempre puede usar la carta de la desmemoria, uno de los efectos del cruce entre mundos —sonrió—. Por no hablar de que casi nadie conserva recuerdos de sus primeros años de infancia.

—Pero si un día le da por contar la verdad, todos podemos darnos por muertos —protestó Pettigrew.

—No lo hará, por la cuenta que le trae —lo tranquilizó Alan—. Relájate y disfruta de la hermosa ocurrencia de robar a Drake y, de paso, ofrecerle a una huerfanita una vida digna.

—Bueno, pase lo que pase yo ya estaré en América —murmuró el matón, insensible a la belleza de aquella adopción encubierta—. Lo importante es que Drake se lo trague hoy y la esmeralda acabe en mi bolsillo.

—Se lo tragará. Aunque ahora Molly debería tener cuatro años, y Faith tiene trece, Drake ya sabe que en el País de las Hadas el tiempo transcurre de una forma caprichosa, y tendrá que aceptarlo. Por eso hemos escogido una niña con los ojos del mismo verde intenso de la esmeralda. —Sacó su reloj y consultó la hora—. Enseguida podréis comprobarlo, ya que Violet debe de estar a punto de llegar de la estación con ella y con la señorita Donovan. Habían acordado que viajarían juntas en el tren de esta mañana desde Londres. —Se volvió a guardar el reloj y continuó con su recapitulación—: Bien, el espectáculo comenzará con Brumby ejecutando una danza ritual tras beberse una pócima que hemos preparado siguiendo una receta encontrada en un grimorio antiguo y declamando, finalmente, el hechizo, que, si mal no recuerdo, también es la transcripción de uno auténtico del mismo libro. ¡Espero que no las invoque de verdad, Warren, o este lugar se volverá bastante concurrido! —bromeó, dirigiéndose a Fry.

—¡Tendré cuidado! —rio su amigo.

—Bien. Cuando las hadas aparezcan, ¿qué harás?

—Me arrodillaré respetuosamente ante la supuesta Titania, le entregaré la esmeralda y simularemos una pequeña conversación. Ya sabéis: «Su padre la echa de menos y quiere que vuelva, acepta esta esmeralda como rescate y, bla, bla…». Y luego Cassandra desaparecerá tras las luces y yo tomaré la mano de la huerfanita y la conduciré

solemnemente hasta donde estará Drake, probablemente llorando a moco tendido.

Alan asintió complacido por la minuciosa respuesta de su amigo y luego, levantando un dedo como un maestro de escuela, les advirtió:

—Pero, como os he dicho antes, lo más importante es que Drake presencie el espectáculo desde esa piedra de ahí. —Señaló una enorme roca que había a unos cien metros de distancia, y que, colocada por ellos esa misma mañana, con mucho esfuerzo y una mula prestada, parecía puesta allí personalmente por Dios—. Esa distancia será suficiente para que no pueda ver ninguno de los trucos. ¿Y cómo vamos a conseguir que no se mueva de ahí? —preguntó, mirando esta vez a Pettigrew.

—Por el maldito círculo mágico —rezongó este de mala gana. Odiaba hacerle de comparsa, y, por eso mismo, Alan no dejaba pasar ninguna oportunidad de ponerlo en esa situación.

—Exacto, el círculo mágico que el pobre Joe se ha pasado toda la mañana trazando en la hierba con un rastrillo en torno al dolmen, de un diámetro de casi cincuenta metros. —Le palmeó con sorna en el hombro—. Le explicaremos que el círculo marca el lugar que no podrá traspasar por riesgo a asustar a las hadas o, lo que es aún más peligroso, recibir alguno de sus hechizos. Ya sabe que eso puede causarle ciertas molestias —sonrió para sí, como si recordara una broma privada—. Se supone que, mientras dura el ritual, en el interior del círculo operarán toda suerte de energías mágicas e incomprensibles. Solo Brumby, por razones obvias, puede estar dentro. Violet y yo nos situaremos en el lado opuesto del dolmen, desde donde podremos manipular sin ser vistos las luces y ocuparnos de hacer desaparecer a las chicas tras su actuación, como si estuviéramos en las bambalinas de un teatro, y tú te esconderás con él tras el pedrusco —le dijo a Pettigrew—. Recuerda que no puede moverse de ahí. Es probable que al ver a su hija quiera echar a correr hacia el dolmen descubriéndolo todo, así que tienes que estar preparado para impedirlo.

—Vosotros ocupaos de vuestra parte, que yo haré la mía —contestó el matón de mala gana.

Tras el repaso, caminaron hacia la casa subiendo por la pequeña loma que conducía a ella. Alan se quedó rezagado a propósito, sacó un cigarrillo y le dio un par de caladas con la vista puesta en el llano donde se erigía el dolmen, rodeado por el círculo mágico. Aquel sería el escenario de la función más importante que había representado nunca. Pero se sentía optimista. Todo estaba bien planeado y mejor ensayado, así que, si no surgía ningún imprevisto, esa noche se harían con la esmeralda de Drake. Y sin que nadie muriese, se dijo, ignorando que al final del día Violet tendría que llorar su muerte. ¿Cómo iba a

saberlo? Ninguno de los personajes de esta historia puede ver su futuro. Solo yo gozo de ese privilegio debido a mi condición (¡y cómo tengo que morderme la lengua!). Así que, ajeno al destino que lo aguardaba, Alan siguió a la comitiva con una sonrisa satisfecha y, una vez junto a la casa, volvió a consultar el reloj.

—Drake llegará dentro de una hora, y Violet no puede tardar mucho. De hecho, ya tendría que estar aquí con las chicas.

—Tranquilo, Jimmy, ahí viene tu querida Violet —dijo Fry señalando el senderito de tierra que venía del pueblo, por el que avanzaba Violet en su bicicleta.

—Pero viene sola… —dijo Alan con inquietud.

Impacientes, todos la contemplaron ascender la suave loma. Violet pedaleaba con esfuerzo, soltando pequeños bufidos, con las faldas del vestido remangadas y el sombrerito ladeado. Cuando al fin coronó la pendiente, dejó caer la bicicleta contra el árbol del columpio y se acercó a ellos con la respiración agitada. Tenía los labios contraídos en una expresión de espanto que no presagiaba nada bueno.

—¡Tenemos un problema! —anunció—. He estado en la estación esperando el tren, pero ni Cassandra ni Faith venían en él.

—¿Qué? —se alarmó Pettigrew.

—Preocupada, busqué un teléfono y llamé al orfanato. Allí me dijeron que nadie había ido a recoger a la niña a la hora prevista.

—¿Qué? —se alarmó Fry.

—Así que luego llamé a la señorita Donovan a su casa y me dijo que ayer por la noche había tenido un accidente y se había partido una pierna.

—¿Qué? —se alarmó Alan.

—No tenía forma de decírnoslo —explicó Violet, todavía jadeando —, así que había estado esperando junto al teléfono a que alguien la llamara para contárnoslo.

—Entonces… ¡no tenemos hadas! —resumió Alan con horror.

—Me temo que no. Tendremos que suspender el plan.

—¡No podemos hacer eso! —protestó Pettigrew—. ¡Drake se enfadará! Y a ninguno nos conviene que se enfade, os lo aseguro…

—Pues al menos que quieras ponerte el vestido de hada e interpretar tú mismo a Titania no se me ocurre qué podemos hacer — le dijo Alan.

—Muy gracioso —le contestó el matón con una mueca feroz.

—No es broma. Es lo único que se me ocurre.

—Pues piensa otra cosa, y rápido, amigo, porque Drake viene por ahí —le advirtió Fry señalando de nuevo el caminito, por donde avanzaba ahora el reluciente Rolls-Royce.

—¡Mierda, ha llegado antes de lo previsto! —exclamó Alan, intentando pensar—. Vale, no nos pongamos nerviosos o nosotros

mismos nos delataremos… Seguiremos con el paripé. Warren, tú haz el ritual como hemos ensayado.

—De acuerdo, Jimmy, pero sin las chicas, ¿cómo vamos a…?

—No encenderemos las luces ni el arco de fuego —lo interrumpió Alan—. Tendremos que fingir que el ritual no ha funcionado, que no has logrado abrir la puerta. En definitiva, tendremos que hacer creer a Drake que has perdido tu don.

—Entiendo.

—No te preocupes, Joe —se dirigió ahora al matón, que se agitaba nervioso—. Ya pensaremos cómo quedarnos con la esmeralda, pero ahora no tenemos tiempo de inventar nada ni se me ocurre ningún motivo para aplazarlo.

—A mí tampoco —reconoció Fry—. Fingiré que he perdido mi don, es lo mejor. ¡No os preocupéis: puedo hacerlo! Por suerte, estáis ante un actor versátil. Y en el fondo, es un registro dramático que me apetece explorar.

—Tal vez podamos fingir que he apuntado mal el hechizo —sugirió Violet— y volver a realizar el ritual otro día con la transcripción correcta. Buscaremos otra modelo que se parezca a…

—No creo que Drake tenga paciencia para aplazarlo —los interrumpió Pettigrew en tono fatalista.

—Bueno, improvisaremos según su reacción —dijo Alan, observando con inquietud cómo el vehículo ascendía la loma—. Ahora actuemos según lo que teníamos previsto.

—Podría meterle un tiro en la nuca mientras está distraído viendo bailar al gordo —especuló Pettigrew cuando el vehículo se detenía junto al árbol del columpio—. Pero puede que sus hombres me maten antes de que logre acabar también con ellos…

—No hagas ninguna locura de momento —lo disuadió Alan casi en un susurro—. Te aseguro que lo solucionaremos. Limítate a evitar que cruce la marca.

El concejal se apeó del coche con sus hombres y caminó hacia ellos. Todos le recibieron con una amplia sonrisa en los labios, como si no pasara nada.

—¡Todo está listo, concejal! —exclamó Alan—. ¡Esta noche se reencontrará con su hija!

Pese a que nadie lo secundó, Drake asintió emocionado, y finalmente posó la mirada en Fry.

—Valoro mucho su esfuerzo, señor Brumby, de verdad —le dijo.

—Eh…, no me dé las gracias —respondió Fry—. Ya me ha recompensado lo suficiente por algo que no sé si podré hacer. He memorizado el hechizo, e incluso antes de recitarlo voy a beberme una pócima que, aunque sabe a rayos, es una mezcla ancestral que debería potenciar mi don. Toda ayuda es poca. —Frunció los labios,

pensativo, antes de añadir—: Aunque, si no consigo abrir el portal, quiero que sepa que no será porque no…

Drake no le dejó acabar. Le tomó de los hombros y lo miró a los ojos.

—Estoy seguro de que lo abrirá, señor Brumby —le dijo con seriedad.

No supieron si aquello eran palabras de ánimo o una amenaza velada. Como nadie decía nada, Drake se impacientó.

—Por favor, si está todo listo, no lo demoremos más —dijo, sin poder evitar que su voz sonara con un leve matiz de ruego.

Todos asintieron y caminaron hacia el llano donde se encontraba el monumento. Violet detuvo al grupo antes de que traspasaran la línea horadada en la hierba y le explicó a Drake que habían dibujado, alrededor del dolmen, un círculo mágico destinado a potenciar las fuerzas místicas en su interior y dejar fuera las energías negativas, y que todos, salvo Brumby, debían permanecer fuera de él.

—Usted y su lugarteniente escóndanse tras esa roca y eviten ser vistos. Como sabe, las hadas actúan por capricho. Si los descubren, lo mismo que han accedido al intercambio podrían irse por donde han venido.

—No se preocupe: no nos verán —le aseguró Drake, visiblemente nervioso.

—Que sus hombres vigilen esta parte y no dejen acercarse a nadie —continuó Violet, señalando ahora más allá de la roca—. Alan y yo vigilaremos la otra parte. No queremos que aparezca ningún curioso y lo estropee todo, ¿verdad?

—No, no —respondió el concejal.

—¿Tiene la esmeralda? —le preguntó Alan.

Drake asintió, llevándose la mano al bolsillo interior de la chaqueta. La sacó y la depositó sobre la palma que enseguida le tendió Brumby. Todos guardaron un silencio respetuoso que impregnó aquel simple gesto de una ceremonia excesiva. No era para menos, después de todo, el concejal acababa de entregarles la esmeralda, el objetivo de todo el plan.

—Bien, mucha suerte, concejal —dijo Alan—. Espero que muy pronto pueda abrazar a su hija.

Drake asintió, visiblemente emocionado.

—No deseo otra cosa —confesó.

—Tenga en cuenta que el paso del tiempo en el País de las Hadas es totalmente arbitrario —le recordó Violet—. Un minuto de tiempo feérico puede durar un año, o cien, pero un año allí puede equivaler a un segundo aquí. Su hija puede tener un aspecto mayor de los cuatro años que le corresponde. Los estudiosos no saben a qué obedecen estas discrepancias temporales. Como todo con las hadas, resulta un

misterio.

—En definitiva, no hay modo de saber qué aspecto tendrá su hija, así que prepárese para cualquier posibilidad —resumió Alan.

—Será mi hija, me da igual el aspecto que tenga ahora —respondió Drake—. Siempre la reconoceré por sus ojos.

Se despidieron deseándose suerte, y, mientras Alan y Violet bordeaban el círculo para situarse en su puesto detrás de la estructura, Drake y Pettigrew se escondieron tras la piedra. Desde allí observaron a Brumby caminar hacia el dolmen bajo el crepúsculo. Colocó la esmeralda sobre un pequeño altar de madera (una banqueta cubierta con un paño) que habían dispuesto a unos metros del dolmen y tomó una jarra de barro, que contendría el preparado que les había dicho. Lo vieron beber con calma, saboreando cada trago, quizá concentrándose en la empresa que tenía por delante, mientras el cielo iba tiñéndose poco a poco de negro.

Al fin, apurada la jarra, volvió a dejarla sobre el altar y alzó la mirada hacia el firmamento, que empezaba a cuajarse de estrellas. La creciente oscuridad apenas les permitía ver su rostro, pero Pettigrew se lo imaginó con una expresión de intensa concentración, como quien le echa un pulso al estreñimiento. De repente, el gordo empezó a bailar, componiendo algún tipo de danza ritual. Aunque no era un experto en el asunto, a Pettigrew le pareció que más que bailar con movimientos armoniosos y fluidos se desplazaba de un lado a otro con brincos y sacudidas de epiléptico. Tal vez fingía que su cuerpo sufría convulsiones a causa del brebaje, aunque más bien parecía que alguien le había metido una culebra en los calzones. Él lo había hecho mucho mejor cuando tuvo que fingirse *hechizado*, pensó. Fuera como fuese, esperaba que Fry no alargara demasiado aquel grotesco espectáculo, pues notaba la respiración impaciente de Drake a su lado.

Por suerte, la forma física del gordo no le permitió prolongar mucho más su ridículo bailoteo, así que poco a poco se fue calmando, como una peonza que deja de girar a medida que se le agota la inercia. Al final, quedó enfrentado al dolmen. Flotó entonces hasta su escondite una especie de canturreo ininteligible, y comprendió que debía de estar declamando el hechizo. Pettigrew calculó que no tardaría en volverse con una mueca de frustración, ya que nada ocurriría. Tal vez incluso se arrodillaría con gesto melodramático, tirándose de los cabellos y clamando al cielo por haber perdido su don, vete a saber. E ignoraba cómo reaccionaría su jefe al darse cuenta de que eso significaba que esa noche no abrazaría a su hija, que Molly seguiría atrapada en el País de las Hadas, un reino dimensional al que él, pese a todo su poder, no podía acceder. Era muy posible que la furia lo poseyera y no dudara en ordenar a sus matones que acabaran con todos, incluso con él, por haberle hecho albergar falsas esperanzas.

Pero Pettigrew no iba a esperar su reacción. Desde luego que no. Se volvió disimuladamente, valorando la posición y distancia de los matones, que se mantenían alerta unos veinte metros más atrás, y deslizó la mano bajo la chaqueta, acariciando la empuñadura de su pistola. Si era lo suficientemente rápido, podría desenfundar, meterle a su jefe un tiro en la nuca y volverse para abatir de sendos disparos a sus secuaces antes incluso de que el cuerpo de Drake besara la lona. Le había prometido a Jimmy que no lo haría, pero eso solo aumentaba sus ganas de hacerlo. Tomó una bocanada de aire y sintió esa ingravidez que siempre lo embargaba, aflojándole los músculos, antes del estallido de la adrenalina, mientras veía girarse al gordo con la predecible mueca de disculpa.

Pero antes de que llegara a desenfundar, se oyó un extraño crepitar. Brumby se giró, desconcertado, y, tras una breve llamarada, una catarata de luz cegadora surgió desde dentro del dolmen, iluminándolo como un foco. Sintió tensarse a Drake a su lado y, como por contagio, él también lo hizo, mientras ambos clavaban los ojos en lo que sucedía alrededor del dolmen.

¿Qué demonios?, se preguntó Pettigrew. Jimmy les había dicho que no encendería las lámparas, ¿de dónde surgía entonces aquel resplandor? Observó que la luz no tenía el característico blancor de las lámparas de queroseno, sino que parecía teñida de una calidez dorada, como si proviniera del sol. ¡Pero aquello era imposible! Entonces vieron recortarse contra la luz la silueta de una mujer alada. Era extremadamente delgada y frágil, y tenía una cabellera ondulada no demasiado larga y dos gráciles alas a su espalda, parecidas a las de las mariposas, sobre las que centelleaba la luz. ¿Era un hada? ¿Una puñetera hada? Unos pasos a su espalda, se distinguía otra silueta, algo más pequeña, que no parecía tener alas.

—Molly… —oyó balbucear a Drake.

Incrédulo, Pettigrew observó al gordo retroceder unos pasos. Parecía tan confuso como él ante lo que estaba sucediendo.

—Molly, mi niña… —seguía murmurando su jefe, sin poder apartar los ojos de las apariciones.

Tras unos segundos de duda, Brumby reaccionó. Lo vieron coger la esmeralda y arrodillarse con toda la solemnidad que pudo ante la mujer alada, tendiéndole la piedra en un gesto de ofrecimiento. Ambos parecieron cruzar unas palabras, que desde allí no pudieron oír, antes de que el hada tomara ceremoniosamente la esmeralda y la acunara en sus manos. Entonces, para sorpresa de todos, alzó el vuelo. Sus pies se separaron de la tierra, como si la gravedad la absolviera de su peso, y en una especie de levitación se fue elevando sobre un desconcertado Brumby. Desde su escondite, Pettigrew la contempló flotar en el aire, la brisa nocturna agitando los bordes de su túnica y

las puntas de su cabello, y para su sorpresa sintió como por debajo de su aturdimiento brotaba un destello de emoción, esa que jamás le había generado la contemplación de una pintura o la lectura de un poema (que alguno que otro había leído mientras aprendía los arcanos de la lectura), y que le subió a los labios una sonrisa boba. Aunque su pobre capacidad expresiva no le llegaba para formularlo correctamente, lo que en realidad Pettigrew estaba sintiendo en aquel instante era una plenitud primigenia colmando el profundo vacío interior que ni sabía que tenía. Por primera vez en su vida se sintió completo, su alma alisada como un mar en calma chicha, su iracundo espíritu amansado por aquel chispazo de belleza. Entonces, tras revolotear unos instantes, el hada alzó la esmeralda por encima de su cabeza, como si la ofreciera al firmamento, o a alguna deidad que la miraba desde allí. Tras eso, volvió a posarse delicadamente en tierra, quedando ante el dolmen. Brumby volvió a cruzar unas palabras con el hada, y luego pareció conversar también con la segunda silueta, tras lo cual asintió con gravedad. Entonces ambas se volvieron y desaparecieron en el interior del dolmen mientras el resplandor proveniente de su mundo declinaba hasta extinguirse. De repente, volvía a ser de noche, y su mundo volvía a ser solo eso, una realidad sin misterio. Un lugar sin magia.

—¡Nooo! —gritó Drake—. ¡Vuelve, Molly, estoy aquí!

Antes de que Pettigrew pudiera reaccionar, su jefe se levantó de un brinco y echó a correr desesperado hacia el dolmen. Él lo siguió unos segundos después. Fuera lo que fuese lo que había pasado, su cometido seguía siendo impedir que Drake traspasara la línea del círculo mágico. Corrió tras su jefe y logró abalanzarse sobre él antes de que eso sucediera. Ambos cayeron sobre la hierba, como jugadores de rugby. Drake intentó revolverse, pero Pettigrew lo mantuvo retenido.

—¡Suéltame, idiota!

—¡No, jefe, estese quieto! ¡No puede entrar en el círculo! —le gritó Pettigrew, intentando que dejara de debatirse.

El otro fue tranquilizándose poco a poco, a medida que comprendía que su hija ya no estaba, que había vuelto al País de las Hadas y ya no tenía posibilidades de alcanzarla. Pettigrew lo soltó y le tendió una mano para ayudarlo a levantarse. Drake la rechazó con un manotazo airado. En ese momento aparecieron Alan y Violet, que, junto al gordo, caminaban en su dirección. Las estrellas le prestaron la suficiente luz para que pudiera verles las caras a medida que se acercaban. Todos traían una expresión de desconcierto.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué ha regresado mi hija con el hada? —les espetó.

Todos miraron a Brumby, que sonrió con apuro.

—Lo siento, concejal —se disculpó—, pero su hija ha dicho que aún no quiere volver con usted.

—¿Cómo que no quiere volver? —exclamó Drake.

El gordo dejó escapar un suspiro de consternación.

—Parece que ha estado viéndole desde el palacio de Titania —explicó, temeroso de la reacción del concejal—… y no le ha gustado lo que ha visto.

—¡Pero qué demonios está diciendo! ¡Esas malditas hadas han manipulado a Molly! —rugió Drake, como si no hubiera comprendido del todo las palabras del otro—. ¡Se han llevado la esmeralda y no me han devuelto a mi hija, como prometieron!

Con un movimiento rápido, metió una mano bajo la chaqueta de Pettigrew, le arrebató el arma y apuntó con ella a Brumby.

—¡Vuelva a abrir el portal! —le ordenó, el rostro contraído en una mueca de rabia—. ¡Está claro que las hadas nunca quisieron liberarla! ¡Todo ha sido un sucio engaño para recuperar la esmeralda!

—Cálmese, concejal —rogó Brumby, súbitamente pálido. Al encontrarse ante el cañón del arma, había levantado los brazos como si lo estuviera atracando—. Recuerde que yo solo soy el mensajero…

—Abra el portal —repitió Drake—, y yo mismo entraré a por mi hija y la traeré de vuelta. ¡Aunque antes quemaré ese maldito palacio donde la tienen prisionera!

—Pero ella no quiere volver con usted —intentó hacerle razonar Brumby—. Si entra de esa forma, lo único que conseguirá será provocar una guerra…

—¡Maldita sea, abra ese portal o le juro que le vuelo la cabeza! —aulló el concejal, apoyando el cañón de la pistola en la frente de Brumby.

En medio de sus gritos, la voz de Violet sonó serena:

—Señor Drake, por favor, baje el arma y escúcheme.

Sin dejar de apuntar a Brumby, Drake se volvió a mirar a la muchacha.

—No sé si ha entendido al señor Brumby, concejal, pero su hija lo ha estado viendo todo este tiempo desde el País de las Hadas.

—Me ha estado viendo… —repitió Drake, deteniéndose por fin a asimilar lo que eso significaba.

—Sí, y me temo que lo que ha visto no le ha gustado. —Al oír eso, el concejal apretó los dientes—. Y comportándose de este modo solo está empeorando las cosas, porque seguramente Molly le esté viendo también ahora. Viendo cómo amenaza con disparar a un hombre que simplemente le ha transmitido su deseo, con quemar el palacio de Titania, que probablemente ahora considere su hogar, con traerla de vuelta a la fuerza…

El concejal sacudió la cabeza, confuso, mientras las palabras de

Violet calaban en él. Finalmente, apartó el arma de la cabeza de Brumby, que soltó un suspiro de alivio. La pistola se escurrió de su mano, de repente parecía no tener fuerzas para sujetarla, y cayó al suelo. El propio Drake le siguió unos segundos después, clavándose de rodillas sobre la hierba.

—Molly no quiere volver conmigo… Molly no quiere… —balbució—. Mi niña…, mi querida niña…

Con el rostro arrasado por las lágrimas, el concejal empezó a gemir. Todos contemplaron, entre el desconcierto y la piedad, a aquel hombre vencido que, ensimismado en su dolor, parecía ajeno al mundo.

—Por favor, ¿podéis dejarnos a solas? —les pidió Violet a los demás.

Todos asintieron y se apartaron unos metros, dejándoles intimidad. En el fondo, se sentían testigos fortuitos de un espectáculo obsceno, como si estuvieran viendo fornicar a sus padres. Cuando se quedaron solos, Violet puso una mano en el hombro del concejal con infinita delicadeza. Este le ofreció una sonrisa desolada.

—Hoy me levanté pensando que abrazaría a mi hija, pero voy a acostarme sabiendo que me desprecia —murmuró con la voz rota—. Es peor que asumir su muerte…

—No diga eso. Su hija lo ama a pesar de lo que ha visto. Solo quiere que sea el padre que creía que era cuando estaba viva.

Violet observó como Drake agachaba la cabeza e intentaba controlar el llanto. Quizá, bajo todo su dolor, aún ardía un rescoldo de dignidad y no quería que lo vieran así. Después de todo, era el hombre más poderoso de Londres (sin contar a los que eran más poderosos que él). Poco a poco, Drake logró sofocar sus gemidos, hasta que la inmensa pena que lo invadía quedó reflejada únicamente en las silenciosas lágrimas que no cesaban de resbalar por sus mejillas.

—Señor Drake, Percival, escúcheme… —le dijo Violet con voz suave—. Como ya le conté en una ocasión, las hadas recelan de algunas costumbres humanas, muchas de nuestras acciones les parecen atroces, y Molly ahora es más hada que humana. Pero, aunque no le hayan parecido bien las cosas que ha hecho, lo que ha dicho es que no quiere volver con usted… *aún*.

—*Aún* —repitió Drake, aferrándose a la esperanza implícita en esa palabra.

—Creo que es su forma de decirle que cambie, que haga las cosas de otro modo.

—¿Usted cree?

—Estoy convencida de que, si lo hace, el día menos pensado, Molly llamará a su puerta.

Drake guardó silencio un largo rato, digiriendo las palabras de la

muchacha. Finalmente, se levantó, se sacudió el pantalón y se recompuso el traje mientras suspiraba varias veces. Aún sin decir nada, sacó despaciosamente su pitillera y le ofreció un cigarrillo a Violet, quien aceptó. Ambos fumaron unos segundos sin romper el silencio.

—¿Lo que me está diciendo, señora Schofield, es que de mí depende recuperarla? —preguntó al fin Drake. Aunque algo ronca, su voz sonaba sosegada.

Violet asintió.

—Solo usted sabe qué ha podido ver su hija. Para mí es solo un concejal que ha hecho buenas obras por la comunidad, aunque puedo imaginar que lo que le ha disgustado a Molly no es únicamente que fume.

—No, no es solo que fume —corroboró Drake en tono lúgubre.

—Bien, pues si sabe qué es lo que la ha disgustado tanto, lo único que debe hacer es no volver a repetirlo. Continúe con su vida, pero sin olvidar que su hija lo está mirando desde el lugar donde se encuentra ahora.

Drake sonrió con melancolía.

—Eso mismo me recomendó una vez un cura, ¿sabe? Que viviera mi vida como si Molly me estuviera viendo desde el cielo… Y yo, en vez de eso, quise comprobar si él… —Guardó silencio, sin acabar la frase.

—Ya sabe que no comulgo con el cristianismo ni ninguno de sus derivados —respondió Violet—, pero en este caso el cura acertó, aunque de pura casualidad. No sé si los muertos nos ven desde el cielo de los cristianos, o desde su infierno, aunque no lo creo. Pero de lo que sí tenemos pruebas es de que los niños suplantados por las hadas sí pueden vernos desde el palacio de Titania, como ha hecho su hija. Como estará haciendo ahora. Y como hará hasta que decida regresar con usted.

El concejal dio una larga calada a su cigarrillo y expulsó el humo con parsimonia.

—¿Sabe una cosa, señora Schofield? Mi mujer creía en Dios, le dedicaba cada uno de sus días. Jamás he conocido a alguien que sintiera su presencia en el mundo, a su alrededor, con la cercanía que lo hacía ella. Yo no podía compartir su fe, pero la respetaba. De hecho, me parecía admirable que pudiera creer en algo así sin ningún tipo de pruebas. Pero entonces Rebecca murió en un desgraciado accidente. Y supe que no había nadie mirando. No podía ni concebir que existiera y le hubiese dado la espalda, después de que ella le hubiera ofrecido cada uno de sus días… Entonces hice cosas terribles, señora Schofield. Era mi forma de vengarme de la ausencia de Dios, de la arbitrariedad de la vida. Si nadie lo mira, el hombre puede hacer tanto el bien como el mal, depende de su moral, que puede regular a

placer para justificar cualquier aberración. Pero yo ahora tengo a alguien mirándome. Alguien a quien ofrecerle cada uno de mis días. —Le dedicó a Violet una sonrisa beatífica—. Ahora yo también tengo mi propio Dios.

—Estoy segura de que su hija tiene los ojos más bonitos —respondió ella, devolviéndole la sonrisa.

—De eso no le quepa duda. —Drake dejó escapar una risita amarga y luego volvió a ponerse serio—. Tal vez sea el momento de reparar todo el daño que he causado —reconoció—. De momento, este será mi último cigarrillo. —El concejal arrojó la colilla y la apagó de un concienzudo pisotón—. No es que sea un gran comienzo, pero por algo se empieza —bromeó.

—Se olvida de que ha comenzado haciendo algo mucho mejor, concejal: les ha devuelto la risa a las hadas.

Drake asintió y observó entonces el cielo con una sonrisa serena. Tenía el rostro enrojecido por el llanto y devastado por el dolor, pero a Violet le pareció que el arrepentimiento había hecho mella en él, y aunque fuera un arrepentimiento que no surgía de la contrición, sino de la vergüenza que sentía al haber descubierto que su hija había visto cada uno de sus crímenes, iba a obligarle igualmente a cambiar su comportamiento, lo encauzaría también hacia el bien. Esa noche, Drake había descubierto que su hija había crecido a un ritmo imposible, que ahora podía juzgar sus actos casi con la consciencia de una adulta, perfectamente capaz de distinguir entre el bien y el mal. De una adulta que llevaba años conviviendo con las hadas, viendo el mundo de los humanos como ellas lo veían.

—Te echo mucho de menos, Molly —le oyó susurrar a las estrellas —. Y haré todo lo posible para que vuelvas conmigo, te lo prometo. —Luego, el concejal se volvió a mirarla a ella con una mueca de pesar—. Lástima que yo no pueda escuchar su respuesta.

—Tendrá que realizar un acto de fe —le respondió Violet.

Drake sonrió para sí. Parecía contento, tranquilo, con esa extraña felicidad que embargaba a quienes experimentaban una revelación, a quienes de repente veían lo que siempre había permanecido invisible. Ambos dieron la conversación por concluida y caminaron hacia los demás, que aguardaban expectantes el resultado de su charla secreta.

—Gracias por darme una ilusión para querer seguir viviendo —les dijo Drake, repasándolos a todos con la mirada.

Luego les fue dando la mano a cada uno de ellos, reservando el apretón más afectuoso para Violet. Le dijo a Pettigrew que se quedara allí y llevara a la pareja a Londres cuando lo desearan y caminó hacia el Rolls-Royce escoltado por sus hombres. Cuando el vehículo desapareció por el caminito, Violet comentó:

—Ahí va ahora un hombre bueno.

—Ya, qué bien —dijo Alan—. Por desgracia, el que se ha quedado con nosotros es el hombre malo. —Y señaló con la barbilla a Pettigrew, que los apuntaba con su arma.

—Bien, ¿quién va a explicarme qué demonios ha pasado aquí? —gruñó el matón.

—No lo sabemos… —dijo Alan encogiéndose de hombros—. Estamos tan desconcertados como tú. Yo no he encendido las lámparas ni prendido el arco de madera, puedes ir a comprobarlo si no…

Pettigrew lo apartó a un lado con brusquedad y cruzó el dolmen para comprobar si era cierto. Tras cerciorarse de que las lámparas estaban apagadas y el arco intacto, regresó con los demás.

—¿Quiénes eran esas dos, entonces? —exigió saber—. Esa mujer volaba…

—Ya te he dicho que no lo…

—Eran hadas —respondió Violet.

Todos se volvieron sorprendidos hacia ella.

—¿Hadas? —dijo Fry—. Entonces, yo he…

—Querida, no es el momento de bromear —le aconsejó Alan, interrumpiéndolo—. Por si no te has dado cuenta, Joe está un poco alterado. —Luego, bajando la voz, añadió—: Y va armado…

—No estoy bromeando, Alan. Aunque quisiéramos engañar a Drake con nuestra representación, este sitio no deja de ser un lugar sagrado donde desde hace siglos se han avistado hadas, y el hechizo también era auténtico, igual que la poción…

Alan soltó una risita incrédula.

—Claro, y tú, Fry, eres el séptimo hijo de tu familia, ¿no?

—Bueno… —murmuró Fry, con expresión culpable.

—¿Es cierto? —exclamó Alan, atónito.

—Me temo que sí.

—¡Nunca me lo habías dicho!

Su amigo se encogió de hombros.

—Nunca me has preguntado.

Alan resopló.

—Vale, vale, puede que todo esto sea cierto, Violet —concedió—, pero hay un pequeño detalle que no estamos teniendo en cuenta… Que las hadas no existen.

—Sí que existen —afirmó Violet con sorprendente autoridad—. Tú viste una.

—¿Qué?

—Cuando tuviste el accidente aéreo que te destrozó la pierna, viste una —le recordó.

—Es cierto, Jimmy, me lo contaste —intervino Fry.

Alan lo ignoró y miró a Violet.

—Sí, la vi. Incluso hablé con ella… —reconoció—. Pero según tú

era una alucinación producida por la pérdida de sangre…

—No lo era —le reveló ella—. En ese bosque en concreto habita una comunidad de hadas, por eso me gusta tanto pasear por él: a veces puedo ver alguna. —Todos la observaron boquiabiertos, especialmente Alan. Ante el desconcierto general, ella se vio obligada a explicarse—: Cuando era niña veía hadas con frecuencia. Luego, al crecer, dejé de verlas, como suele ser habitual. Pero alguna vez deciden mostrarse ante mí.

El silencio que siguió a su revelación fue absoluto. Nadie sabía qué decir.

—Pero entonces, ¿por qué me hiciste creer que había sufrido una alucinación? —preguntó Alan al fin.

—Las hadas me lo pidieron —se disculpó ella.

—Las hadas te lo pidieron… —repitió Alan con voz hueca.

Ella asintió con la cabeza un tanto avergonzada.

—La que se mostró ante ti no debía haberlo hecho y fue castigada por ello. Era un hada joven. Las adultas de la comunidad no quieren que se sepa que habitan aquel bosque, o se llenará de curiosos con todo tipo de intenciones. Supongo que el estruendo que armaste llamó su atención… Siento haberte mentido, pero tenía que guardar el secreto. No podía traicionarlas.

Alan abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla.

—Lo sabía. Sabía que había visto a un hada… —acabó diciendo.

—Entonces, ¿he invocado a las hadas? —preguntó Fry—. ¿Esa mujer tan bella era una auténtica hada?

—Así es —le respondió Violet—. Eres más especial de lo que crees.

—Vaya… —murmuró Fry, sonriendo para sí—. En el fondo, siempre lo he sabido.

—¡Un momento, un momento! —exclamó al fin Pettigrew, sorprendido de que todo el mundo empezara a aceptar que habían sido las hadas—. ¿Y la hija de Drake? ¿Cómo podía acompañarla, si está muerta? ¡Yo mismo vi su cadáver!

—Esa no era la niña —reveló Fry.

—¿Qué?

—Creo que era otra hada, un hada más joven. La luz me cegaba, pero me pareció ver que tenía alas, aunque las llevaba plegadas. Cuando tu jefe me preguntó por qué su hija había regresado con ellas, tuve que improvisar.

—Improvisaste muy bien, Warren —lo felicitó Violet.

—Y tú aún mejor, querida —dijo Alan, mirándola con cariño—. No sé qué le dijiste a Drake, pero nos salvaste.

—Solo continué lo que apuntó Warren —dijo ella con modestia mientras Fry se hinchaba como un pavo.

—Pues creo que todos tendríamos que estarte agradecidos. ¡Evitaste

que Drake nos matara!

—Mi jefe puede que no, pero yo os mataré si no me entregáis la esmeralda —soltó Pettigrew, aguándoles la fiesta.

—¡Pero no la tenemos! ¡Fry se la ha entregado a las hadas! —exclamó Alan, señalando a Fry con el dedo como un niño acusica.

—¿Acaso no era lo que se suponía que tenía que hacer? —se defendió este.

—Bueno, sí, pero no a las verdaderas…

—A las hadas les gustan las cosas brillantes —reflexionó Violet—. Supongo que la aceptaron por eso.

—Sí, porque no creo que les sirva más que como objeto decorativo… —comentó Alan.

—¡Pues yo no pienso irme de aquí sin la esmeralda! —insistió Pettigrew.

—Pues tendrás que ir a buscarla al País de las Hadas, o donde sea que vivan… —Se encogió de hombros Alan.

Pettigrew soltó un bufido y apuntó a Violet.

—Ya basta de tonterías. ¡Devolvédmela o la mato! —rugió.

—¡Espera, espera! —le pidió Alan, agitando los brazos, desesperado—. La tienen las hadas, no podemos devolvértela.

—¡Cállate de una vez! —le gritó el matón, y, sin dejar de apuntar a Violet, repitió—: ¡Devuélvemela o la mato!

—Si la matas, te pondrás a las hadas en contra —intentó disuadirle Alan—. Se vengarán de ti. No podrás esconderte de ellas. —Pettigrew frunció el ceño unos segundos, considerando sus palabras—. Te encontrarán aunque te largues a América.

—¿Sí? Pues entonces te mataré a ti —concluyó el matón—. A ti no te protegen, ¿verdad? Y así también te callarás para siempre.

Rotó la pistola de la muchacha a Jimmy, que lo miró con sorpresa, y apretó el gatillo antes de que tuviera tiempo de hacer nada. Jimmy recibió el impacto y se desplomó de espaldas contra el suelo. El disparo sobrecogió a todos.

—¡Alan! —exclamó Violet cuando se sobrepuso, corriendo hacia él. Pettigrew la contempló arrodillarse ante el cuerpo tendido, vio como su espalda se encorvaba para comprobar su herida, y como, tras unos instantes, erguía la cabeza hacia el cielo—: ¡Está muerto, está muerto!

El matón sonrió. Muerto, no herido, muerto. Joe Pettigrew nunca fallaba, incluso cuando apuntaba rápido. Observó al gordo, por si pudiera suponerle una amenaza, pero Fry permanecía inmóvil, tratando de asimilar lo que había sucedido, así que volvió a mirar el cuerpo tendido de Jimmy con la satisfacción con la que un pintor admiraría un lienzo acabado. Lo odiaba desde que le había tomado el pelo en aquella taberna, dejándolo en ridículo delante de sus hombres. Y se había propuesto matarlo tras usarlo para conseguir la esmeralda,

así que nadie podría reprocharle que había actuado por impulso. Vio a la muchacha volverse hacia él con la expresión desgarrada y los ojos rebosantes de lágrimas.

—¡Lo has matado! ¡Lo has matado! —exclamó Violet, como ya os adelanté que haría.

Y su inmenso dolor hizo sonreír aún más a Pettigrew.

28

Sin dejar de sonreír, Pettigrew apoyó el cañón de la pistola en la sien de Fry.

—Entonces quiero el dinero de la bolsa, gordo —le espetó—. Mañana sale mi barco para América y no pienso irme con los bolsillos vacíos.

El roce del cañón aún caliente del arma sacó a Fry de la parálisis en que lo había sumido la muerte de Alan, que acababa de morir ante sus ojos contra todo pronóstico. Una muerte intempestiva, sin ningún tipo de preámbulo o ceremonia, simplemente porque alguien lo había decidido en un impulso. El mismo «alguien» que seis años atrás le había amputado la mano derecha siguiendo otro de esos caprichosos impulsos. El mismo que ahora lo amenazaba con matarlo con la misma falta de ceremonia si no echaba a andar hacia la casa en busca del dinero.

Con un gran esfuerzo, Fry apartó los ojos del cadáver de Alan, ante el que Violet estaba postrada de hinojos, sacudida por el dolor, y, seguido por el matón, emprendió el camino hacia la casa. Desde allí, su silueta se le antojó fantasmagórica, como la de un dinosaurio deforme; la única lámpara que había dejado prendida en su interior lanzaba contra las ventanas un estornudo de canela. Sintiendo en el costado los picotazos insidiosos del arma del matón, Fry ascendió la pequeña loma, alejándose más y más del dolmen, del cadáver de Alan y del dolor de su esposa, y acercándose a la casa, al dinero, quizá también a su propia tumba. Porque, una vez que el matón tuviera su recompensa, lo lógico sería que lo matara también a él. Y luego volvería a por Violet, con quien, sin más testigos de sus fechorías que las estrellas, tal vez quisiera divertirse un poco antes de meterle también una bala en el cráneo.

—Está en el dormitorio —dijo con frialdad cuando entraron en la casa.

El matón señaló con la pistola el candil encendido sobre la mesa, indicándole que lo cogiera, y luego le clavó el cañón del arma en los riñones.

—¡Pues tira! —le apremió—. ¡No tenemos toda la noche!

Subieron uno detrás de otro por la maltrecha escalera, componiendo juntos una tétrica partitura de crujidos, hasta llegar a la planta alta, sin apenas más muebles que un camastro, un armario desvencijado y

una mesilla, donde Fry depositó la lámpara.

—Debajo de la cama —le indicó con cansancio, y se acercó a una de las ventanas.

Desde allí, a través de los churretones del cristal, podía atisbar la piedad oscura, poco más que dos sombras, que componían Alan y Violet junto al dolmen. Alan seguía tendido en la hierba, y Violet seguía arrodillada ante él, convulsionándose de dolor. Ninguno creyó que el plan pudiera acabar así, pero ahora a Fry le parecía que no podría haber acabado de otra forma. Habían pecado de ingenuos creyendo lo contrario. Miró por encima de su hombro a Pettigrew, quien, rebozado por el resplandor azafrán de la lámpara, había colocado la bolsa sobre la cama y la estaba abriendo. Lo vio sonreír satisfecho al comprobar que el montón de billetes seguía dentro. Lamentó no haber sido lo suficientemente previsor para esconder el dinero y llenar la bolsa con sus excrementos.

—No es la esmeralda, pero me servirá para establecerme y empezar mi imperio en Nueva York —le oyó comentar, como si a él pudieran interesarle sus planes.

Lo vio aproximarse con el arma en la mano, y se preparó para morir de un disparo rápido, puro trámite. Pero el matón se limitó a situarse a su lado y observar también por la ventana. Contempló el paisaje con tranquilidad, como si el hombre muerto y la mujer doliente fueran una parte más de él, comparable a los árboles o las estrellas.

—Qué distinta es esta noche a las de Londres… —comentó.

—Si vas a matarme, hazlo ya —le espetó Fry con hastío—. No me obligues a mantener además una conversación intranscendente contigo.

—¿Matarte? Yo ya no tengo ninguna deuda pendiente contigo, gordo. Me la cobré hace tiempo. ¿O lo has olvidado? —se burló Pettigrew, señalando su prótesis con el cañón de la pistola—. A no ser que seas tú quien quiera vengar la muerte de su amigo —lo desafió, mirándolo directamente a los ojos—. Entonces tendré que gastar otra bala contigo.

Fry apartó la vista y la posó unos segundos en el cuerpo desmadejado de Alan, allá a lo lejos.

—No voy a vengarme —dijo al fin con una sonrisa amarga—. En realidad, tendría que darte las gracias.

—Eso no me lo esperaba —se sorprendió el matón.

—Bueno, has hecho algo que yo nunca tendría el valor de hacer, por mucho que lo deseara —le explicó Fry sin mirarlo.

—Pensé que era tu amigo.

—Un amigo no se comporta como él lo ha hecho —soltó Fry, cada una de sus palabras impregnada en una rabia antigua—. Por su culpa perdí una mano y toda mi vida se derrumbó. Y jamás hizo nada para

ayudarme, salvo ofrecerme limosnas, las sobras de su felicidad. Me regalaba sombreros y me invitaba a comer un par de veces al mes. Supongo que con esos gestos lavaba su conciencia. ¿Sabes que solo me invitó a cenar a su casa cuando necesitó mi ayuda para el plan? —Se volvió hacia el matón con los ojos humedecidos—. Tú me amputaste una mano, pero él me rompió el corazón, que duele mucho más…

—Pues entonces, si no tengo que matarte, ya podemos largarnos de esta mierda de sitio —concluyó Pettigrew, impermeable a las cuitas del otro—. Coge la bolsa, yo llevaré la lámpara.

Fry obedeció y ambos se dirigieron hacia las escaleras. Mientras las bajaba, con el matón detrás sosteniendo la lámpara con una mano y la pistola con la otra, una riada de recuerdos inundó su mente. Recordó los días que siguieron a su salida del hospital, la vida en la pensión de la señora Pike, en la misma habitación donde habían resonado sus gritos, pues ni tenía fuerzas para mudarse a otra ni mucho menos dinero. Allí se había acostumbrado poco a poco a hacerlo todo con una mano. No era difícil, en el fondo. Pero Pettigrew no solo lo había dejado manco —¡ojalá solo fuera eso!—, también le había hecho conocer el miedo. Había plantado en su interior la semilla del horror, que se había convertido en un árbol frondoso porque él en ningún momento se había olvidado de regarla. Le aterraba salir a la calle por temor a encontrárselo agazapado en cualquier esquina, o bebiendo en alguna taberna, así que se limitaba a breves incursiones para mendigar algo de dinero entre sus pocos amigos. El resto del día lo pasaba enclaustrado, lamiéndose las heridas, bebiendo hasta perder la consciencia, leyendo una y otra vez el puñadito de libros que guardaba y pensando en Jimmy, al que imaginaba lejos, Dios sabía dónde, Dios sabía si vivo, si muerto, si también mutilado. Recordó las pesadillas que poblaban sus noches, aquellas pesadillas recurrentes donde aparecía Pettigrew mirándolo con sus ojos sin alma. Recordó cómo en alguna ocasión consideró seriamente la posibilidad de suicidarse, de acabar con todo, pero nunca daba el paso, quizá porque eso significaba dejar caer el telón, que la función de su vida acabara con aquel último acto tan patético, sin sorprender al aburrido público con la vuelta de tuerca de una venganza shakesperiana. Pero cómo iba él a vengarse de Pettigrew. Él no era Otelo, ni Hamlet ni Macbeth. Él solo era un hombre manco, gordo y asustado que seguramente se lo haría encima si se lo volvía a encontrar. Y recordó la vuelta de Jimmy, su fragilidad acrecentada por la cojera de la guerra, sus ojos evitando posarse sobre su muñón, pidiéndole perdón sin palabras, con un poco de compañía, algo de dinero y muchos sombreros. Pero nada de aquello era suficiente para hacerle olvidar lo ocurrido, para enterrar en el fondo de la memoria aquella mañana funesta y atroz que solo parecía haber tenido consecuencias para él. Recordó el día en que, tras

reunir el dinero suficiente para comprarse una prótesis, acudió al estudio de madame Cloutier, una escultora que fabricaba máscaras y prótesis para los soldados mutilados en el frente. Recordó haber esperado en una sala atestada de hombres con rostros de muñecos, condenados a lucir la misma expresión de por vida, y cómo al fin una enfermera lo condujo a una salita donde le fueron mostrando distintas prótesis, de hierro, madera o cuero, algunas realistas y otras que parecían embriones de manos, pero ninguna le convenció. Salió de allí creyendo que no sabía lo que quería, pero esa noche él mismo dibujó en un papel exactamente lo que quería. Tuvo que seguir ahorrando hasta que se lo pudo permitir, pues su diseño debía fabricarse expresamente. Recordó cómo al ajustarse la prótesis al muñón sintió que su miedo se diluía. Recordó que durante los primeros días se arrepintió, se sintió ridículo por haber encargado aquella prótesis tan cara, que pesaba muchísimo y resultaba bastante incómoda, y que, desde luego —a quién quería engañar—, no iba a rentabilizar nunca. Y recordó una mañana en los jardines de Kensington, frente a la estatua de un niño que no quería crecer, cuando Jimmy le anunció que Pettigrew había regresado a sus vidas, que nunca había dejado de vigilarlos, y que necesitaba su ayuda para que no le hiciera a su esposa lo mismo que le había hecho a él. Recordó cómo intentó convencerlo diciéndole que debía superar su trauma, dejar de huir y enfrentarlo, demostrarse a sí mismo que podía compartir el mismo cuarto que Pettigrew sin que su vejiga le arruinara los pantalones. Y se recordó diciéndole que sí. Que quería estar en el mismo cuarto que el hombre que lo había mutilado, que quería respirar su mismo oxígeno. Que quería arrancarse ese horror que le había plantado dentro.

Y cuando iba por la mitad de la escalera, Fry abrió su mano y dejó caer la bolsa. La había abierto disimuladamente al cogerla, de manera que los billetes se fueron derramando en todas direcciones mientras la bolsa rodaba escaleras abajo, como el relleno de una almohada.

—¿Qué haces, idiota? —exclamó el matón, alarmado.

—Perdona, Joe, se me ha resbalado. Deja que lo recoja…

—¡Quita de en medio, maldito inútil! —exclamó el otro, apartándolo de un empujón—. ¡Ya lo hago yo!

Pettigrew bajó al trote las escaleras, depositó la lámpara en el suelo, se guardó la pistola y, arrodillado junto a la bolsa, empezó a recoger los billetes esparcidos a su alrededor a rápidos manotazos, como si temiese que un inoportuno vendaval o una colonia de hormigas le arrebataran su fortuna.

Fry tuvo que disimular una sonrisa. Bajó los peldaños que le quedaban y se colocó a su espalda con el mayor sigilo que pudo. Clavó sus ojos en la nuca del atareado Pettigrew, que no cesaba de maldecir su torpeza. Respiró hondo, intentando calmarse, y, con los dedos de la

mano sana, tanteó la muñeca de la prótesis en busca del botón que había disimulado allí. Al apretarlo, de su dedo medio surgió, impulsado por un resorte, el afilado punzón que acechaba alojado en su interior. Fry lo observó hendir el aire con la misma excitación que le producía verlo surgir cada vez que lo invocaba en sus noches en vela, acuchillando la nada, afilado y mortal, llevándose su miedo. Sin detenerse a pensarlo —debía hacerlo arrastrado por el mismo impulso que dictaba los actos de Pettigrew o, de lo contrario, su razón tendría la oportunidad de disuadirlo—, dio un paso hacia él y, antes de que el matón se levantara, se inclinó y le hundió el punzón en la nuca. Lo hizo con toda la fuerza que pudo, horadando músculos, nervios, no sabía si la médula espinal o directamente el cerebro, poco importaba. Lo cierto era que en apenas un instante un hombre pacífico que aborrecía la violencia había arrebatado una vida que no merecía ser vivida. Pettigrew no tuvo tiempo ni de gritar. Antes de comprender que lo estaban matando ya había muerto, porque su vida se apagó en el mismo instante en que recibió la inesperada estocada. Acabó desplomándose sobre el suelo con un golpe sordo.

Fry se irguió, con el punzón empapado de sangre oscura, sin acabar de creérselo. Le había sorprendido la pasmosa facilidad con que había sucedido todo. El filo había penetrado la carne como un cuchillo hundiéndose en un pudin. Lo que eran las cosas, aquel cerdo había encontrado la misma muerte que según había leído tenían los toros en España durante aquellos espectáculos ancestrales con los que embrujaban a los turistas. Sacó un pañuelo, limpió delicadamente el punzón y lo volvió a esconder apretando de nuevo el botón. Luego miró al matón, que yacía tumbado boca abajo, mientras alrededor de su cabeza se dibujaba un halo de sangre negra. Sintió una extraña felicidad, mezclada con el alivio de haberlo conseguido, pues no había tenido claro de antemano si los sucesos de la noche le darían la oportunidad de llevar a cabo su venganza. Pero los acontecimientos se habían alineado para que él obtuviese su anhelado desquite. Lo único que sentía era que la muerte de Jimmy hubiese sido uno de los eslabones de aquella cadena de sucesos.

—¡Yo amaba a ese hombre, maldito bastardo! —le espetó al cadáver de Pettigrew, como si el matón pudiera oírle—. ¡Lo amaba de verdad!

Pensó en rematar su acto escupiendo sobre él, pero lo descartó porque no le pareció un gesto muy shakespeariano.

Por otro lado, no quería demorarse más. Cogió la lámpara, abandonó la casa y corrió hacia el dolmen, horadando la oscuridad como una enorme luciérnaga. Al llegar donde estaban sus amigos, depositó la lámpara en el suelo, a un par de metros. Jadeando, se arrodilló junto a Violet, que se sorprendió al verlo aparecer solo. Fry casi la apartó de un codazo antes de que pudiera preguntar nada, y

abrazó el cadáver de Alan.

—¡Jimmy, Jimmy! —aulló con los ojos rebosantes de lágrimas—. Esto no tenía que pasar. —Lleno de dolor, hundió su lloroso rostro en la curva de su cuello y se deshizo en gemidos—. Yo te amaba, maldito seas. Yo te amaba…

Un carraspeo junto a su oído le hizo interrumpir sus lamentos.

—Tenías razón —oyó decir a una voz familiar—. Es muy embarazoso.

Soltó el cuerpo de Jimmy y lo miró. Su amigo le dedicaba una sonrisa incómoda.

—Pero… ¡estás vivo!

—Sí, ese mierda solo me dio en el hombro —explicó—. No tiene tan buena puntería como él cree. —Fry reparó en su hombro, que mostraba el estropicio de carne y trozos de chaqueta causado por la bala y estaba medio empapado de sangre—. Y a mi querida esposa se le ocurrió fingir que había muerto para obtener un poco de ventaja. Ya sabes que nadie improvisa como ella. —Fry miró a Violet, que se encogió de hombros con modestia—. Estaba esperando a que regresara a por ella para *resucitar* sin que se diera cuenta y matar a ese bastardo a bastonazos. ¿No te parece un buen plan?

—Bueno, se podría mejorar. De todos modos, ya no hace falta —sonrió Fry, dándole un cálido abrazo. Luego abrazó a Violet—. Anda, cúralo antes de que se desangre, querida —le dijo, echándose a un lado.

Ella se arrancó inmediatamente un jirón del vestido y procedió a vendarle el hombro con diligencia.

—No hago más que realizarte torniquetes —le sonrió mientras él se dejaba hacer.

—Eres una exagerada. Este solo es el segundo —puntualizó Alan. Luego miró a Fry—. Entonces, ¿has matado a Pettigrew? ¿Ya no tenemos que preocuparnos de ese malnacido?

—Puedes jurarlo. Está muerto y bien muerto.

—¿Y cómo demonios has…?

—Bueno, tengo mis trucos. Te lo cuento mientras lo enterramos —respondió Fry, y pareció meditar—. Sí, creo que enterrarlo será lo mejor. Así, cuando Drake nos pregunte por él, cosa que imagino que hará, podremos decirle que descubrir que las hadas existían lo sobrecogió de tal forma que ingresó en un monasterio. —Y soltó una risotada ante su propia ocurrencia.

Cuando el vendaje estuvo listo, ayudó a levantarse a Alan, que una vez recuperada la verticalidad, osciló, algo mareado. Violet le entregó su bastón, que había recuperado del suelo, antes de que volviera a derrumbarse.

—Bueno, aunque no ha salido exactamente como habíamos

planeado, al menos estamos los tres vivos —bromeó Alan, apoyándose en el bastón para mantener el equilibrio.

Violet lo abrazó, y, tras un segundo de duda, Fry hizo lo mismo, así que acabaron los tres abrazados. Prolongaron aquel abrazo bajo las estrellas hasta que se acordaron del cadáver de Pettigrew, que convenía enterrar antes de que amaneciera. Echaron a andar en dirección a la casa, pero Alan se quedó atrás. Con una sonrisa de afecto, observó el dolmen.

—Estad tranquilas —dijo dirigiéndose al hueco entre las piedras—. No le diremos al mundo que existís. Guardaremos vuestro secreto.

Epílogo

Tres meses después…

La sala es tan amplia que Violet no atisba su final. Un lujo desmedido la arropa mientras la cruza: mármol pulido, paredes forradas de maderas nobles, molduras doradas por todas partes, ventanales enmarcados por cortinajes de seda incendiados por un sol que parece mejor que el que ilumina al resto del mundo. Los altísimos techos, de donde cuelgan pesadas arañas de cristal, están pintados con paisajes abigarrados, un revoltijo incestuoso de selvas, campos y bosques entre cuya voluptuosa fronda asoman pájaros coloridos, mariposas estrafalarias o seres mitológicos con aire de no saber qué hacen allí. Por doquier hay mesas amplias y sillones forrados de terciopelo en los que pueden verse a los residentes pintando, tejiendo, esculpiendo o entregados a cualquier otra manualidad. Si no reparas en los celadores, discretamente apostados entre las columnas, ni en las enfermeras que se deslizan por la estancia como gatos sigilosos, parece más un palacio que un asilo para lunáticos, o un sanatorio para enfermos mentales, como se los conoce ahora.

La ve al fondo, bailando contra la cristalera. Violet se detiene a unos metros de ella y le hace una señal a la enfermera que la vigila desde una esquina, quien enseguida se retira para dejarles intimidad. Desde allí, Violet consume varios minutos contemplando con admiración bailar a la muchacha sin que ella se percate. Observa que le han permitido quedarse con sus alas, dos alas de alambre fino y tela de gasa blanca que ella misma le cosió al camisón. Violet había sido tajante en eso, y el doctor Russell, el director del centro, se había mostrado de acuerdo, incluso había aplaudido la ocurrencia. Nadie que la viera ahora, bailando con sus movimientos etéreos bajo la luz dorada que irrumpe por la cristalera, podría negar que es un hada.

Entonces, en uno de sus giros, la muchacha la ve espiándola. Su carita se ilumina de repente y corre hacia ella.

—¡Violet, Violet!

—¡Hola, hermanita! ¿Cómo estás? —le pregunta ella, estrechándola con fuerza entre sus brazos.

—¡Muy bien! —exclama la muchacha, ilusionada—. Estaba segura de que hoy vendrías a verme… ¡porque lo he soñado!

—Bueno, te dije que vendría al cabo de diez días para que pudieras pasar un tiempo aquí y decirme si este sitio te gusta o no —le recuerda Violet—. Y si es que no, nos vamos cuando quieras, ya lo sabes.

La chica sacude la cabeza con brusquedad.

—¡No, no! Este sitio me gusta mucho, Violet. Es mucho mejor que estar encerrada en el cobertizo de la granja.

—Me alegro, April —dice Violet, disimulando una mueca de tristeza —. Pues entonces no tendrás que volver más allí.

Violet estaba segura de que aquel lugar iba a gustarle en cuanto superase el desconcierto inicial y comprendiera que, aunque iba a estar lejos de sus padres y rodeada de extraños, nadie le haría daño. La pobre había pasado nueve largos años encerrada entre las cuatro tablas mugrientas del cobertizo de Kesgrave, y ya era hora de que le diera el aire y volviera a formar parte del mundo, aunque fuera de aquel pedacito delimitado por los muros de la institución.

Se sientan en unos sillones, todavía cogidas de las manos. Su hermana sonríe con esa alegría que siempre parece desbordarla, esa dicha arrolladora y pura que a ella siempre le ha parecido de otro mundo, exclusiva de las hadas, porque nunca la ha visto en ninguno de los humanos que la rodean, cuya felicidad parece un sucedáneo, pura farsa, en comparación.

—Aunque echo de menos el bosque de Suffolk —se queja su hermana—. Aquí puedo pasear por los jardines, pero no hay riachuelos. Ni topillos de agua. Ni pilotos heridos. ¿Recuerdas cuando vimos al piloto herido, Violet?

—Sí —murmura ella con melancolía.

—Me pidió ayuda. Pero le dije que las hadas tenemos prohibido interferir en el mundo de los hombres. ¡Y me escondí en cuanto me lo dijiste! —le recuerda April con orgullo.

Violet sonríe. Esa era una de las condiciones que ella le impuso si quería que la sacara del cobertizo cuando sus padres acudían al mercado o a la iglesia del pueblo vecino, que la obedeciera en todo momento sin rechistar. Sabía que sus padres desaprobarían aquellas escapadas por considerarlas demasiado arriesgadas, pero que su pobre hermana consumiera su juventud encerrada en el viejo cobertizo, por mucho que lo hubieran acondicionado con todo lo que ella necesitaba, le partía el corazón. Al principio, aquel enclaustramiento iba a ser provisional, hasta que encontraran una solución mejor, pero los años se habían ido sucediendo sin que hallaran el modo de enfrentar el problema de April, y, por aquel entonces, lo único que Violet podía hacer era ofrecerle aquellas migajas de felicidad los fines de semana que acudía a visitarla a Kesgrave.

—Desde allí vi cómo le curabas la pierna —continúa recordando su

hermana—. Tampoco me vieron ninguno de los soldados que aparecieron luego, ¿te acuerdas?

—Sí, lo hiciste muy bien —la felicita Violet—. Ese día estuve muy orgullosa de ti.

April sonríe ufana.

—Por eso me gusta este sitio, porque aquí no tengo que esconderme ni fingir que no soy un hada.

—Aun así, sabes que no puedes contarle a nadie las cosas que pasaron en el pueblo —le recuerda Violet.

Su hermana asiente, distraída por algo que está sucediendo en otra parte de la sala.

—April, ¿me oyes? Me prometiste que no le contarías a nadie lo que hiciste en el pueblo, ni siquiera al doctor Russell, por muy bien que te caiga —insiste Violet, cogiéndola de la barbilla para llamar su atención—. Tuvimos mucha suerte de que no te descubrieran, pero sabes que es peligroso que hables de ello. Muy peligroso.

—¡No lo he hecho, Violet! —Ella se suelta con brusquedad, disgustada por su desconfianza—. ¡No se lo he dicho a nadie!

—Vale… —acepta Violet con una sonrisa tierna—. Cálmate, cielo.

Violet le acaricia el cabello, sabe que eso la tranquiliza, y ella se va relajando poco a poco, hasta que finalmente apoya la cabecita en su hombro. Observa entonces los ojos azul claro de su hermana, que presiden su delicada carita. El rostro de April parece una versión pulida del suyo, como si el escultor ya hubiera perfeccionado la técnica tras ensayar con ella. El cabello dorado, la mandíbula un poco afilada, la sonrisa dulce e inocente, sin el rictus de amargura que desde hace años contamina la suya… Pero la mente, ay, estropeada, se dice con lástima mientras le acaricia la cabeza.

Porque la mente de su hermana es como una máquina defectuosa. Durante los primeros años no se dieron cuenta, y eso fue lo que más les aterró a todos, descubrir que no habían detectado la avería de su cabeza hasta que sucedió aquella tragedia irremediable. Al principio solo era una niña a la que le gustaba jugar a creerse un hada, un juego simpático e inofensivo al que se entregaba todas las horas del día. Un juego que siempre pensaron que la niña podría detener cuando quisiera. Hasta que un día comprendieron con temor que se trataba de un juego al que ella no podía dejar de jugar. Un juego que duraría para siempre.

—¿En qué piensas, Violet? —le pregunta su hermana, sacándola de sus recuerdos—. ¿En el piloto?

Violet niega con la cabeza y se concentra en examinar sus alas.

—Se están descosiendo por algunos lados —dictamina—. Deja que les dé un repaso.

Le pide algunos útiles de costura a la enfermera, le ordena a su

hermana que se siente dándole la espalda y durante varios minutos se ocupa de arreglarle los rotos de las alas. April se deja hacer canturreando o moviendo las manos en el aire, como si lanzara hechizos.

Cuando sus padres tomaron la decisión de encerrarla en el cobertizo, la vida de los Dunn cambió para siempre. Tuvieron que decirles a los vecinos que la habían enviado a un internado de señoritas, y la rutina familiar se transformó drásticamente. Desde entonces, vivían con el perpetuo temor de que algún agente de la ley se presentara en su casa preguntando por April o de que esta encontrara el modo de fugarse de su prisión y ya no volviera, pues a veces les decía que algunos duendes la animaban a escaparse a través de las paredes. «No les hagas caso. Los duendes son grandes mentirosos, April —le decía Violet cambiando de táctica, porque decirle que no existían resultaba inútil—. Deberías haberlo aprendido ya.» Pero a medida que pasaban los años, Violet fue comprendiendo que a ella le correspondería ocuparse del problema de su hermana, porque sus padres eran demasiado mayores para hacer algo más que mantenerla prisionera. Empezó a leer todo lo que caía en sus manos sobre enfermedades mentales, a asistir a conferencias sobre el tema, y, poco a poco, fue entendido el mal que aquejaba a April. En sus visitas a Kesgrave, les hablaba a sus padres de la posibilidad de internarla en algún sitio donde pudieran tratarla. Al principio, ellos se mostraban reacios —preferían tener a su hermana con ellos, pues temían que si la exponían al mundo alguien acabara descubriendo tarde o temprano que era responsable de cuatro muertes—, pero acabaron reconociendo que aquello no era vida ni para April ni para ellos.

Fue por aquel entonces, mientras trabajaba de enfermera en el Queen’s Hospital de Londres, cuando Violet empezó a visitar en sus días libres algunos de los asilos para lunáticos que había en la ciudad. Lo que vio allí dentro la espantó. Eran sitios siniestros y opresivos que mantenían a los enfermos encerrados en celdas diminutas e insalubres, atiborrados de medicamentos que los convertían en sonámbulos con los que practicaban lobotomías y trepanaciones. Tras visitar un puñado de aquellos sitios sacó la conclusión de que allí no aspiraban a curar a los enfermos, sino que lo único que pretendían era mantenerlos apartados de la sociedad para experimentar libremente con ellos con el consentimiento de sus familiares. Cuando se enteró de su elevada tasa de mortalidad, debido a que las infecciones y los suicidios estaban a la orden del día, desechó la idea de arrojar a April en una de aquellas pozas del inframundo. Pero ¿qué podía hacer? Sus padres estaban cada vez más mayores y ella no podría ocuparse de su hermana trabajando fuera de casa. Viéndola brincar ante ella en sus paseos por el bosque se preguntaba si existiría un lugar donde su

hermana pudiera vivir así, envuelta en su locura, sin causar daño a nadie y sin que se lo causaran a ella. Protegida de ella misma, de su mente averiada.

Cuando Violet termina de coser todos los desperfectos de las alas, se levantan y se acercan a la cristalera. Desde allí se ve parte de los jardines del centro, de mullidas extensiones de hierba donde se reparten setos, arbolitos y bancos. Al fondo, tras un cortinaje de almendros, se atisba el muro de piedra que delimita el lugar por aquel extremo. Violet observa a April sin que ella, ensimismada en el jardín, se percate de su escrutinio, y siente una mezcla de ternura y piedad, aderezada con el alivio que le produce haber conseguido el dinero suficiente para ingresarla allí. No sabe si la curarán, ni siquiera si quiere que la curen, pero le tranquiliza saber que su hermana podrá pasar todo el tiempo que quiera en aquel sitio donde la ve tan feliz.

—A veces vienen algunos gnomos y se ponen a bailar ahí, junto a los setos —le dice April, señalando un rincón del jardín que queda bajo la ventana.

Violet apenas puede disimular un escalofrío.

—¿De verdad? —dice, sintiendo como los ojos se le humedecen.

—Sí. Me hacen reír con sus cabriolas. Uno de ellos sabe dar una triple voltereta en el aire mientras se quita el gorrito. ¡Es increíble, Violet!

—Ya.

—Siempre que aparecen aviso a los demás. Algunos de los que viven aquí también pueden verlos, ¿sabes?

—Me alegro, cariño… Pero si alguna vez te dicen que le des bayas a alguien para convertirlo en hada, no les hagas caso —le advierte con voz seria—. Ya sabes que eso no funciona.

Violet no puede evitar rememorar la tarde en la que sucedió por primera vez. No es difícil, porque la tiene grabada a fuego en la mente. Ella tenía quince años, los mismos que April tiene ahora. Su hermana irrumpió corriendo en casa y, al no encontrar a sus padres, fue a buscarla a ella. «Violet, Violet, ¡mis amiguitas no se transforman! ¡Emily, Annie y Daisy no se convierten en hadas!» Desconcertada por la angustia que parecía poseer a su hermana, Violet la siguió, sin entender, al prado donde solían jugar los niños de los alrededores, y entonces las vio, tendidas en la hierba, como dormidas, los rostros graves, solemnes, ligeramente púrpuras, y junto a sus cuerpos un platito con trozos del bizcocho de su madre y un puñadito de bayas del tejo, aquellas bayas que su padre siempre les advertía que no comieran porque eran venenosas.

—¡Eso fueron los duendes, Violet; les encanta mentir para divertirse! ¡A los gnomos lo único que les gusta es hacer cabriolas!

—Vale, pero, por si acaso, no hagas nada de lo que te digan.

—No lo haré.

—Nada de nada —insiste—. Prométemelo.

—¡Te lo prometo, Violet! —exclama April, harta del asunto.

Hablan un rato más frente a la cristalera, hasta que Violet le anuncia que tiene que marcharse. La estrecha en sus brazos por última vez aquella mañana, apurando el contacto todo lo que puede, hasta que April empieza a debatirse como un pez en el anzuelo.

—Me asfixias, Violet —se queja.

Ella la libera del cepo de sus brazos con una mueca de disculpa y le promete que regresará dentro de diez días. Su hermana asiente, haciendo graciosamente con los dedos la cuenta de los días que faltan para verse de nuevo.

—¿Y vendrás con Adele? —le pregunta—. La echo mucho de menos…

A Violet se le encoge el estómago al oír el nombre.

—Ya te dije que Adele y su familia se mudaron a Nueva York —le recuerda.

—Ah, sí, es verdad… Es que la echo mucho de menos. ¡Aunque no tanto como a ti! —añade, temiendo ofenderla.

Violet no puede evitar sonreír.

—¡Entonces vendré dentro de nueve días!

Tras besarla con dulzura en la frente, recorre la enorme sala desandando sus pasos. Piensa en tomar el ascensor, pero no se fía de aquel invento moderno que parece una jaula, así que baja por las escaleras, una catarata de mármol que hacia arriba conduce a las habitaciones de los residentes y hacia abajo desemboca en el vestíbulo. Apenas ha descendido media docena de peldaños cuando nota cómo las lágrimas resbalan por sus mejillas. El recuerdo de Adele Myers, la mejor amiga de su hermana cuando eran niñas, ha vuelto a su cabeza. Y de nuevo piensa que, si sus padres y ella hubiesen decidido encerrar antes a April, esa pobre niña no habría…

Se enjuga las lágrimas al divisar al doctor Russell esperándola en el vestíbulo para preguntarle cómo ha ido la visita. Violet recuerda cuando se enteró de que un sanatorio para enfermos mentales con métodos pioneros había abierto sus puertas en Gales. El centro se llamaba Wonderland, y por los folletos se parecía más a un palacio o un balneario para ricos que a las lúgubres instituciones que había visitado en Londres. Viajó de inmediato a conocer el lugar y entrevistarse con su director, el doctor Gavin Russell, un tipo encantador que tenía muy claro lo que pretendían hacer allí. «En Wonderland dejamos que cada paciente viva libremente su propia locura, y a mí puede considerarme el Sombrerero Loco, porque soy el más chiflado de todos», le dijo, dejando que su risa rebotara entre las paredes de su lujoso despacho. Le contó que había reunido la

suficiente financiación para alzar aquel palacio, bañado por los vientos de la costa de Pembrokeshire e inspirado en el versallesco hospital de Bethlem, que había sido uno de los símbolos de la ciudad de Londres durante mucho tiempo, pero al contrario que aquel, cuyo interior era lóbrego, insalubre y hasta tenía goteras, un tributo a la degradación humana, un fracaso de la lucha del hombre con la enfermedad mental, el centro que dirigía era un paraíso de armonía, gracias a la cuidada selección de los pacientes, o *huéspedes*, como le gustaba llamarlos, todos ellos inofensivos y pertenecientes a familias pudientes. «Aquí luchamos contra la antigua idea, de la que por desgracia todavía quedan algunos ecos, de que la enfermedad mental es un signo de debilidad moral o espiritual», le explicó. El doctor Russell y su equipo de expertos habían recreado el entorno adecuado para practicar una medicina especial: allí no solo se aplicaban los remedios más avanzados en psiquiatría, sino que se facilitaba la posibilidad de que los internos desarrollaran sus dotes artísticas, cualesquiera que estas fuesen, lo cual estaba demostrado que ayudaba en su recuperación. A Violet le fascinó aquel hombre menudo y afable que parecía amar su trabajo tanto como aquella filosofía innovadora y respetuosa con los pacientes, pero lo que acabó de conquistarla fue la promesa que el director le hizo de que allí April sería tratada como una auténtica hada. «Todos nuestros pacientes están completamente locos, pero le diré un secreto, señorita Dunn: las mejores personas lo están», le dijo Russell, rematando su discurso con aquella referencia a *Alicia en el país de las maravillas*. «Olvídese de los electroshocks, los purgantes, las duchas heladas, la silla de apaciguamiento, la morfina o el bromuro… Aquí dejamos que los pacientes se curen solos, por así decirlo, que no noten nuestra pequeña guía.» Violet no se podía creer que existiera un sitio así. El jarro de agua fría vino después, cuando hablaron del coste mensual, tan elevado que Violet jamás se lo podría permitir con su sueldo de enfermera. Aquello la desmoralizó, fue como si la expulsaran del paraíso, pero no pensaba rendirse.

Había sido una suerte conocer a Jimmy y, sobre todo, convencerlo para que la dejara acompañarlo como su esposa cuando descubrió sus planes para hacerse pasar por el sobrino del tío Owen y robarle su fortuna, aunque para ello tuviera que decirle que se había enamorado de él. Al final, había resultado que no existía ninguna fortuna y que estaba enamorada de él de verdad. Pero, pese a su empeño en convertir el estudio que habían heredado en uno de los más rentables de Londres, pese a todas las ideas que se les ocurrían, eran incapaces de conseguir el dinero que necesitaba, y sus padres, tras casi diez años lidiando con April, ya se encontraban al límite de sus fuerzas. Entonces había llegado el golpe de suerte definitivo: la oportunidad de robar una esmeralda de increíble valor. «La risa de las hadas», se dice,

con una sonrisa, al recordar cómo pesaba en su mano cuando al fin fue suya. Una esmeralda grande como una ciruela y verde como los ojos de una niña muerta. Una esmeralda que supuestamente había regresado al ficticio País de las Hadas, el lugar que le correspondía. Pero que, en realidad, había sido vendida en el mercado negro. Una esmeralda que le había proporcionado el suficiente dinero para que su hermana pudiese ser feliz el resto de su vida en aquel centro.

Conversa un rato con el doctor Russell, que le reitera lo contento que están con April allí y los progresos que aprecia en su hermana, y finalmente abandona el edificio, internándose por sus cuidados jardines delanteros. Entre sus coloridos parterres pasean algunos *huéspedes* en compañía de las enfermeras o de los familiares que han ido a verlos. En su siguiente visita, le propondrá a April dar un paseo juntas.

Por aquella parte, el jardín asciende en una suave colina, en cuya cima hay un pequeño mirador con algunos bancos. Violet repara entonces en que, desde uno de ellos, un joven con bastón la saluda agitando su sombrero. Alan la ha seguido hasta allí.

Cuando Violet empieza a ascender la pequeña loma para reunirse con él, Alan se vuelve a poner el sombrero con una mueca de dolor. Aunque ya han transcurrido unos meses del disparo, el hombro aún le molesta. Sospecha que ella lo reprenderá por haber ido hasta allí —el espíritu de la antigua enfermera la sigue poseyendo a la menor oportunidad—, pero la espera en la estación se le estaba haciendo eterna. Además, la caminata ha merecido la pena, pues aquel escenario se le antoja mucho más adecuado para sus planes que la bulliciosa estación.

La observa acercarse con una sonrisa tierna. Desde que la conoció, amarla es algo que hace sin pensar, como la digestión, y no parece que vaya a ser diferente en los cien años más que pretende seguir haciéndolo. Hoy incluso le parece que está más hermosa que nunca, pues la habitual nube de preocupación que encapota su mirada ha desaparecido por completo, como arrastrada lejos por algún viento interior. Y eso solo puede significar que la visita ha ido bien, que todos sus esfuerzos de estos años se han traducido en la mejor recompensa posible: la felicidad de April.

Recuerda el día en el que supo de su existencia —aunque, paradójicamente, ya la conocía—, abrazados ambos en el suelo del estudio de fotografía, magullados y llorosos tras haber recibido la intempestiva visita de Pettigrew y su encargo de timar al hombre más poderoso de Londres. «Pues este era mi secreto», le había dicho él

cuando el matón y sus hombres abandonaron la tienda. Y, aunque no lo había hecho con la intención de propiciar ningún equitativo intercambio de secretos, sino simplemente porque ya no tenía sentido seguir escondiéndolo, Violet le contó el suyo. El secreto sobre el que Alan tantas cábalas había hecho. Un secreto que, por mucho que su imaginación no tuviera límites, jamás habría podido adivinar. Un secreto que era un nombre, April Dunn, el de su hermana pequeña, una niña mentalmente inestable. Y allí, despatarrado en el suelo del estudio, mientras Violet le hablaba de su hermanita entre lágrimas, Alan fue comprendiéndolo todo. Especialmente lo egoísta que había sido. Lo ciego y sordo que había estado a su tormento, cómo la había reducido a una muchacha ambiciosa y materialista como única forma de resolverla, de explicar sus ansias de dinero. «¿Tan desagradable te resulto yo?», había llegado incluso a reprocharle una vez. En fin, para qué seguir. Difícilmente podría haberlo hecho peor. Y que ella no lo hubiese abandonado era la mejor prueba que podía darle de lo mucho que lo amaba.

En cierto momento de su confesión, aquella muchacha que no se merecía se levantó, le cogió de la mano y lo condujo escaleras arriba. Se detuvieron ante su cómoda, aquel mueble que él, espoleado por la desesperación, había profanado en su ausencia, otra cosa más de la que avergonzarse. Violet abrió el último cajón y, tras rebuscar bajo un hojaldre de camisones, sacó una carpeta que Alan fingió no haber visto nunca y le enseñó los recortes de las niñas muertas, aquellas cuatro almas desdichadas a las que, ahora lo supo, su hermana había envenenado cuando apenas tenía seis años. Él asintió con gravedad mientras las piezas del puzle iban encajando en su cabeza; pero aún faltaba una, y antes de que ella cerrara el cajón, logró introducir una mano. «¡Un momento!, ¿y esto qué es?», exclamó, en tono casual, mientras pescaba de entre aquel mar de encaje un tarrito con el líquido oscuro que él, en sus truculentas fantasías, había catalogado como el veneno con el que ella había matado al tío Owen. Violet observó el frasco con sorpresa, arrugando la nariz. «Oh, eso es un jarabe con raíz de regaliz, salvia y manzanilla para *los padecimientos de la mujer* que compro en la farmacia», reveló al fin, avergonzada de que él hubiera descubierto aquella debilidad suya. Y Alan tuvo que aguantarse la risa, reprimir la carcajada histérica y liberadora que pedía brotar de su garganta. Barajó la posibilidad de contarle a Violet sus conjeturas, de confesarle que durante un tiempo creyó que ella había envenenado al tío Owen e incluso que pretendía envenenarlo a él con aquel jarabe de regaliz. Pero finalmente se obligó a cerrar la boca. No estaba del todo seguro de que ella se tomara aquello como la romántica muestra de amor que a él le parecía. Era excitante haberse enamorado de una pérfida envenenadora, pero a la larga era mucho

mejor —y más práctico— que no lo fuera. Aunque él la habría querido igual.

Entonces, porque aún no habían acabado las sorpresas, mientras ella se aplicaba una gasa de alcohol en el moratón de la mejilla y Alan lo dejaba correr garganta abajo destilado en whisky, Violet dijo, resolutiva: «¡Lo haremos! Le robaremos la esmeralda a ese concejal. Pero no para salvar la vida, o no solo para eso, sino para quedarnos con ella». Alan escupió el trago que acababa de echarse al gaznate con un aspaviento exagerado. «¿Qué? ¿Te has vuelto loca? Pettigrew nos matará. ¡No lo conoces!» Violet negó con la cabeza. «Creo que lo he conocido lo suficiente. El tipo no parece tener muchas luces. Si lo hacemos bien, seguro que podemos engañarlo a la par que a su jefe.» Alan sacudió la cabeza, rotundo. «No, Violet, es demasiado peligroso.» Ella lo miró entonces a los ojos, con esa mirada que sabía bucear en su alma: «Necesito ese dinero, Alan. Y estoy dispuesta a jugarme la vida por la felicidad de mi hermana, pero no quiero obligarte a que tú apuestes la tuya, así que si me dices que no quieres…». Y a él le había faltado tiempo para interrumpirla: «Alan Schofield nunca declina un desafío». Lo dijo sin pensar, porque era lo que pedía el romanticismo de la escena, pero también era cierto que, de haber dispuesto de toda la eternidad para meditarlo, habría acabado decidiendo lo mismo. El amor vuelve temerario a quien lo padece, como todo enamorado sabe.

Y eso habían hecho. Habían engañado a Drake haciéndole creer que existían las hadas y que habían secuestrado a Molly, y luego, en un más difícil todavía, habían engañado a Pettigrew haciéndole creer que, aunque se habían inventado a las hadas para engañar a su jefe porque las hadas no existían, al final sí que existían, mira tú por dónde. Aunque la cosa no había salido del todo bien y él se había llevado un balazo. Bueno, mejor él que ella. Y gracias a Fry, el cabrón de Pettigrew no había podido largarse a América con el dinero y ahora no estaba cortando manos alegremente en la tierra prometida, sino enterrado junto al columpio de una vieja granja. Bien mirado, era un final más bonito que el que ellos habían planeado, pues un hombre malo había encontrado su merecido y, de paso, un hombre bueno había consumado su venganza. ¿A qué espectador no le gusta eso?

—Te dije que me esperases en la estación, Jimmy —le reprende Violet al llegar junto a él, tal y como sospechaba.

—Peter. Ahora me llamo Peter, ¿recuerdas? —le dice él—. Y no te enfades: no quería dejarte sola en tu estado. —Le posa una mano sobre el vientre, que empieza a redondearse sutilmente. Eso la tranquiliza al instante—. ¡Y me he quedado fuera! Reanudaré mi *vieja amistad* con tu hermana cuando tú creas que está preparada para ello. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

—Oh, se la ve feliz —responde Violet sentándose a su lado—. Creo

que este lugar es perfecto para ella.

—Pero… —dice Alan, a quien no pasa desapercibida la inquietud de su voz.

—Pero me ha dicho que a veces ve a un par de gnomos jugando en el jardín —suspira Violet.

—¿Solo dos? ¡Eso no es nada!

—No bromees. Me ha dejado un poco preocupada.

—Pues no te preocupes, cariño. Está en un ambiente vigilado donde no puede causar daño a nadie —dice Alan, ahora Peter, abarcando el lugar con los brazos.

—Tienes razón —reconoce ella al fin. Le coge la mano y lo mira a los ojos—. Y gracias, no podría haberla ingresado aquí sin tu ayuda.

—Ha sido un placer, Violet. Hacía tiempo que no me divertía tanto timando a alguien. Es verdad que hemos pasado algún que otro momento tenso en el que parecía que iban a matarnos, y que mi hombro no necesitaba recibir ningún balazo…, pero no habría sido tan excitante sin esa dosis de peligro, ¿no te parece?

—La cicatriz de tu hombro, esa muestra de amor, sí que me resulta excitante cada vez que la veo —bromea ella. Vuelve a mirar el versallesco edificio y añade—: Luego escribiré a mis padres para decirles que April está bien.

—Estupendo. Y hablando de cartas —comenta Alan—, esta mañana he recibido una de Warren desde Marsella. Parece que el dinero de Drake le ha dado para instalarse en una hermosa villa frente al mar y nos invita a visitarlo cuando queramos.

Alan sonríe al pensar en su amigo. Lo recuerda bailando delante del dolmen, iluminado por la delicada luz de las estrellas. Aunque solo siendo muy caritativos se podía considerar baile a aquella grotesca cadena de brincos. Fuera como fuese, les concedió el tiempo que necesitaban para que ellos pudieran organizarlo todo sin que ni Drake ni Pettigrew se percataran de nada desde su remoto pedrusco, como si estuvieran en las bambalinas de un teatro. Ayudados por McClusky, el operario que Alan había conocido trabajando para Gao Lee Wang, habían acercado la grúa y el segundo arco de madera. McClusky, que aunque ya peinaba canas había accedido a ayudarle, aguardaba en los alrededores junto a Sylwia y su hija Nelka, y él mismo se había encargado de ceñirle el arnés a la prostituta, aquel arnés que Alan había diseñado para Rylance y conservado durante todos estos años pese a lo molesto que le resultaba, movido más por la nostalgia que porque creyera que le serviría para convertir en hada a una meretriz.

Tras la caída del telón, él les pagó a todos lo convenido y Sylwia le entregó la esmeralda. Al igual que la noche en la que Alan había ido a avisarla de que el plan seguía adelante y de que al cabo de dos días las recogería McClusky para llevarlas a Gales, Sylwia había querido

despedirse de él con uno de esos besos arrebatados de los amores imposibles que gustaba regalarle, pero esa vez Alan había sido más rápido, cambiando los labios por una mejilla (sus reflejos mejoraban mucho cuando Violet estaba presente). Luego las dos chicas y el operario habían corrido hacia el coche de este, oculto en los alrededores, y ellos habían rematado el plan.

Tres meses después, todo seguía en calma. Por las noticias, se habían enterado de que el concejal Drake estaba construyendo en un solar de Islington un hospital que llevaría el nombre de su hija, el Margaret Drake Memorial Hospital, y se había propuesto que fuera incluso más famoso que el Great Ormond Street Hospital, el hospital infantil más antiguo y prestigioso de Londres. Pero ¿cuántos hospitales y orfanatos tendría que construir antes de comprender que Molly no iba a volver con él? Violet estaba convencida de que nunca perdería la esperanza, porque ella podría regresar incluso cuando fuera un anciano septuagenario, ya que el tiempo fluía de manera distinta en el País de las Hadas. Pero por si acaso, él había adoptado una nueva identidad, ella había recuperado su apellido de soltera y ambos intentaban no permanecer más de una semana en el mismo lugar. Aparte de ingresar a April en aquella institución, el dinero de la venta de la esmeralda les permitía llevar aquella vida de trotamundos, e incluso alguna que otra buena acción, como pagarle un curso de costura a Sylwia y uno de mecanógrafa a su hija para que escaparan de Las hermanas de Venus.

—Me encantaría visitar a Warren —dice Violet, sacándolo de sus pensamientos—. Tengo ganas de volver a verlo. Y también a Freddy. Aunque lo echo mucho de menos, estoy segura de que está mejor con él. Y no se me ocurre compañía más idónea para alguien que pretende dedicarse a escribir obras de teatro mirando el mar que ese minino adorable y perezoso.

—Sí, y al tener una prótesis de hierro forjado Warren podrá acariciarlo sin miedo…

Violet suelta una risita.

—¡Oh, vamos, no exageres! ¡Si Freddy es un encanto!

Alan prefiere no responder. Sabe que tiene las de perder contra el maldito gato. Guardan silencio un rato, disfrutando del idílico paisaje que los rodea, hasta que Violet dice:

—Ahora que vamos a llevar una vida honrada, echaré de menos nuestros timos.

—Bueno… —vacila Alan—, se me ha ocurrido uno más. El último.

—¡Ni hablar, Alan! Tenemos suficiente dinero como para no tener que estafar a nadie durante unos años, y habíamos acordado que es lo que haríamos.

—Lo sé, cariño, lo sé. Y me llamo Peter. Pero ¿no quieres oírlo, al

menos?

—No, no quiero.

—Vale. Se trataría de engañar a una persona muy especial… Pero, bueno, si no quieres oírlo… —Alan se encoge de hombros.

Ella intenta no morder el anzuelo, pero al final no puede evitarlo.

—Está bien, pero solo porque siento curiosidad. ¿A quién tendríamos que engañar?

—A April.

—¿A mi hermana?

—Sí, a tu hermana. He estado pensando mucho en ella desde que supe de su existencia —dice Alan con ironía—. Se supone que en este centro van a intentar curarla sin recurrir a ninguno de esos métodos espantosos que usan en otros sitios. Van a devolverle la cordura sutilmente, con terapias y métodos innovadores, sin romperle ni una uña. Pero a la larga su estrategia consiste en hacerle comprender que no es un hada, sino que tiene un problema mental. ¿Estoy en lo cierto? —Violet asiente—. Bien, ¿y si nosotros le hiciéramos creer que no es un hada, sino una *niña encantada*, una niña que se cree hada porque cuando era pequeña las hadas la hechizaron? Que, por otro lado, es el único modo de convertir a alguien en hada, y no con bayas de tejo, ¡los duendes no saben una mierda! Pero, y ahora viene lo bueno…, ¡nosotros la vamos a *desencantar*! Cuando estuvimos leyendo todos aquellos libros para el plan comprobé que había muchos hechizos de *desencantamiento*. Podríamos adaptar alguno de ellos o inventarnos un ritual de la nada, eso da igual, porque en el fondo…

—Lo importante es que usemos la palabrería adecuada y una buena puesta en escena —recita aplicadamente Violet.

—Exacto. —Alan dibuja una sonrisa—. No la curaríamos con la ciencia. Dejemos que eso lo intente el doctor Russell, ya que parece capacitado para ello. Nosotros lo intentaremos con la imaginación, que es lo que se nos da bien.

—Entiendo.

—El papel de *desencantador de hadas* es perfecto para Warren, ya que no puedo hacerlo yo. Un venerable profesor de Fadalogía que recorre el mundo con la misma misión que los exorcistas del Vaticano, salvando las distancias.

—Sí, no me cuesta imaginar a Warren en ese papel —sonríe ella.

—A mí tampoco. Es mucho más fácil que imaginarlo disfrazado de duende, que era mi segunda opción.

Ella parece meditarlo.

—Creo que podría funcionar —dice. Y luego lo observa en silencio varios segundos—. ¿Y sabes qué otra cosa creo?

—¿Qué?

—Que quiero pasarme la vida rellenando calcetines con castañas a

tu lado, Peter —le susurra con dulzura—. Hasta que revienten.

Jimmy, o Alan, o Peter, que ya no sé cómo llamarlo, sonríe. Es la oportunidad que ha estado esperando.

—En ese caso, Violet… —dice, levantándose, arrodillándose ante ella y sacando del bolsillo un pequeño estuche, que abre con infinito cuidado, desvelando una alianza de oro con un pequeño diamante engastado—, tal vez te apetezca casarte conmigo.

—Oh, Alan… —comienza a decir ella antes de que la emoción construya en su garganta un dique que no deja salir las palabras.

—Una vez que te vi, quedé hechizado, Violet —aprovecha para decir él—. No amarte no era una opción.

—¿De qué me suena eso? —sonríe ella.

Alan ignora la pregunta con una sonrisa, saca el anillo y se lo introduce con cuidado en el anular izquierdo.

—¿Me concederías el inmenso honor de convertirte en la señora Sawyer?

Como se suele decir en estos casos, a Violet los ojos se le colman de estrellas.

—El honor será mío, Peter —responde.

Igual de emocionado, Alan vuelve a sentarse a su lado y se abrazan. Luego ella contempla el anillo en su dedo, como si no acabara de creerlo.

—Fue una suerte que Pettigrew no me cortara la mano —comenta.

Por un segundo, a Alan le sorprende descubrir que ella siempre había sabido en qué consistía la amenaza de Pettigrew. Al segundo siguiente deja de sorprenderle, como todo con ella.

—Por cierto, ¿cuántas castañas caben en cada calcetín? Siempre te lo he querido preguntar.

Violet deja de mirar el anillo y lo mira a él.

—¿Y vas a dejar que te responda? —pregunta con voz sensual, entreabriendo los labios al tiempo que entorna los ojos—. O me lo vas a impedir.

—A la mierda —responde él—. No necesito saberlo. Siempre pondré de más, señora Sawyer.

Ayudado por la impaciente mano de ella en la nunca, Alan se inclina sobre sus labios. Ambos se abandonan al beso un minuto, que se convierten en dos, y porque hay que respirar, que si no… De los dos mil cuatrocientos ocho besos que se han dado desde que se conocen es el que mejor les sabe.

Feliz como nunca, Alan reclina la cabeza en el banco mientras nota la de ella hacer lo propio en su hombro, y ambos permanecen así, en silencio y muy quietos, como si cualquier movimiento pudiera hacer estallar la pompa de felicidad en la que parecen encerrados. Para estar allí, precisamente allí, en los jardines de un innovador centro para

enfermos mentales llamado Wonderland, con la cabeza de Violet anidada en su hombro, ha tenido que dar un montón de pasos, piensa, muchísimos, sin extraviarse en ninguno de los infinitos desvíos que les habría impedido poder ingresar a April allí.

De repente, visto en conjunto, le parece milagroso, una proeza demasiado extraordinaria como para achacarla a algo tan voluble como su voluntad. ¿Y si no hubiese sido cosa suya, sino de esas hadas hilanderas de las que le ha hablado Violet? Durante un momento considera la absurda posibilidad con una sonrisa socarrona (aunque reconoce que el nombre suena mejor que lo de *entidad superior*). Quizá no había sobrevivido a la Bruja de East Finchley por su coraje, sino gracias a alguna de esas haditas que, entre la media docena de bebés condenados, decidió aflojar el nudo de su cuello y no el de otro. Y quizá, al salvarle la vida, le había entregado el privilegio de usarla para sus fines, que no eran otros que salvar a una niña de su locura, a una niña que se creía una de ellas. April todavía no había nacido, pero según había leído, las hadas tenían una percepción del tiempo distinta a la de los humanos, para quienes transcurría invariablemente de manera lineal, con lo cual era una idea plausible. Divertido, Alan sigue ahondando en ella. Como su papel en aquella función solo había sido uno más, de ser cierto que había fuerzas invisibles interfiriendo en el destino de los hombres, mientras una de aquellas hadas se ocupaba de guiarlo a él, sus compañeras debían de estar haciendo lo propio con otras almas, coordinándose perfectamente para hilar entre todas aquel final. Las hadas hilanderas habían hecho que Violet acudiera al bosque de Suffolk cuando él tenía pensado estrellarse, o quizá había sido al revés, eso daba igual. Eran dos piezas acercándose la una a la otra, pero debía de haber al menos una docena más desplazándose por el tablero sin saber que seguían una estrategia común: Warren, por ejemplo, había acudido a desayunar a Ye Olde Mitre la misma mañana que él para hilar su vida con la suya al precio de su mano derecha; y Pettigrew los había esperado a ambos en Lamb & Flag para que Jimmy acabara en el hospital donde coincidiría con el auténtico Alan Schofield, al que las hadas habían hecho sobrevivir hasta la batalla de Passchendaele, donde un tal Dylan se ocuparía de salvarle la vida para que pudiera acabar muriendo en la cama vecina a la suya con la tentadora herencia del tío Owen en el cajón. Incluso habían movido a su antojo al poderoso Drake, cuyo papel era procurarles la esmeralda, porque tal vez las hadas no podían salvar a una niña de dos años infectada por el virus de la gripe española, pero sí hacer que una esmeralda sin dueña sirviera para salvar a otra. Y podía seguir así un buen rato más, adjudicando a cada persona que se había cruzado en su vida —al maestro Turner, a la enfermera Sullivan, al profesor Culpepper, hasta al Gran Sansón…— un papel en aquella

obra coral.

Alan sonríe. El poder de las hadas hilanderas era tan extraordinario que se habían arrogado la tarea de Dios, la única criatura fabulosa del reparto del universo. Eso era algo que cualquier estudiante de primer curso de Fadalogía sabía.

Luego sacude la cabeza. Era bonito y consolador creer que así había ocurrido realmente, que toda existencia tenía un propósito. Pero había un pequeño problema: las hadas no existían. Nadie hilaba el destino de los hombres, ni Dios ni esas diminutas muchachas con alas de mariposa, así que debía asumir que lo que le había llevado a coincidir con Violet en aquellas coordenadas espaciotemporales, y lo que había hecho chocar a tantas almas, había sido la casualidad. Nadie dirigía la función con un plan establecido. Todos daban tumbos por el tablero de la vida movidos por algo tan sobrevalorado como el libre albedrío. Fuera como fuese, allí estaban los dos, juntos, enamorados y vivos contra todo pronóstico.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada.

Como no es cuestión de quedarse dormidos en aquel banco, cual lagartos al sol, Alan y Violet se levantan y descienden la colina, perdiéndose entre los jardines del sanatorio hacia la salida. De esa forma, cogidos de la mano, salen de nuestra historia para vivir otras aventuras que no se recogerán aquí.

Y entonces, cuando parece que ya he acabado el cuento y estoy a punto de apagar la luz, del arbusto que hay junto al banco en el que había tenido lugar la pedida de mano salen correteando dos ardillas… Pero ¡un momento! ¡Qué digo! No son ardillas. Son dos hombrecitos diminutos con barba blanca, las caritas arrugadas y gorro de dos pulgadas de largo. Bajan por la ladera dando brincos y volteretas mientras canturrean, como si fuera una cancioncilla infantil: «¡Rellenemos nuestros gorros con castañas, rellenemos nuestros gorros con castañas hasta hacerlos reventar!». Escabulléndose entre los parterres, rodean el edificio hasta los setos de su fachada norte. Les encanta bailar y hacer cabriolas allí, ante el único público humano que puede verlos. Algunos, como una muchacha rubia que luce unas alas a la espalda, incluso aplauden.

—¡Mira, Neban, es la chica nueva! —le dice el gnomo del gorro verde al gnomo del gorro rojo cuando la divisan—. ¡Haz eso que tanto le gusta!

El otro asiente y, obediente, ejecuta una triple voltereta en el aire durante la cual se quita el gorro, saluda a la chica y se lo pone de nuevo antes de volver a posarse en el suelo.

La muchacha ríe con ganas. Y su risa ilumina el mundo.

Nota del autor

Me tropecé con la historia de *las hadas de Cottingley* hace dieciocho años, mientras me documentaba para *El mapa del tiempo*, la primera parte de mi Trilogía Victoriana. Aunque finalmente no hice ninguna mención a ella en la trilogía, el caso de Elsie y Frances y sus fotografías de hadas me resultó fascinante, e incluso conseguí el delicioso librito que escribió Conan Doyle hablando del caso, que en España se tradujo como *El misterio de las hadas* (José J. de Olañeta Editor, 2003).

Durante muchos años el asunto permaneció en mi despensa de ideas para posibles novelas, pero siempre que la rescataba para desarrollarla nunca lograba darle forma de historia, supongo que porque intentaba centrarme en el caso real, que ya era una adorable novelita de por sí. Pero hace un par de años, al volver a jugar con la idea, las musas me hicieron comprender que no debía centrarme específicamente en los sucesos de Cottingley, sino en lo que la publicación de las fotos provocó, cuyos efectos están, evidentemente, un tanto exagerados en aras de la ficción.

Por si os interesa, en una entrevista realizada en 1981, Elsie y Frances confesaron, tras más de cincuenta años negándolo, que las fotos estaban trucadas: las hadas eran recortes de revista sujetos con alfileres de sombrero. La broma se les acabó yendo de las manos, y después de que Conan Doyle les dedicara tanta atención en sus artículos para *The Strand*, les dio vergüenza contar la verdad. Frances, sin embargo, siguió manteniendo hasta el día de su muerte que la quinta fotografía, la denominada *El nido de las hadas*, era verdadera. También aseguraba que ellas habían visto hadas de niñas, lo cual no deja de ser curioso. ¿Qué podemos pensar de esas declaraciones? Como el padre de Sherlock Holmes hizo en sus artículos, yo me limito a exponer los hechos aquí para que cada lector saque sus propias conclusiones.